



*Acepté
por ti*

Iris T. Hernandez

E-Tardis books

Annotation

Abigail debe acudir a la lectura del testamento de un extraño para ella, pero no para su familia, ya que tras preguntar a su madre, descubre que es un antiguo amigo de su padre, el cual las abandonó cuando ella aún no tenía conciencia. Tiene muy clara su postura pero no lo va a tener fácil, unas condiciones poco éticas obligaran que acepte un trabajo y no solo eso deberá mentir al único afectado del testamento. La pasión entre ellos se despierta en un cruce inesperado, aún sin conocerse, pero un cúmulo de malentendidos y secretos los distanciaron, hasta el momento que la verdad salga a la luz.

IRIS T. HERNANDEZ

Acepté por ti

E-Tardis Books

Sinopsis

Abigail debe acudir a la lectura del testamento de un extraño para ella, pero no para su familia, ya que tras preguntar a su madre, descubre que es un antiguo amigo de su padre, el cual las abandonó cuando ella aún no tenía conciencia. Tiene muy clara su postura pero no lo va a tener fácil, unas condiciones poco éticas obligaran que acepte un trabajo y no solo eso deberá mentir al único afectado del testamento. La pasión entre ellos se despierta en un cruce inesperado, aún sin conocerse, pero un cúmulo de malentendidos y secretos los distanciaron, hasta el momento que la verdad salga a la luz.

Autor: T. Hernandez, Iris

©2014, E-Tardis Books

ISBN: 9788494181221

Generado con: QualityEbook v0.75

Acepte por ti

Iris T. Hernández

“novela romántica contemporánea”

Primera edición: octubre 2014

©2014, Iris T. Hernández, por textos

©2014, E-Tardis Books, por edición (Ediciones Ortiz)

©2014, Depositphotos, por portada

©2014, Tamara Carmona, por corrección

Web editorial: <http://edicionesortiz.com/E-tardis%20books/index.html>

Impreso en España

ISBN: 978 84 941812 2 1

Web del autor: <http://samyslynn.wix.com/samy-s-lynn>

Web de la editorial: <http://edicionesortiz.wix.com/edicionesortiz>

Iris T. Hernández

,

Acepte por ti

A mi “yayo”

Una de las personas más importantes de mi vida

que por desgracia ya no están entre nosotros.

Pero sé que tu energía está ayudándonos a todos

a ser fuertes y valientes como has sido tú.

Siempre estarás en mi corazón.

Capítulo 1

ENTRE en la cafetería que hay justo al lado de mi trabajo observando las mesas en busca de una libre para poder sentarme y esperar a Alison, mi compañera de trabajo y, por supuesto, mi mejor amiga desde hace mucho tiempo. Como cada mañana, el joven camarero se acercó con una libreta en la mano, me guiñó un ojo emitiendo una sonrisa junto a un “¿lo de siempre?”. Asientí con un ligero movimiento de cabeza y sonriendo mientras dirigía la mirada hacia la puerta. Vi aparecer con paso rápido a Alison, su respiración era rápida y agitada, le sonreí, pero antes de poder decirle palabra alguna apareció el joven camarero con dos cafés con leche y muffins de chocolate.

—Buenos días, ¿llevas mucho tiempo esperando? —Su voz divertida, hizo que riera. Todos los días llegaba tarde, no era de esperar que hoy no lo hiciera. Negué con la cabeza y agarré la taza por el asa para poder dar el primer sorbo al café. La espuma impregnó mi labio superior, e inconscientemente me lamí el labio sintiéndome observada por el camarero. Pero me daba igual, podría decir que incluso me gustaba que me observara.

Alison, desde que se había sentado y dado el primer mordisco a su muffin, no había parado de hablar, apenas había oído toda la conversación, pero sí lo justo para saber de qué se trataba.

Terminamos nuestro desayuno entre risas y bromas, hasta que vimos la hora y tuvimos que apresurarnos. Quedaban un par de minutos para tener que abrir la agencia de viajes en la cual trabajábamos, así que nos levantamos rápidamente y, tras pagar y coger nuestros enseres, caminamos con paso ligero hasta llegar frente a la persiana de color azul cielo. Saqué de mi bolso las llaves para abrir la cerradura, entre las dos hicimos la fuerza necesaria para que aquella persiana de hierro antigua se abriera de un solo empujón.

Desde la entrada se podían observar dos mostradores vacíos ensombrecidos por la falta de luz. Caminé hasta el interruptor y lo presioné. Mientras arrancaba el ordenador, se fueron iluminando las delimitadas zonas del local.

Me senté en mi mesa justo detrás del mostrador, en una zona apartada para poder conseguir un trato más confidencial para clientes importantes, y observé ese pequeño lugar sintiéndome afortunada por haber encontrado ese trabajo justo al empezar la carrera universitaria y el cual mantenía una vez terminada. Era un trabajo que disfrutaba, en cuanto comencé sentí que me encantaba planificar viajes, aunque no fuera yo la afortunada de vivirlos, pero sabía que algún día conseguiría viajar.

—¡Buenos días chicas! —interrumpió mis pensamientos Romina, la dueña de la agencia, una mujer de unos cincuenta años, soltera y dedicada únicamente a que su negocio prosperara. Con nosotras era muy cercana, incluso cuando necesitábamos ayuda sabíamos que podíamos contar con ella.

—Buenos días Romi —contestamos las dos alegremente.

Abrí el correo electrónico principal y, tras revisar el tipo de petición, fui derivando los correos a sus destinatarios, hasta que comencé a planificar los viajes que tenía pendientes.

Uno de ellos era a Marrakech, un viaje de novios espectacular; ellos estaban decididos a ir para conocer la cultura y preferían hoteles modestos, pero lo más cercano a sus puntos de interés; así que las horas que estuve buscando alojamiento, transporte y conociendo indirectamente la zona, las disfruté como una niña. Seguí organizando un par de viajes para una empresa, viajes aburridos, sin sentido, vuelo-hotel-vuelo, ni siquiera dedicaban una hora en conocer el lugar que, por obligación, tenían que visitar, pero así eran la mayoría de los viajes, destinos carentes de sentimientos.

El aviso del calendario del correo electrónico me avisaba de que en quince minutos vencía mi cita en el Notario Preston. Suspiré hondo y, tras unos segundos de paralización, cogí mi bolso y mi teléfono móvil para ausentarme hasta después de la comida. Aún no entendía por qué había accedido a ir, no sabía qué diantres pintaba yo en aquel lugar, y no me habían querido dar más información que la hora y el lugar al que tenía que dirigirme.

—Romi, me dirijo al notario —le dije desde la puerta de su despacho, esperando una confirmación, aunque ya me había autorizado días antes.

—No te preocupes Abi y recuerda, si resulta que heredas millones, no te olvides de tus amigos —dijo bromeando, intentado arrancarme una sonrisa, pero solo consiguió que resoplara de resignación.

—Lo recordaré —dije sabiendo que ese no iba a ser el caso.

Me acerqué al mostrador y le recordé en susurros a Alison que nos veríamos a las dos en la cafetería de siempre. Estaba hablando por teléfono así que asintió, me lanzó un beso y gesticuló la palabra suerte.

Salí de la agencia y caminé en dirección al notario, por suerte estaba en la misma zona de Manhattan, una casualidad que tuviera que dirigirme a unos pasos de mi trabajo.

Al llegar al edificio quedé anonadada. Había pasado por delante de éste en cientos de ocasiones, pero nunca me había parado a verlo en detalle. Era un enorme rascacielos rodeado de un cristal plateado, resplandeciendo lo suficiente para no pasar desapercibido. Miré hacia la puerta giratoria, por la que accedías a un hall, abarrotado de personas trajeadas, de techos altos.

Al fondo, observé cuatro grandes puertas de aluminio frente a ellas se detenían todas las personas. Sin dudar, di unos pasos lentos para alcanzarlas. Justo cuando llegaba se abrieron, y tras acelerar el paso, conseguí adentrarme en él. Marqué el noveno piso mientras intentaba ponerme a un lado de ese espectacular ascensor cubierto de espejos que apenas podía ver, por la cantidad de personas que lo ocupaban. Permanecí seria esperando llegar al nivel en el que se encontraba el notario del Señor Preston.

Cuando el estridente sonido del ascensor avisaba que se iba a detener, di un pequeño salto, que me hizo sentir avergonzada, evitando la sonrisilla y mirar al resto de personas que seguían detrás de mí. Fueron dos segundos de bochorno, pero se desvanecieron en cuanto salí del ascensor y me paré frente al mostrador de madera maciza color cerezo del cuál sobresalían las palabras “Notarias Preston”. Esperé durante unos segundos a que el señor que estaba hablando con la recepcionista terminara.

—¿Buenos días, en qué puedo ayudarle? —se dirigió a mí la joven recepcionista, una chica con tono amable, el cual me hizo relajarme durante unas décimas de segundos para

poder contestar.

—Tengo una cita con el Señor Preston. Soy Abigail Evans. —La seguridad que transmití no tenía nada que ver con lo que realmente sentía, estaba nerviosa por la incertidumbre de no saber por qué tenía que acudir.

Al oír mi nombre, se levantó y me acompañó hasta una sala que había tras el pasillo principal. Abrió la puerta y pude observar que esperaba un señor de unos treinta y pocos años sentado en una de las sillas de la gran mesa de madera de color roble. Al verme, me sonrió y, tras saludarme, me indicó que me sentara a su lado.

Estuve durante unos minutos sentada al lado de ese desconocido de cabello claro y ojos azules muy atractivo, sin saber qué hacía allí realmente, pero tenía que permanecer escuchando lo que quisieran exponerme e irme por donde había venido como si nada.

Días atrás recibí la llamada del Señor Preston informándome de que tenía que acudir a la lectura del testamento del Señor Smith. Nunca había oído hablar de él y, tras un interrogatorio intenso a mi madre, averigüé que era un amigo de mis padres cuando eran novios. Siguió manteniendo el contacto con mi madre, cuando mi padre decidió marcharse. Yo apenas tenía tres años y, o mis recuerdos me fallaban, o nunca había oído hablar del Señor Smith en boca de mi madre.

Ella me comentó que él siempre quiso ayudarnos económicamente, pero ella nunca aceptó, no por falta de confianza en él y su mujer, todo lo contrario, pero ella quiso demostrarse a sí misma y al resto de personas que algún día lo dudó, que podía sacarme adelante ella sola y con unos valores sólidos para conseguir de mí una buena persona.

—Buenos días señores, si están de acuerdo iniciamos la lectura —dijo el Señor Preston con voz imperiosa, la cual me hizo sentir muy pequeña al lado de dos hombres trajeados y seguramente conocedores de lo que sucedería en aquel lugar.

Asentimos con la cabeza y esperamos curiosos de lo que se nos iba a relevar en ese momento.

El Señor Preston comenzó a leer términos legales de los que en mi vida había oído hablar, y a comentar todas las propiedades que tenía el Señor Smith, las que como era lo más lógico dejaba a nombre de su único hijo Mikel Smith. Este hecho hizo que me tranquilizara y apoyara mi espalda en el respaldo de la silla, mostrando más naturalidad de la que había imperado en mí. Hasta que los dos me miraron con una sonrisa ladina que no me gustó nada. Ellos sabían algo que obviamente yo desconocía. Volví a tensar mi cuerpo y permanecí inmóvil en mi sitio.

—Señorita Evans, escuche atentamente ya que le concierne directamente a usted —dijo el Señor Preston provocando una pequeña carcajada al hombre que estaba justo a mi lado, que por cierto aún no me habían presentado y no sabía quién era.

Afirmé con un ligero movimiento de cabeza y tragué saliva aunque apenas tenía, mi garganta se había secado casi al completo solo de sentir mi nombre.

Siguió leyendo el testamento, y tras oír que la empresa multinacional Megaestructuras Smith registrada en el Registro de Nueva York, que había creado el abuelo, ya heredada en su momento por el Señor Smith, pasaba a ser repartida al cincuenta por ciento por Mikel

Smith y Abigail Evans, casi me ahogo al no poder respirar. Lo que estaba oyendo no era real, yo no quería nada. Me quedé paralizada y no pude escuchar más. ¡Cómo iba a ser la heredera de la mitad de una multinacional, ese hombre estaba loco!, pensé en mi interior.

—¿¡Señorita Evans se siente bien!?! —dijo el notario con voz de preocupado.

—Sí, no se preocupe estoy perfectamente —contesté con la mirada perdida y apunto de marearme. Se levantó rápidamente y me ofreció un vaso de agua. Sin pensarlo lo bebí de un trago y respiré hondo—. Perdonen pero creo que debe de haber un error, yo no lo conozco, no puedo heredar nada de él y menos la mitad de su empresa —respondí aún sumergida en la nube que me había trasladado a otra esfera.

—Señorita, es lo que el Señor Smith ha dejado escrito —dijo el Señor Preston con gesto de comprensión, y de no poder revocar lo que un difunto había dejado por escrito antes de fallecer.

—Pues renuncio a mi parte, se la cedo completa a su hijo, es quién la ha de heredar no yo. —Comenzaba a sentir que mi cuerpo se humedecía, un sudor frío que recorría mi frente, haciendo que me sintiera inquieta y molesta, más de lo que ya estaba, aun estando sentada en esa cómoda silla.

—Tengo que advertirle que no es tan fácil lo que usted expone, ya que el Señor Smith redactó unas condiciones intuyendo su reacción —contestó emitiendo una sonrisa que no pudo evitar al mirar mi rostro de estupor. Sin darme tiempo a replicar, siguió leyendo las condiciones del testamento.

—El Señor Smith indicó que si Usted Abigail Evans renuncia a su parte, obliga al Señor Smith a no heredar su mitad de la empresa. —Su tono había cambiado, era más suave e incluso ofendido por lo que tenía que leer.

—¿¡Cómo, me puede aclarar ese punto!?! —grité ensimismada.

—No se preocupe le aclaro. La condición de heredar la empresa para ambos es que ninguno de los dos renuncie a su parte, en caso de que alguna de las partes lo hiciera, la empresa pasaría a manos del estado. —Su tono advertía la seriedad con la que tenía que tomar la situación.

—¡Pero es una locura! Esa condición no puede ser legal —reprendí rápidamente, arrepiñéndome de no haber hecho caso a Romi, llevando un abogado conmigo.

—Es legal, para ello estoy aquí, otorgándole la legalidad a ésta lectura. Y creo que no tiene opción. Hablando en confianza no puede renunciar y que el Señor Smith pierda su parte de la empresa, él trabaja en ella, si perdiera esa empresa, su vida permanecería vacía —intentó que entendiera el problema de la situación.

—No entiendo nada. —No pude contener mis palabras dentro de mí.

—Déjeme acabar la lectura y le explicaremos lo que necesite.

—Siga —dije con voz ausente. Mi cabeza no dejaba de pensar y no entendía por qué me obligaban moralmente a aceptar ese testamento. Pero por otro lado pensaba en ese pobre chico que seguramente dedicaba su vida a esa empresa. ¿Quién era yo para decidir su destino?

Tras unos minutos explicando el valor de la empresa, los datos económicos, y datos de la misma, dieron por finalizada la lectura del testamento.

—Señorita Evans, el hombre que está a su lado es el abogado de la familia Smith, es Robert Parker —dijo el Señor Preston presentándonos.

—Encantada Señor Parker —saludé aunque permanecía en estado de shock.

—Señorita Evans tengo que entregarle una carta que el Señor Smith escribió para que pudiera entender la decisión que había tomado, y sobre todo para que piense en las consecuencias que sucederá si acepta o no. —Su voz suave y aduladora me hizo tranquilizarme un poco. Cogí la carta y la metí en mi bolso.

—Lo sé, y no me siento nada a gusto en esta posición —me sinceré intentando que alguien me comprendiera a mí.

—Aún tengo que acabar un último punto que puede que le ayude Señorita Evans —sonrió el Señor Preston relajando el ambiente, si acaso se podía.

—Espero que sea bueno para mí —contesté abrumada y riendo aún alucinando por lo que estaba escuchando.

—Si usted acepta, será la socia con los mismos derechos que Mikel Smith, pero si después de un año de trabajar juntos, decide que no quiere las participaciones de la empresa que se otorgan en este testamento, podría cederle su parte al Señor Smith hijo, sin consecuencia alguna para ambos. —Su voz más íntima intentaba calmarme, pero no lo consiguió.

—Así que tengo que renunciar a un año de mi vida para trabajar en esa multinacional siendo mía la mitad de la empresa, pero al año puedo ceder mi porcentaje sin ninguna consecuencia. Perdonen que me exprese así, pero ese hombre estaba loco. Por qué ha de decidir qué tengo que hacer en mi vida durante un año, es alucinante ésta situación. —No pude contener mis pensamientos y comencé a expresarme de forma alta y clara para que todos me entendieran. Ellos simplemente permanecieron callados, escuchando todo lo que les iba diciendo.

—Pues si no tienen nada más que decir, mañana necesitamos una respuesta. A las cuatro de la tarde nos reuniremos para firmar los documentos.

Nos levantamos y me despedí educadamente. Mientras bajaba en el ascensor solamente podía maldecir al hombre que estaba jugando con mi vida, por qué me tenía que pasar a mí, yo no quería nada, solamente seguir con mi vida habitual.

Se abrieron las puertas y me quedé parada observando las personas que entraban y salían. En ese instante sentía que no podía tener peor suerte. Respiré profundamente, pero mi rabia no salía de mi interior. Conforme iba recordando la conversación vivida iba en aumento.

No quería estar ni un segundo más en ese edificio, así que me dirigí rápidamente hacia la puerta giratoria. Mientras caminaba, comencé a leer la carta que el Señor Parker me había entregado. Sin mirar nada más que ese papel, me adentré en el cubículo para salir, hasta que algo o alguien hizo que parara en seco, sin darme tiempo a reaccionar y chocando mi frente contra el cristal, emitiendo un fuerte estruendo. Quedé durante unos

segundos confusa, el golpe había sido seco y fuerte. Me palpé con la mano que tenía libre justo en dónde había recibido el impacto, pero aparentemente no tenía nada. Seguí de pie, paralizada, con la cabeza agachada, hasta que alguien accionó y volvió a girar, pero ante mi impasividad, una mano me dirigió hasta la salida de esa puerta asesina.

—¿Estás bien? —escuché una voz imponente y cortante que entró rápidamente, activando todos los sentidos de mi cuerpo.

Levanté la mirada, y al ver que todo el mundo me estaba observando, mi tez comenzó a sonrojarse sin poder remediarlo. Vi cómo la persona que había agarrado mi brazo y me había dirigido a la salida, continuaba presionando. Alcé la cabeza en busca del protector, hasta que clavé mi mirada en la suya y quedé petrificada paralizándose el tiempo.

Tras unos segundos, reaccioné y observé al hombre que me había ayudado. Era perfecto, sus ojos color esmeralda contrastaban a la perfección con su cabello moreno, el hombre que había visto en miles de películas románticas en las que los protagonistas siempre acaban enamorándose.

—¿Estás bien, te has hecho daño? Ha sido por mi discúlpame por favor —escuché justo a mi lado. Era otro chico de la misma edad, e intuí que iban juntos.

—Sí, no os preocupéis, estoy bien, tengo que irme —dije sin quitar la mirada del primer joven, hasta que sentí vergüenza y la retiré.

Sin dejarles decirme nada más marché rápidamente, comprobé que tenía la carta en mi mano un poco arrugada por el impacto pero no la había perdido. Tras maldecirla por haber provocado que me distrajera y haber tropezado, me dirigí hasta la agencia de viajes, donde podía sentirme segura.

—¡Abi parece que hayas visto un fantasma! —dijo Alison nada más verme entrar.

—Vamos a comer y te cuento —contesté aún abrumada por el terrible incidente ocurrido con esos dos jóvenes, y la noticia de la herencia que había sido un jarro de agua fría.

—Déjame que coja el bolso —contestó rápidamente.

Esperé en la puerta, intentando respirar el poco aire que se colaba a través de los rascacielos, hasta que conseguí serenarme y volver a la vida real.

—¡Abi por favor que ha pasado! —Su voz de preocupación hizo serenarme.

—¡Qué vergüenza he pasado! Cuando salía del edificio la puerta giratoria ha parado en seco y literalmente me la he comido, casi me muero del bochorno. Encima me he quedado paralizada hasta que un joven me ha ayudado a salir y no te puedes imaginar cómo era ese hombre. Me he quedado embobada como una tonta —seguí relatándole ya riendo de lo absurda que era la situación.

—¿Y porque no le has pedido su móvil? —contestó mientras reía hasta el punto de caer alguna lágrima, tan solo de imaginar la situación.

—No te rías, tú crees que me ha dado tiempo a pensar. —Me contagió su risa.

—Perdona, pero has de reconocer que tiene su gracia. ¿Pero cómo eran? —preguntó curiosa.

—La verdad que los dos eran guapísimos, los típicos jóvenes trajeados que salen en las novelas, eran de película te lo prometo. —Mi voz era más elevada de lo normal, provocada por el golpe de adrenalina vivido.

—¿Y qué has hecho cuando habéis salido de la dichosa puerta? —Seguía riéndose de mí.

—Pues irme lo más rápido que he podido. —Encogí los hombros, ya que no entendía por qué había reaccionado así.

Seguimos riendo hasta que llegamos a un puesto de comida rápida, paramos para comprar una ensalada y un sándwich de pavo y fuimos a comerlo a Central Park.

Estábamos sentadas sobre el mullido césped y necesitaba hablar con alguien sobre lo sucedido en el Notario. Por suerte Alison era mi mejor amiga, podía confiar en ella, seguro que sus consejos me ayudarían a aclarar las ideas.

—¿Sabes qué ha resultado ser la famosa lectura de testamento? —emití denotando la mezcla de sentimientos que me invadían.

—No he querido preguntarte, cuéntame. —Su voz como siempre era de comprensión, y sé que entendería mi posición.

—Soy la heredera del cincuenta por ciento de una multinacional, pero lo peor de todo es que si renuncio se perderá el total de la empresa. El segundo heredero no tendrá opción a que yo le ceda mi parte. —Mis palabras sonaron una tras otra sin dejar pasar ni una gota de aire, hasta que finalicé y di una bocanada grande para no asfixiarme.

—Increíble, los milagros existen, ser la propietaria de una multinacional suena muy bien. —Me guiñó un ojo. Mientras, clavé mi mirada asesina en ella—. La persona que lo ha determinado, no quería que renunciaras de ninguna manera, pero Abi, por qué no piensas en aceptar, no lo veo tan descabellado. —Su seguridad me sorprendió. Por una vez no se ríe ni bromeó.

—No digas tonterías, no puedo venir de la calle y asumir un cargo tan elevado en una multinacional con un chico que ni conozco. —No podía creer que estuviera pasándome algo así y menos que mi amiga me animara como si de comprar unos zapatos se tratase.

—Pues si no aceptas, el otro heredero perderá todo, creo que entendí eso, y sé que se acordará de ti el resto de su vida y no para darte las gracias bonita. —Intentaba apaciguar la conversación y encontrar el punto gracioso.

—Lo sé, y es lo que me hace sentir tan mal, cómo puedo ser tan egoísta y pensar solo en mí. Pero es que me encanta mi trabajo, aunque solo sería un año, pasado este tiempo tendría toda la libertad de renunciar...

—¡Eh señorita! Esa parte la has omitido desde un principio. Si sólo es un año tienes que pensar que es como si hicieras prácticas en esa empresa. Después te vuelves a la agencia, y nadie pierde nada, tu ganarías experiencia, y que mejor que teniendo la carrera de dirección de empresa, es una oportunidad para aprender muchísimo piensa en ello, por una vez piensa en que te beneficiará a ti, y nunca se sabe que acabes cogiendo gustito al puesto y después de un año no quieras dejarlo. —Intentaba aconsejarme mientras su codo no paraba de darme toques en el mío intentando que la mirara.

—No lo sé, tengo hasta mañana para decidirme. —Mi voz era baja y triste, aunque me había hecho ver otro punto de vista que hasta ese momento no había valorado y me parecía muy interesante.

—Ya me dirás qué has decidido, mientras disfrutemos del sol de primavera, que es una bendición.

Dimos por finalizada la conversación, aunque mi cabeza seguía dando vueltas, barajando las opciones y más confusa de lo que había estado en la vida. Dejé caer mi espalda sobre el césped y cerré los ojos con fuerza. Al abrirlos la luz del sol dañó mi retina, provocando que el azul del cielo se tachara de burbujas negras que volaron durante un par de segundos.

Miré a Alison y estaba distraída con su móvil, así que cogí de mi bolso una novela de terror que llevaba días leyendo, y por unos minutos me evadí del mundo. Me apasionaba ese género, y no pude evitar sumergirme en ella, consiguiendo no pensar en nada más que en la historia que relataban, hasta que Alison me avisó de que teníamos que irnos. Guardé el libro en mi bolso y, tras sacudirme los pantalones por si había algún resto de arena, comenzamos a caminar hasta que llegamos a la agencia.

Por suerte durante mi ausencia había acumulado trabajo, tenía la bandeja del correo repleta de mensajes sin leer, en los que centraría las horas que me quedaban y no pensaría en nada más.

—Deja para el lunes el trabajo, es viernes, tendrás planes más interesantes —me gritó Romina desde el despacho. Alcé la mirada y estaba sola, eran más de las siete de la tarde y ni tan siquiera había visto salir a Alison ni al resto de chicas que trabajaban a mi alrededor. Guardé los documentos que estaba preparando. Mientras, mi mente se desvió del trabajo por primera vez en toda la tarde. Recordé la decisión que tenía que tomar, pero tenía miedo a perder mi vida, había trabajado mucho para ser imprescindible en la agencia, y ahora tenía que dejarla. No era justo, me sentía la más desafortunada del mundo, aunque fuera una oportunidad de aprender, en el fondo no lo veía así.

—¿Puedo comentarte algo? —pregunté a Romina mientras caminaba con paso temeroso hacia su despacho.

—Claro siéntate y dime, sabes que puedes contar conmigo. —Su tono parecía más el de una amiga que el de una jefa, y eso conseguía relajarme y poder expresarme abiertamente.

—Si necesitara un año, para mí, para hacer unas prácticas o estudiar... —Mi voz era temblorosa, tenía pánico a no poder volver a mi puesto de trabajo, pero me sentía obligada a barajar la posibilidad de marchar.

—Abi, no te voy a preguntar para qué necesitas ese tiempo, estás en todo tu derecho a pedir una excedencia y durante ese período dedicarlo a lo que creas oportuno, y tras finalizar ese periodo, si estás dispuesta a seguir te recibiré con los brazos abiertos. Solo te deseo mucha suerte. —Su sonrisa ladina consiguió que viera una suave luz al fondo del túnel por el que estaba caminando.

—Muchas gracias, no esperaba esa respuesta, no sabes cuánto te agradezco que me valores y quieras seguir trabajando conmigo —dije mucho más calmada al saber que no iba a perder mi puesto, fuera cual fuera mi decisión.

—Solamente te pido un favor avísame con antelación para poder cubrir tu puesto y no quedarme sin un trabajador de improvisto.

—Claro no te preocupes, así lo haré. Tengo que irme ya Romina, muchas gracias.

Salí de la agencia con una perspectiva más positiva. Ya sabía que podía volver a mi trabajo en caso de que todo saliera mal, y eso me hacía pensar en que Alison tenía razón. Era una oportunidad para adquirir experiencia sobre lo que había estudiado, y no tenía que pensar sólo en la parte negativa.

Agarré mi bolso que colgaba del hombro y caminé unas manzanas como todos los viernes al atardecer. Me dirigía a recoger a mi madre al hospital. Trabajaba de enfermera desde que era joven, y mientras ella acababa su turno yo aprovechaba para visitar a los niños que estaban ingresados. Me encantaba dedicarles unas horas, sentía que tenía que ayudar y qué mejor que ofreciendo mi tiempo y haciendo que rieran un rato y se olvidaran del problema que les rodeaba.

Iba caminando mientras seguía dándole vueltas a la decisión e incluso imaginándome trabajando en esa multinacional, aun sin saber nada de ella. Llegué a la puerta del hospital y, como siempre, la puerta estaba colapsada por familiares y urgencias. Tras saludar a los camilleros y a las enfermeras de recepción, esperé que llegara el ascensor, pero al ver que tardaba y ver varias camillas esperando, decidí subir por las escaleras. Con cierta rapidez subí hasta el tercer piso. Parecía increíble después de tanto tiempo, pero al llegar a planta mi estómago se encogió, aunque tenía que hacer mi cometido y conseguir sonrisas y desprender alegría, así que cambié mi actitud instantáneamente y me dirigí hacia la sala de juegos que había en el fondo para los niños. Al verme, todos sonrieron y abrieron sus boquitas lo más grande que pudieron, y no pude evitar lanzarme sobre cada uno de ellos y hacerles cosquillas mientras les abrazaba y me los comía a besos.

Cogí un cuento y me senté en el suelo, todos me rodearon y esperaron impacientes que lo leyera, aunque más bien lo interpretaba. Me encantaba representarlo y así fue durante un buen rato, estuve leyendo e incluso gesticulando como lo haría la protagonista del cuento.

—Abi cariño ya podemos irnos —escuché a mi madre desde la puerta de la sala. Me giré y le indiqué con el dedo índice que me dejara un minuto para terminar el cuento y poder despedirme de ellos.

—¿Tan pronto? Déjala un ratito más enfermera —contestó Adams, uno de los niños que más tiempo llevaba en el hospital porque estaba a la espera de un trasplante de corazón.

—Te prometo que el viernes que viene tendrás más —le besé la mejilla.

—Si no me ha pasado nada antes... —Su voz era tan triste pero firme, cada vez que oía esas palabras, mi interior se desquebrajaba. Era injusto que niños tan pequeños tuvieran que ser conscientes de que, en el momento más inesperado, sus vidas se podían apagar.

—Más te vale que me esperes al viernes, si no te enterarás y es una amenaza, ¿te has enterado canijo? —contesté mientras le hacía cosquillas y conseguía una enorme sonrisa cambiando su triste mirada, por una algo más feliz.

Repartí besos, y con una sonrisa me fui hacia mi madre para irnos. Era una ardua tarea,

todos me miraban me abrazaban e intentaban sacar conversación, con la intención de retenerme unos minutos más. Pero el viernes era el único día que nos podíamos ver mi madre y yo con tranquilidad, ya que ella más que trabajar, vivía en ese hospital y el fin de semana yo prefería viajar o disfrutar de mis amigos. Así que habíamos llegado a un trato, todos los viernes cenábamos juntas, así las dos nos obligábamos a vernos.

—¿Vamos a la pizzería? —preguntó mi madre sabiendo mi respuesta.

—¿Lo dudas? —Comenzamos a reír mientras me abrazaba fuerte y apoyaba su cabeza en mi hombro.

Salimos del hospital mientras los compañeros de mi madre bromeaban con ella, todos se reían y me animaban a venir a buscar a mi madre más veces para que saliera de esas paredes. Fuimos caminando hacia la pizzería mientras mi madre me comentaba la cantidad de trabajo que había tenido ese día, así como la pérdida de algún paciente querido. Pero cuando ya pudo descargar la tensión que su trabajo le provocaba le prohibí volver a hablar de ello.

Entramos al restaurante y el camarero nos guió como cada viernes noche a la mesa que tenía reservada para nosotras, justo al lado de la ventana, y nos mostró la carta aunque siempre pedíamos lo mismo. La miramos por mirar y le dijimos al camarero lo que íbamos a tomar.

—¿Cuéntame qué te ha dejado en herencia ese loco testarudo! —se burló con una risa ladina, que hizo que resoplara.

—¡No te lo vas a creer, me ha dejado la mitad de la empresa, a mí! —casi le grité indignada.

—Con los años se volvió loco de remate, de joven lo era pero no hay duda que empeoró. —No paraba de reír, porque en el fondo lo conocía muy bien.

—¡Mamá, pero lo peor es que si renuncio a mi parte, su hijo también la pierde! —dije casi gritando y frustrada.

—¿A tanto ha llegado? Abi cariño ese muchacho lleva toda su vida trabajando en esa empresa, no puedes dejar que la pierda. —La voz de terror de mi madre por mi decisión, acabó de convencerme sobre lo que tenía que hacer.

—Lo imagino, pero por suerte todo no es tan malo, si acepto tengo que estar un año trabajando con ellos, al finalizar este tiempo puedo cederle mi parte y yo volver a mi vida habitual y nadie pierde nada. —Mi voz era de resignación, me sentía obligada a aceptar. La situación en la que me habían puesto no era fácil, pero no tenía que pensar en mí misma.

—Espero que decidas bien, pero tu trabajo... si te ausentas un año... —Su voz pensativa y miedosa dejó entrever lo que podía perder.

—Romina me permite pedir una excedencia y recuperar mi puesto después del año — interrumpí intentando tranquilizarla.

—Pues brindemos por la nueva ejecutiva de Megaestructuras Smith —dijo levantando la copa de vino rosado que estábamos bebiendo.

—¡No seas exagerada mamá! —Se me escapó la risa al sentirme avergonzada por el brindis propuesto.

Desvié el tema, ya que me incomodaba demasiado. Continué explicándole las novedades de la agencia, y hechos que habían sucedido a nuestro alrededor. Las dos éramos muy habladoras y cuando nos reuníamos no parábamos ni un segundo, nunca acabábamos los temas de conversación.

—Para mis clientas preferidas y las más guapas, hoy invita la casa al postre. —nos dijo Brian, el camarero, mientras nos servía unos gofres de chocolate con nata, que él ya sabía que eran mi perdición. Solo de verlos salivé, tenían una pinta deliciosa.

—¡Eso se lo dirás a todas! —le guiñé un ojo. Brian era un chico rubio con un cuerpo atlético, pero era tan agradable y parecía ser tan bueno, que sólo podría ser un amigo, aunque mi madre estaba convencida de que era el hombre perfecto para mí.

—No le hagas caso, es una joven muy ingenua —justificó mi madre mi comportamiento tan poco colaborador a sus piropos

Capítulo 2

YA habíamos terminado de cenar y seguimos hablando, pero mi madre comenzaba a bostezar. Ya eran las once de la noche y ella al día siguiente madrugaba. Le cogí la mano y, tras llevármela a mi mejilla y presionar con ella, le dije que teníamos que irnos, que tenía que descansar para el día siguiente. Nos levantamos y tras despedirnos salimos hacia la calle, caminamos unas manzanas hasta llegar al portal de mi madre. Sus ojos brillaban del sueño que tenía, así que le di un beso en la mejilla y me despedí.

—¿Cariño dónde vas ahora?

—Voy al karaoke me están esperando —le contesté mientras bailaba siguiendo el ritmo de la música que imaginaba en mi mente, provocando que mi madre riera, confirmando sus sospechas. Estaba un poco alocada.

—Ay mi niña qué mayor se ha hecho, me encantaría volver a verte cantar, hace mucho que no te veo, y lo haces de maravilla. Ah, y antes de que se me olvide, decidas lo que decidas estaré orgullosa de ti, aunque te conozco y sé que nunca dejarías que Mike perdiera la empresa, así que suerte en esta nueva aventura.

—Espero no equivocarme. —Le di miles de besos en la mejilla y tras un largo y fuerte abrazo me fui rápidamente hasta el karaoke, dónde me esperaban todos mis amigos.

Entré y pedí una copa en la barra, mientras miraba hacia el escenario. Estaban Ian, Tom y Alison cantando una de las canciones de Roxette, y no podía dejar de reír, era horroroso el sonido que ese trío emitía, no podía creer que cantaran tan mal. Cogí mi copa y caminé al ritmo de la música hasta llegar a la mesa en la que se encontraban bastantes amigos más, y tras saludarlos comenzamos a animar a los cantantes.

—¡Abi has tardado mucho hoy! —dijo Alison mientras bebía de su copa y recobraba aire para poder hablar.

—¡Tenía muchas cosas de las que hablar, ya sabes! —Le dejé entrever de qué habíamos estado hablando mi madre y yo.

—¿Es un sí, verdad? Me lo dice tu cara —sonrió.

—No tengo más remedio, pero no te pienses que te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Evidentemente, tendría un gran problema conmigo. —Me miró burlona mientras con el mando seleccionaba una canción, me dijo que necesitábamos alegría y tras gritar como una loca me cogió de la mano para que la acompañara al escenario. Observé la pantalla y vi el título de la canción y no podía ser otro que “single de ladies” de Beyoncee, y mientras miraba cómo a su lado salían nuestros nombres, más reía; no era de extrañar era una de las canciones que siempre cantábamos.

Miré al animado público y reconocí a muchas de las personas que se encontraban esperándonos, la mayoría de personas del local eran asiduas, y no dudaron en animarnos antes de que sonara la canción.

Los primeros acordes sonaron y las dos nos miramos felices, a ambas nos encantaba cantar, y nuestros momentos de karaoke eran como si fueran nuestro minuto de gloria. Nuestras cuerdas vocales se activaron solas y comenzamos a seguir la canción en una entonación perfecta y muy alegres. Nuestros amigos no paraban de gritarnos piropos, provocando que riéramos y no pudiéramos seguir con la letra de la canción, pero no nos importaba, estábamos disfrutando como niñas. Hasta que terminamos de cantar y nos bajamos de un salto para dirigirnos de nuevo a la mesa. Los aplausos del resto de asistentes eran descomunales, nos silbaban como a estrellas y las dos bastante eufóricas sonreímos hasta poder sentarnos.

Seguimos tomando copas sin ser conscientes de que estábamos bebiendo demasiado. Aún manteníamos la cordura, pero la risa tonta no la podíamos evitar. Decidimos seguir la juerga en casa y en privado. Al salir del karaoke había un taxi a la espera de un cliente, y nos montamos en él agradecidas de que estuviera allí como si estuviera reservado para nosotras. Le indicamos dónde queríamos ir y por dónde para evitar vueltas innecesarias, mientras continuábamos hablando. Como muchas otras veces, paramos al taxista unas calles antes para así ahorrar y que la carrera no subiera tanto.

Al bajar del vehículo observamos que acababa de finalizar el partido de fútbol americano que retransmitían por la televisión, ya que todos los hombres salían de los bares y de casas de amigos con las camisetas y celebrando la victoria.

Alison no dudó y se unió a la celebración mientras caminábamos, los grupos de chicos al ver dos chicas jóvenes no dudaban en decirnos cosas.

—Mira ésos dos que se acercan, esos sí valen la pena —decía mientras las carcajadas iban aumentando.

—No grites, te van a oír, no sé cómo puedes saber cómo son desde aquí, no los distingo. —Intentaba observar cómo eran pero mi campo visual no llegaba a ellos, seguíamos acercándonos y me resultaban familiares pero no sabía quiénes eran. Cuando estábamos apenas a dos metros de distancia de ellos, escuché cómo uno de ellos decía: “es la chica de esta mañana”. Por un instante quedé paralizada al observarlos bien y reconocer que eran los dos chicos trajeados con los que tropecé al salir del notario. Mi estómago se encogió al recordar el momento e interiormente grité: “tierra trágame”.

—¿Perdona, nos recuerdas? Esta mañana nos hemos visto —dijo el chico que había hecho pararse las puertas con las que topé. Pero aquella mañana apenas lo observé a él, recordaba su voz chulesca pero nada más, pero su compañero era inconfundible, esos ojos verdes, con esa mirada tan intensa y penetrante, no la olvidaría jamás. Por la mañana me paralizó, pero en ese instante mirándolo directamente tenía un magnetismo aún mayor, tanto que comenzaba a ponerme nerviosa.

—Sí os recuerdo, perdonad mi mala educación, pero la situación me incomodó y me fui bastante rápido. —Intentaba justificar mi fugaz huida.

—No te preocupes te entiendo. Me llamo Jason.

—Ella es Abi y yo Alison encantadas de haberos conocido —interrumpió Alison sabiendo que seguramente yo no alargaría más esa conversación.

Me sentía incómoda, atrapada, sentía como el chico de ojos verdes no dejaba de

mirarme, pero no podía observarle, ya que se daría cuenta de que yo también lo miraba, así que opté por irme como siempre hacía, en situaciones que no podía controlar.

—Encantada de conoceros, pero siento decirte que tenemos prisa —balbucée los más rápido que pude.

—Animaros y nos tomamos algo por aquí cerca —insistió Jason.

—No puedo, mañana tengo que madrugar, espero que nos veamos en otra ocasión. — Mientras yo me despedía de ellos, la mirada de Alison no se apartaba de mí, estaba molesta porque le estaba destrozando sus planes mentales que seguramente ya se había organizado interiormente. En cambio Jason no insistió y su compañero no quitaba su mirada de mí. No lo pensé más tenía claro lo que tenía que hacer, así que agarré la mano de Alison y la obligué a continuar nuestro camino.

—¿Tú has visto esos dos hombres? —Alison gritaba desmesuradamente.

—Sí los he visto, ¡pero qué querías, irte con ellos sin conocerlos! —Tuve que fingir más que nunca ya que ni yo creía la excusa barata que había inventado.

—¡Abi ni que fuera la primera vez que lo hacemos! No has dejado que nos dijera cómo se llamaba el amigo, que no dejaba de mirarte, por si no te has fijado. —Estaba enfadada, su tono y su cara lo demostraban.

—Lo sé, pero esos chicos me ponen nerviosa, venga, entra que ya estamos en casa. — Abrí rápidamente la puerta, y tras lanzarme sobre el sofá, no podía dejar de recordar la imagen de ese hombre. Si con traje me había impactado, en vaqueros y con la camiseta de fútbol mucho más, sin duda alguna era uno de los chicos más guapos que me había encontrado nunca.

—¿Qué planes tenemos para mañana? —preguntó muy alegre ya que íbamos a pasar el fin de semana juntas, e intentando olvidar su fallido plan con esos dos jóvenes.

—Por la mañana iremos al rastro como tú quieres, a ver si por fin encuentras el mueble que tanto te gusta, y a las cuatro me acompañas al notario.

—¡Perfecto pues prepárate para mañana, te voy hacer caminar mucho lo sabes!

Fui hacia mi habitación en busca de un futón, que tenía guardado para las ocasiones que tenía visita; era mucho más cómodo que dormir en mi pequeño sofá. Por mucho que quisiera mi apartamento creo que era el más pequeño de Manhattan, con solo una habitación, tenía que idear para poder acomodar a los invitados. Cuando lo renté, fue porque me enamoré a primera vista, era ideal para mí, pequeño, barato y céntrico.

Apartamos lo poco que entorpecía y lo estiramos mientras le lanzaba las sábanas y las extendimos. Alison se lanzó sobre él como una niña y me animó para que hiciera lo mismo. Sin dudar, salté sobre ella y quedamos tendidas mirando al techo y riendo de todo y de nada.

Amaneció un día soleado, así que me puse unos jeans con una camiseta básica de manga corta de color rosa palo. Tenía que ir cómoda y, si me abrigaba, después me sobraría mucha ropa, así que preferí ir más veraniega. Al abrir la puerta de mi habitación el olor a café me guió hasta el comedor, dónde me esperaba Alison en la barra de la

cocina.

—Date prisa, desayuna, que nos vamos ya. —denotaba la emoción que sentía, llevaba meses buscando un mueble, y por fin lo había encontrado por internet, y se lo iban a traer al rastro que siempre instalan en las afueras de la ciudad. Su sonrisa no desaparecía en ningún instante, así que aceleré mis movimientos para terminar lo antes posible.

Cerré la puerta de mi apartamento y caminamos hasta el aparcamiento de su casa, para recoger el coche. Aunque el rastro estaba relativamente cerca, nos sería difícil llevar un mueble si no llevábamos el coche, las dos solas no teníamos la suficiente fuerza para caminar con él muchos metros.

Cuando nos íbamos acercando, ya se podía sentir el ambiente, muchas personas con bolsas de tela grandes aún vacías para poder comprar y encontrar gangas. Me encantaban estos lugares en los que sin buscar podías encontrar lo que menos esperabas, y eso teníamos que conseguir hoy. Alison quería una consola para su entrada, era antigua pero iba a restaurarla y transformarla en una cómoda actual y moderna. Llevaba mucho tiempo buscándola y por fin había dado con ella.

Tras aparcar el coche fuimos caminando entre los diferentes artesanos y puestos de comida ecológica, paramos a comprar un poco de fruta y verduras para llevar a casa.

—¡Abi mira, es ésa consola corre vamos! —gritó mientras se alejaba de mí para llegar al artesano.

Al ver el mueble, pude observar lo bonito que era, muy simple pero lo imaginaba restaurado e iba a quedar impresionante. Tras estar negociando durante unos minutos por fin llegaron a un acuerdo, tenía que bajar el precio al máximo para conseguir una eficiencia con esa adquisición, si no no valdría la pena esa compra.

—¡Por fin es mía! —repetía insistentemente mientras íbamos camino al coche para guardarla en el maletero, y poder seguir paseando. Era un mueble macizo, pesaba muchísimo, cada una aguantaba un extremo y aun así apenas podíamos con él.

Alison abrió el coche mientras yo sujetaba con más fuerza el mueble, y haciendo un sobreesfuerzo por levantarlo, conseguimos que entrara en el maletero. Pasé mi mano por la frente retirando el sudor que emanaba del esfuerzo realizado, y estiré mi espalda intentado destensarla. Nos chocamos la mano en señal de “lo conseguimos” y volvimos para seguir buscando cosas interesantes.

Ya eran más de las tres de la tarde y decidimos volver, para no llegar tarde a mi cita con el notario. Durante el camino mi nerviosismo iba aumentando, no estaba segura de la decisión que había tomado y sobre todo si me iba a arrepentir algún día. Mis manos temblorosas no dejaban de moverse en círculos entre ellas, y cruzaba los dedos para poder pararlas pero sin éxito.

Pero no había vuelta atrás. Hice parar a Alison en la puerta y bajamos del coche, ella me miraba pero permaneció en silencio, esperó que yo le confirmara que quería que me acompañara y así fue. Le agarré del brazo y la guié hacia la puerta del ascensor que nos llevaba directamente a la planta del despacho del Señor Preston.

—Buenos días tengo una cita con el Señor Preston —le indiqué a la recepcionista que,

por su sonrisa ya me había reconocido.

—Ahora mismo le aviso, Señorita Evans. —Nos sentamos en unos sillones que había a su derecha. Alison me miraba y apretaba la mano intentando transmitirme serenidad y confianza, y que agradecía porque en ese momento solo necesitaba eso. Los pocos segundos que permanecemos sentadas se hicieron eternos, mi mente imaginaba cómo sería mi futuro, y mi miedo a que algo saliera mal se manifestaba con visiones que me estremecían sólo de llegar a pensarlas.

De pronto se abrió la puerta del despacho y salió el Señor Preston. Me sorprendió su vestimenta tan casual que llevaba, ya que la última vez el traje que llevaba era de etiqueta, sin duda, pero ésta vez parecía una persona más cercana y humana que el día anterior.

—Pasa Abigail —dijo mientras le entregaba a su secretaria un dossier de gran tamaño, pudiendo sopesar la cantidad de papeles que había en el interior.

—Espérame aquí, no tardaré —le dije en voz baja a Alison. Respiré hondo llenando mis pulmones de aire y, armándome de valor para hacer lo que tenía pensando, entré en la sala sintiendo la misma sensación que el día anterior.

Vi que el abogado de la familia Smith ya estaba sentado y, tras saludarle, me senté a su lado. Por suerte para mis nervios entró rápidamente el Señor Preston y, sin dejar hablar a nadie, comenzó a explicar en qué consistía que yo aceptara el cargo que desarrollaría en la empresa, la cuenta bancaria que automáticamente se abriría a mi nombre con un capital inicial de cien mil euros, y sobretodo el sueldo que había fijado el Señor Smith en siete mil dólares mensuales. En ese momento mi cabeza había despegado de mi cuerpo, no podía creer lo que estaba llegando a mis oídos, en la vida había tenido tanto dinero y por supuesto no lo quería.

—Señorita Evans debe de tomar una decisión —se dirigió hacia mi con mirada seria pero a la vez cercana que me demostraba confianza, dándome fuerzas para decir lo que sentía.

—Voy a ser muy breve, la decisión que el Señor Smith tomó es muy injusta, ya que no sólo tengo que cambiar mi ritmo de vida, sino que una persona con todo el derecho del mundo, perderá todo por lo que ha luchado desde muy joven. Voy aceptar por él, pero cuando pase el año, cederé todo lo que se me ha entregado y volveré a mi vida de siempre. —Tras decir todo lo que sentía sin apenas respirar y sintiéndome libre moralmente, firmé todos los papeles que el Señor Preston y el abogado de la familia me indicaron.

—Señorita Evans, un segundo hay una cosa más —farfulló el joven abogado cuando vio que me disponía a irme de la sala.

—¡No me asuste! —protesté, aunque sonreí por la incertidumbre de no saber qué más me quería decir.

—No claro que no, solo le pedimos que al Señor Smith hijo no le comente nada de lo que hemos pactado, él se piensa que usted hereda la mitad definitivamente y así ha de seguir pensando, es una lección que su padre le quiere dar en la vida, la consecuencia de que se entere es que pueda tener problemas para cederle su parte al finalizar el año. Y le esperan en Reinaldo en treinta minutos.

—Entendido. —Me quedé perpleja ante el último anuncio, encima tenía que mentir, ya que tenía que omitir mi posibilidad de ceder mi parte, ahora sí que iban a pensar que era una aprovechada, y eso no me gustaba nada. Y para más inri tenía que acudir a un lugar que ni sabía qué era.

Abrí la puerta del despacho y salí a recepción, dónde pude ver a Alison leyendo una revista, me acerqué a ella, y le indiqué que ya había terminado. Le confirmé con un ligero movimiento de cabeza que estaba bien y salimos del edificio aun sin decir nada. Me temblaban las piernas, tanto que en cualquier momento podía caer, pero no fue así, guardé la compostura hasta salir a la calle.

—¡Alison acompáñame, me han dicho que tengo que ir a Reinaldo, y no sé qué es! — Sentía pánico a no saber qué tenía que hacer y sobre todo a sentirme manejada por alguien que ni siquiera estaba entre nosotros.

—¿Que no sabes qué es Reinaldo, en que ciudad vives? Es la tienda más exclusiva de la zona, por supuesto que te acompaño, siempre he querido ir, pero por vergüenza nunca he entrado, yo no podría permitirme una compra allí. A partir de ahora vas a ser una ejecutiva prestigiosa, ¿no querrás presentarte en tejanos no? —La naturalidad con la que se expresaba me sorprendía—. Estoy deseando llegar.

—Buffff... me estoy mareando, ¿qué he hecho con mi vida?... —Me sentía confundida, aturdida y con ganas de huir lo más lejos que pudiera.

—Solo es un año, disfruta del momento, esto no lo vive casi nadie, eres una afortunada, así que vamos allá. —Me cogió de la mano transmitiéndome su fuerza y me guió hasta la exclusiva boutique.

Cuando llegamos, me paré en la entrada mientras observaba el escaparate, denotaba el nivel y el tipo de clientes que seguramente acudían a aquel lugar. Nunca hubiera podido adquirir una prenda ni aunque hubiese trabajado solo para ello.

Entré en la tienda con miedo, pero Alison me agarró muy segura de lo que teníamos que hacer y me dirigió hacia la vendedora del mostrador. Le dije que me habían citado y al decir mi nombre se levantó como si de alguien importante se tratara. Nos acompañó a una sala privada en la que midió mi cuerpo para asegurarse de la talla y me hizo probar tres tipos de vestuario, formal con falda, formal con pantalón, e informal pero muy arreglada. Me dejé hacer sin saber exactamente sus intenciones, simplemente me vestí y desvestí como me pidieron, sin quejarme.

Me sentía como Pretty Woman transformándose en la princesa del rico que se había enamorado de ella, pero la diferencia era que a mí no me esperaba nadie.

—¡Chicas ya estoy listo para vosotras! —dijo un joven muy refinado que salió de una trastienda. Por la cara de sorpresa de Alison imaginé que era Reinaldo, el dueño de la boutique. Lo observé atentamente, pero mi mirada se dirigió a unas bolsas de color negro que colgaban de sus cuidadas manos. Por el volumen que parecían tener, intuía que tenía que haber una cantidad de modelos de ropa desorbitados.

—Hola Reinaldo —contesté esperando no confundirme de persona.

—Encantado Abigail, todo esto es lo que el Señor Smith quería que fuese tuyo.

Evidentemente no te tienes que preocupar todo se pagó hace un tiempo así que sonrío que parece que no te agrada comprar ropa. Muchas pagarían millones por estar en tu lugar.

—¿Todo esto es para mí? —Mis ojos iban a salirse de las órbitas.

—¡Si querida!, ¿tú no sabes dónde empiezas a trabajar? —Su risa sarcástica me estremeció.

—Pregunta incorrecta, no va a trabajar. Es la socia del Señor Smith —interrumpió Alison riéndose de Reinaldo por la cara que había puesto cuando oyó las palabras de ésta.

—No me lo puedo creer, ¿vas a ser la socia de Mike? Interesante, vaya dos bomboncitos...

Me colocó las bolsas sobre mis brazos y tras darme dos besos en la mejilla, desapareció como si nada, dejándonos a las dos mudas, por su aplastante despedida. Entró la chica que nos había llevado hasta esa sala y nos volvió a acompañar hacia la salida. Fuimos hacia el coche aún en shock.

Pedí a Alison ir directas a mi casa y dejar esa cantidad de ropa que habían preparado para mí. Me sentía como si estuviera en una nube flotando, estaba sorprendida, y agradecida por las molestias que el Señor Smith se había tomado conmigo, pero mi parte de cerebro más realista, sabía que nada de lo que llevaba en mis manos me pertenecía y el remordimiento me invadía en mi interior. Alison, en cambio, estaba alegre, como si todo esto fuera para ella. No paraba de repetir lo que acababa de suceder, que habíamos estado con Reinaldo y la cantidad de ropa que llevábamos en el coche que jamás podríamos comprar nosotras. Yo no contesté no era capaz de asimilar todo tan rápido y preferí dejar la mente en blanco.

Abrí la puerta de casa y entramos. Fui en busca de un vaso de agua, pero al abrir la nevera vi el refresco de Coca Cola. Cogí y di dos tragos enormes, la cafeína me despertaría. Alison me miró y, tras ver que no iba a moverme, se fue directa a mi habitación. Durante unos minutos permanecí sentada bebiendo, sin querer pensar en nada, hasta que vi la hora. Era muy tarde, así que decidí hacer algo de cenar para las dos.

—¡Qué bien huele! Por cierto, tienes tu armario ordenado por colores dentro de cada tipo de prenda. —Su emoción era tal que parecía que fuese todo para ella.

—¡Estás loca, en ese mini armario, has conseguido hacer todo eso! —Por primera vez en toda la tarde conseguía reír.

—Parece mentira que me conozcas hace tantos años. —Sus ojos se pusieron en blanco.

—Gracias por estar conmigo hoy, me has ayudado mucho, te quiero muchisisisísimo. —Intenté agradecerle que hubiera estado a mi lado y le di un abrazo y muchos besos.

Mientras nos achuchábamos como tontas, escuché el sonido de un mensaje de WhatsApp. Cogí corriendo mi teléfono del bolso y abrí la aplicación de mensajería para leerlo:

“Abi, cariño, no me has dicho nada, ¿al final qué has decidido?”

Miré la pantalla y leí tres veces el mensaje, hasta que me vi con fuerzas para contestar.

“Mamá, he aceptado, pero solo un año. Cuando pase, le cederé todo a su hijo.

Mientras tanto, voy a trabajar en una multinacional con un sueldazo (del cual no pienso gastar más de lo estrictamente necesario) y mi armario repleto de ropa carísima... Aún estoy alucinando, esto no es para mí. Te quiero.”

Imaginaba a mi madre disfrutando en ese momento de mi ingenuidad y alegrándose por mí. Sonó otro mensaje de entrada y sabía que era ella.

“Él querría que disfrutaras de lo que te ha ofrecido, no pienses tanto y vive la vida, es un consejo. Te quiero, un beso enorme princesa.”

Era evidente que mi madre conocía muy bien a ese hombre, y tenía razón. Ya había aceptado, así que tenía que disfrutar y no pensar más. Dejé mi teléfono sobre la mesa y seguimos cenando mientras veíamos nuestra sesión de películas de terror.

Me encontraba delante del espejo de mi habitación observando mi nueva apariencia. Me había puesto un pantalón negro de pinza, caído de cadera, con una camisa de color beige brillante atada en la parte posterior del cuello y sin mangas. Parecía que siempre hubiera vestido de esa forma, me sentía a gusto y cómoda, era una ropa muy elegante y apta para presentarme mi primer día de trabajo en la multinacional del Señor Smith.

Por unos instantes pensé en cómo sería su hijo y el recibimiento que tendría. Suponía que no sería el mejor, ya que en parte le había robado la mitad de su herencia y, por lo que me pidió expresamente su abogado, él no sabía que mi parte podía ser transitoria, así que tenía que esperarme lo peor, por si acaso.

No quise pensar más. Salí de casa y me fui a trabajar como un día más, pero ésta vez a un lugar diferente. Paré en la cafetería de cada mañana y pedí un café con leche para llevar ante la sorpresa del camarero que, al verme no paró de mirarme. Imagino que mi imagen no era la misma que la semana anterior y no había pasado desapercibida. Salí y caminé relajadamente hasta la dirección que me había indicado el Señor Preston. Era pronto, por tanto podía caminar calculando mis pasos hasta conseguir dominar los zapatos nuevos que me había puesto.

En cuanto llegué al Hall del edificio, me quedé boquiabierta de lo elegantes que iban todos vestidos. En ese momento agradecí el regalo del Señor Smith. Tenía esa cantidad de ropa nueva porque en ese lugar nadie iba en tejanos. Me dirigí al ascensor y nadie me miró. Todas las personas que se hallaban a mi alrededor iban pendientes de sus móviles o hablando en pequeños grupos, pero nadie observaba al que tenía a su lado.

Al abrirse la puerta del ascensor y caminar varios pasos por la planta del que era mi nuevo trabajo, me sentí aterrada. Muchas personas caminaban de un lado a otro y apenas hablaban unas con otras, todo parecía muy frío. A mi derecha vi a una joven recepcionista hablando por el auricular y a varios hombres esperando, pero a dos de ellos ya los conocía.

“¡No me lo puedo creer, ellos otra vez, parece que me persigan, están en todos lados últimamente!”

Hablé tan bajo, que nadie pudo oírme, pero mis nervios comenzaron a crecer al volver a pensar en aquél hombre, en su mirada tan penetrante que conseguía desestabilizarme sin hacer nada más.

Capítulo 3

—PARECE que nos vamos a ver en más ocasiones. —Fingí una sonrisa, mientras los dos jóvenes se giraban y se quedaban atónitos al verme allí.

—¿Qué haces aquí? —Era la segunda vez que escuchaba la voz de ese hombre moreno de ojos verdes y me impresionó muchísimo, ya que era una voz grave y seca pero muy armoniosa y amable. Podía deducir que era un hombre cariñoso.

—Tengo que preguntar por el Señor Mike Smith. Hoy empiezo a trabajar. —No pude evitar expresarme con tono de resignación. Su mirada cambió completamente, se convirtió en gélida e incluso enfadada. Durante unos segundos me miró a los ojos directamente, sin decir nada más.

—Pues lo tienes delante, soy yo. Entiendo que tú debes de ser Abigail Evans, encantado de conocerte. —Su voz había cambiado completamente, ahora era sarcástica, pero no dudó en tenderme la mano para estrecharla. Sin darme cuenta, me quedé paralizada sin saber reaccionar, hasta que la retiró y me hizo un gesto para que le acompañara. Noté un ligero golpe en la espalda de su compañero Jason que me hizo regresar a la realidad. Asentí rápidamente mientras mis pies se dirigían torpemente hacia su despacho.

No me podía creer lo que me estaba pasando, no solo tenía que comenzar en un nuevo trabajo, sino que mi “socio” era ese joven, ese hombre atlético de ojos verdes, que el primer día nada más clavar su mirada en la mía, me hizo desearlo con todas mis fuerzas. Sí, no podía negarlo más, lo deseé en ese instante.

“Abi, despierta, tienes que comportarte, reacciona”, escuché una voz interior gritándome.

—Espero que estés a gusto en esta empresa, mejor dicho, nuestra empresa si no entendí mal. —En sus palabras sentí el rencor que sentía hacia mí, y lo evidenciaba la mirada gélida que fijaba en mí. Días atrás me observaba con intriga, con ganas de conocerme, ahora en cambio llamaradas de fuego brotaban de sus ojos, que me atravesaban por completo.

—Señor Smith, siento estar en esta situación, pero yo solo quiero aprender, y sobretodo ayudarle en todo lo que pueda, no me crea su enemiga. —Intenté controlar la situación y que él se relajara, pero mis palabras no hicieron efecto ya que su gesto no cambiaba ni un ápice.

—Te explico, tu despacho será el que hay junto al mío. Ya lo han preparado para que dispongas de todo lo necesario, si quieres vamos y te sigo explicando. —continuó hablando en el mismo tono, como si no hubiera escuchado nada de lo que le acababa de decir. Iba a ser más complicado de lo que creía.

Asentí con la cabeza y nos dirigimos hacia el despacho que se encontraba justo a la derecha del suyo. Pude observar que era mucho más oscuro y pequeño, pero no me importaba. Nunca había tenido despacho, así que me adaptaría sin problemas.

Me dio un documento en el que estaban todas mis claves para acceder al ordenador, al correo electrónico y a los archivos de la empresa. La seguridad era máxima y eso denotaba la profesionalidad de aquella empresa.

Tras la explicación de cuál serían mis funciones, se marchó sin decir ni una palabra, simplemente cerró la puerta del despacho y me quedé sola, respirando agitadamente.

En ese momento sonó un mensaje de Whatsapp e imaginé que era Alison. Tras cogerlo y mirar en la pantalla del móvil, la cual reflejaba mi rostro triste y serio, abrí el mensaje sin pensar:

“¿Abi, cómo va tu primer día? Espero que tu socio sea guapo. Un beso enorme, después hablamos.”

Tras sonreír por el mensaje, le contesté rápidamente.

“No te lo vas a creer, mi socio es el joven de ojos verdes que conocí cuando me tropecé el día del notario y que después nos encontramos de camino a mi casa. Me quiero morirrrrrrr”.

Sabía que no tardaría en contestar y no me equivoqué.

“Guau, yo quiero ser tú, te pido para Reyes. Un año trabajando con ese pedazo de hombre, me derrito solo de pensarlo, te dejo, ha venido Romi, llámame y me cuentas”

Dejé el teléfono sobre la mesa y, tras mirar la bandeja del correo electrónico, pude ver que todos los emails que tenía por leer eran de la secretaria de Mike, todos ellos con petición de información de cada uno de los proyectos con los que la empresa estaría a punto de cerrar tratos. Sin pensarlo dos veces, comencé a rellenar los informes tal y como las estrictas indicaciones pedían.

—¿Señorita Evans, quiere que le traiga un café o algo para desayunar? Muchos trabajadores ya están en la cafetería. —Escuché una voz que venía de la puerta, miré en busca de esa voz y vi a una chica joven, rubia, y con cuerpo de modelo que insinuaba tras el traje de falda de tubo de color beige que llevaba.

—¿Te puedo pedir un favor? —contesté avergonzada.

—Claro dígame. —Su tono y gestos eran típicos de la secretaria perfecta. Dijera lo que dijera su jefe, siempre iba a tener esa cara.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté intrigada.

—Discúlpeme no me he presentado, me llamo Blanca —contestó como si hubiera cometido un pecado capital.

—Perfecto Blanca, un nombre muy bonito. ¿Podría acompañarme a la cafetería y me enseña un poco este lugar? —mi voz era casi de súplica.

—Por supuesto. —Me guiñó un ojo demostrando confianza y complicidad entre mujeres.

Salimos de mi despacho y comenzó a explicarme qué había tras cada puerta que íbamos cruzando, hasta llegar a una cafetería que solamente era para el personal de la empresa. Tras pedir un café con leche y un muffin de chocolate, nos sentamos las dos en una mesa.

Blanca me iba informando del nombre de todos los que estaban allí presentes o cualquiera que pasara por el pasillo y pudiéramos ver, y qué puesto tenían en la empresa. Me encantaba poder conocer a las personas con las que iba a trabajar todos los días.

Cuando nos disponíamos a volver al trabajo, Jason, el amigo tan simpático, entró en la cafetería.

—¿Abigail cómo va tu primer día? Espero que Mike no te haya acumulado de trabajo. —Su tono de burla me hizo sonreír por primera vez desde que había entrado en esa empresa.

—Bueno... —contesté sonriendo.

—Paciencia, poco a poco tendrás todo bajo control. —Me dio un pequeño golpe en el hombro, demostrándome cercanía y seguridad.

Le agradecí a Blanca que me mostrara todo, pero en el fondo lo que agradecía era el haberme salvado durante unos minutos de la soledad de mi despacho. Cuando pensaba que había finalizado la mayoría de dosieres que tenía que documentar, entró Blanca con un montón de dosieres en las manos.

—Señorita Evans, el Señor Smith me ha pedido que le trajera estos documentos, también se tienen que documentar. —En su tono sentía que le sabía mal traerme tanta cantidad de trabajo, pero imagino que el Señor Smith en parte estaba vengando su rabia acumulándome de trabajo.

—Déjalos aquí Blanca —dije con una sonrisa y con cordialidad, intentando que ella no se sintiera mal.

Cuando Blanca salió del despacho, miré la pila de dosieres, pero en realidad no me molestaba, ya que tras investigar esas empresas y los lugares en los que se encontraban, conseguía beneficiarme, aprendía muchas más cosas, que no solo buscando viajes como hacía normalmente. Comencé a reír en voz baja y mi cabeza no paraba de pensar:

“El castigo se te ha torcido, porque me está encantando...”

Escuché un golpe en mi puerta y era él, el Señor Smith. Le di permiso para que entrara y, tras observar las pilas que había formado sobre mi mesa organizando el trabajo realizado y el pendiente, noté como que quería sonreír malintencionadamente, pero lo evitó.

—Espero que no te moleste el trabajo que estás desempeñando, como comprenderás no vas a dirigir la empresa así de la nada. —Su prepotencia era desorbitada, pero entendía un poco de psicología y no iba a dejar que disfrutara a costa mía.

—Para nada, me gusta mi trabajo, tengo que aprender mucho hasta que llegue el día que trabajemos conjuntamente. —Emití una sonrisa, la más grande y falsa que mi cerebro pudo ordenar, aunque por dentro sentía que odiaba esa prepotencia.

—Si tienes cualquier duda, Blanca te puede ayudar en todo. Yo estaré fuera el resto del día. Tengo reuniones con clientes. —Su sonrisa malévola junto con su mirada asesina demostraba el odio que sentía hacia mí.

—No te preocupes por mí, estaré bien —volví a emitir una sonrisa falsa.

Cuando salía por la puerta, mi cara de burla imitando sus palabras como si fuera una niña chica, me hicieron reír descaradamente. Me puse de pie y comencé a observar el despacho, la luz era completamente artificial debida a los fluorescentes que tenía sobre mi cabeza. Uno de ellos no paraba de parpadear, y molestaba a mi vista.

Observé que, justo al lado de mi mesa, había un gran ventanal, tapado por una cortina veneciana que estaba cerrada y no dejaba ver la persiana que había justo detrás.

Sin pensarlo dos veces le di al botón que abría las persianas y una luz deslumbró mis ojos durante los primeros segundos. En cuanto mi vista se acostumbró a ese resplandor, observé la luz natural que entraba y no pensaba desperdiciar. Había pasado de ser un lugar sombrío, a uno con luz y mucha más alegría.

—¡Señorita Evans, qué cambio! Aunque no sé si al Señor Smith le parecerá buena idea. —Noté la preocupación y el respeto que le tenía.

—Blanca siento que le moleste, pero si tengo que trabajar en este lugar necesito estar cómoda y la luz natural me hace sentir bien. El Señor Smith tendrá que acostumbrarse. — Sentí que mi relación con el Señor Smith iba a ser complicada, no me lo iba a poner nada fácil, pero debía aceptar que ahora no era el único que trabajaba allí.

—¿Le apetece salir a comer conmigo? —dijo sonriendo al escuchar mis palabras tan rotundas.

—Me parece una estupenda idea, no conozco a nadie y no quiero estar sola.

Cogí mi bolso y salimos a la calle. Me sentía libre fuera de ese edificio, mis pulmones se llenaron de aire dándome ánimos y no pude evitar sonreír. Blanca me propuso ir a un restaurante que frecuentaban y la seguí encantada. Al entrar, nos sentamos en una mesa y pedí una ensalada de pasta.

—Blanca cuéntame un poco de la empresa. —Intentaba descubrir qué se escondía en aquellas cuatro paredes.

—La verdad es que se trabaja muy a gusto en esta empresa. El Señor Smith es muy amable con todos nosotros. —Notaba como si no quisiera decir una palabra fuera de lugar, sabiendo que yo era dueña también. Ya había sentido miradas del personal no muy amigables.

—¿Pero ese hombre alguna vez sonrío? —intenté buscar un poco de humor a la conversación, y que se sintiera más a gusto conmigo.

—La verdad que no mucho. Jason, el arquitecto, sí. Es el alma de la empresa. —Por fin su control estaba desapareciendo, su postura era más relajada y su sonrisa más natural.

—Pues lo voy a pasar mal, a mí me encanta hablar y reírme. Tendré que aliarme con Jason, si no me voy aburrir mucho. —Las dos comenzamos a reír amigablemente.

Apenas hablamos de la empresa ni de nuestras vidas, simplemente las dos preferimos seguir comiendo y comentar la actualidad de nuestra ciudad, y lugares que habíamos ido y que no se podían dejar de conocer.

Tras acabar el almuerzo, ya había pasado una hora, teníamos que regresar. Por el camino compramos un café para llevar, que fuimos tomando mientras entrábamos en la

oficina. Me sentía más animada, hablar con Blanca había sido muy gratificante.

Al entrar a mi despacho todo había cambiado, la claridad que entraba por el enorme ventanal había dado vida a la estancia, era mucho más confortable. Dejé el café sobre la mesa y cogí el expediente que había dejado a medias antes de ir a comer. Seguí investigando y rellenando informes durante toda la tarde.

Cuando vi que eran las cinco y terminaba mi jornada laboral, recogí mi mesa y me colgué el bolso en mi hombro para salir de mi despacho. Caminé con paso rápido hasta atravesar la puerta en la que me topé con Jason.

—Hasta mañana.

—¿Te apetece tomar una copa? No has parado de rellenar informes. —Me guiñó un ojo, demostrándome complicidad.

—No te voy a decir que no. —Ni lo pensé un instante, me inspiró confianza y me apetecía conocer a mis nuevos compañeros, qué mejor forma que tomando una copa.

—Pues vamos, aquí cerca hay un local.

Salimos del edificio y fuimos paseando hasta llegar al sitio que me había dicho. Era un bar muy elegante. Nos sentamos en una mesa y Jason pidió dos gin-tonics, sin preguntar si me gustaba o bebía alcohol, pero no me importó. Después del día tan aburrido que había tenido, me bebería lo que hubiera pedido.

—¿Cómo ha ido tu primer día? Como has visto, el ambiente no es muy animado en la empresa. —Sonreí, reconociendo la realidad y rompiendo el hielo entre los dos.

—Lo he notado, pero bueno, se supone que vamos a trabajar —sonreí tímidamente—. ¿Y tu amigo siempre es tan serio? —Comenzó a reírse a carcajadas que solo detuvo cuando el camarero trajo nuestras bebidas.

—La verdad es que Mike es muy serio, pero tengo que reconocer que contigo más.

—Pero si yo no le he hecho nada, no me conoce. —Me sorprendió que fuera tan sincero, pensaba que lo encubriría un poco más al ser su amigo.

—¿Creo que le has quitado la mitad de la empresa, ¿qué quieres que te reciba con los brazos abiertos?! —No pude evitar suspirar fuerte y dar un largo trago.

—Yo no le he quitado nada, su padre lo decidió así.

—Lo siento Abigail, yo no quiero involucrarme en este tema, yo soy neutral. —Su tono de no querer entrometerse me ayudó a no tener que justificarme y menos con él.

—Lo sé perdona. Mejor cuéntame algo de ti —pregunté esperando poder tener una conversación más amigable.

—Pues aparte de ser un rubio irresistible y simpático...

—¿Tú no tienes abuela verdad? —interrumpí alzando la voz mientras reía asombrada por el ego que tenía ese hombre.

—La verdad es que sí tengo, pero soy así. —Su gesto de es lo que hay, fue lo que más me gustó, era una persona sincera y natural.

De pronto sonó su teléfono y, tras hablar durante unos minutos con alguien, le dijo dónde estaba y colgó.

Seguimos contándonos lo principal de nuestras vidas, dónde vivíamos, y tonterías que se nos ocurrían, hasta que algo hizo que Jason mirara hacia otro punto, me giré y pude observar que Mike entraba en el bar.

—¿Qué haces aquí con ella? —preguntó mirándome desafiante y malhumorado.

—Tomar una copa, ¿no lo ves? —Jason intentaba desdramatizar la situación—. Es una compañera más, lo lógico es que nos conozcamos todos para trabajar mejor.

—No, no lo es —contestó con su tono serio y cortante.

—No discutáis, estoy cansada, ya me voy. —Mi tono no era alto ni de enfado, era de resignación, podía ver que Mike no quería verme por nada del mundo y no me apetecía seguir escuchando desprecios de nadie.

—No Abigail. —Jason me agarró del brazo para retenerme.

—Creo que es lo mejor, mañana nos vemos en la oficina —reprendió Mike sin mirarme en ningún momento.

Dejé sobre la mesa diez dólares con los que pagaba mi bebida y salí rápidamente de ese local. Comencé a caminar, alejándome lo más rápido posible mientras mis lágrimas comenzaban a caer sin cesar.

Sabía que no iba a ser fácil ganarme a una persona que me veía como su enemiga, así que me fui directa a la agencia de viajes que estaba a pocas manzanas de donde me encontraba. Allí me podía refugiar y Alison me ayudaría a desahogarme.

Cuando me acerqué a la agencia vi cómo estaba cerrando la persiana para irse, así que le grité para que me viera y fui corriendo hacia ella.

—¿Abi que te pasa? —preguntó preocupada al verme llorar.

—No sé si puedo seguir con esto, allí no pinto nada y encima Mike me odia por robarle su empresa.

—No llores tonta, es el primer día, ya verás como cuando te conozca, se traga todo lo que te haya dicho —intentaba calmarme.

—Si apenas me ha dicho nada. Es su forma de hacerme invisible y demostrar que allí sobro. —balbuceé como pude, ya que la mayoría de mis palabras se entrecortaban con el hipo que producía el berrinche que tenía.

—Pues que le den a ese guaperas millonario, tú vales mucho más que él. —Su tono molesto me hizo sonreír.

—Gracias.

—Anda vamos a mi casa, es muy pronto, y así ves cómo está quedando la restauración de la consola.

Asentí y nos montamos en su coche, me sentía más relajada. Evadirme de mi primer día era lo que necesitaba, así que nos dirigimos hacia su casa y todo el camino estuvimos

hablando de todo menos de lo que había sucedido ese día. Me sentí por fin alegre. Pasé toda la tarde ayudándola a pintar el mueble. No paramos de reír y de comer chucherías hasta que por fin pareció que habíamos terminado de restaurarla.

—Ahora cuéntame un poco, ¿esos dos hombres trabajan en la empresa?

—Jason, el que nos hablaba tanto, es el arquitecto y el otro es Mike, el otro dueño. La verdad que Jason es encantador, un poco fanfarrón, pero es divertido. Pero Mike, aparte de que ya de por sí es serio, veo en su mirada lo mucho que me odia.

—Abi, eso cambiará cuando te conozca, pero vaya vistas tienes todo el día, ¿no hay un hueco para mí? —No pude evitar reírme.

—¡No digas tonterías! —Comenzamos a reír como dos locas—. Alison me voy a casa, mañana tengo que madrugar.

—No dudes en contar conmigo para lo que necesites.

—Lo sé. Muchas gracias.

Cogí mi bolso y me dirigí a casa caminando, necesitaba respirar y pensar antes de llegar. Me sentía muy triste pero tenía que ser fuerte para ganarme a ese hombre poco a poco y al menos poder trabajar un año cómodamente.

Al llegar a casa seguí sin ganas de quedarme allí, así que me cambié de ropa y fui a correr por Central Park. Estuve durante una hora sin parar de correr, hasta llegar a la puerta de casa de nuevo. Me senté en el escalón, durante unos minutos recobrando el aliento.

Abrí la puerta de casa y fui directa a darme una ducha, mi cuerpo estaba sudado y tenso. Tras estar durante un buen rato bajo la cascada de agua, sintiendo como ésta me relajaba, me puse ropa cómoda, para estar en casa y cocinar un sobre de fideos que se hacían en poco más de diez minutos. Mientras, puse un vaso de agua y un tenedor en la mesa para comenzar a comer.

Justo delante de mí estaba la carta que el Señor Smith había escrito, y sin dudarlo la leí de nuevo en voz alta:

Querida Abi,

Sé que estarás muy enfadada conmigo, pero he decidido que tú y mi hijo compartáis parte de mi legado, porque con los conocimientos de los dos podéis llevarla a lo más alto y sé que lo conseguiréis.

Necesito que le aportes la naturalidad y la humanidad que yo no he sido capaz como padre, es un gran muchacho, pero siempre ha tenido todo lo que ha querido y es demasiado confiado en sus decisiones. Sé cómo eres, y tú conseguirás que él analice las cosas desde un punto de vista que hasta ahora no conoce.

Puede que esté siendo egoísta, pero soy consciente del sacrificio que vas hacer por mi culpa y te ruego me perdones algún día. Solo puedo compensarlo ahora mismo económicamente, sé que de la parte emocional, tu madre ya se ha encargado siempre.

Solo te puedo decir gracias.

Michael Smith.

Tiré la carta encima de la mesa, y no pude evitar sentirme enfadada. Sí que era un egoísta, y mucho. Según él, yo era un instrumento para que le enseñara humanidad a su hijo, ¡alucinante!, no había otro medio. Es más fácil obligar a una persona a hacer lo que a él se le antoja, con esas dichosas condiciones con las que me sentía forzada a aceptar todo lo que me pedía. Me levanté malhumorada con el plato en la mano, lo dejé en la cocina y tras pararme unos segundos de pie, decidí irme a dormir y no pensar más en lo que sucedería.

Capítulo 4

ESTABA sentada en mi despacho, observando a través de la ventana el buen día que hacía, tan centrada en mis pensamientos, que no había escuchado que no estaba sola.

—Veo que ya estás cambiando las cosas —me dijo con voz seria y nada amigable.

—Buenos días Señor Smith, creí conveniente aprovechar la luz natural. Estando tantas horas delante del ordenador mi vista lo agradecerá dentro de unos años —intenté bromear para relajar su expresión.

—Me gustaba más como estaba antes. Mi padre se sentía más cómodo sin luz natural.

—Pues su padre se confundía —repliqué seria y cortante.

—¿Cómo llevas los informes que ayer te pedí que investigaras? —cambió de tema rápidamente.

—Acabo de entregarle a Blanca los que ya están terminados. Solamente me quedan éstos, pero imagino que esta mañana ya estarán finalizados. —En el fondo me sentía orgullosa de mí misma. La mirada de él, por mucho que quisiera disimularla, era de estar asombrado y eso me alegró.

—No te preocupes que hay muchos más, tenemos muchos proyectos que hay que valorar. —Su voz de sentirse “el rey del mundo” hacía que me crispara, pero en todo momento mantenía la compostura como mi madre me había enseñado, mi poder de control era mayor que el suyo.

—Si no necesita nada más, me gustaría seguir con mi trabajo. —contesté con prepotencia demostrando que yo también podía hacer uso de ella.

—Es todo. —Se dio la vuelta y salió rápidamente. Sentía que lo odiaba, pero no podía dejar de recordar su mirada del primer día que lo vi, sus ojos me encantaban, pero tenía que mantenerme en mi posición, no merecía que yo cediera.

Mientras estaba buscando información, Blanca entró y, muy alegre, me entregó más informes que tenía que rellenar. No me importó, le sonreí y seguí trabajando hasta que oí risas de trabajadores que se iban a desayunar.

Salí hacia la mesa de Blanca para ir a desayunar con ella, pero no estaba, así que me dirigí yo sola a la cafetería. A lo lejos vi que estaba Jason, rodeado de un grupo de chicas. Todas babeaban por él y no pude evitar sonreír. Ahora entendía ese ego tan grande, las ilusas conseguían aumentárselo.

Fui a pedir un café con leche con mucha espuma y un muffin como cada mañana, y me senté en una mesa que no había nadie.

—Buenos días jefa —dijo Jason mientras se sentaba delante de mí.

—No digas eso, no soy tu jefa —dije en voz baja intentando que nadie me oyera.

—Técnicamente sí, y deberías imponerte ante Mike, es mi amigo, pero lo que te está

haciendo hacer es el trabajo de Blanca. O le paras los pies, o serás su secretaria al final.

—Con amigos como tú, no necesitas enemigos —sonreí.

—Perdona pero ayer me molestó mucho cómo Mike te habló, y lo conozco muy bien. Es demasiado orgulloso para reconocer que ya no es el único que manda y decide.

—¡No debe de ser fácil asumir que ya no es el único, necesita tiempo! —Me sentía culpable por lo que estaba diciendo.

—No lo defiendas, no lo merece. —Su tono era muy molesto y eso me hizo saber que tenía alguien de mi lado en el que poder confiar y pedir ayuda si algún día lo necesitaba.

—Lo merezca o no, no puedes hablar mal de él. Es tu jefe y le tienes que respetar.

—Por fin hablas como deberías, eso quería. Creo que esta empresa va a cambiar mucho contigo aquí.

—No digas tonterías, voy a seguir trabajando. Sigue con tus amigas, te echan de menos. —Mi mirada se desvió hacia el grupo de chicas que antes estaban sentadas con él.

—Te lo dije, soy irresistible. —Su tono fanfarrón hizo que soltara una carcajada, consiguiendo que todos me miraran.

—Adiós Jason. —Salí de la cafetería sonriendo.

Tras regresar a mi puesto de trabajo y no parar de rellenar informes, no podía obviar las palabras de Jason. Sabía que Mike me estaba dando ese trabajo para humillarme y ponerme al nivel de las administrativas, que para mí no era una humillación, para él seguro que sí. Pero aún era muy pronto para poder quejarme, así que, tras negar con la cabeza, seguí trabajando hasta la hora de comer.

Blanca entró en mi despacho avisándome de que era la hora y, tras guardar unos documentos que estaba haciendo en ese instante, cogí mi bolso y nos dirigimos al mismo restaurante del día anterior.

Una vez ya estábamos comiendo, necesitaba comprobar si lo que Jason me había comentado era cierto. Blanca estaba relajada y muy receptiva, así que tenía que aprovechar la ocasión.

—Blanca te voy hacer una pregunta y solo espero que seas sincera conmigo.

—Pregunte, Señorita Evans. —Su cara de intriga me hizo sentir más segura y lanzar mi pregunta.

—Lo que yo estoy haciendo era el trabajo que hacías antes de llegar yo, ¿verdad? —Tras oír mi seriedad, enmudeció y no necesitaba que lo corroborara ya lo había hecho omitiendo la respuesta.

—No te preocupes no hace falta que respondas, ya sé lo que necesitaba. —Le acaricie la mano intentando calmarla.

—Señorita, no le diga al Señor Smith que yo le he dicho... necesito el trabajo. —Su voz de ruego me hizo sentir mal al haberla medio obligado a posicionarse.

—Blanca, tú no me has dicho nada, no he escuchado ninguna palabra de tu boca. —Le

guiñé un ojo, ganándome su confianza.

—Se lo agradezco.

—Yo he venido para ayudar un poco a todos, no pienso ser ni la dueña, ni jefa, simplemente una persona que aporte cosas, pero de momento solo tengo que aprender.

Seguimos comiendo sin volver a hablar de ese tema. Blanca me estuvo contando que tenía novio y llevaba con él más de siete años. Yo le conté dónde trabajaba anteriormente y que estaba soltera. La conversación era muy amena, tanto que sin darnos cuenta nos pasamos cinco minutos de la hora. Salimos corriendo en dirección a la oficina.

Subimos al despacho riendo, hasta que nos cruzamos con el Señor Smith. Blanca rápidamente se fue sin decir ni una palabra y se puso a trabajar. Yo, en cambio, seguí mi camino como si no existiera.

—Señorita Evans, venga a mi despacho —dijo con su voz imponente, demostrando al personal su autoridad.

—Dejo mis cosas y voy —le contesté muy amablemente.

Entré a mi despacho y, tras dejar mi bolso y el teléfono móvil que llevaba en la mano, salí muy segura de mí misma hacia el despacho del Señor Smith.

—¿Qué desea Señor Smith?

—Mejor llámame Mike. —Por una vez noté que la tensión en sus palabras había desaparecido, y eso me hizo relajarme bastante.

—Perfecto Mike, también me puedes llamar Abi, la verdad es que me sentiría más cómoda.

—Abi, espero que no te moleste lo que te voy a decir, pero creo que no es correcto que vayas a comer con mi secretaria.

—¿Y por qué no es correcto? —pregunté ansiosa de escuchar su respuesta.

—Porque eres mi socia y tienes que conseguir que te respeten como a mí. —Su tono era serio.

—Pues primero de todo, para que el personal me trate con el respeto que merezco, según su opinión, creo que usted tendría que ser el primero en hacerlo. Si no tiene nada más que decir, seguiré con el trabajo que debería realizar su secretaria.

—Abi...

—Así se dice, touchdown para la Señorita Evans —dijo Jason que se encontraba detrás de mí y había escuchado toda la conversación.

—Jason, no te metas en las conversaciones ajenas, esto es muy serio. —Mike se dirigió hacia él con dureza.

—Sabes que tiene razón —volvió a interrumpirle, haciendo que Mike tensara su rostro y se notase el enfado que estaba creciendo en su interior.

Al ver la escena de pelea de colegio, salí y me fui a mi despacho a seguir con mi trabajo, aunque me sentía liberada. Por fin había dicho lo que pensaba y me sentía

realmente feliz de haberlo hecho. En ese instante él sabía que no era nada de tonta y era consciente de todo, así que ahora era él el que tenía que subsanar la situación.

A las cinco en punto sonó mi teléfono móvil y vi en la pantalla que era Alison. Rápidamente descolgué.

—Hola —contesté alegremente.

—Qué contenta te oigo hoy, así me gusta. Por cierto, estoy en la puerta de tu trabajo.

—¿Ya has cerrado? —pregunté extrañada. En la agencia hasta las ocho de la tarde no se cerraba.

—Tenía que acompañar a mi abuela al médico y pedí la tarde libre.

—Ya bajo, dame dos minutos —le grité emocionada por la sorpresa.

Apagué mi ordenador y, tras recoger la mesa, salí directa al ascensor. Estaba deseando que se abrieran las puertas y contarle el día de hoy.

—¡Vaya edificio, y tú estás guapísima, vaya tipazo te hace esa falda de tubo!

—Gracias, vámonos de aquí —dije cogiéndola del brazo para salir más rápido.

Estuvimos caminando un rato hasta llegar a un puesto de hot dogs. Sin pensarlo, compré dos y nos dirigimos a Central Park. Al llegar, le pedí sentarnos en un banco porque los zapatos de tacón no me dejaban apenas caminar más. Tenía los pies destrozados de todo el día.

—¡No te vas a creer lo que le he dicho! —Mi voz entusiasta y mi sonrisa pícaro reflejaban la victoria conseguida.

—¡Cuéntame ahora mismo todo!

—Todo ha empezado cuando Jason me ha dejado ver que Mike me estaba ordenando que hiciese el trabajo de su secretaria Blanca. En el fondo no me ha importado, pero su idea era humillarme —le explicaba con tono de indignación.

—Me imagino su idea de castigar a una directora con el trabajo de su secretaria, pero para su mala suerte aunque fueses directora harías el trabajo encantada. Cómo se nota que no te conoce.

—Efectivamente. Pues total, me he ido a comer con Blanca como hice ayer, y al volver, me hace entrar a su despacho para decirme que no vaya a comer con ella, que si no los empleados no me respetarán. He explotado y le he dicho que para que los trabajadores me respeten primero lo tenía que hacer él. Para su mala suerte Jason lo ha oído y en cierto modo se ha cachondeado de él. —sonreí maliciosamente.

—Esa es mi Abi, por fin eres tú, nunca te ha pisado nadie y no dejas que lo hagan, así me gusta.

Reímos como dos locas y medio parque nos miró, pero nos daba igual, nos sentíamos felices, y allí nos quedamos durante un par de horas, hablando, riendo, liberando las tensiones de estos dos días.

Al día siguiente nada más entrar a la oficina, Mike me pidió de una forma muy cordial

que cuando estuviera lista fuese a su despacho un momento.

Así que, con tranquilidad, encendí mi ordenador, me acomodé y, tras ver que los únicos correos que tenía eran simplemente peticiones de información y nada urgía, bloqueé el equipo y me fui hacia su despacho.

—¿Que necesita Señor Smith? —pregunté desde la puerta.

—Por favor, llámame Mike —sonrió—. Siéntate. Primero de todo tengo que disculparme. Tras la conversación que tuvimos ayer me di cuenta que estaba siendo egoísta contigo.

—No necesito tus disculpas, en parte te entiendo.

—No me interrumpas. —Al escuchar su cortante frase no pude evitar poner los ojos en blanco y provocar una sonrisa en él—. He pensado que vas a empezar a ir conmigo a las reuniones y así trabajar juntos. Realmente me has dejado sorprendido con el trabajo de investigación que has realizado. Blanca nunca había sido tan meticulosa y eso creo que beneficiará a la empresa.

—Gracias —interrumpí con un gesto de agradecimiento tras las primeras palabras cordiales que recibía de su boca.

—He pedido a Blanca que termine el trabajo que te queda pendiente para que puedas venir conmigo a las reuniones. Prepárate para seguir mi ritmo agotador. Ahora entenderás por qué la mayoría de las veces soy tan serio.

—Intentaremos que sea lo más divertido que se pueda dentro de la profesionalidad que se merece —le sonreí intentando encontrar un ápice de humor en sus gestos, aunque parecía que no lo tenía.

—A las diez tenemos que salir. Sé puntual, es lo único que te exijo. Vamos a negociar con un posible cliente, el Señor López, dueño de un cuarto de los rascacielos de esta zona y el encargado de realizar el edificio conmemorativo tras los atentados a las Torres Gemelas.

—Lo recuerdo, busqué información para ese proyecto. A las diez vengo a buscarte.

Salí del despacho y, tras ver que Jason iba hacia la cafetería, me animé y le seguí. Me sentía feliz por primera vez, había conseguido que Mike me valorara y quisiera trabajar conmigo. Me coloqué justo detrás de Jason en la cola y pedí mi desayuno.

—Jason muchas gracias por todo —le susurré a sus espaldas evitando que nadie me oyera.

—No me las des, tú sola has hecho que confíe en ti, ahora solo aprovecha la oportunidad.

—Te debo una, recuérdalo.

Le guiñé el ojo y me llevé el café y el muffin de chocolate a mi despacho. Me sentía emocionada por poder hacer cosas nuevas en la empresa, y quería acabar lo que estaba haciendo antes de irme.

—Señorita Evans, he anulado los informes que tenía pendientes de hacer, pero el que

estaba a medias si me pasa la información se lo termino. —Su voz era alegre, creo que era por mí.

—No te preocupes, lo termino antes de marcharme, apenas me quedan diez minutos.

—No hace falta, yo puedo terminarlo.

—Insisto, Blanca, se lo envío terminado. Ahora déjame si no sí que no lo terminaré. —Le guiñé el ojo y entré al despacho.

Tras acabar el informe se lo mandé por email. Observé que casi eran las diez y tenía que ser puntual, era lo único que me había exigido, por tanto recogí mi despacho, cogí un bloc de notas que había en mi mesa y que hasta ahora no había utilizado y me dirigí hacia la puerta del despacho de Mike.

—Aún quedan cinco minutos —dije en voz baja esperando no molestarle.

—Pasa, no te preocupes, ya comenzaba a recoger. —Cuando volvió a mirarme directamente a los ojos, sin esa expresión de odiarme, volví a sentir esa sensación del primer día. Ese hombre era atractivo, no podía negarlo. Él se levantó y cogió su americana del perchero. Se la colocó mientras ajustaba su camisa dentro del pantalón. No quise mirarle, así que esperé que terminara de coger sus cosas y le seguí cuando me indicó que ya podíamos irnos.

Nos dirigimos al ascensor y noté cómo todo el personal nos observaba. No quise darle importancia, solo podía escuchar las palabras de Mike que en todo momento me explicaba cómo iba a transcurrir la reunión y que yo solamente tenía que observar de momento. El ascensor llegó bastante ocupado, pero entramos quedando rodeados por el resto de personas, provocando que dejáramos de hablar.

Salimos del ascensor y en el Hall estaba esperándonos la limusina de la empresa. Me quedé boquiabierta al ver que el chofer, tan amablemente, me abrió la puerta y, tras una sonrisa, Mike con un gesto me invitó a entrar.

—¿Nunca habías montado en una? —preguntó sorprendido de mi expresión.

—La verdad es que no. El coche de mi amiga Alison, un golf antiguo, ¿no cuenta, verdad?

—No la verdad es que no —contestó riendo por la comparación que acababa de hacer—. Perdona, pero trabajar así es un lujo. —Su expresión cambió, lo notaba pensativo y no sabía por qué—. ¿He dicho algo que te haya molestado? —pregunté curiosa.

—No, molestado no. Me sorprende que con la ropa que llevas, nada barata, te sorprenda ir en limusina.

—No sabes nada de mí. Tu padre se encargó de que mi atuendo para trabajar en esta empresa fuese el adecuado.

—Joder con mi padre el controlador —dijo en voz baja y rabiosa.

—Explícame un poco cómo es ese cliente —interrumpí para evitar un tema que sabía que iba a acabar en una discusión, y hoy no me apetecía para nada.

Durante todo el recorrido hasta la reunión a la que nos dirigíamos, me explicaba lo que

nos proporcionaría a la empresa. Intentaba absorber el máximo de información que mi cerebro retenía, pero lo que más me gustó fue ver cómo hablaba del trabajo con ese entusiasmo y orgullo.

—Es aquí. ¿Estás preparada? —preguntó divertido al ver que estaba nerviosa.

—Creo que sí. —Respiré y salí de la limusina tras él. Subimos directamente al despacho del Señor López. Nos recibió una joven asiática muy simpática, que no le quitaba el ojo a mi querido socio, el cual se sentía encantado de que la joven estuviera loquita por él, e incluso podría hasta decir que esos dos en alguna ocasión habían coincidido y no para trabajar.

Mientras iba observando y analizando todo lo que divisaba, no podía apartar mis nervios. Aunque no iba a intervenir en la reunión, solo estar presente y que comenzaran a conocerme grandes empresarios, empequeñecía.

—Cuánto tiempo Mike, veo que la vida, como siempre, te sonríe, y muy bien acompañado, sin duda —nos saludó el Señor López. Parecía que se conocían muy bien.

—Estoy como siempre, no me puedo quejar. Te presento a mi nueva socia Abigail Evans.

—Así que socia. Encantado de conocerla Señorita Evans. —Muy educadamente se dirigió hacia mí.

—Robert, dejémonos de presentaciones y vayamos al grano —interrumpió Mike intentando centrarnos en trabajo.

El Señor López nos dirigió hacia una sala. Tras sentarnos y servirnos un café, comenzaron a debatir sobre lo que ellos querían construir y lo que Mike creía que era lo conveniente. Tras oír las dos opiniones y no ponerse de acuerdo, la secretaria trajo más café, evidenciando que la reunión se iba a alargar.

Al Señor López se le notaba cabreado, no con Mike, sino porque no veía factible la idea que él tenía en mente.

—Señorita Evans, usted como mujer, ¿qué piensa de nuestras opiniones, cambiaría algún punto? —Mi mirada se clavó directamente en los ojos de Mike y éste, al notarlo, asintió con la mirada, dándome autorización para hablar.

—Bajo mi modesta opinión, creo que las dos ideas son buenas. Usted quiere un edificio alto en el que todo el mundo reconozca que allí estuvieron las dos Torres, pero a la vez quiere que a los pies haya un estanque para que los familiares puedan permanecer un rato recordando a sus familiares y puedan sentirse tranquilos. En cambio, Mike y nuestros arquitectos no creen que en esa zona pueda haber un estanque de esas características por riesgos estructurales. En ese caso sinceramente yo propondría un término medio. Delante del edificio crearía una explanada muy simple en la que hubiera una pequeña fuente, evidentemente con alguna placa conmemorativa. Pero iría más allá. En esa fuente, justo debajo del agua, pondría una pequeña jaula en la que los familiares y turistas pudiesen arrojar monedas para ayudar a las víctimas. En muchos países las utilizan para pedir deseos, ¿por qué no cambiamos la versión?

—Señorita Evans... —gritó de repente.

—Disculpe si le he ofendido... —Mi cuerpo se irguió, asustada por haber ofendido al Señor López.

—Me encanta esa idea. ¿Es posible, Mike?

—Es viable, no debe haber ningún problema, gracias Abi —se dirigió a mí y no pude evitar sentir ese calambrazo que sentí la primera vez que vi su mirada.

Asentí con la cabeza y, durante un par de horas, definieron los detalles generales de todo el proyecto y poder finalizar la reunión antes de lo esperado.

—Por fin hemos terminado, pensé que nunca llegaría este momento —suspiró Mike dentro de la limusina.

—¿Siempre son tan largas las reuniones? —pregunté intrigada.

—La verdad es que sí. Al ser personas con tanto poder adquisitivo buscan la perfección y eso conlleva mucho trabajo. Pero tengo que felicitarte, tu idea nos ha salvado de haber permanecido en un bucle del cuál hubiésemos acabado sin nada definido.

—Gracias, por darme la oportunidad. —Mi tono de agradecimiento era sincero.

Sacó de una nevera una botella de agua y me ofreció un vaso, que acepté rápidamente ya que hacía un calor impresionante y, con la cantidad de nervios que había pasado, sentía mi garganta seca.

En el viaje de regreso, Mike iba hablando por el móvil, pero no escuché nada de lo que decía. Estaba sentada justo a su lado, mirando por la ventanilla, pensando en todo lo que estaba viviendo, cuando vi que la limusina paraba y Mike me invitó a salir.

Nada más salir, nos encontramos con Jason y varios trabajadores de la empresa que nos estaban esperando para comer. Miré a Jason y a Mike sorprendida y los dos a la vez, agarrándome los brazos, me indicaron que pasara con ellos a comer.

Capítulo 5

ESTABA sentada en una mesa con cinco hombres, todos ellos con cargos importantes en la empresa. Mike; Jason; Robert, que era director de recursos humanos; Neizan, que era el director de la asesoría jurídica; y por último Brian, ingeniero y responsable de las obras.

—Bueno tengo que decirles que la cuenta del Señor López ya es nuestra así que pasaremos a la historia como la empresa que restauró y dio vida a la zona del atentado. — La alegría se notaba en la emoción de sus palabras.

—¡Eso se merece un brindis! —gritó Jason intentando animar al resto.

Mike descorchó una botella de cava y, tras llenar el camarero las copas, todos brindamos y tuvimos una comida relajada entre compañeros. No podía evitar observar con detenimiento a Mike, su gesto era amigable, no el semblante serio que siempre mostraba.

La comida fue rápida, pero agradable. Me mantuve con ellos desde la distancia, no quería molestar a nadie con mi presencia, aunque no parecía que a ninguno de ellos le molestara. Tras entregarnos el camarero el café, me di cuenta que se había confundido. A Mike le había puesto el mío y a mí el de él. No pude evitar sonreír cuando miró su taza y, con cara de indignación, llamó al camarero.

—Perdone, se ha confundido, quería un americano. —Su gesto de enfado contra ese pobre muchacho volvía a demostrar los aires de grandeza que sentía hacia cualquier persona.

—Éste es tu café y con tu permiso te cojo el mío. No te preocupes todo está correcto. — le dije mirando al pobre chico, agradeciéndole su amabilidad.

—¿Por qué no me lo has dicho antes de que se lo recriminara? —se dirigió a mí duramente.

—¡Será porque no me has dado tiempo! —le dije con cara de “relájate un poco”.

Por suerte, en ese instante entró en el restaurante Blanca y, tras avisar a Mike de que tenían que irse, le entregó un nuevo dossier.

—Caballeros, tenemos que seguir con el trabajo, nos vemos mañana.

Todos le reprendieron, dando fuertes voces contra él, pero a él, sin importarle, me miró indicándome que teníamos que irnos. Tras sus firmes pasos, le seguí hasta llegar a la limusina.

—Ahora vamos aquí cerca. Es una pequeña obra de caridad que quiero hacer. Hay una pequeña guardería en muy mal estado y mi madre, que colabora con ellos, me pidió una reforma.

—Me parece una idea genial. Tu madre es una buena persona. No he tratado mucho con ella, pero la he visto en alguna ocasión con mi madre y es encantadora.

—No me puedo quejar —contestó sonriendo.

Al llegar al lugar, vi que era justo al lado de la agencia de viajes. Recordaba cuando entrábamos a trabajar que muchas madres dejaban a sus hijos en esa guardería. La idea de la reforma me parecía genial, yo siempre visitaba a los niños en el hospital, creía que eran los que más nos necesitaban, tan pequeños e indefensos.

Entramos, y nos recibió una joven directora de nuestra edad, muy emocionada y agradecida por la generosidad de Mike y su madre. Tras recorrer las instalaciones y ver lo que realmente necesitaban, solamente teníamos que comenzar a trabajar en ello.

Salimos de allí y ya eran las cinco de la tarde, era mi hora de cerrar.

—Mike, ¿te importa que me quede aquí? Ya es la hora de cerrar y me gustaría ver a una amiga.

—¿Estás segura? —preguntó sorprendido.

—¡Abi! —escuché un grito a mi espalda. Me giré y vi a Alison con una bolsa enorme de revistas que había ido a buscar como cada mes.

—Alison, iba a verte ahora mismo. Te presento a Mike, trabajamos juntos.

—Lo recuerdo del día del partido —dijo sonriendo mientras él se acercaba a saludarla con dos besos.

—Yo también me acuerdo, ibais bastante bebidas —sonrió

—No tanto hombre, lo que pasa es que somos muy simpáticas. —decía Alison riendo, intentando justificar nuestra actitud de aquella noche

—Mike nos vemos mañana —me despedí de él muy amablemente.

—¡Abi eres una maleducada, no le vas a mostrar tu anterior trabajo! Seguro que le gustará saber qué hacía su socia antes de trabajar con él —dijo guiñándole el ojo ante mi mirada de querer matarla.

—No creo que tenga tiempo de tonterías.

—Para nada. Mis reuniones de hoy han finalizado, el único que me espera es Jason, pero podrá vivir sin mí un rato.

—Eso seguro —le contesté riendo.

—Pues no se hable más. —Alison comenzó a caminar hasta la puerta de la agencia.

Mike estaba muy interesado en ver esa agencia aunque no entendía por qué, pero no me importaba, estaba deseando entrar.

Alison abrió la puerta y, tras gritar que yo entraba, todos salieron a recibirme. No paraba de recibir besos y abrazos de todos y los necesitaba, hacía días que no los sentía.

Tras las presentaciones de Mike y las miradas indiscretas de todas las mujeres sobre su cuerpo, él decidió irse y, sin dudar, le acompañé hasta la limusina.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Por no tratarme mal como éstos días atrás.

—Me parezca bien o mal, somos compañeros, y por el bien de la empresa es lo que tengo que hacer, te pido disculpas.

—No hace falta, nos vemos mañana —le saludé con la mano y volví al interior de la agencia para seguir con las chicas.

Al entrar, todas comenzaron a gritarme lo guapo que era, y no podía negarlo, era guapísimo, así que, tras pasar un rato divertido, Alison y yo salimos para ir a tomar algo.

—Te veo más feliz, veo que Mike te ha dado una tregua.

—Sí, por fin, hoy he estado todo el día acudiendo a las reuniones con él, intento aprender todo lo que pueda, y me trata como una persona más, pensaba que sería imposible.

—Me alegro por ti, lo mereces, eres muy buena persona. —Me abrazó, y juntas continuamos caminando hasta que vimos una heladería. Nos miramos y, tras reír a la vez, entramos en ella.

—Cuéntame cómo te va a ti, ¿algo nuevo? —pregunté expectante.

—Sí, y estaba deseando verte para contártelo. Me ha llamado Antón, y después de hablar con él un rato, me iré este fin de semana a su casa de la playa, necesitamos hablar. —Su cara de entusiasmo demostraba las ganas que tenía de volver con él.

—¡Alison de verdad, no sabes cómo me alegro, por fin te ha perdonado! —grité muy emocionada.

—Espero, fue un error, había bebido y parece que comienza a olvidarlo —suspiró nerviosa.

—Ojalá encontrara yo a un príncipe azul —exhalé fuerte.

—¡Lo has encontrado, cuando os he visto hablando delante de la limusina, parecíais una pareja! —No dudó en decir lo que pensaba.

—No inventes cosas, le estaba diciendo que me quedaba allí para veros, y dos días atrás me trataba fatal. Y nunca se fijaría en mí, es algo imposible.

—Pues si no es él, ya vendrá el perfecto para ti. Lo buscaremos sin parar. —Nos abrazamos y seguimos comiendo el helado tan delicioso que habíamos pedido.

Seguíamos tomándonos el helado, cuando comenzó a sonar mi teléfono. Pensé que sería mi madre, no había hablado con ella y supuse que querría saber cómo me había ido estos días. Sin mirar la pantalla descolgué rápidamente.

—Dime.

—*Buenas tardes, Abi.* —Una voz de hombre me saludaba al otro lado de la línea, y lo reconocí al instante. Era Alfred, mi antiguo novio.

Mi rostro se desencajó al instante, me quedé congelada. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, un día me dijo que se iba a trabajar a Chicago y no supe de él, ni tan siquiera contestó a mis llamadas.

—¡Si estás vivo, es sorprendente saber de ti, Alfred! —La cara de Alison cambió al

instante cuando oyó ese nombre y enfureció.

—*Estoy unos días en Manhattan, y he pensado en ti.* —Su voz, muy seguro de sí mismo, me hizo reír al escuchar esas palabras.

—Ya veo todo lo que te has acordado de mí este año. —Mi tono irónico era más fuerte que nunca, y Alison estaba disfrutando al ver que no le iba a poner las cosas fáciles.

—*Sabes que he tenido mucho trabajo, solo ha sido eso* —intentaba disculparse, pero en el fondo no le creía.

—Imagino... me vas a tener que disculpar pero yo también tengo mucho trabajo, espero que lo pases bien y tengas buen regreso. —Colgué el teléfono y me sentí aliviada, por fin había puesto a Alfred en su sitio y no dejaría que volviera a jugar conmigo.

—Di que sí, que no piense que puede aparecer como si nada. —decía Alison orgullosa de la reacción que había tenido con él.

Estuvimos un par de horas sin dejar de hablar un instante. No parábamos de contarnos lo que había sucedido mientras habíamos estado separadas. Apenas eran dos días, pero hacía muchos años que no nos separábamos. No nos dimos cuenta y se hizo muy tarde, decidimos regresar a casa. Al día siguiente teníamos que madrugar.

Me desperté muy alegre, esperaba un nuevo día de trabajo en el que la cordialidad siguiese como el día anterior. Tras una ducha rápida, paré delante del armario y cogí un vestido de tubo de color azul marino que Reinaldo había elegido para mí. Me sentía espectacularmente sexi y me encantaba sentirme así, me daba seguridad.

Salí de casa y, sin dudarle un momento, me adentré en el transporte subterráneo para llegar lo antes posible a la oficina. El colapso matutino nunca dejaba de sorprenderme, cientos de personas perfectamente trajeadas con sus maletines bajo una mano y el teléfono en la otra, camino a sus puestos de trabajo.

Nada más subir a la oficina, me paré hablar con Blanca, quería saber qué citas teníamos para esa mañana.

—Solamente hay dos reuniones, y son en nuestras oficinas, te aviso cuando lleguen.

—Muchas gracias Blanca —le agradecí, y entré en mi despacho. Tras mirar el correo electrónico que cada día iba aumentando, tanto de Mike hacia sus clientes, que me ponía en copia para que estuviera informada de los movimientos que realizábamos en la empresa, como de clientes intentando obtener respuesta a sus dudas, comenzó a sonar el teléfono de mi mesa, y rápidamente contesté.

—Buenos días —contesté amablemente, siendo consciente de que la llamada venía del despacho de Mike.

—Buenos días, tenemos una reunión en diez minutos, te espero en mi despacho —contestó con voz seria pero con tono relajado.

—Ahora mismo voy. —Me levanté para dirigirme al despacho, cuando Blanca me paró a medio camino para entregarme una carpeta que estaba esperando Mike. La puerta del despacho estaba abierta y, mientras Blanca me hablaba, me sentía observada.

Miré hacia él y, tras un gesto de aprobación, entré en el despacho.

—Blanca me ha dado este dossier. —Lo dejé sobre su mesa, mientras se puso de pie y, tras caminar hacia la puerta, la cerró y se sentó a mi lado.

—Me gustó el ambiente de tu antiguo trabajo —sonrió—. Y tú amiga Alison es muy divertida.

—Es más que mi amiga, y la agencia la verdad que ha sido uno de los mejores trabajos que he tenido.

—Espero que aquí te sientas igual de bien.

—Es diferente. —Mi voz no era del todo alegre, ya que en el fondo yo no quería estar trabajando en ese lugar sino en la agencia como había hecho hasta ahora.

—¿Por qué? —En su voz notaba la curiosidad de saber cómo me sentía.

—Será el ambiente, el cariño de las personas, aquí es todo mucho más frío. —Intenté evitar comentar la realidad que me habían obligado a omitir.

—Señores, ya ha venido el Señor Price —interrumpió Blanca a través del megáfono que había instalado en la mesa de Mike.

—Hazle pasar —contestó mientras se colocaba en su mesa y volvía a aparecer esa presencia de hombre de negocios frío y calculador.

—Buenos días Mike, buenos días Señorita —saludó sorprendido de verme allí.

—Te presento a mi socia, Abigail Evans.

—Encantado de conocerla Abigail. —Me dio un apretón de manos junto con una sonrisa.

—Buenos días —contesté cordialmente.

Nos dirigimos a una de las salas que había para hacer reuniones y, tras tres horas de discusión sobre los detalles del proyecto, conseguimos llegar a un equilibrio para ambas partes y pudimos finalizar con la satisfacción del cliente.

Estábamos en la sala de reuniones los dos solos, ya que Blanca se encargó de acompañar al Señor Price. Cuando Mike acabó de apuntar unas anotaciones sobre los planos, dimos por terminada esa reunión.

—No sé tú, pero o como algo o el león que se encuentra en mis tripas no dejará de rugir. —dije mientras acariciaba la boca de mi estómago y provoqué una carcajada escandalosa de Mike.

—¿Siempre eres tan natural? —continuaba riendo de mi actitud.

—Claro, si no quieres no vengas, pero yo me voy a la cafetería —le contesté seria. No me hacía gracia pasar hambre.

—Vamos a por un café.

Salimos hacia la cafetería. Como cada mañana necesitaba mi café con leche y mi muffin de chocolate. Por suerte, el camarero ya se había memorizado mi desayuno, igual que el de Mike, que sirvió en nuestra mesa rápidamente al vernos entrar.

Comencé a saborear el muffin como si fuera el primero que comía en la vida, pero tenía tanta hambre que no me di cuenta que Mike me observaba sonriendo.

—El león tenía hambre de verdad —seguía burlándose de mí.

—No bromees, que el desayuno es la comida más importante del día, y si no como me pongo de muy mal humor —le recriminé duramente.

—Prefiero que comas todo lo que necesites, que aguantar a una mujer enfadada.

No habíamos acabado, cuando entró Blanca y, muy discretamente, se acercó a nuestra mesa y nos informó de que el Señor Spencer había llegado.

—Se ha adelantado —le recriminó a Blanca.

—Lo siento Señor, yo le cité en media hora, pero me comenta que si no se reúne ahora deberá anular la reunión. —Su voz de arrepentimiento junto con su cara de circunstancia hizo que Mike no se enfadara con ella.

—No te preocupes ya vamos. Le tendrá que comunicar a su león que el deber nos llama. —siguió riendo, divirtiéndose a mi costa.

Sin pensarlo, di los últimos mordiscos rápidamente y, tras tragar casi engullendo el pequeño trozo de muffin que quedaba, conseguí terminar mi desayuno.

—Ya estoy lista —dije mientras limpiaba con una servilleta mis labios, intentando retirar cualquier resto de comida que pudiese tener.

—Eres sorprendente —dijo estupefacto.

Estuvimos reunidos hasta las dos de la tarde, una reunión bastante complicada, la cual no acabó como nos gustaría. Tras un ligero cambio de planes, tuvimos que posponer la reunión para días más tarde.

Estaba sentada en mi despacho tras un día que había pasado rápidamente, pero que había conseguido agotarme. Al mirar a través de la ventana, recordé que era viernes y tenía que ir al hospital. Sabía que eso recompensaría mi día.

Cuando me disponía a irme y, tras pasar por delante de la puerta de Mike, escuché que me llamaba.

—¿Me has llamado? —pregunté mientras entraba en su despacho.

—¿Ya te vas?

—Sí, es viernes, y los viernes son de mi madre —contesté en tono de broma, riéndome. Por suerte él también sonrió y no me hizo quedar como una loca.

—Vete, no te preocupes, nos vemos el lunes.

—Que tengas un buen fin de semana —contesté mientras me marchaba.

Esperé en la puerta del ascensor, mientras dejaba caer mi peso en uno de los tacones, y después en el otro. Comenzaba a notar la presión en las plantas de los pies, pero aún quedaba mucho para acabar el día. Salí a la puerta y vi un taxi parado. No lo dudé un instante, me monté en él y me quité los zapatos para poder descansar los pies mientras me dirigía hacia el hospital.

Estaba en el ascensor deseando llegar a la sala de juegos para demostrarle a Adams que no le iba a fallar y que como cada viernes volvía a visitarle. Nada más salir, vi en el pasillo a mi madre con los padres de Adam. Todos me miraron y la madre del niño no pudo evitar lanzarse sobre mis brazos y ponerse a llorar. Se me encogió el estómago porque sabía que Adam había muerto.

—Hija... —Mi madre no pudo decirme nada, me conocía y mi reacción tras la muerte de un niño ya la sabía.

—Siento mucho lo que ha pasado, ojalá os pudiera ayudar en algo —dije entre lágrimas agarrando la cara de esa pobre madre.

—Abi antes de... —Se quedó sin palabras se le veía descompuesta—. Me dijo que te pidiera perdón de su parte, por no poder esperarte —balbuceó las palabras entre lágrimas.

—Éste Adam es único, solo él me pediría perdón —contesté llorando pero con una sonrisa al imaginarme a ese pobre niño sintiéndose mal por mí y no por lo que le iba a pasar.

Tras darle mi condolencia a los padres, entré al servicio a lavarme la cara. Mientras la secaba con las servilletas de papel que había en el dispensador, me miré al espejo y mi cara era triste, estaba enrojecida e inflamada. Pero tenía que ser fuerte. Otros niños esperaban mi compañía y tenía que pensar en ellos.

Y así fue, tuve que inventarme que la primavera me provocaba alergia y me enrojecía la cara e inflamaba mis ojos, porque los niños notaron que tenía el rostro diferente. Parecía mentira que a esos pequeños granujas no se les escapara detalle. Por suerte fui rápida ideando la mentira y todos la creyeron, evitando tener que explicarles que otro nene había fallecido. No era correcto que les dijera nada, aunque seguramente alguno ya lo sabía. Así que continué con mi labor, consiguiendo que todos sonrieran y pasaran una tarde agradable con mi compañía.

—Cariño llevas toda la tarde, vamos a cenar algo, yo ya he terminado.

—¿Los padres de Adam ya se han marchado? —pregunté con los ojos bañados en lágrimas.

—Si hija, tenían que descansar. Mañana tendrán un día duro.

—Vamos, es nuestro día. —Saqué fuerzas para poder irme de allí.

Salimos dirección a la pizzería, pero no podía evitar pensar en Adam. Era un niño tan encantador y divertido, que mis lágrimas caían entristeciéndome, sin poder evitarlo.

—Cariño, creo que no sirves para este trabajo. Si por cada niño que muera te sientes tan mal, siempre estarás llorando. —La frialdad de mi madre demostraba el tiempo que llevaba tras esas paredes viendo el sufrimiento día a día.

—Mamá, no sé cómo puedes llevarlo tan bien —dije aún sorprendida por su entereza.

—Hija, en treinta años que llevo en el hospital he visto morir a personas de todas las edades cientos de veces. Al principio era como tú, pero llega un momento que lo ves normal, aunque por dentro me duela.

—Imagino que te tienes que acostumbrar, pero aun así es muy triste que niños

mueran...

—Claro que es triste, pero es la vida cariño.

Capítulo 6

LLEGAMOS a la puerta de la pizzería y, como cada viernes, teníamos nuestra mesa reservada para nosotras. Pedí la misma pizza de siempre, la mediterránea. Era uno de los pocos lugares donde la hacían, y me encantaba ver la cantidad de colores que se veían a simple vista.

—¿Hija, cómo ha ido la semana? —preguntó expectante por saber.

—Al principio fatal. Mike me hizo sentir como si fuera una ladrona que estaba para quitarle su dinero, pero el tercer día le dije lo que pensaba y hemos comenzado a trabajar juntos y, sobre todo, con cordialidad, que creo que es mucho. —No pude evitar sonreír, porque había conseguido estar a gusto con él.

—Es un chico encantador, hija, lo conozco desde que era un bebe y te llevarás bien con él, aunque es bastante más serio que tú —dijo riéndose.

—Espero, al menos durante el tiempo que trabaje con él —sonreí tímidamente.

Continué explicándole exactamente lo que había estado haciendo en la empresa y que Alison parecía que iba a volver con Antón. Se alegró mucho, mi madre le tenía mucho cariño. La noche pasó muy rápidamente, apenas me había dado cuenta del tiempo, que acabamos de cenar. Este viernes era diferente, con la noticia de Adam no me apetecía ir a ningún sitio. Estaba triste, solo quería ir a casa y ver la televisión mientras comía unas palomitas. Mi madre insistía en que tenía que ir al karaoke como cada viernes y divertirme, que bastante trabajaba como para no disfrutar. Incluso me dijo de ir a tomar una copa con ella disimulando su propio cansancio para conseguir que no me encerrara en casa.

—Mamá, te prometo que el próximo viernes vamos. —Puse unos pucheros, intentando disculparme.

—Vete no te preocupes —me dijo mientras con sus manos empujaba mi culo para que comenzara a irme.

Decidí ir caminando hasta mi casa, había un tramo bastante largo, pero no me importaba. No dejaba de recordar a Adam, su sonrisa y las últimas palabras que me dijo. No imaginé que podría morir, si no hubiera ido antes a verlo... Mis lágrimas no paraban de recorrer mi mejilla.

Cuando estaba llegando a mi casa, justo en la escalera de la entrada vi la sombra de un hombre, esperando. Miraba la hora y suspiraba. Sin verlo, por sus gestos desesperantes, sabía que era Alfred.

—¿Qué haces en mi casa? —le grité

—Yo también me alegro de verte —contestó tan cínico como siempre.

—No tengo un buen día, es mejor que te marches —dije mientras cogía las llaves del bolso y subía los escalones para abrir.

—Espera, por favor, te debo una disculpa —insistió mientras agarraba mi brazo para que no pudiera seguir hacia delante.

—Suéltame por favor —le grité.

—Por favor, Abi, necesito hablar contigo. —Su voz había cambiado, estaba rogando, y eso sí que no era habitual en Alfred. Me quedé paralizada por su reacción y, aunque no se lo merecía, dudé en si dejarle pasar.

—Creo que ya hemos hablado todo Alfred. Te marchaste, no supe más de ti, ¿de qué quieres que hablemos? —le recriminé con tono de rabia.

—Déjame pasar —insistió.

—Pasa antes de que me arrepienta. —Sentía una mezcla de rabia y tranquilidad que no entendía.

Dejé mis cosas en el salón y fui al baño. Tenía la pintura de los ojos en todos los lugares menos en su sitio, así que cogí el desmaquillante y, tras retirar cualquier resto de maquillaje que quedaba, me lavé la cara y salí al comedor.

Alfred estaba como en su casa, había cogido una cerveza de la nevera y estaba en el salón, esperándome.

—¿Qué te pasa Abi, has llorado? Y no lo niegues, lo dicen tus ojos rojos.

—Ha muerto un niño del hospital, era unos de los que más tiempo llevaba. —Mientras se lo explicaba, no podía evitar que las lágrimas volvieran a caer.

—No llores, deberías dejar de ir a ese lugar, no te va hacer bien. —No podía creer sus palabras, eran crueles.

—Cómo puedes decir eso, esos niños necesitan que alguien los visite y les de alegría, qué sería de ellos sin los voluntarios que dedicamos parte de nuestro tiempo en ellos.

—Para eso ya hay profesionales. —Su frialdad me enfadaba.

—Mejor cuéntame que haces aquí. —Era imposible que fuese tan poco sentimental.

—He vuelto, solamente eso, y quería verte, siempre pienso en ti.

—Si tanto piensas en mí, ¿por qué no he recibido ninguna llamada? Qué mínimo. —No podía evitar recriminarle que me dejara sin decir nada.

—Viviendo tan lejos es muy difícil, no quiero que suframos ninguno de los dos.

—No vengas ahora con cuentos Alfred, nos conocemos muy bien.

—Es verdad, no seas tan dura, te echo de menos. —De pronto se lanzó sobre mí e, inmovilizándome bajo su atlético cuerpo, comenzó a olfatear mi perfume.

—Sal de encima, no te pienses que vas a venir y te voy a esperar siempre.

—Desde que te he visto con este vestido, he tenido ganas de besarte y quitártelo, estás mucho más guapa y elegante —me susurraba al oído mientras intentaba sacarlo de encima de mí, aunque me era imposible.

—He cambiado, no es muy difícil notarlo. —Mi ironía intentaba herirle, sin

conseguirlo.

—No me mientas, eres la de siempre, tan morbosa como cuando lo hicimos por primera vez en el campamento de verano —sonrió de forma lasciva al recordar aquella noche.

—Alfred, por favor sal de encima. —Le miré a los ojos y vi la imagen de siempre, esos ojos color azul cielo que contrastaban con su cabello cortado casi por completo de color castaño.

—Te extraño. —Comenzó a besarme y, sin saber por qué, mis labios le respondían de la misma forma que siempre, los añoraban y le encantaban cómo esa lengua jugaba con ellos hasta conseguir que mi mente perdiera el rumbo y me dejara llevar.

Me había prometido una y otra vez que cuando volviera no iba a seguir con él, pero no sé qué magnetismo tenía sobre mí, que no podía resistirme a sus besos, y dejar que mi cuerpo respondiera al suyo en todo lo que quisiera.

Pasamos una noche de sexo ardiente y desenfrenado, hasta que los dos caímos exhaustos sobre mi cama sin poder evitar dormirnos.

Me desperté, y estaba sola en la cama, podía ver las sábanas deliciosamente revueltas, con ese olor en la habitación de haber tenido sexo espectacular esa misma noche. En ese momento creí recordar que me había despertado el timbre de casa, pero no estaba segura. Cogí del armario una camiseta de tirantes junto con un culotte negro y salí hacia el salón.

—Ya estás despierta, acércate he traído el desayuno. —Miré y, por primera vez en todos los años que lo conocía, había acertado con mi gusto. Tenía preparado un café con leche con la suficiente espuma, como me encantaba, junto con un muffin de chocolate.

—No me lo puedo creer, por fin sabes cuál es mi desayuno, mira que te ha costado campeón. —me burlé de él.

—Qué poco confías en mí, siempre lo he sabido, pero me han gustado tus enfados matutinos para acabarlos con la consecuente reconciliación.

—No cambiarás en la vida, eres un chulo. —No puede evitar reírme, porque reconocía lo insoportable que era cuando se ponía pedante.

Nos sentamos en el sofá y, tras saborear mi café y darle un pequeño mordisco al muffin, observé que estaba tomando un americano, nada habitual en él.

—¿Desde cuándo tomas americano? —pregunté sorprendida.

—Desde que me fui a Chicago, necesito una gran dosis de café —sonrió mientras acariciaba mi mejilla—. Por cierto, arréglate que nos vamos al campamento hoy, hay carrera de piragua y evidentemente la voy a ganar.

—Hace mucho que no voy, me apetece mucho ver a los chicos. —Me alegré al saber que los vería, hacía más de dos años que no iba.

Acabé el desayuno y fui hacia mi habitación. Rápidamente me puse unos jeans extra cortos de color blanco, con una camiseta de rejilla caída por un hombro que conseguía cubrir el sujetador, con un mini top de color blanco.

Peiné mi cabello, dejándolo suelto y perfectamente dominado y salí hacia el salón

donde me esperaba Alfred para irnos. El camino era largo, pero lo amenizamos hablando. Le conté mi nueva aventura en Megaestructuras Smith, solamente lo estrictamente necesario. Maquillé la verdad diciendo que era una simple empleada, no creía necesario contarle más. Se sorprendió al verme tan feliz en el trabajo, y me felicitó por haber conseguido el puesto. Intenté sonsacarle información de su vida actual, pero no conseguí mucho más que evasivas y algún dato sin importancia. Aparcamos el coche y salí. Respiré hondo, reconociendo ese olor tan característico del campamento. Me recordaba tan buenos momentos, que un escalofrío recorrió mi cuerpo. Alfred dio la vuelta al coche y, tras darme una cachetada en el trasero que no me gustó nada, dijo un “vamos nena”. En ese momento me arrepentía de haber caído una vez más en sus redes, era la más ilusa del mundo.

Miré hacia la casa y vi a April sentada en un taburete; era inconfundible, seguía igual que siempre. Estaba esperando que los chicos se acabaran de uniformar para comenzar a prepararse.

—¡Por el amor de dios, no me creo que estés aquí! —Echaba de menos la melodía de su voz. Era mejicana y el sonido de sus frases siempre me hacía sonreír.

—Ha sido imprevisto, ni sabía de esta carrera, Alfred ha sido el que ha querido que le acompañara —le grité mientras le daba un abrazo fuerte.

—Al final este Wey se ha rendido a tus pies, no quiero ser metiche —reía mientras observaba cómo Alfred nos miraba.

—Para nada, es la misma relación de siempre. Aparece, y caigo en sus brazos como una idiota. Me ha dicho que ha vuelto, no sé si será la definitiva. —No podía evitar soñar en que esta vez podríamos tener una relación normal.

—Te deseo suerte amiga.

Nos levantamos y nos dirigimos al borde del lago, dónde estaban todos hablando de la estrategia para poder ganar. Tras acabar, se acercaron a nosotras y, sorprendidos de verme, comenzaron a saludarme y abrazarme. Era increíble estar otra vez todos juntos.

Nos interrumpió una sirena, significaba que todos los participantes tenían que acudir a sus puestos para comenzar. Nos pusimos en primera fila y, tras oír el disparo al aire, comenzaron a remar como locos para poder ser los primeros.

Nosotras, entre los gritos de apoyo a los chicos, íbamos contándonos qué había sido de nuestras vidas. April había tenido mucha suerte trabajando en la empresa de su padre. Tenían un resort estilo mejicano que tenía mucho éxito, ella era la relaciones públicas y le encantaba poder enseñar sus tradiciones.

Pocos minutos después, aparecieron dos piraguas que iban a llegar a la meta. Estaban tan igualadas, que nadie de nuestro alrededor sabía quién iba por delante. Tras muchos gritos, Alfred y los chicos comenzaron a avanzar hasta que la piragua consiguió atravesar la línea de meta, los primeros.

Nosotras, como siempre habíamos hecho en años anteriores, comenzamos a gritar y aplaudir como locas. Fuimos hacia ellos y Alfred me cogió en volandas y, tras dar dos vueltas, me plantó un beso, provocando que todos comenzaran a silbarnos y gritar.

Me bajó al suelo y, tras ser consciente que era el centro de todas las miradas, no pude evitar ponerme colorada. Agarré la mano de April y fuimos hasta la entrega de premios.

El equipo subió a la tarima gritando y riendo de la emoción que sentían tras la victoria. Normalmente solían ganar, pero ésta vez había sido tan reñida que la victoria la saboreaban más intensamente.

Estábamos sentados en las mesas de madera, comiendo unas deliciosas costillas que estaban haciendo en la barbacoa, y comentaban los planes que tenían preparados para la tarde. Iban a ir a hacer escalada y dormirían en tiendas de campaña al lado del lago.

—¿Os vais a quedar, verdad Alfred? —preguntó Juan. Era el mejor amigo de Alfred desde niños, y seguían viéndose ya que vivía en Chicago.

—Por supuesto, no me pierdo una tarde de escalada —contestó, asegurándole que nos quedábamos.

—Abi, prepárate, eres la mejor de todos escalando. —Juan estaba contento, hacía mucho tiempo que no salía con ellos, pero recordé que no tenía mi equipo.

—No puedo, no he traído nada, no pensarás que vaya a escalar con manoletinas. — Todos comenzaron a reír, imaginándose. Sabían que si me lo proponía era capaz.

—Mientras dormías preparé todas tus cosas y las puse en el maletero. Era una sorpresa —interrumpió Alfred sorprendiéndome.

—¿De verdad?, veo que te ha sentado bien irte a Chicago. Preparaos chicos, una tarde de aventura, y llevo mucho que no salgo, así que voy a ir a por todas, después no lloréis.

Me sentía alegre, Alfred seguía sorprendiéndome, gracias a él iba hacer lo que más me gustaba. Desde muy pequeña escalaba, aunque mi madre no estaba a favor. Tuvo que asumir que era lo que me gustaba y darme permiso, si no, era capaz de escalar en casa arriesgándome la vida. De este modo no me veía y sufría menos. Durante la comida no pude evitar observar los movimientos de Alfred. Estaba tranquilo y muy alegre, incluso notaba que estaba pendiente de mí. Si me faltaba agua, la rellenaba, su mano de vez en cuando regalaba una caricia, nada propio de él. Comenzaba a hacerme dudar si realmente había cambiado de verdad y merecía una oportunidad.

Al acabar de comer, April y yo fuimos al lavabo a cambiarnos de ropa. Éramos las únicas chicas que habíamos ido, el resto eran hombres, pero no nos importaba. Teníamos mucha confianza con ellos y nos trataban como reinas.

Abrí la bolsa que había preparado Alfred y no se había dejado nada. Estaban mis cuerdas, mosquetones, todo lo necesario. Ella, en cambio, estaba nerviosa porque llevaba mucho tiempo sin escalar y sentía respeto, yo, en cambio, era mucho más alocada y no pensaba en los riesgos, solamente quería colgarme y disfrutar como nunca.

Nos montamos en los coches y fuimos hasta la explanada anterior a la pared de rocas que nos llevaba a la cima de la montaña donde dormiríamos. Comenzamos a trepar entre las piedras. Juan y yo nos adelantamos al resto y nuestro orgullo había convertido una subida tranquila en una competición arriesgando más de lo necesario.

—¡Queréis dejar de hacer los locos y subir despacio! —nos gritó Alfred enfadado.

—No seas el aguafiestas de siempre, déjanos en paz —le gritó Juan.

Mientras, aproveché para cogerle un poco de ventaja y, tras burlarme de él, llegué a la cima dando un grito gutural. Me sentí llena, había vuelto a ganar, aún mantenía la forma de siempre.

—Juan, ¿quieres que te ayude a subir? —me burlaba de él mientras llegaba, quejándose de la derrota que acababa de sufrir.

—No es posible que no hayas escalado desde entonces —me recriminó enfadado.

—No he escalado más, reconoce que soy más buena que tú, no hay nada malo. —Mi tono de burla provocaba que incrementara su furia.

—Déjame en paz.

Comenzaron a llegar el resto y Alfred tenía cara de enfadado. Llevaba desde niño enfadándose con nosotros, pero solo conseguía que nos riéramos de él.

—No os riáis, sois unos inconscientes, un día lamentaremos vuestras gracias.

—No seas exagerado, sabemos lo que hacemos —le repliqué quitándole importancia.

—¡Abi un accidente lo puede tener cualquiera! —me gritó de forma inexplicable, haciendo que el resto dejara de reír. Todos nos quedamos en silencio.

No entendía su sobreprotección. Siempre había sido más precavido que el resto, pero no de esa forma. No quise darle importancia, así que seguimos hablando de todo lo que había sucedido en nuestras vidas, recuperando un buen ambiente de nuevo. Cuando vimos que comenzaba a oscurecer, comenzamos a preparar las tiendas de campaña para cuando anoheciera tenerlas listas. Éramos especialistas, y en pocos minutos todas estaban listas para poder dormir más tarde. Nos sentamos en medio de todas las tiendas y comenzamos a hacer fuego para poder calentar la comida que habían subido. Estábamos sentados alrededor del fuego, Alfred me abrazaba por la cintura, y sentía que habíamos retrocedido unos años cuando todo con él iba de maravilla. No quería que el fin de semana terminara.

—Qué noche más bonita, hay luna llena —me susurró al oído haciendo que la piel se me erizara.

—Es preciosa —contesté mirándola fijamente, la cual iluminaba la explanada que estábamos ocupando.

Continuamos conversando con el resto de chicos, hasta que muchos de ellos comenzaron a sentirse cansados. Ya era tarde y todos nos fuimos a dormir.

Alfred y yo compartimos tienda de campaña. No tenía ropa para dormir, así que no lo dudé, me quedé en braguitas y camiseta de tirantes y me tumbé sobre la esterilla. Él me siguió, se quedó en calzoncillos y se tumbó a mi lado. Lo observé atentamente mientras él miraba fijo un punto concreto. Estaba pensativo

—¿En qué piensas? —pregunté curiosa.

—En cómo ha cambiado todo —suspiró.

—Dímelo a mí, acabo de cambiar de trabajo, y es totalmente diferente a lo que hacía hasta hora.

—Me alegro por ti, llegarás lejos, lo sé.

No contesté, simplemente me quedé observando el techo hasta que noté su mano acariciando mi hombro. Me giré para mirarle a los ojos y comenzamos a besarnos. Era una noche especial y acabó siéndolo mucho más.

—Dormilones, que nos vamos —escuché la voz de April, que hizo que me despertara.

—Ya voy. Alfred despierta —contesté mientras frotaba mis ojos con las yemas de los dedos.

—Voy —contestó aún sin abrir los ojos.

Recogimos todas nuestras cosas y salimos. Estaban todos desayunando. Habían traído barritas de cereales y, tras lanzarnos una a cada uno, nos sentamos con ellos. April no dejaba de observarnos, yo sabía que ella dudaba de él, pero después de la noche que había vivido no me importaba. Juan nos dijo que embaláramos la tienda porque teníamos que volver.

—¿Chicos, preparados para bajar? —les grité deseando sentir un poco de adrenalina.

—Yo no —escuché de fondo, era April estaba muy blanca, demasiado.

—¿Qué te pasa? —le pregunté preocupada.

—No me siento bien, estoy mareada. —Tenía las manos en la barriga, señal de que no se sentía nada bien. Sus manos temblaban y estaba sudando. Todos nos preocupamos mucho por ella, pero de una forma u otra tenía que bajar.

—Mejor que bajes con cuerda, estarás más segura —dijo Alfred mientras sacaba una cuerda de su mochila.

—¿Seguro que puedes bajar? Si quieres te bajo yo, sabes que puedo. —insistí preocupada por la cara tan pálida que tenía.

—No te preocupes, puedo, pero gracias.

Primero bajó Juan para asegurar la cuerda de April y le siguieron los demás chicos. Solamente quedábamos Alfred y yo, observando cómo April bajaba lentamente.

—Voy a bajar con ella, tengo una sensación extraña, no me gusta nada. —Sentía que algo no iba bien.

—No seas exagerada, bajará sin problemas. —Estaba tranquilo, viendo cómo bajaba, pero yo no lo estaba.

De repente escuchamos un grito de April. No sabíamos que pasaba, estaba muy nerviosa y se movía demasiado. Por mucho que intentaba mirar, no sabía qué le pasaba exactamente.

—¿Qué pasa? Dinos —gritó Alfred.

—La cuerda ha bajado más de lo que debía, algo no va bien —nos dijo con voz temblorosa.

Me paré a mirar cada parte de la cuerda y vi que se estaba partiendo. Corriendo, cogí una cuerda de la mochila de Alfred y, tras atarla a una gran roca y pasarlo por mi cintura,

avisé a Alfred de lo que estaba pasando.

—April, voy a bajar, intenta no moverte, la cuerda se está rompiendo —le grité para tranquilizarla.

—Por favor, ayudadme, no quiero caer. —Su voz era de desesperación.

Comencé a bajar dando grandes zancadas. cuando escuché un grito. La cuerda se había partido. Sin pensarlo, agarré la cuerda que la sujetaba y, tras resbalar sobre mi mano, conseguí sujetarla. No pude evitar gritar, ya que sabía que mi mano se había desgarrado por el roce de la cuerda en la piel. Pero no podía soltarla, tenía que soportar el dolor.

—Ayudadme, no aguantaré mucho el peso de las dos. Alfred, por favor, baja. —Mi voz de dolor era obvia, estaba nerviosa, comenzaba a sentirme superada.

Juan no le dio tiempo a Alfred a llegar. Tras trepar hasta alcanzar a April y colocarla sobre su espalda, consiguió bajarla sin ningún problema. Yo seguí bajando la pared, cada vez con zancadas más grandes, para llegar lo antes posible al suelo.

—Abi, gracias, si no es por ti, no sé qué me hubiera pasado —dijo temblorosa y con lágrimas en los ojos.

—No iba a dejar que te pasara nada. —la abracé y, al ponerle la mano sobre su pelo, noté el quemazón que tenía en la palma de la mano.

—¿Estás bien Abi? —preguntó Alfred.

—Me he rozado la mano —dije resoplando por no lloriquear por el mal que me había hecho.

—Déjame ver. Abi, tenemos que ir a que lo miren, lo tienes en carne viva, tiene muy mala pinta.

—No te preocupes es simplemente una cura.

—No lo es, Abi, y lo sabes.

—¡Estoy bien he dicho! —contesté enfadada.

—Chicos, regresemos. —intervino Juan para que no discutiéramos.

Al llegar al campamento, decidimos regresar a casa. Entré al lavabo para mirar con detenimiento mi mano y no me gustó nada. La piel había saltado. Sabía que tenía que vendarla, pero lo haría cuando llegara a casa.

De camino fuimos charlando amablemente. Aunque no quería decirlo, la mano me dolía muchísimo, la tenía muy irritada, pero intentaba disimularlo. Si me quejaba, me llevarían al primer hospital que nos cruzáramos y no quería que pasara eso. Había sido un fin de semana espectacular y no quería que se estropeará por mi culpa.

—Abi, tengo que regresar a Chicago —interrumpió Alfred nervioso.

—¿No habías vuelto? —contesté sorprendida.

—He vuelto para pasar el fin de semana, pero tengo que volver, he hecho mi vida allí. —sabía lo que significaba su voz suave.

—¿Por qué no me dijiste esto el viernes? —le recriminé.

—Me apetecía estar contigo, me gustas mucho —intentaba disculparse.

—Pues quédate aquí conmigo.

—Me gustas, pero no eres la mujer para dejarlo todo por ti. Pero cuando vengo a Manhattan me gusta poder contar contigo.

—Eres un imbécil, ¿nadie te lo ha dicho antes? —dije resoplando, incrédula de la situación.

—No me insultes, los dos nos divertimos juntos y el sexo es alucinante entre nosotros, pero claro, cuando estoy en Chicago necesito satisfacer mis necesidades.

—No sigas hablando, no quiero oír más. Déjame en mi casa y sal de mi vida de una vez. —No me podía creer sus palabras, estaba alucinando. Una vez más me había utilizado.

Por suerte quedaban apenas cinco minutos para llegar a mi casa y no volvimos a mediar palabra alguna, solo quería golpearle, gritarle, pero ni lo merecía. Esta vez, sus palabras habían llegado directas a mi corazón, destruyéndolo.

Al llegar a mi casa, salí del coche y fui al maletero a coger la bolsa que había preparado el día anterior. Estaba tan enfadada, que ni me di cuenta de la herida de la mano, pero no quise mostrar que me dolía, quería apartarme de él para siempre.

—¿Quieres que comamos algo? —preguntó lamentando cómo había terminado todo.

—Contigo no vuelvo a ir a ningún sitio. Déjame en paz.

Me di la vuelta y caminé hasta entrar en casa. A través de la ventana observé cómo se alejaba y me sentí humillada. Una vez más había jugado con mis sentimientos, lo odiaba.

Capítulo 7

FUI al baño y, tras lavar la palma de la mano con agua, vi que necesitaba que la miraran más detenidamente, si no era probable que se infectara. No lo dudé más. Cogí el bolso y, tras esperar que pasara un taxi, me fui al hospital. Por suerte mi madre no trabajaba, si no pondría el grito en el cielo. Era la primera que temía cada vez que escalaba. Decir que me había hecho daño no entraba en mis planes.

Al llegar, me reconocieron, y no tuve que esperar. El doctor de urgencias era muy amigo de mi madre, así que me sentó en una camilla y me pidió que esperara unos segundos.

—¿Abi, qué te ha pasado? —preguntó mientras sostenía mi mano sobre la suya y observaba la herida.

—Estaba escalando y la cuerda de mi amiga se rompió. Al agarrarla me rozó y el resultado lo ves. —Sonreí inocentemente y él, en cambio, me puso cara de enfadado.

—Tienes una buena quemadura, tengo que tapparla —dijo muy serio.

Tras limpiar la zona para evitar cualquier infección, impregnó la palma con una crema y la tapó vendando la mano. Me hice la dura y fingí que no me dolía pero no era así, me dolía y mucho apenas podía cerrar la palma.

—Ya estás lista —sonrió mientras recogía todos los utensilios que había utilizado para curarme.

—No le comentes nada a mi madre, sabes lo exagerada que es —le rogué.

—No lo haré, no te preocupes.

Salí del hospital y me fui directa a casa. Estaba cansada, había tenido un fin de semana muy divertido, aunque no había acabado como me hubiese gustado.

Tras coger otro taxi para cruzar Manhattan, me llevó hasta la puerta de casa. Abrí como pude, al tener una mano vendada, y me senté en el sofá cuando comenzó a sonar el teléfono móvil. Vi en la pantalla que era Alison, descolgué rápidamente. Sabía que había pasado el fin de semana con Antón. Estaba ansiosa por saber qué tal le había ido y, tal y como esperaba, habían solucionado sus problemas del pasado y habían vuelto. Me alegraba mucho por ella, cometió un error que con el tiempo él había conseguido olvidar. Ella me reconoció que estaba más enamorada que nunca y que, ésta vez, no iba a ser tan tonta de volver a fallarle. Estaba segura de que quería estar con él y le sería fiel.

—¿Y tú que has hecho? —me gritó a través del auricular.

—Uff, fin de semana completo... —suspiré recordando todo.

—Cuenta, tengo todo el tiempo del mundo —reía, pero no se iba a imaginar lo que había pasado.

—El viernes fui al hospital y cuando llegué había muerto Adam... —Al recordarlo, no

pude evitar llorar, ese niño me entristecía el corazón.

—¿Por qué no me llamaste?, hubiera ido —me reprendió.

—Alison, no digas tonterías, cómo te iba a llamar, te ibas fuera. Sigo, que ha sido interesante el fin de semana. Después de cenar con mi madre, al llegar a casa me esperaba Alfred. —Mi voz era baja, sabiendo la bronca que iba a recibir.

—¿Lo mandarías a la mierda no?! —gritó.

—No. Después de discutir, le dejé entrar y acabé como siempre. —Aparté el teléfono de mi oído antes de que un grito pudiera dejarme sorda, pero en cambio Alison suspiró y no gritó.

—Sé que no puedes resistirte a él, pero siempre te hará daño, es un consejo —me dijo calmada, y sabía que tenía toda la razón.

—Lo sé, ¿Sigo contándote? —pregunté alegre.

—¡Claro! —contestó intrigada.

—Por la mañana me desperté y había ido a comprar el desayuno, ¡y se acordó de lo que me gustaba! Eso me sorprendió y, después de desayunar, fuimos al campamento. Había carrera de piraguas y ya pasamos el fin de semana allí.

—Me alegro que estuvieras bien con él, pero no me fío de ese hombre, lo conocemos muy bien.

—Y no te confundes, ahora viene lo mejor. Cuando regresamos, me dijo que volvía a Chicago y que yo no era la mujer de su vida, pero que cuando volviera pues podíamos estar juntos. —Mi tono de rabia era obvio.

—¡Sera hijo de su madre! Qué sinvergüenza. Espero que en ese momento sí lo hayas mandado bien lejos, ¿no? —gritaba como una desesperada.

—Sí, lo hice, y me fui a casa. No quiero volver a verle. —Comencé a llorar, me sentía utilizada una vez más.

—No llores, no lo merece —intentó calmarme.

—Lo sé, pero me da rabia ser tan tonta y siempre caer en sus redes, ¿por qué lo hago?

—Porque no has encontrado al hombre de tu vida. Cuando lo hagas, al verlo ni te inmutarás.

—Espero... encima me duele la mano.

—¿Qué te ha pasado?

—Escalando. A April se le rompió la cuerda, y antes de que cayera, la cogí, pero me quemé la palma de la mano.

—¿Mucho? Ve al médico y que te la miren.

—Ya he ido, me la han vendado porque se ha levantado toda la piel.

—Abi, tú y tus deportes de aventura, un día te matarás.

—No seas exagerada. —Comencé a reír entre lágrimas.

—Bueno, al menos hemos tenido un fin de semana interesante y no nos hemos quedado en el sofá si hacer nada.

—Eso sí.

—Abi, cariño, te voy a dejar que me voy a preparar todo para esta semana.

—Yo también, un beso enorme, te llamo para vernos, ahora tendré que pedir cita para verte.

—No seas tonta, tú nunca tienes que pedir cita Antón, ya lo tiene claro.

—Eso me gusta. Adiós Alison y gracias por escucharme.

—Duerme un poco anda.

Colgué el teléfono y me quedé sentada en el sofá. Pensé en Adam, y se me encogió el estómago. No podía creer que no volvería a ver a ese pequeñajo tan divertido, pero así era. Noté un pinchazo en la mano y, al intentar cerrar la palma, di un respingo por el dolor. Miré el sofá y recordé la noche del viernes. Ese muy sinvergüenza me había utilizado una vez más, no podía sentirme más arrepentida de haberme acostado con él. Menos mal que al día siguiente continuaba con mi trabajo. Mike había terminado su guerra, y la tregua conseguía que tuviera más ganas de que llegara el lunes, seguro que aprendía algo nuevo. Mi estado de ánimo cambió, me sentía algo más positiva, así que abrí el congelador y cogí una lasaña que puse unos minutos en el horno. Esperé sentada en el taburete que estuviera lista para comer un poco y poder dormirme.

Estaba esperando el ascensor para subir a la oficina y apareció Mike detrás de mí. Estaba muy serio, pero imaginé que habría tenido algún problema con alguien. Simplemente le dije buenos días y él contestó, pero no me miró a la cara. Iba leyendo algo en su móvil y no alzaba la cabeza por nada, así que preferí no molestarle.

Cuando el ascensor abrió las puertas, esperó que yo saliera y caminé con paso firme, intentando ocultar mi mano para que nadie me preguntara y tuviera que dar explicaciones de lo ocurrido.

Entré en mi despacho. Tras dejar mis cosas arranqué el ordenador y comencé a leer y contestar los correos electrónicos. Sin darme cuenta, ya era la hora de desayunar. Cogí mi monedero para dirigirme a la cafetería, cuando unos golpes fuertes y secos sonaron en la puerta del despacho. Antes de darme tiempo a preguntar, la puerta se abrió y vi que el causante de ese ruido era Jason.

—¡Jason para! —le grité.

—Vamos a desayunar, venga.

Me levanté rápidamente antes de que tirara la puerta al suelo con sus golpes insoportables. Se adelantó para preguntarle a Mike si nos acompañaba en el desayuno, pero éste negó con la cabeza. Le alcancé y caminamos hasta la cafetería.

Estábamos sentados en una mesa Jason, Blanca y yo. En todo momento, intenté que nadie viera que tenía la mano vendada, pero Jason se dio cuenta. Por mucho que quisiera ocultarlo, el vendaje blanco llamaba la atención.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —preguntó serio.

—Un accidente escalando —contesté mostrándole el vendaje.

—Así que has tenido un fin de semana movidito, cuéntanos, ¿con quién has ido a escalar y cómo te has hecho esa herida? —El tono que empleó no era típico de él, pero interpreté que quería sonsacarme información.

—Muy interesado estás tú en mi vida personal, ¿no?

—Claro, somos compañeros. —Comenzó a reír y Blanca también le siguió.

—Don chafardero, pues fui con mis amigos de cuando iba de campamento y, tras romperse la cuerda de mi amiga, antes de que cayera al suelo la agarré, pero rozó el tiempo suficiente en la palma de mi mano para que se quedara en carne viva.

—¡Que daño! —grito Blanca poniendo cara de dolor.

—¿Y no había ningún hombre que pudiera ayudarle? —preguntó Jason sorprendido.

—No dio tiempo.

—¡Blanca, te presento a nuestra heroína de Megaestructuras! —comenzó a burlarse.

—¡Eres idiota!

—Sí pero vayamos al kit de la cuestión, habrá algún hombre por allí, ¿no? —insistió Jason.

—¡Ya no!, te lo aseguro, pero no pienso contarte nada más, ya sabes demasiado. —Fingí una sonrisa, aunque si ellos notaron que era fingida no dijeron nada, ya que no le dieron importancia, cosa que agradecí.

En ese momento, vi que Mike estaba pidiendo su café americano como cada mañana y me recordó a Alfred, que el sábado también lo estaba tomando. Rápidamente me obligué a no pensar más en él, no se merecía ni un segundo de mi vida.

Se sentó con nosotros, aunque la seriedad de esta mañana no se le había pasado aún. Seguía ausente y como enfadado. No quise darle importancia, me había dado cuenta de que sus cambios de humor eran habituales, así que no debía darle importancia.

—Mike, tenemos una heroína en la empresa, la salvadora de las amigas —comenzó a reírse mientras agarraba mi mano para mostrarle la venda.

—¿Cómo te has hecho eso? —contestó duramente.

—Escalando. Se rompió la cuerda de mi amiga y la agarré para que no cayera.

—¿Y no sabéis que no solo se ha de llevar una cuerda? Que inconscientes —amonestó malhumorado, mientras se levantaba con el café en la mano y salía de la cafetería.

—¿A este hombre qué le pasa ahora conmigo? —pregunté mirando a Jason, sin entender lo que había ocurrido.

—Déjalo, tendrá un mal día. —contestó Jason sin querer comentar nada más.

—Bueno, voy a seguir con mi trabajo antes de que me despidan —sonreí mientras salía hacia mi despacho.

Continué preparando informes para las futuras reuniones que tendríamos. La siguiente no era hasta esa misma tarde, así que decidí comer en la misma cafetería.

Estaba sentada en una mesa, comiendo una ensaladilla rusa que había en el menú, y recordé la contestación que Mike me dio en ese mismo lugar hacía unas horas. No entendía por qué, pero como Jason había comentado, sería cosa de él. No me había hablado en toda la mañana, parecía que habíamos vuelto al primer día. Pero lo dudaba, no había hecho nada para que pudiera sentirse molesto, todo lo contrario.

Acabé mi comida y me fui al despacho. Comencé a preparar todo lo que debía llevar para la reunión y salí hacia el despacho de Mike.

—Buenas tardes, Mike, ¿salimos ya? —dije desde la puerta de su despacho.

—Acabo una cosa y vamos.

Le esperé en recepción mientras hablaba con Blanca de unos informes que tenía que buscarme para el día siguiente. Ya me desenvolvía perfectamente y pedía a Blanca lo necesario para las reuniones

—¿Abi, nos vamos? —escuché sarcásticamente. Miré a Blanca y, tras poner los ojos en blanco por la insolencia que acababa de escuchar, fui hacia él.

—¿Te pasa algo hoy? —pregunté bastante molesta.

—A mí no —contestó sin dar pie a más conversación.

Entramos en el ascensor sin mediar palabra alguna. Al salir por la puerta del edificio, como siempre, nos esperaba J con la limusina para llevarnos a la reunión. Me acomodé en ella y, tras mirar por la ventana durante todo el recorrido, podía observar a través del reflejo de ésta cómo Mike miraba la Tablet sin pestañear. Imaginé que tendría mucho trabajo, y con el humor que tenía no era conveniente molestarle mucho.

Llegamos a las oficinas de los Turner y, tras esperar en una sala de espera bastante sobria y pequeña, nos hicieron pasar a una sala de reuniones. En ella estaba esperándonos el dueño de la empresa y su mano derecha, una chica morena con un tipazo que no dejaba de ponerle ojitos a mi querido socio.

No entendía por qué, pero no me gustaba la libertad que esa señorita tenía hacia Mike. Durante toda la reunión estuvieron tonteando y, cuando disponíamos a irnos, se acercó otra vez ignorando que yo estaba a su lado. Durante toda la reunión ni tan siquiera cruzamos una mirada, es como si volviera a ser transparente para él.

—Si estás libre podemos ir a tomar algo, me debes esa copa —le dijo guiñándole el ojo, mientras acariciaba su brazo.

—Es verdad, ni me acordaba. Pues ahora me va bien.

—Tengo el coche aparcado en el parquin, vamos —le dijo mientras me miraba esperando mi reacción y le cogía del brazo como si fuera su triunfo.

—Abi, dile a J que te lleve a casa, que no me espere, ya regresaré yo solo.

—Se lo diré —contesté con tono seco.

Bajé con ellos en el ascensor, parecía que no iba a llegar nunca a la planta baja. La

espectacular morena no hacía más que rozarse con él, y él encantado de ese contacto. No quería mirarles, pero no podía evitarlo. El descaro de esa mujer estaba encendiendo un fuego en mi interior. Necesitaba salir de ese ascensor lo más rápido posible, antes de que dijera algo inapropiado para la parejita.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, salí como si no me acompañaran y, sin despedirme, ni tan siquiera mirarles, fui directa a la limusina en la que J estaba esperándonos.

—Señorita, pase, ¿esperamos al Señor? —contestó amablemente.

—No, dice que ya volverá él solito. —Asintió con la cabeza y se montó en el asiento del conductor.

No entendía por qué me había molestado que se fuera con ella, pero estaba tan enfadada con su actitud que decidí decirle a J que me llevara a la agencia para ver a Alison. Por el camino estaba rabiosa, solo podía recordar a esos dos rozándose e imaginando lo que seguramente estarían haciendo en ese mismo momento.

—Señorita, ¿quiere que la espere y la lleve a casa? —preguntó J siempre con esa amabilidad tan agradable.

—Para nada, usted aproveche y descanse, que el Señor le ha dado un rato libre —me burlé de la situación.

—Que tenga buena tarde. —Se despidió y se fue.

Me paré unos instantes, intentando llenar mis pulmones de aire nuevo para poder desprenderme de la negatividad que sentía y poder relajarme con mi amiga. Sí, eso necesitaba. Caminé rápidamente hacia la agencia y sorprendí a Alison cuando estaba a punto de irse.

—¿Tienes tiempo de tomar algo conmigo? —pregunté con voz de pena intentando obtener una afirmación.

—¡Cómo no lo voy a tener tontina! —Salimos de la agencia y, tras dar unos pasos en los que ninguna de las dos habíamos dicho nada, Alison no pudo esperar más.

—Abi, no quiero que estés triste, tienes una cara... Mira, que se vaya a Chicago y no vuelva más.

—Si apenas he pensado en Alfred. La verdad, es raro, pero cierto. —Hasta yo me sorprendí.

—¿Entonces por qué esa cara? —Puso semblante de no entender nada.

—Es que llevo un día raro. Cuando he llegado a trabajar, Mike actuaba como si no me conociera, con la soberbia que suele tener. Cuando se ha enterado de cómo me había hecho la herida de la mano, me ha llamado inconsciente, con un tono que nos hemos quedado todos parados, y después me ha ignorado toda la tarde, hasta que hemos acabado la reunión, que muy amablemente me ha dicho que me fuese sola, que se quedaba con una mujer de la empresa en la que estábamos.

—Abi, ¿tú sabes que un clavo quita otro clavo? —comenzó a reírse despiadadamente.

—¡Que estás hablando! ¡No me he puesto celosa! Solo me ha molestado su actitud de hoy hacia mí —intentaba convencerla.

—Yo no digo nada, que después estoy loca.

—De verdad, no sé cómo puedes dudarlo, cómo me va a gustar ese engreído que se cree el rey del mundo.

—Alfred no es muy diferente a lo que estás diciendo.

—¡Alison! —le grité.

—¡Stop! Tema terminado, me niego a discutir contigo —intentó calmar el ambiente que se había creado.

Entramos a la heladería y, tras pedirme un helado de cuatro bolas de vainilla con caramelo, comencé a saborearlo como si fuera el placer más exquisito del mundo. Me preguntó por la mano. Al verla vendada se preocupó, pero la calmé diciéndole que me dolía menos, que esperaba que se curara rápido y le pedí que me contara con detalles qué tal había ido el fin de semana. Por suerte una de las dos era feliz y me alegraba muchísimo por ella.

Alison comenzó a contarme todo lo que habían hecho. La verdad, Antón era un caballero con ella, se notaba que le importaba, y mucho. Había conseguido que pasaran un fin de semana romántico. La cara de Alison mientras me relataba los detalles de la cena, de las caricias y las palabras que Antón le dedicaba, era de enamorada, le brillaban los ojos y me hacía feliz verla así.

Yo en cambio me sentía sola, hacía mucho tiempo que nadie era atento conmigo, todo lo contrario, me encantaría poder hablar de algún hombre del mismo modo que hablaba ella. Cuando acabamos de comer el helado, decidimos volver a casa, pero no me apetecía irme a dormir o ver la tele. Aunque me dolía la mano, decidí dar un paseo para que me diera el aire y despejara mi mente.

Comencé a caminar con paso rápido, que fue menguando conforme daba vueltas a mi vida. Estaba patas arriba. En la oficina eran altibajos, un día estaba alegre y otro me sentía apartada. No podía evitar pensar en si había hecho bien al aceptar. Como fuera todo el año así, acabaría desquiciada.

Mi vida sentimental era un fraude. Alfred había vuelto para volver a hundirme. No era justo que me pasara siempre lo mismo, pero yo era una luchadora, podía superar todo lo que la vida me pusiera en el camino.

Capítulo 8

CAMINÉ sin parar hasta llegar al Central Park. Una vez dentro del parque, comencé acelerar el ritmo hasta que no pude más. Me tumbé sobre el césped mientras estiraba los músculos que estaban tensos, intentando relajarlos.

—¿Estás bien? —escuché la voz de una mujer.

—Sí, no te preocupes, cansada, pero bien —me reí.

—Pensé que te habías lesionado —contestó mientras se sentaba a mi lado para respirar un poco.

—¿Eres de la zona? —le pregunté. Normalmente las personas que solemos correr, nos conocíamos de vista, pero a ella nunca la había visto.

—Me acabo de mudar, soy de Texas.

—Bonito lugar, un gran cambio por eso —le sonreí.

—Mucho, pero he encontrado un puesto de trabajo muy interesante y no lo he dudado.

—Me alegro mucho. Por cierto, me llamo Abi.

—Yo Hanna. Eres la primera persona que se para hablar conmigo. Aquí todo el mundo va a lo suyo. —Su voz de resignación era obvia.

—La verdad es que sí, pero te acostumbras. Si necesitas saber dónde salir o conocer algo puedes contar conmigo.

—Muchas gracias, pero no voy a molestarte, ya te he robado bastantes minutos.

—No digas tonterías. Bueno tengo que regresar, si no se me hace tarde, espero verte por aquí otra vez.

—Gracias por ser tan amable. Hasta otro día.

Seguí caminando a un ritmo más lento hasta llegar a casa. Fui directamente a darme una ducha. Estaba tan cansada que, tras tumbarme en el sofá, me quedé dormida sin haber cenado.

Me desperté dolorida por haber dormido en el incómodo sofá, y mi estómago rugía como si no hubiese comido en días. Entré en el baño y miré mi rostro. Estaba horrorosa, las ojeras resaltaban del blanco pálido que cubría mi rostro. Me paré frente al armario y, tras elegir qué ponerme, me vestí. Entré en el baño para intentar disimular el espantoso reflejo que veía a través del cristal. Impregné el contorno de mis ojos con una máscara anti ojeras que disimulaba la sombra oscura y conseguía omitir mi tez cansada. Encima del corrector, apliqué la base de maquillaje, que conseguía verme casi perfecta. De pronto, llamaron al timbre. Maldecí en voz alta y salí corriendo a abrir la puerta.

Me sorprendió ver a Mike. No lo esperaba y menos en mi casa. Era la primera vez que venía y yo a medio maquillar.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida.

—Tenemos una reunión en treinta minutos —dijo con tono serio, pero más amable que el día anterior.

—Pasa un momento, estoy a medio maquillar. —Le abrí la puerta del todo para que entrara, caminó delante de mí. Estaba observando cada rincón de mi apartamento y no me importó. Sabía exactamente lo que estaría pensando. Lo dejé en el salón y, mientras, entré en el baño para terminar de maquillarme. Al salir, me quedé parada, de brazos cruzados, mirándole. Él, al sentirse observado se giró.

—¿No te agobias en este lugar? —me dijo sorprendido por el tamaño de mi pequeña casa.

—Pues no, me encanta. A parte, ¿qué más te da cómo vivo? —le recriminé con tono molesto.

—Vamos, tenemos que irnos —cortó la conversación de repente.

Cerré la puerta de mi casa y, tras cerrar con llave, aceleré el paso para alcanzarle, pero no hizo falta. Esperó que llegara para cederme el paso muy gentilmente. J arrancó el coche y nos dirigimos hacia la reunión que habían convocado a última hora y con la cual no contaba. Le observé sin que se diera cuenta. Parecía que no estaba tan enfadado como el día anterior, pero aun así lo notaba distante como los primeros días de empezar en la empresa.

Llegamos a las oficinas donde nos esperaban. Eran unos nuevos clientes, que querían comenzar a trabajar con nosotros. Por segunda vez participé en las decisiones sorprendiendo a todos los asistentes y, para mi sorpresa, mis ideas parecían gustar a los asistentes y Mike sonreía bastante satisfecho de mis intervenciones.

La reunión por suerte fue corta, mi estómago me dolía. Estaba deseando llegar a la oficina para desayunar algo. El dolor que me producía el ayuno conseguía cambiar mi humor, estaba nerviosa, incluso angustiada.

—Vamos a visitar a una clienta antes de ir a la oficina.

—Mike, paremos dos minutos a tomar algo, voy a morir como no coma.

—¿Saldrá el león que llevas dentro? —bromeó haciendo que riera.

—Está a puntito de salir —contesté sin poder evitar mi cara de angustia.

—Ya lo había pensado, entra. —Abrió la puerta de la limusina y, sobre una bandeja, había un muffin de chocolate y dos cafés.

—Gracias, comenzaba a pasarlo mal —dije sorprendida por el detalle.

—No quiero que me denuncies por maltrato laboral y, como no tenemos tiempo de parar, mandé a J que lo tuviera listo para cuando llegáramos.

Abrió la tapa del café con leche. No pude evitar olerlo, estaba deseando probarlo. Su apariencia era perfecta, la espuma que lo cubría era esponjosa tal y como me gustaba. Di un primer sorbo, saboreándolo como si fuera el mayor placer del mundo. Comí el muffin y bebí hasta la última gota de café, aliviando mi ansiedad por comer algo. Mike estaba serio,

mirando por la ventana. A veces era tan cínico y prepotente, que no lo soportaba, pero en ese instante era tan cercano, que me confundía, no sabía cómo era realmente.

—Ya hemos llegado. —Parecía que la tensión, aunque permanecía entre nosotros, iba desapareciendo.

Al llamar a la puerta, salió una señora que me resultaba familiar. La observé bien y recordé que era su madre, la había visto con la mía.

—Mike, estaba esperándote —le dijo mientras besaba su mejilla.

—Me he retrasado, discúlpame.

—Hijo, siempre tan correcto. Soy tu madre, no una de tus clientas. —Ese comentario hizo que riera, ya que tenía toda la razón. Mi risa hizo que se dirigiera hacia mí.

—Querida, estás echa una mujer. Tu madre no me había comentado lo que habías crecido.

—Gracias.

—Mamá, enséñame lo que quieres cambiar, tenemos trabajo —le cortó muy serio.

—Perdón, ya voy. Pasad y os muestro.

Entramos nosotros dos por delante y ella nos siguió hasta llegar al salón. Era muy grande, decorado con un estilo clásico pero con mucho gusto. Tras el salón había una pared que separaba el comedor, y ésta separación era lo que quería quitar.

—Mamá, ¿me haces venir para decirme que quieres tirar una pared? Dímelo por teléfono —refunfuñó malhumorado.

—De verdad qué poco amigable eres con tu madre. No sé cómo lo aguantas todo el día trabajando. —Me miró y me hizo un guiño.

—No tengo más remedio —bromeé.

—Tú lo has elegido, podrías haber renunciado a todo y estarías la mar de bien.

—¡Oye, no empieces a recriminarme nada! —le dije enfurecida.

—Hijo, no seas tan cruel —le dijo (“su madre”) muy enfadada. —Perdona, Abi, en el fondo no es un mal chico, solo un poco egoísta.

—Mamá, se acabó. Mandaré dos personas para que tiren la pared como quieres. Tenemos que irnos. —Sus duras palabras me dejaron paralizada y, sin decir nada, le seguí hasta la puerta.

Durante el camino ni me miró, sus ojos reflejaban la rabia que sentía los primeros días, y lo que más rabia me daba era que no podía explicarle que yo no quería su herencia y que en un año se la devolvería. Podría demostrarle que estaba confundido conmigo, pero la dichosa condición no me lo permitía.

Se montó en la limusina sin esperarme. Le seguí, y no volvió a mirarme ni hablarme, así que me resigné a otro día de ausencia, simplemente observé por la ventana y esperé llegar lo antes posible a la oficina.

Al llegar, cerré la puerta de mi despacho y tapé mi cara con mis manos. Odiaba quedar como la caza fortunas como él pensaba, pero no podía decirle la verdad, si no él perdería todo. Tenía que tener paciencia, sabía que siempre me lo echaría en cara, pero era por su bien, no podía decir nada.

Abrí mi correo y conseguí evadir mis problemas con el trabajo. Por suerte tenía el suficiente como para continuar la mañana sin pensar en nada más.

Ya era la hora de comer y había pensado y decidido que tenía que ceder e intentar controlar la situación. Tragué mi orgullo y salí hacia su despacho esperando que no me diera con la puerta en las narices y poder invitarlo a comer.

—¿Mike, te vienes a comer? —dije mientras abría la puerta de su despacho sin avisar, pensando que estaría solo—. Perdonad, pensaba que estabas solo —dije lamentando mi falta de educación.

—No te preocupes, estamos en familia, pasa. —Su tono sarcástico no me gustó nada.

Me acerqué a ellos, y el hombre no lo había visto nunca en la empresa era un hombre de más de cincuenta años, pero era normal, hacía pocos días que trabajaba allí, era muy difícil que lo conociera.

—Abi, me alegra verte. —Parecía que me conocía, pero tras asentir con la cabeza y mirar a Mike con rostro de no entender nada, no llegué a saber quién era.

—¿Es Arthur Evans, ¿no te suena?! —Su sonrisa malévola me demostró lo malo que podía ser.

—Es mejor que me vaya. —Mi cuerpo comenzó a temblar, nerviosa de estar delante de ese hombre. Me sentí amenazada, no pensé que llegaría ese momento.

—Abi, por favor no te vayas, me gustaría charlar un rato contigo. —El tono de voz era de un hombre arrepentido.

—Creo que es un poco tarde, y no me llames Abi no lo mereces.

—Por favor, es un amigo de la familia, no trates así a nuestro invitado. —Me daban igual las palabras de Mike, no iba a consentirle a él ni a nadie que me hirieran de tal forma.

—Será vuestro amigo, pero para mí no es nada. —Salí rápidamente de allí, no podía creer lo que estaba viendo.

Fui a mi despacho y cerré la puerta con pestillo. No quería ver a nadie, era la primera vez que hablaba con mi padre, siempre había pensado en ese momento, pero lo único que sentí fue rencor y desprecio. No quería volver a verlo, su rostro era muy semejante al mío, no podía negar que era su hija, pero eso no lo era todo.

Estaba enfurecida. Mike sabía que no tenía relación con él, ¿por qué lo había traído a la empresa? ¿Por qué ese hombre me deseaba mal? Solo podía llorar, estaba harta de que jugaran conmigo todos los hombres que se cruzaban en mi vida. Alfred, y ahora Mike. Un día era agradable y otro un ser despiadado.

Escuché un par de golpes en la puerta. Sabía que era él, pero me negaba a que me viese mal, no le iba a dar ese placer. No contesté, seguí trabajando sin parar hasta que vi que el

reloj del ordenador marcaban las cinco. Recogí mis cosas y salí rápidamente hacia el ascensor.

Se abrieron las puertas y me encontré a Mike que, tras verme, se quedó parado en medio. No me importó, entré y pulsé el botón de planta baja. Pensé que bajaría y seguiría su camino, pero no se movió. Se cerraron las puertas y permanecimos los dos solos.

—Abi, no pensé que te molestaría tanto.

—¡Tú que vas a saber, no sabes nada de mí! —dije sin mirarle y muy enfadada.

—Siempre ha venido a vernos y la verdad que no pensé que ahora, al estar tú, podrías sentirte incómoda. —Sus disculpas no me servían de nada.

—¿Cómo te sentirías si después de veintiocho años una persona que te ha abandonado apareciera como si nada? No sabes nada de mi vida ni de dónde vengo, así que déjame en paz de una santa vez.

—Solo sé que vives en un piso que da pena. —Su tono soberbio acabó enfadándome del todo.

—El único que da pena aquí eres tú, que con tu prepotencia estarás solo toda tu vida. Y, ¿sabes que?, te lo mereces por cretino. —Se abrieron las puertas del ascensor y salí rápidamente. Él no se movió.

Salí como si se estuviera incendiando el edificio. Necesitaba desahogarme y la persona que mejor podría entenderme era mi madre. Vi a J en la puerta y negué con mi cabeza obviando su invitación a llevarme. Caminé en sentido contrario al que se encontraba y, rápidamente, llegué al hospital. Por suerte mi madre aún estaría trabajando, era la única que me podía aconsejar y me entendería.

Cuando vi a mi madre a lo lejos del pasillo, salí corriendo hacia ella y la abracé mientras comenzaba a llorar desoladamente.

—Abi, ¿qué te ha pasado, por qué tienes la mano vendada, estás bien?

—Mamá, ¿por qué todos me hacen daño? —le dije llorando.

—Vamos mejor a la sala, aquí hay muchas personas.

Entramos en la sala donde solamente había personal del hospital. Mi madre fue a coger una botella de agua de la máquina y, tras dar unos largos tragos, conseguí calmarme. Ella se sentó delante de mí, esperando que yo comenzara a contarle lo que me pasaba, pero no encontraba el valor, era muy difícil decirle todo lo que me había sucedido y, sobretodo qué de todo me había dolido más. Estaba saturada, mis emociones estaban al límite, nunca habían estado tan sensibles, pero Mike estaba consiguiendo que sufriera más que nunca en toda mi vida.

—Mamá, he visto a mi padre en la empresa —dije balbuceando.

—Hija, sabía que llegaría ese día, tu padre es muy amigo de los Smith, y era evidente que te lo cruzarías, siento no haberte avisado. —Noté cómo sentía que era culpable.

—No es tu culpa, es que me ha sobrepasado la situación, siempre pensé lo que le diría, pero no he podido, he sentido rabia. —Mis palabras estaban entrecortadas.

—Cariño, no puedes culparle de nada, yo quería tenerte y él, desde que se enteró del embarazo, se negó. Yo decidí seguir contigo, pero él no quería y, tras hablar, decidí apartarse de nosotras y yo lo acepté. No era justo que por dejarme embarazada tuviera que seguir con nosotras, era una decisión de dos, pero en mi caso no lo fue —intentaba explicar lo que pasó en pocas palabras para que yo lo entendiera.

—No digas eso mamá.

—Es la verdad, Abi, piénsalo fríamente. Tú cuando quieras tener un hijo deberás estar de acuerdo con el padre, no puedes obligarle a tenerlo, es lo que yo hice.

—En parte tienes razón.

—Ahora, ¿me puedes explicar qué te ha pasado en la mano? —En ese momento entró el médico que me atendió y, tras oír la frase, sonrió.

—Yo no le he dicho nada —se burlaba de mí.

—Muy bonito, mi hija viene al hospital y nadie me lo dice —dijo en voz alta, echándole en cara a sus compañeros la falta de sinceridad.

—Mamá, solo fue un roce escalando, no es nada, se está curando.

—Déjame ver. —Retiró el vendaje y, tras ver toda la palma de la mano sin piel, puso cara de sorpresa.

—Cariño, ¿cómo te has hecho esta herida?, es muy grande —dijo mientras cogía todo lo necesario para curarla.

—Fui al campamento a escalar y a April se le rompió la cuerda. Si no la llevo a sujetar, estaríamos lamentando su vida.

—Hija, de verdad, tened cuidado.

—Yo lo tengo, lo sabes —le dije convincente para tranquilizarla.

Mi madre, muy lentamente, comenzó a limpiar la herida y volver a curarla. Ya comenzaba a endurecerse porque la piel estaba regenerándose, pero la molestia aún era notable. Mientras, seguía explicándome cosas para que entendiera la decisión de ambos y no culpara a ninguno de los dos, sino que viera que fue una decisión y por desgracia yo había sufrido las consecuencias.

—Ya está listo, haz las curas todas las noches es muy importante.

—Lo sé mamá, lo hago siempre. Voy aprovechar y veré a mis niños.

Salí de la zona de personal y fui pasando por las habitaciones. Todos se alegraron al verme, no era viernes y estaba con ellos. La sonrisa de esos niños me hizo ver que mis problemas eran tonterías comparados con los que ellos tenían de salud. Así que decidí olvidarme de tonterías y pasar un rato divertido con ellos, lo necesitaban mucho más que yo. Me esforcé más que otros días en conseguir esas sonrisas.

Cuando acabé de recorrer todas las habitaciones y la sala de juegos, me despedí de mi madre y fui a casa con la intención de salir a correr durante un rato.

Volví a coincidir con Hanna mientras corría, y continuamos corriendo mientras

hablábamos de nosotras. Era una chica muy simpática, me sabía mal saber que estaba sola en la ciudad, así que le di mi teléfono para quedar un día y tomar un café o volver a correr juntas. Cuando llegué a casa, llamé a mi madre para que viera que ya estaba más tranquila y había asumido todo lo vivido.

Había amanecido un día nublado y comenzaba a lloviznar, así que cogí el paraguas para poder caminar sin mojarme hasta llegar a la oficina. Subí sin ninguna prisa. La verdad era que no me apetecía encontrarme a Mike. Por mucho que él no tuviera culpa, tenía claro que hizo que viniera porque sabía que eso me haría daño.

Al pasar por la puerta de su despacho, vi que Mike no estaba. Eso me relajó. Durante un rato podía olvidarme de verlo, y eso me alegraba. Las duras palabras del día anterior en el ascensor fueron suficientes.

Vi que había pendiente un proyecto muy importante en un país extranjero y decidí investigar un poco sobre la zona y posibles riesgos. Era tan extenso el informe que, sin darme cuenta, perdí todo el día analizándolo. Pensé en que no había visto a Mike en todo el día, y eso sí que era extraño. Se suponía que le acompañaba a las reuniones, pero hoy no había habido ninguna en la agenda, era muy extraño.

Fui hacia su despacho y no estaba, así que fui hacia el puesto de Jason, ya que sabía que él me diría donde estaba su amigo.

—Jason, ¿dónde está Mike?

—Estará de juerga ahora mismo. —Mi cara de sorpresa la notó al instante—. Venía un amigo suyo del extranjero que le proponía un gran proyecto. Si lo consigue nos beneficiará a todos.

—¿No será el del Señor Kroth? —pregunté alarmada.

—Sí, ¿por qué, cómo sabes quién es? —Su cara de asombro al verme tan alarmada comenzó a preocuparle.

—Mierda, no puede ser, ¿dónde está Mike?

—En el Hotel Bahía.

—Me voy. —Corrí hasta mi despacho y, tras coger mi bolso, salí a la calle en busca de un taxi. En ese momento no pasaba ninguno libre y comencé a maldecir a Mike por no haberme avisado de dónde iba.

Pasó un taxi y me puse en la mitad de la calle para que parara. Le dije dónde tenía que ir e insistí que tenía que llegar lo antes posible, que era urgente. El taxista me miró como si le diera igual lo que le estaba diciendo. Cogí mi monedero y saqué un billete para dárselo al taxista y, tras una sonrisa pícaro, aceleró tal y como le había pedido. Al llegar, le agradecí la rapidez y salí corriendo hacia el Hotel.

Paré en recepción para preguntar dónde estaban reunidos y, tras una pequeña discusión porque no me dejaban pasar, conseguí convencerles diciéndoles que era la socia del Señor Smith y que me esperaban.

Entré en la sala de reuniones sin avisar ni llamar a la puerta. Mike me miraba perplejo, no entendía que hacía allí. Observé que Mike y dos hombres más estaban sentados en un

sofán brindando.

—Perdonan Mike no he podido venir antes. Gracias por haber empezado sin mí. —Su cara se transformó. Estaba comenzando a enfadarse, pero me daba igual.

—No te preocupes. Kroth, te presento a mi socia, Abigail Evans.

—No me habías contando que tenías una socia tan guapa. Has llegado justo a tiempo, ya hemos cerrado el trato y vais a ser los afortunados de llevar a cabo el mayor proyecto de la historia en mi país. —Volvieron a llenar las copas, pero no les di tiempo a beber.

—Creo que hay un cambio de planes. —Cogí el contrato que habían firmado minutos antes y lo rompí.

—Abi ¿qué haces? —me gritó Mike.

—Tras la valoración definitiva, este proyecto no es viable —dije muy seria intentando que me entendiera.

—¿Nos puedes disculpar un momento? —intentó disculparse.

—Por supuesto —dijo su amigo sin saber qué había pasado.

Mike se puso de pie y me agarró del brazo obligándome a salir de la sala. Estaba tan furioso, que no controlaba la fuerza. Cada vez apretaba más el brazo, hasta llegar a hacerme daño.

—¡Suéltame! —le grité.

—¡Estás loca, tú sabes lo que acabas de hacer! ¡Acabamos de perder mucho dinero!

—Si firmas lo perderás, es una trampa.

—Cada día esta más loca, es mi amigo, me estás dejando mal delante de él.

—Mike, por favor vámonos y te lo explico, me entenderás.

Resopló sin entenderme, negó con la cabeza y entró en la sala. Tras disculparse con sus amigos y excusarse comentando que había algún problema y tenía que resolverlo, salió conmigo. Caminamos hasta la limusina sin dirigirnos ni la palabra ni la mirada, él solo se frotaba la frente. Cuando llegamos a la limusina, nos montamos y comenzó a gritar y dar golpes de forma agresiva, llegándome a asustar.

—¿Por qué quieres arruinarme la vida?

—Yo no quiero eso, lo estoy haciendo por ti. Tu amigo está acusado de delitos fiscales y lo primero que ponía en ese contrato es que si su empresa quebraba tenías que asumir el coste de toda la obra sin beneficio alguno.

—Cómo va a pasar eso, es uno de los más poderosos de su país. —No creía lo que yo había averiguado, estaba tan nervioso y enfadado, que no era objetivo.

—Mike, no. Es verdad, está a punto de ser detenido y, ¿tú te arruinarías por su culpa? Si todos tus amigos velan por ti como él, mal vas en la vida, eres un confiado —le recriminé casi gritándole.

—¿Y tú qué sabes de cómo soy o cómo es Kroth?

—Llevo todo el día investigando, no sabía que te habías visto con él. Cuando Jason me lo dijo vine corriendo

—¡Voy a perder mucho dinero por tu culpa!

—¡Me lo agradecerás algún día y espero que sea pronto, deja de desconfiar de mí, todo lo estoy haciendo por ti y tú jodida empresa, estoy harta de ti, no te soporto! —le grité.

—Pues vete, véndeme la empresa y no vuelvas aparecer en mi vida, quédate con el chulo piscinas con el que te acuestas. —Su voz alta y rabiosa me dejó blanca.

—¿Perdona, qué estás diciendo, ahora me espías? Qué más te da lo que haga en mi vida, tú también tienes tus amiguitas, ¿o el lunes fuiste solo a tomar una copa? Esa mujer lo que quería era tomarte a ti, incrédulo.

—Esa mujer al menos no es una interesada como tú que buscas mi dinero.

—Yo no quiero tu dinero, estoy harta de que pienses así. Me gustaría verte sin un dólar en el bolsillo a ver si esa señorita se acercaba a ti. —Comencé a reír sabiendo que no sería así.

—Espero que el sábado el muffin y el café te sentaran bien. —No entendía nada de lo que me estaba diciendo, ¿por qué me recriminaba eso?

—¿Cómo sabes eso? —dije con tono más calmado sin entender cómo sabía todo eso, si no se lo había contado a nadie.

—Te fui a buscar, y el chulo piscinas abrió la puerta diciéndome que no estabas para ver a nadie. Cogió el desayuno que yo había comprado y me fui.

—¡Será hijo de su madre! Cómo pudo ser tan ruin. —No pude evitar reírme de la rabia que sentí.

—Para que veas quién es tu novio. —Su voz de furia no me importaba, solamente pensaba en cómo me había mentido Alfred.

—No es mi novio, es un imbécil del que no quiero saber nada más —dije con voz baja y muy confusa—. J, por favor para la limusina —le grité.

Mike me miró, pero estaba tan enfadado, que no me dijo nada, solamente me bajé y fui caminando hasta mi casa. Tardé más de una hora, pero no me importó. No podía creer que los detalles que había tenido Alfred, los que me sorprendieron, no eran suyos, sino de Mike y, evidentemente, ahora comprendí por qué me extrañó tanto que Alfred bebiera café americano, ya que no era para él, pero tenía que seguir su juego para que yo lo creyera todo. Era una ingenua, no podía entender cómo no me había dado cuenta de todo.

Me sentía engañada, cada día pasaba algo en mi vida que me hacía pensar en lo ingenua que estaba siendo hasta ahora. Estaba en casa sola, como siempre. No sé qué diantres había hecho en la vida para que me pagaran así. Llevaba unos días con tantos acontecimientos tan intensos, que estaba exhausta, no quería moverme, solamente llorar y llorar hasta caer exhausta.

Me metí en la ducha y me tumbé. Cerré los ojos y dejé la mente en blanco perdiendo la noción del tiempo.

Capítulo 9

SONÓ el timbre de casa. Era de día, ni me acordaba cuándo me había dormido. Salí rápidamente a abrir, cuando vi a Mike con un diario en la mano.

—¿Me dejas pasar? —sin decirle nada me aparté para que entrara.

—Te debo una disculpa.

—No me debes nada, no te preocupes, no lo hice por ti.

—Por favor, me he portado fatal contigo y no es justo. Tengo que asumir que mi padre decidió que los dos heredáramos la empresa, y no soy nadie para hacerte la vida imposible o dudar de ti. —Su voz, aparentemente sincera, me dejó boquiabierta.

—Agradezco esas palabras.

—Señorita Abigail Evans, me presento, mi nombre es Mike Smith, bienvenida a Megaestructuras Smith, espero que trabajar con nosotros sea de su agrado.

—¿Que dices? Después me tachas de loca a mí —reí asombrada por lo que estaba oyendo.

—Estoy comenzando de cero. Por favor, volvamos a empezar, no seré el idiota que hasta ahora has conocido.

—De acuerdo, sin rencores. —Alcé mi pulgar sobre él y se quedó mirando sin saber qué hacer.

—Has ido a muy pocos campamentos —reí mientras le cogía su pulgar y lo chocaba contra el mío.

—Eres muy rara. —No paraba de reír.

—¿Yo? Cállese y déjeme que me vista. Así no creo que vaya muy bien a su empresa.

—A nuestra empresa Señorita. Ve te espero aquí.

Fui hacia mi habitación y me puse un pantalón de pinza blanco con una camisa de color rosa pastel y, tras hacer un recogido para no tardar demasiado, salí hacia el salón.

Mike estaba sentado, leyendo el periódico, mientras maldecía en voz alta. Odiaba tener razón, pero era evidente que iba a pasar, los informes lo evidenciaban.

—¿Te la iba a jugar tu amigo? —pregunté alegre por mi triunfo.

—Nunca hubiera pensando que tramaría algo así. Sale en todos los diarios. ¿Cómo supiste que había una cláusula que nos comprometía a nosotros?

—Lo intuí.

—Eres buena, y creo que vamos hacer un gran equipo juntos.

—Podemos salir, que ya estoy lista.

Salimos de mi casa y, tras montarnos en la limusina, llegamos a la oficina. Era la primera vez que entrábamos juntos y hablando como si nos conociéramos de toda la vida. Me sentí cómoda y con ganas de seguir trabajando y aprendiendo.

Tras una mañana tranquila, en la que tuvimos una reunión con el jefe de personal, ideando formas para promover a los empleados dentro de la empresa, sentía que mis ideas iban a dar fruto y estaban encajando en esa empresa.

—Vamos a ir a comer fuera, ¿quieres venir? —me dijo Mike desde la puerta de mi despacho.

—Déjame que guarde lo que estoy haciendo y salgo.

Tras recoger mi mesa, salí hacia el hall. Mike y Jason estaban esperándome. Bajamos al restaurante que había justo al lado de la puerta del edificio, justo donde fui el primer día con Blanca.

Pasamos una comida divertida, en la que hablamos de todo menos de trabajo. Esa era la norma de Jason fuera de la empresa “adiós empresa”. Cada vez que le oía decir esa frase no podía evitar reír.

—Chicos, esta noche hay partido, ¿te apuntas, Abi?

—¿Yo sola con vosotros dos? Mejor os dejo solos.

—Llama a tu amiga, esa tan simpática con la que te vimos por la calle. Era guapa. — Las intenciones de Jason ya las conocía y solo pude reír al pensar que Alison días antes también hubiese pensado lo mismo.

—Acaba de volver con su novio, así que no creo que venga.

—Pues invítalos a los dos, contra mas seamos, más reiremos —dijo Mike sorprendiéndome.

—¿Estáis seguros? —pregunté siguiendo el ambiente de broma

Cogí el teléfono móvil y marqué el número de Alison. Estaba en la agencia y no podía hablar mucho, pero nada más preguntarle si venía con Antón me dijo que sí.

—Chicos, listo, Alison nunca me falla.

—Abi, solamente podré ligar contigo —dijo Jason mientras me arrastraba bajo su hombro.

—Creo que lo tienes difícil conmigo, pero conozco una chica con la que coincido corriendo que está soltera y es muy mona.

—Llámalas, lo está deseando —bromeó Mike.

No lo dudé, le envié un mensaje mientras reía, y a los pocos segundos de haberlo enviado contestó agradeciéndome que hubiera contado con ella y confirmando que vendría. Les dije que venía también y ellos festejaron la reunión que tendríamos.

Continuamos comiendo entre bromas hasta que dimos por finalizado el tiempo que disponíamos para la comida y volvimos a la oficina para continuar con el trabajo. Tenía pensado, al acabar, regresar a casa y cambiarme de ropa, pero la tarde se nos complicó. Un

cliente nos pidió unos cambios y estuvimos hasta las nueve de la noche trabajando.

Los dos nos miramos y suspiramos al sentir que por fin habíamos acabado con ese cliente. Había sido muy difícil concretar los detalles con él, pero Mike envió un email y dimos por finalizado el duro día.

Cerramos las luces de la oficina y salimos del edificio. J estaba esperándonos con la limusina, pero para mi sorpresa le dio una llave a Mike y éste abrió un Todoterreno que había parado justo detrás.

—Guau, ¿vas a conducir tú? —dije mientras montaba en el asiento del copiloto.

—¿No pretenderás ir en limusina a casa de Jason con tus amigos? Sé adaptarme a las situaciones.

—No lo dudo, siempre eres tan presuntuoso. —No pude evitar sonreír.

—¡No me insultes!

—Perdón, venga, arranca que al final nos perdemos el partido.

Tras un camino a todo gas, nunca mejor dicho, llegamos a casa de Jason. Estaban todos esperándonos. Nos gritaron que corriéramos, que ya comenzaba, y los dos nos sentamos en el sofá a toda prisa. Observé cómo Jason no paraba de tontear con Hanna. Alison, en cambio estaba pendiente de que Antón se sintiera cómodo con los chicos, y Mike se estaba quitando la chaqueta y la corbata para estar más cómodo.

El partido fue entretenido, entre los gritos de los chicos y sus respectivos insultos cuando se veían amenazados por el equipo contrario, hizo que riéramos muchísimo, hasta que terminó en una derrota.

—¡Chicos, vamos a celebrarlo! —gritó Alison intentando alegrarlos a todos.

—¿Qué quieres celebrar? Hemos perdido, ¿no ves el televisor? —contestó Antón enfadado.

—Por eso mismo, ¿qué, te vas a quedar lloriqueando? Vamos al karaoke.

—¡No, eso no! —grité avergonzada.

—¿Cantáis en un karaoke? —preguntó Jason intrigado.

—Yo me apunto —contestó Hanna.

—Ni hablar, me niego a cantar delante de ellos, trabajo con ellos —grité enfadada.

—¡Si eres la que mejor canta! —insistió Alison.

—Esto no me lo pierdo, al karaoke chicos —dijo Mike mirándome y riéndose.

Salimos de casa de Jason y fuimos en dos coches. Mike y yo fuimos en el suyo, y el resto en el de Antón. Mientras, sonreía y me preguntaba asombrado desde cuándo cantaba en el karaoke. Yo no respondí, no paraba de repetir que se iba a reír mucho esa noche. Su aspecto jovial y divertido no pertenecía al Mike que yo conocía. Le repetí que no cantaba tan mal, intentando chafarle sus planes de divertirse, viéndome pasar vergüenza. Estaba tan seguro de ello, que apostó cincuenta dólares a que cantaba mejor que yo. Sin duda, lo acepté. Estaba segura de que ganaría la apuesta.

Llegamos al karaoke y Jason apuntó a los tres chicos a cantar una canción típica de Karaoke.

Cuando les llamaron, la cara de Mike cambió a terror. Yo no podía dejar de reírme.

—Empieza la apuesta —le susurré sin que el resto me oyera.

—Lo voy a matar —resopló muy enfadado.

Salieron los tres a cantar. Todas las personas que estaban en el local no dejaban de animar, y nosotras no dejábamos de reírnos y de silbarles. Por mucho que lo intentaban, no entonaban ni una nota correctamente.

Cuando acabó la canción, Jason saludaba a todos, agradeciéndoles el apoyo, y nosotras nos moríamos de la risa.

Cuando estábamos todos sentados en la mesa, sonó mi nombre y, al ver la canción, supe que la había elegido Mike.

—Con esta canción voy a ganar la apuesta —me dijo al oído.

—No estés tan seguro.

Cogí el micro y vi en la pantalla que era una canción de Alicia Keys “Band New me”. Por suerte, me la sabía de memoria y sabía que era capaz de cantarla, aunque no iba a admitir que era una canción muy difícil.

Comenzó la melodía y, sin dudar, comencé a cantarla. Miré hacia la mesa, y Alison y Antón estaban sonriendo al ver la cara del resto. Todos estaban mirando impactados, y la cara de Mike de sorpresa me hizo sentir más segura y disfrutar la canción.

Me sentía cómoda y, cuando llegué casi al final de la canción, cuando el ritmo se aceleró, no pude evitar dejarme llevar, y mi mente salió de ese local y canté como nunca lo había hecho hasta llegar a la última parte, la más lenta, la cual me hizo regresar.

Todos se pusieron de pie y comenzaron a aplaudir. Al ver el revuelo que acababa de montar, me senté rápidamente avergonzada.

—¡Ha sido increíble! —dijo Mike sin creer lo que acaba de escuchar.

—Mis cincuenta dólares. —Abrí la mano esperando el dinero y, sin ninguna queja, los colocó sobre mi mano—. Si apuesto es porque sé que voy a ganar. Chicos, Mike invita a la siguiente ronda. Coloqué el dinero que me acababa de dar sobre la mesa.

—Abi, cómo puedes cantar tan bien. —Era la primera vez que veía a Jason asombrado por algo.

—Espero que esto no sea el chisme de la empresa. —Provoqué que todos rieran.

Seguimos bebiendo y riendo. Entre canción y canción, pasaron las horas volando. Era la primera vez que nos reuníamos todos y, estábamos todos tan cómodos, que la noche acabó sin darnos cuenta. Hasta que empezamos a sentirnos cansados y decidimos irnos.

Jason invitó a Hanna a tomar una última copa a su casa. Alison y Antón se iban a casa de ella a dormir. Mike insistió en llevarme a casa y no pude negarme. Estaba muy cansada y había estado tan a gusto esa noche con él, que me apetecía seguir hablando.

Durante el camino íbamos riéndonos. La noche había sido muy divertida y seguimos bromeando todo el camino.

Paró el coche delante de mi puerta. Mike fue a darme dos besos, y nuestras miradas se cruzaron como el primer día. Durante unos segundos quedamos los dos paralizados, hasta que reaccioné y salí huyendo del coche antes de que pasara algo de lo que pudiera arrepentirme.

Entré en casa y no podía creer lo que había vivido. Quería besarle, que me abrazara, y no entendía por qué. Solo necesitaba sentirlo unos segundos rozando mi piel.

Tras lanzarme sobre el sofá y pensar que huir como siempre era lo mejor que podía haber hecho, me quedé dormida.

Capítulo 10

11 meses más tarde...

—Reina, creo que estos modelos te van a quedar espectaculares —dijo Reinaldo mostrando varios vestidos que estaba colocando sobre la percha que había en el probador.

Cerré la cortina y me probé un vestido color negro muy elegante. Al verme al espejo, sentí el cambio que había dado sin darme cuenta. Me apetecía estar sexi, cuando meses atrás con mis tejanos desgastados era la más feliz del mundo.

—¿Chicos, cómo estoy? —pregunté mientras abría la cortina del probador. La cara de Reinaldo y Alison me hicieron sonreír, estaban perplejos—. Decidme algo, por favor.

—Estás bellísima, ese es perfecto para mañana —dijo una voz masculina que venía de detrás de mí.

Me giré y vi a Jason. Llevaba una bolsa de traje en la mano, así que imaginé que también lo había comprado allí.

—¿De verdad os gusta? —les miré a todos esperando una afirmación rotunda.

—Estás radiante Abi, quién te ha visto y quién te ve. Reinaldo empaquétalo que éste es para ella. —Alison comenzó a sonreír.

—Esperad, que falta la joya de la corona —dijo Reinaldo mientras mostraba unos zapatos de color negro muy sencillos pero fantásticos.

—¡No puede ser, son unos Louboutin! —gritó Alison como una loca.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté riendo, sabía que eran caros, solamente eso.

—Mira la suela brillante de color rojo, yo quiero unos. —Los sostenía sobre la mano como si realmente fuese una joya.

—Chicas, me tengo que ir. Abi. Con ese vestido vas a deslumbrar a todos en la cena. —Jason esbozó una sonrisa mientras salía disparado de la tienda.

—Sé que a unos más que a otros —carraspeo Reinaldo riendo.

—No comencemos con el tema, no estoy con Mike, nunca ha pasado nada, y así ha de ser.

—De verdad, hija, tienes que vivir la vida más intensamente y más con ese cuerpo a tu lado. Si fuese mi socio, lo emborrachaba o lo que hiciera falta para acostarme con él. —Su cara era de no creer que no tuviera nada con él, pero así era.

—Entonces os gusta cómo me queda. Pues no se habló más —interrumpí la conversación para finalizarla.

Entré al probador y mi mirada estaba clavada al espejo, me sentía bella. Comencé a quitarme el vestido, cuando sonó un mensaje en el móvil. Sin dudarlo, lo cogí rápidamente y pude ver que era de Mike

Elige el vestido más bonito de la tienda. Mike.

Hizo que sonriera. Habíamos conseguido mantener una relación de amistad, dejando atrás los rencores por la propiedad de la empresa. No me podía sentir más feliz de trabajar con ellos. Me sentía realizada y había conseguido ponerme al nivel de él durante este período.

Ya no era la socia florero del principio. Las decisiones las tomábamos juntos, ya que nuestros dos puntos de vista tan diferentes se fusionaban a la perfección para el bien de la empresa.

Salí del probador y, tras pagar la suma desorbitada que Reinaldo dijo como si nada, salimos y nos fuimos. Alison había quedado con Antón, así que decidí cambiarme de ropa.

Llegué al Central Park. Desde mi posición, vi un grupo de corredores, entre ellos Hanna, así que sin dudarlo fui hacia ellos para unirme.

—Buenas chicos —les dije mientras les alcanzaba.

—Abi, hacía días que no te veía. ¿Qué tal va todo? —me preguntó Hanna, como siempre tan alegre.

—Muy bien, mucho trabajo. No me da tiempo a nada, por eso no me ves por aquí. Y tú que tal con Jason, he oído que os habéis visto —pregunté curiosa.

—Quedamos de vez en cuando, pero ninguno de los dos queremos nada formal. La verdad es que es un chico muy majo.

—Me alegro, mientras los dos queráis lo mismo es perfecto.

—La verdad es que sí.

Seguimos corriendo con todo el grupo durante un rato. Las chicas y chicos que había con nosotras eran muy agradables, no paraban de bromear haciendo reír al resto.

Ya estaba arreglada para ir a trabajar. Me había vestido informal, ya que era un día diferente. Esa noche teníamos la gran cena de gala de la empresa, en la que todos los trabajadores tenían que ponerse de largo y pasar una noche divertida. Mike había alquilado la última planta de nuestro edificio en la que había una terraza en pleno Manhattan, perfectamente preparada para fiestas de alto standing.

Como habíamos aplazado las reuniones para el lunes, teníamos un viernes diferente en la oficina.

Llegué al trabajo como cada mañana, y en el Hall me crucé con muchas personas que trabajaban en ese mismo rascacielos y ya conocía. Todos me tenían un respeto del que no me acostumbraba, pero Mike se había encargado de explicar quién era, y cómo tenían que tratarme. Aunque a mí no me parecía correcta él se empeñó y tuve que respetarlo.

Al entrar al Hall estaban muchas de las chicas de la empresa hablando de cómo sería la cena. Evidentemente cotilleaban de qué dos compañeros seguro que acabarían juntos, aunque él estaba casado...

—Chicas, no seáis malas. —No me habían visto y aproveché para inquirirles con toda la amabilidad que pude.

Blanca estaba sentada en su mesa, ya venía peinada para la noche. Se había hecho un medio recogido bajo, que le quedaba fantásticamente. Mientras entraba a mi despacho, con mi pulgar le afirmé lo bien que le quedaba.

Mientras encendía el ordenador, escuché la voz de Mike invitando a las personas a trabajar un poco. Me hizo mucha gracia.

—¿Abi, qué haces aquí? —preguntó Mike mientras cerraba la puerta de mi despacho.

—Trabajar, Mike, tengo varios informes que revisar.

—Hoy no toca eso. Tienes que venir conmigo para que todo salga bien esta noche.

—¡Que alegre estás! —No me imaginaba que esa fiesta le gustara tanto.

—Me encanta ver un día al año al personal contento.

—Parece mentira que don serio, disfrute con esas cosas.

—Aún hay muchas cosas que no sabes de mí. Aunque ya sabes que las apariencias solo las guardo aquí.

—Lo sé, no me recuerdes el fin de semana pasado.—contesté riendo.

—Bebimos demasiado todos, tú también, creo recordar que te tuve que acostar en tu cama.

—Eso que quede entre nosotros.

—Venga, vamos a ver cómo está quedando todo. Necesito el toque de una mujer para que sea increíble.

Salió de mi despacho y me esperó en recepción. Al verlo de lejos, pude ver que había cambiado el semblante amable y divertido de mi despacho, en el del poderoso empresario más frío que el hielo.

Esperamos al ascensor y llegamos a la azotea. No pude evitar quedarme boquiabierta. Era grandioso, y estaba decorada muy elegante con mucho estilo.

—¿Te gusta, o cambiarías algo? —preguntó sin mirarme, sino observando aquel lugar.

—Es precioso todo, pero me falta algo —dije pensativa.

—Dime, lo cambiaremos.

—Habéis montado una entrada verde espectacular que lleva a la zona abierta pero, ¿no crees que es muy verde? Le falta algo de color... ¡orquídeas! Sí, eso.

—Brad, ¿no os dije que no quería la entrada tan verde? Id por orquídeas y colocadlas de tal forma que le dé color a esta entrada.

—Si... si... pensaba que le gustaba así Señor Smith, no... no... se preocupe ahora mismo voy yo mismo a comprarlas —respondió el pobre trabajador sintiéndose culpable de algo que no se había previsto, pero no lo sabía.

—¡Mike! —le inquirí sin que nadie me pudiera oír.

—Ha de hacer lo que le ordene —me dijo mientras seguía caminando.

Seguimos observando todo, y era perfecto. Una zona para cenar, todas las mesas con mantelería blanca, un centro de mesa con velas para dar la luz tenue que la noche necesitaba y, justo al final, una zona abierta en la que se podría bailar sin problemas de espacio.

Pasamos casi toda la mañana modificando detalles y comprobando que el catering no hubiera olvidado nada. Cuando estaba todo perfectamente comprobado y previsto, decidimos irnos. Yo quería pasarme por el hospital para ver a mis niños antes de comenzar a arreglarme.

Cogí mis cosas y me fui directa. Mi madre estaba en Planta junto al doctor, viendo a cada uno de los niños, así que, para no interrumpirles ni molestarles, fui a la sala de juegos y estuve animando a los pocos que ya habían acabado la visita del médico y se encontraban jugando.

—Abi, cariño, ¿ya te vas?

—Si mamá, esta noche es la cena de gala y tengo hora en la peluquería.

—Qué pena no haber podido estar un rato juntas, y más hoy que es nuestro día de pizza.

—Lo siento, hoy no puedo decir que no.

—No te preocupes, tú disfruta y ponte bien guapa.

Me despedí de todos los niños y, tras repartir abrazos y besos entre todos ellos, cogí mi bolso y me fui directa a la peluquería.

—¿Abi qué quieres hacerte? —preguntó Amanda, la peluquera a la que iba siempre.

—Había pensado en un moño alto, que sea vistoso.

—¿Cómo es el vestido que vas a ponerte? —preguntó para saber qué era lo que mejor me quedaría.

—Es negro, largo hasta los pies con escote en “v” y la espalda descubierta.

—Quedará perfecto ese moño. Vamos allá, que no es fácil y requiere tiempo.

Me senté en la silla para lavar mi cabello y cerré los ojos. Me relajé como hacía tiempo que no hacía, hasta que Amanda dio un golpe.

—¡Abi, que te duermes! —gritó.

—Estaba relajada, no dormida. —Comenzamos a reír mientras me colocaba en la silla de delante del espejo.

Comenzó a secarme el pelo sin alisarlo, todo lo contrario, quería conseguir volumen. Tras varias pruebas, decidió poner pelo postizo para conseguir el efecto que yo quería.

Tras una hora, ya estaba perfectamente peinada y maquillada. El moño era impresionante y quedaba muy elegante.

—Amanda, eres la mejor, muchas gracias por conseguir lo que quería —le dije mientras la abrazaba tan fuerte, que apenas la dejaba respirar.

—Es un placer, pero no es un milagro. Con lo guapa que eres es fácil. Si no fueses tan

dejada...

—Ya sabes que en eso no cambiaré. —Comenzamos a reír.

En ese instante comenzó a sonar mi móvil. Imaginé que era Alison que ya había llegado a mi casa.

—Alison, ya estoy saliendo de la peluquería de Amanda.

—Te espero, estoy sentada en la puerta de tu casa.

Me despedí rápido de Amanda y cogí un taxi. No estaba lejos de casa, pero no quería estropear el peinado corriendo.

—¡Perdona! —le puse cara de pena para que no se enfadara conmigo.

—Estás guapísima.

—¿Te gusta? —pregunté mientras daba una vuelta.

—Estás preciosa, pero Mike viene a buscarte en diez minutos y estás sin vestir.

—Vamos, corre.

Fui directa a darme una ducha, solamente el cuerpo porque el resto ya estaba preparado, y Alison me ayudó a ponerme el vestido.

—Nena, hoy estás rompedora. Si fuese un tío, hoy ligaba contigo.

—Alison no seas tonta. —En ese instante sonó el timbre de casa

—Es Mike, seguro. Entretenlo cinco minutos, que me pongo los accesorios y salgo.

—Claro.

Salió de la habitación mientras yo me ponía una pulsera extra grande y muy brillante que tenía de mi madre y unos pendientes a juego. Antes de salir, puse unas gotas de perfume en los puntos estratégicos. Me miré al espejo y me sentí bien, estaba muy guapa, no parecía la Abi de hacía once meses. Sorprendentemente había cambiado muchísimo.

Respiré hondo y salí hacia el salón, Mike estaba mirando el reloj al lado de la ventana. Estaba en tensión, hasta que notó mi presencia y se giró. Al verme, quedó asombrado.

—¡Guau estás impresionante! —Estaba perplejo, y sus ojos brillaban como nunca lo habían hecho.

—Gracias...

—Iros, que seguro que ya sois los últimos —interrumpió Alison cortando ese instante de silencio que se había creado entre nosotros dos.

Salimos a la calle. J nos esperaba en la puerta de la limusina. Al verme, sonrió y me guiñó un ojo. Era muy correcto, nunca me diría nada, pero su sonrisa y ese guiño me dijeron que estaba muy guapa. Mike me ayudó a sentarme sin pisarme el vestido, se sentó a mi lado, y no podía disimular que estaba nerviosa. Mike, en cambio, se le veía más tranquilo que minutos antes en mi casa.

Por suerte llegamos en pocos minutos y subimos a la azotea. En el ascensor estábamos solos, pero no habíamos hablado casi nada. Mike, en todo momento, recibía llamadas en el

móvil, y no nos dejaron entablar ningún tipo de conversación.

Al entrar a la azotea vi las orquídeas, quedaban perfectas y sonreí.

—Han quedado preciosas —me dijo Mike en el oído sintiendo su respiración tan cerca de mí, que provocó que mi vello se pusiera de punta, pero tras dos segundos de confusión reaccioné.

—Ha quedado precioso, me encanta.

Puso su mano en mi espalda, que estaba desnuda ante su piel, y me guió hasta la mesa donde estaban todos los jefes de las secciones. Tras saludar a todosm que al verme se quedaron sin palabras, comenzaron a servir la cena.

Notaba cómo Mike no paraba de mirarme, y Jason lo notó, ya que no paraba de sonreír al vernos.

Mientras traían el segundo plato pensé en levantarme para saludar a las chicas que estaban a dos mesas de la nuestra.

—Si me disculpan, voy a saludar a mis chicas.

—Eso es una buena jefa —gritó el responsable de personal.

Tras reír, me aparté de ellos y fui a la mesa donde estaban Blanca y las demás chicas. Mientras iba hacia ellas, escuché cómo unas cuántas decían lo guapo que estaba Jason, y otras, lo inaccesible que era Mike. Me hicieron sonreír, ya que yo, si estuviera en su lugar, pensaría lo mismo.

—¿Cómo va la cena, chicas? —les dije mientras me colocaba entre ellas.

—Está guapísima, Señorita Evans —dijo Miranda, una de las chicas de márquetin.

—Gracias, os agradezco el cumplido...

—Pero si me cambia el sitio, seguro que estaría mejor —me interrumpió Sasha sin haber pensado lo que decía, hasta que se dio cuenta y comenzó a ponerse colorada.

—Si pudiera te cedería el sitio, pero no estaría bien visto.

—Perdone no quería decir eso. —No sabía cómo disculparse.

—No te preocupes, soy mujer y tengo ojos. Sé que Jason es guapísimo. Intentaré que después baile contigo.

—Me muero, no haga eso, qué vergüenza. —Conseguí que todas se burlaran de ella. Yo, en cambio, miré hacia la mesa y vi cómo Mike no dejaba de observarme. Tras sonreírle al ver que me había visto mirarle, decidí volver.

—Chicas, después nos vemos. Sasha prepárate, luego no seas cobarde. —Me dirigí hacia la mesa y me senté.

—¿Lo están pasando bien? —preguntó Mike que estaba sentado a mi lado.

—Más que bien creo —le sonreí al recordar la conversación de las chicas.

Tras acabar el segundo plato y el postre, pusieron música muy tranquila, acorde con el momento.

Todos comenzaron a bailar mientras nosotros observábamos cómo se divertían.

—Abi, ¿me concedes este baile?, vamos a enseñarles a bailar —dijo Jason como siempre tan creído de que todo lo hacía bien.

—Claro que te lo concedo. —Nos levantamos. Agarrado de mi mano, me llevó hasta el centro de la pista y comenzamos a bailar. Él bromeaba, diciéndome que estaba guapísima y que todos estarían envidiosos de él. No paramos de reír, y observé a Mike cómo, desde la mesa, no nos dejaba de mirar muy serio. Pero me había propuesto una misión que tenía que conseguir, aunque conociendo a Jason, estaba chupada.

—Tienes que hacerme un favor —le dije riendo y haciéndole muecas de pena.

—Dime que necesitas. —Estaba extrañado.

—¿Sabes quién es Sasha? —pregunté medio riendo.

—Claro que lo sé, no me quita el ojo de encima nunca.

—Por favor, un baile con ella, no me dejes mal...

—¡Estás loca! —me dijo en voz alta, alucinando de lo que le pedía.

—Venga, es una apuesta, solo uno y después no la mires mas. —Se quedó pensativo durante unos minutos. En ese momento noté una mano en mi espalda y me giré.

—¿Me permites este baile? —dijo Mike con semblante serio. Jason se apartó de mí para que Mike pudiera cogerme.

—Jason, dime que sí, porfi porfi —dije mientras me acercaba a los brazos de Mike.

—Solo uno.

—Gracias, eres el mejor —le grité mientras le lanzaba muchos besos.

—¿Que has hecho ya? —preguntó Mike sabiendo que algo había tramado.

—Ahora lo verás. —En ese instante pusieron una canción muy lenta, y me agarró mucho más fuerte y cercano. Yo puse mis brazos sobre sus hombros y comenzamos a movernos al ritmo de la música.

Bailamos mirándonos a los ojos. No podía de dejar de observar esa mirada que tanto me gustaba, la misma que vi la primera vez cuando me topé contra la puerta delante de él.

—Estás preciosa Abi.

—Tú no estás nada mal. Con este traje negro todas las chicas de la empresa están locas por ti, si no echa un vistazo. —Miramos hacia las mesas y, efectivamente, tenía mil ojos sobre él.

—Ninguna es tan bella como tú.

—Muchas gracias, un alago suyo no es fácil conseguir.

—Vamos a tomar una copa, ven. —Tras sonreír, fuimos hacia una barra en la que Mike pidió dos copas de champán y, tras dármela, nos paramos a observar la fiesta. Todos estaban divirtiéndose.

Vi que Jason estaba bailando con Sasha y no pude evitar reírme.

—¿De qué ríes? —preguntó Mike sorprendido.

—Mira a Jason, lo conseguí —dije mientras con mi mirada le señalaba dónde estaba.

—No me lo puedo creer, has conseguido que baile con ella, si es una pesada, como se piense que quiere algo no lo va a dejar en paz —comenzó a reír maliciosamente.

—¿Tú crees que Jason tendrá problemas en deshacerse de ella? No me hagas reír.

—Seguro que no, tienes razón.

Capítulo 11

ESTUVIMOS observándolos y riendo. Él en cambio, podíamos ver cómo me fusilaba con la mirada, mientras ella estaba avergonzada, lo decía el color de sus mejillas y las miradas hacia sus amigas.

Cuando acabó la canción, Jason, tras despedirse de Sasha, fue al escenario, comenzó a animar al personal a que lo pasaran bien. Mike se reía, me comentaba que cada año daba el mismo discurso, hasta que escuché mi nombre.

—Sí, sí, Señorita Evans, a usted la llamo. —Me quedé parada. No sabía para qué quería que subiera.

—No, no voy —le grité riendo.

—Mike, compañero, necesito que me eches un cable, ¿puedes traer a la Señorita Evans?

—Por supuesto —comenzó a reír divertido por el bochorno que iba a pasar.

—Mike, ni se te ocurra —le grité.

—Tú has comenzado la guerra, yo estoy al margen —me dijo como si nada.

—No voy a ir, lo tenéis claro. —De pronto Mike me cogió en brazos y no pude evitar patalear.

—Como sigas así caerás y será más vergonzoso. —Paré de moverme y comencé a ponerme nerviosa.

—¡Os voy a matar! —grité.

Me llevó hasta el micrófono y, tras dejarme caer con cuidado, Jason comenzó a aplaudir, y todos le siguieron.

—Compañeros, todos conocéis a la Señorita Evans como vuestra jefa, muy buena la verdad, pero no sabéis que Abi oculta una faceta que solo sabemos muy pocos...

—¡Jason no! —interrumpí nerviosa porque sabía hacia dónde se dirigía.

—Abi calla, es mi momento, no te preocupes que ahora vendrá el tuyo. —Miré a Mike intentando que me socorriera, pero su respuesta fue levantar las manos intentando decirme que él no podía hacer nada.

—Chicos, nuestra compañera canta como nadie, y hoy os lo va a demostrar.

Comenzó a sonar la música y todos comenzaron a gritar mi nombre. Yo solo miraba a Jason, odiándolo. Por suerte, la canción me la sabía y no tenía elección, estaban esperando que cantara la canción de Alicia Keys “One Me”.

Mientras cantaba, vi a Mike justo delante, mirándome con una sonrisa que me hizo tranquilizarme y cantar lo mejor que sabía.

Tras acabar la canción, todos comenzaron a gritarme, silbarme y aplaudir asombrados.

Yo me bajé rápidamente y le di una colleja a Jason. Seguimos la noche bebiendo y riendo mucho. Mike ya no tenía la presencia seria de siempre, se había relajado aunque el personal pudiera verlo.

—¿Estás bien, Abi? —preguntó Mike al verme un poco cansada.

—La verdad es que ya no puedo más. Llevamos una época de mucho trabajo y estoy agotada.

—Te llevo a casa —dijo rápidamente.

—¡No tendremos que irnos los últimos! —contesté sorprendida.

—Ya se encarga Jason de cerrar la fiesta no te preocupes —sonreímos los dos.

Nos despedimos de todos y fuimos hacia el ascensor. Había bebido un poco y hacía que me fuera un poco hacia los lados.

Cuando me disponía a entrar, pisé la ranura que separaba el suelo del propio ascensor. Quedé enganchada por el tacón.

—Abi, cuidado.

—¡Me he enganchado el tacón! —le grité asustada.

—Mantén presionado el botón para que no se cierren las puertas. —Rápidamente lo presioné lo más fuerte que pude.

—Abi, quítate el zapato, si no, no podré desengancharlo. —Sin rechistar, me lo quité.

Él agarró fuerte el zapato y tras un fuerte tirón consiguió sacarlo. Había rascado el tacón pero por suerte no se rompió.

—Toma, ya puedes ponértelo. —Me agaché para colocarlo en el pie.

Al incorporarme, noté cómo Mike me tenía sujeta de la cintura para que no cayera y nuestras miradas se cruzaron. Solo podía ver su mirada y esos labios que estaba deseando probar.

Se lanzó a besarme y comenzamos un momento pasional en el que nuestras manos solo podían apretar nuestros cuerpos mientras nos besábamos como si el no hacerlo nos fuera a matar.

Se abrió la puerta del ascensor y nosotros no nos habíamos separado. La pasión era tan grande, que no nos percatamos de que alguien estaba perplejo esperando a entrar en el ascensor, hasta que escuchamos un carraspeo.

Nos separamos rápidamente y vi a Sasha que no quería ni mirarnos. La cara de Mike era feliz, no estaba molesto por la pillada.

Salimos del ascensor y, antes de que se cerraran las puertas, introduje mi pierna para que no se cerrara.

—Me debes una, espero que de esto no se entere nadie. —le guiñé el ojo y ella con su cara aún anonadada afirmó con la cabeza.

Se cerraron las puertas del ascensor y miré a Mike. Él no pudo evitar la risa, y yo estaba

completamente colorada. Pero sin darle importancia me agarró de la cintura y me guió hasta la limusina donde J estaba esperando.

Nos sentamos, no podía creer lo que había sucedido. Estaba paralizada, pero a la vez estaba impresionada. La tensión sexual que había explotado entre nosotros era espectacular.

—J, Abi y yo tenemos que hablar de unos asuntos. Conduce sin rumbo, te avisaré cuando sepamos hacia dónde nos dirigimos.

Vi cómo asintió con la cabeza y cerró la mampara que nos separaba.

—Abi...

—Lo sé ha sido un error, no volverá a pasar no te preocupes —dije intentando evitar discusión con él.

—No digas tonterías, hacía tiempo que no sentía algo así por nadie —dijo mientras tapaba mi boca con sus labios, antes de que pudiera decir nada más.

Sus labios conseguían que perdiera la razón y me dejara llevar. Seguimos besándonos con tanta pasión que, sin saber cómo, estaba sentada sobre él, notando su erección bajo mi cuerpo, deseando notarla dentro de mí.

Mis manos comenzaron a desabrochar su pantalón y, tras retirarlo, subió mi vestido hasta la cintura.

—¿Estás segura de que quieres? —preguntó entre sollozos.

—¿Y tú? —Abrió un compartimento oculto y cogió un preservativo. Tras colocarlo, me coloqué a horcajadas sobre él y comenzamos a amarnos sin pensar en nada más que en darnos placer el uno al otro.

Estaba sentada justo al lado de Mike, apoyada en su camisa medio abrochada y oliendo a sexo, ese que acabábamos de hacer y tanto me había gustado.

—J, dirígete a mi casa —dijo Mike pulsando un botón que tenía sobre su cabeza.

Lo miré y, tras sonreírle, me besó la frente y permanecí sentada sin moverme. En pocos minutos la limusina se paró y, para mi sorpresa, J no vino a abrirnos la puerta. Mike la abrió y me ayudó a salir para que no cayera con el vestido. Miré hacia J y me sentí avergonzada, no sabía si nos habría oído.

—No te preocupes no oye nada, y si lo hiciera nunca diría nada, es de mi total confianza. —Eso me tranquilizó un poco.

—¿Vives aquí? —dije mirando hacia el edificio, era un rascacielos impresionante.

—Pocas personas han venido, así que siéntete privilegiada. —Me agarró de la mano y me llevó con él hacia dentro.

Tras introducir un código en el ascensor y subir durante unos segundos, se abrió la puerta y ya estábamos dentro de su casa. Era un loft enorme y muy moderno. Todo estaba perfectamente decorado. Nos sentamos en su sofá y, tras servirme una copa, comenzamos a besarnos otra vez. Mi corazón estaba acelerado, solo quería sentir su piel. Y dejamos que la pasión se apoderara de nosotros.

Abrí los ojos, estaba tumbada completamente desnuda al lado de Mike, su cabello estaba despeinado y su rostro colorado. Me acerqué a darle un beso en la mejilla, cuando comenzó a sonar mi teléfono móvil. No estaba en la habitación, sino fuera. Cogí una bata de seda de color negro que tenía sobre un sofá y, tras ponérmela, salí al salón a coger el teléfono.

Vi que era el abogado y lo cogí rápidamente.

—Dime.

—Buenos días Abi, espero no molestarte.

—Para nada, dime. —Escuché lo que me decía—. Perfecto, por fin hoy he conseguido mi propósito, llevo aguantando muchos meses, pero ya comienza todo a salir como habíamos planeado... —Asentí respondiendo a lo que me comentaba—. No te preocupes, te preparo toda la información que necesites, solo espero que sea lo más rápido posible. —Suspiré aliviada por lo que estaba escuchando—. Gracias por todo, nos vemos la semana que viene.

Colgué el teléfono y fui hacia la habitación. Me paré en la puerta y lo observé, seguía dormido, y no pude evitar sonreír. Dejé la bata sobre el sofá de donde la había cogido, y me tumbé a su lado. Le besé el pecho, cuando de pronto su mano me separo de él de forma brusca, asustándome y desconcertándome.

—¿Aún sigues aquí? —me dijo con voz de desprecio.

—¿Por qué me hablas así? —contesté sin entender nada.

—Pensaba que ya te habrías ido, no sé a qué esperas. Hemos follado como hago con muchas mujeres y ya está. Abi, vete a tu casa.

—Mike... —apenas pude pronunciar.

—¿Qué te esperabas, ser algo más? No seas ridícula, eres una más que sucumbe a mis deseos.

—¡Vete a la mierda, eres un imbécil, no sé cómo pude pensar lo contrario! —Rápidamente comencé a vestirme para irme de allí.

—Reconócelo, desde el primer día que me viste querías conseguir esto. Eres como todas, que solo miran un físico y qué poder obtener de mí.

—¡Tú no tienes idea de cómo soy!

Cogí mis cosas y me monté rápidamente en el ascensor. Me miré en los espejos que lo cubrían y vi mi aspecto. Tenía el cabello despeinado, ondulado, y mucho más largo de lo normal por las extensiones. Al mirarme la cara, no pude evitar ponerme a llorar. No entendía qué había pasado desde la noche anterior, cuando sus manos acariciaban mi piel y no dejaba de repetirme lo impresionante que era.

Al salir vi a J con la puerta de la limusina abierta esperando a que entrara y, sin hacerle caso, paré un taxi que pasaba por la carretera y le pedí que me llevara a casa.

Nada más llegar me fui a dar una ducha, quería quitarme el perfume que tenía impregnada toda mi piel, no podía evitar recordar las imágenes de la noche anterior y

pensar qué había hecho para que me tratara tan mal al día siguiente. Pensaba que los dos habíamos disfrutado y sentido la misma pasión.

Pasé todo el día en casa, viendo películas malas que daban en la televisión que, en vez de producirme risa, provocaban que llorara mucho más. Tras comer varias bolsas de palomitas, me quedé dormida en el sofá.

Sonó el teléfono y al descolgarlo comencé a llorar como una desesperada al saber que era Alison.

—¿Qué te pasa? —preguntó asustada.

—Es un imbécil, lo odio y no quiero verlo nunca más —dije sollozando mientras con la manga del pijama limpiaba las lágrimas que caían de los ojos.

—Tranquilízate y explícame qué ha pasado.

—Ayer después de la fiesta acabé con Mike, lo hice con él y esta mañana me ha dejado bien claro que no quiere nada de mí, que soy como todas, que quiero algo de él. —No podía evitar enfadarme y apartar la pena que sentía por él.

—Sé sincera, ¿qué es lo que más te duele? —preguntó intentando entender mi reacción.

—Que piense que voy por interés. Sí, es guapo, me atrae, pero yo no quiero nada suyo, tú lo sabes.

—Ya pero él no, y por lo que veo ha debido tener alguna mala experiencia con alguien, y la está pagando contigo.

—Pues que le den, no pienso volver a tener nada con él. Aparte, en una semana podré volver a mi trabajo y no quiero verlo más.

—Abi, hoy no puedes tomar decisiones, deja que pasen los días. Mañana te voy a buscar y comemos. Antón me ha dicho que han abierto un restaurante nuevo, así que ponte bien guapa que nos vamos tú y yo.

—No me apetece... —Mi voz de no querer no era suficiente para Alison.

—Me da igual, te paso a buscar a las doce, estate lista.

—Vale pesada.

Colgué el teléfono y llamé a un restaurante chino para que me trajeran la comida, y pasar la noche como había comenzado el día, en el sofá y comiendo palomitas.

Me desperté y eran las diez de la mañana. Había dormido mucho, pero también me hacía falta. Tras darme una ducha, me miré en el espejo. Mi cara era horrible, así que decidí olvidar lo que había pasado con Mike y seguir mi vida.

Me ondulé el cabello, dejando una melena extra larga gracias a las extensiones de Amanda, las que iba a quitar, pero decidí dejarlas unos días, y me vestí informal pero arreglada. Disimulé la mala cara con el maquillaje.

Alison, como siempre, llamó a la puerta antes de hora, pero como era habitual, ya estaba lista.

—Pasa.

—Estás guapísima con el pelo tan largo y ese ondulado. —Estaba asombrada por el cambio.

—Me ha dado pena quitarlas, las dejaré unos días y después las quitaré.

—¿Preparada para olvidar a los imbéciles y divertirnos hoy?

—Por supuesto que sí, vámonos ya. —Cogí mi bolso y las gafas de sol de pasta que cubrían la mitad de mi rostro pero me hacían más seductora, y salimos de casa.

Antes de ir al restaurante, decidimos dar un paseo mientras le contaba todo lo sucedido en la fiesta y después de ella. Alison no entendía la reacción de él, pero no quiso hacer hincapié en el tema, prefirió que lo olvidáramos.

Ya eran casi las dos del mediodía y estábamos sentadas en ese lujoso restaurante que, para mi gusto, era demasiado para lo que habituábamos, pero para ir un día estaba perfecto.

Pedimos para comer el menú de bienvenida, que habían creado exclusivamente para el día de la inauguración, el cual constaba de una sopa de pescado de primer plato.

—Alison, te he estropeado el domingo, podrías estar disfrutando con Antón. —Me sentía culpable por si habían hecho planes.

—No te preocupes, ha aprovechado para visitar a su madre, que lo hace muy poco. —Me tranquilizó saber que no le había molestado.

—¡No puede ser, Alison! —le dije en voz baja para que nadie me pudiera oír.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigada.

—Mira hacia la puerta con disimulo, es Mike con una rubia despampanante.

—¡Qué dices! —gritó sin darse cuenta.

Se giró y, efectivamente era él, muy agarrado de la cintura de su acompañante, una joven de mi edad, rubia, muy guapa. No podía creer lo que estaba viendo, me estaba partiendo el alma y no quería asumir que rabiaba por dentro, pero era así.

—¿Abi, estás celosa? —Sus ojos estaban abiertos, sorprendida por mi reacción.

—¿Qué dices, yo?, ¿alguna vez me has visto celosa? —intenté disimular que sí lo estaba.

—A mí no me engañas. Por Alfred nunca lo has sido y mira que te ha sido infiel veces, pero tu cara ahora es diferente. Tú estás colada por Mike, no me lo niegues.

—No es eso, ni yo misma sé lo que es.

—A eso se le llama amor, al no saber por qué, ni entenderlo.

—No quiero, me va hacer daño, míralo, está con otra, mira cómo le acaricia su mejilla.

—Mejor nos vamos de aquí.

—No, no... espera por favor.

—Abi... —insistió

—Por favor, te lo ruego. —Necesitaba ver si realmente estaba con ella.

Seguimos comiendo, pero yo no dejaba de mirar hacia la mesa de ellos. No paraban de sonreírse, hasta que vi cómo él la abrazaba por encima de la mesa y ya no aguanté más.

—Alison vámonos. —Me puse las gafas de sol para que no me reconociera. Tenía ventaja porque las extensiones me hacían parecer una persona diferente.

Salimos del local y aprovechamos para buscar en el barrio chino unas cosas que Alison necesitaba, y nos hizo que la tarde fuese rápida y no me dejara pensar en Mike, aunque sin poder evitarlo flashes con sus imágenes pasaban por mi mente cada dos por tres.

Acabamos de comprar todas las cosas que necesitaba Alison y decidimos ir a un centro comercial a comprar algo de ropa nueva.

Después de entrar en todas las tiendas que había y no gustarme nada, decidí guardar el dinero, mientras que Alison no paró de derrochar.

Capítulo 12

ME levanté sin ganas de ir a trabajar, pero tenía que cumplir y solo me quedaba esa semana, había decidido volver a la agencia de viajes y seguir mi plan inicial.

Al llegar a la oficina, me encontré a Sasha y, tras mirarme avergonzada, le invité que pasara a mi despacho.

—Buenos días.

—Señorita Evans, le prometo que ni he dicho nada ni lo diré.

—Gracias, de verdad. Lo que pasó fue un error, y no volverá a pasar, pero no me gustaría que fuese un cotilleo.

—No se preocupe por nada.

—Vuelve a tu puesto Sasha. —Asintió con la cabeza y salió del despacho.

Estuve en mi oficina revisando unos informes tranquilamente sin saber nada de Mike. No había llegado, y no era habitual, pero no quise preguntar. No era lo correcto. Tras un par de horas, Blanca vino a buscarme para desayunar, como siempre.

Mientras caminábamos hacia la cafetería, muchos me recordaban lo bien que cantaba. Jason me la jugó bien esa noche, todos sabían cómo cantaba y me daba vergüenza.

—Abi, ¿puedo decirte una cosa? —El tono de Jason no me gustó nada, y no iba a consentir que nadie se enterara de mis asuntos personales en la empresa.

—Si me vas a juzgar, ahórratelo. Me da igual qué penséis, no tengo nada más que decir ni oír. —Pedí al camarero el café y el muffin de cada mañana y no quería desayunar con todos—. Blanca, discúlpame, tengo trabajo, desayunaré en mi despacho.

—¿Estás segura? —preguntó sin entender por qué le contestaba a Jason así y me iba.

Asentí y me fui hacia el despacho. Estaba tomando el café con leche, cuando sonó el teléfono móvil. Al ver el número del hospital, sabía que era mi madre, le faltaba la dosis del viernes.

—Mamá, dime.

—Abi, soy Martin.

—¿Por qué me llamas tú, sucede algo? —Mis manos comenzaron a temblar, algo presentía y no era bueno.

—Abi, tu madre ha tenido un accidente... —intentó explicarme.

—¿Cómo, pero dónde? —grité muy nerviosa. Sin darme cuenta derramé el café sobre el informe que estaba revisando.

—La ha atropellado un coche, necesito que vengas lo antes posible. —Su voz de preocupación me hizo temer lo peor.

—Ahora mismo voy. —Colgué sin pensarlo y cogí mi bolso.

Al salir, estaba Mike hablando con Blanca y, sin pensarlo, me acerqué a ellos. No esperé a que terminaran y les interrumpí.

—Blanca, he derramado el café sobre el informe. Mike tengo que irme lo siento.

—Perfecto, ahora la medio socia hace lo que le da la gana sin contar con nadie. —Su tono irónico me irritó tanto, que me negué a discutir, no tenía tiempo.

—¡Vete a la mierda con tu sarcasmo! No se preocupe, que es personal. Tendrá mi justificante. —Me di la vuelta y fui hacia el ascensor.

Estuve esperando unos minutos, pero no subía y el tiempo se me estaba haciendo eterno. Tenía que llegar, así que decidí bajar por las escaleras. Cuando llegué al Hall, me topé con Jason y tenía la cara empapada en lágrimas y cubierta de sudor de los nervios.

—¿Estás bien, dónde vas? —preguntó asustado.

—Mi madre ha tenido un accidente, me voy al hospital —dije sin pararme, marchándome hasta la puerta.

Vi a J tomando un café justo al lado de la limusina y, por una vez, no lo dudé, pedí por favor que me llevara. Estaba sentada en esa limusina tan grande y ostentosa, rogando que mi madre estuviera bien. Solo podía rezar, aunque era la primera vez que lo hacía.

Llegué al hospital y subí a la planta de urgencias. Al fondo vi a Martin y corrí hasta alcanzarlo.

—Martin, ¿dónde está mi madre? —le pregunté desesperada.

—Abi... tu madre... —No le salían las palabras.

—No, Martin, no me digas eso. —Me miró, y con un ligero movimiento de cabeza, me afirmó lo que no quería creer.

—Quiero verla —dije llorando.

—No creo que sea buena idea.

—Por favor. lo necesito.

—Abi, a tu madre la ha atropellado un coche, esta desmejorada.

—No importa, la tengo que ver —le grité nerviosa.

—Ven, por favor.

Caminamos hacia una sala como las que siempre había visto en las películas, el almacén de los muertos, como siempre los había llamado y, tras abrir la puerta plateada y estirar de la camilla, levantó la sabana. Mi madre estaba con la cabeza vendada y su rostro completamente amoratado e inflamado. No parecía ella.

Le cogí la mano y sentí que mi cuerpo no aguantaba. Me desperté en una camilla, rodeada de todas las enfermeras que lloraban la muerte de mi madre. Al verme incorporarme, todas vinieron hacia mí y me abrazaron fuertemente.

—Abi cariño, ¿cómo estás?

—Bien, no os preocupéis —dije más entera que un rato antes.

—Me tendréis que dar algún papel, ¿no? —pregunté sin saber todo lo que tenía que organizar.

—¿Estás preparada?, si no te podemos ayudar.

—No os preocupéis, puedo yo sola.

—Espera un segundo y te traigo todo.

Mientras esperaba en la sala de personal del hospital, miré el teléfono. Tenía treinta llamadas perdidas, de Jason, Alison, Mike y Blanca. Decidí llamar a Blanca para avisar a personal y faltar dos días.

—Blanca, soy Abi —dije con voz seria pero sin llorar.

—Estamos preocupados, ¿qué le ha pasado a tu madre? Jason nos lo ha dicho. Mike quería ir, pero Jason no le ha dejado.

—No, por favor, no necesito que venga. Blanca, necesito que avises a Mike y a personal que necesito dos días de permiso. Mi madre ha fallecido y tengo que solucionar todo.

—Abi, lo siento mucho, ¿quieres que te ayude en algo?

—Solo lo que te he pedido, nada más.

—Lo haré, llámame si necesitas algo.

—Gracias Blanca, te tengo que dejar.

En ese momento, vino la compañera de mi madre y, tras explicarme qué eran cada uno de los papeles que me entregaba y darme unas pastillas para poder dormir esa noche, me dirigí a la compañía de seguros.

Estaba sentada en una mesa delante de un señor de unos cincuenta años más frío que el hielo, mientras yo tenía que elegir según el importe de la póliza todos los detalles del entierro. Estaba completamente rota e indignada por la situación.

Cuando por fin acabé y conseguí que el entierro fuese al día siguiente y que todo acabara rápido, me encontré deambulando por la calle, hasta que vi que me llamaba Alison.

—¿Por qué no me has llamado? ¡Mike me llamó y me ha contado lo que ha pasado, dónde estás! —Su nerviosismo se notaba en lo alto que me hablaba.

—Estoy caminando, no puedo creer que haya pasado esto, mi madre... —Comencé a llorar desconsoladamente y me sentí mareada. No había ningún banco pero vi unas escaleras que accedían a una casa y me senté sobre ellas.

—Dime dónde estás, voy a buscarte.

—Estoy justo al lado del karaoke. en una portería de al lado, no tardes por favor.

Me quedé sentada esperando que apareciera el coche de Alison mientras recordaba a mi madre. No quería creer que fuese verdad, me había quedado sola.

Escuché el claxon de un coche y era Alison. Me levanté y fui hacia ella. Tras darme un abrazo, fuimos a mi casa. No sabía ni qué hora era, ni tan siquiera había comido nada en todo el día. Solo quería irme a la cama y despertar de esa pesadilla.

Alison me obligó a cenar una sopa y me fui a la cama, pero no podía dormir. Salí hacia el salón y vi que Alison estaba hablando con Antón por teléfono y no quise interrumpirle. Cogí de mi bolso las pastillas que me habían dado y tomé una. Me dirigía a mi habitación cuando escuché el timbre de la puerta.

—Alison, si es Mike, no quiero verlo, estoy durmiendo. —Me quedé detrás de la puerta de mi habitación para escuchar.

—No es buena idea, es mejor que te marches —le dijo Alison con un tono muy poco amigable.

—Alison, lo sé, pero necesito verla —contestó con voz de arrepentido.

—Está durmiendo. Le han recetado pastillas, no va a despertarse.

—Dile que he venido.

—Lo haré.

Suspiré al escuchar que se había marchado y me tumbé en la cama. A los pocos segundos Alison vino a la habitación.

—La cara de Mike era de arrepentimiento —dijo pensativa.

—Me da igual, después de todo todos me utilizan, ¿no lo ves? ¿Ahora qué quiere? Si no hubiese muerto mi madre no estaría aquí, todo lo contrario, me trataría mal. Y no quiero, ya estoy sola, mi padre me abandonó y mi madre se ha ido, no tengo a nadie. —No podía dejar de llorar.

—No digas eso, yo voy a estar siempre contigo —me dijo mientras se lanzaba sobre mí para abrazarme.

Las pastillas hicieron efecto al momento, ya que no recordaba haberme quedado dormida. Abrí los ojos bastante aturdida, no recordaba bien el día anterior.

—Abi, es la hora, tienes que arreglarte.

—Dime que lo de ayer fue una pesadilla —le rogué.

—No, lo siento.

Me levanté y me fui a la ducha. Tenía unas ojeras que oscurecían la mitad de mi rostro, pero me daba igual. Cogí unos tejanos desgastados de los que usaba antes de trabajar con Mike y cogí una camisa negra.

—Ya estoy, vamos. —Mi postura había cambiado completamente, ya no lloraba, no me salían las lágrimas, había creado una burbuja mental que nada ni nadie podría romper.

Estábamos delante del ataúd de mi madre, esperando que llegasen todos los familiares y amigos. Todo el mundo venía a darme el pésame, pero yo no podía ni hablarles. Estaba paralizada, solo quería que acabara el día.

Miré hacia la carretera y vi la limusina de Mike. Estaba hablando con mi padre, y por

los gestos de él, estaban discutiendo. Mike vino con Jason y su madre, en cambio, mi padre se quedó apoyado en la limusina.

Jason me dio un abrazo y un beso que recibí agradecida, pero provocó la rotura de la burbuja de impasividad que había creado. Comencé a llorar sin poder parar.

—Abi, a tu madre le gustaría verte fuerte en este momento. —La madre de Mike intentó consolarme.

—Lo sé, pero no puedo. Gracias por venir.

—Siento mucho lo que ha pasado —dijo Mike con voz de arrepentimiento.

—No te preocupes, llevaré el certificado de defunción a personal —le contesté con tono borde y dolida.

—Hijo, espero que no hayas sido tan cruel como lo eres siempre. —le recriminó su madre con voz muy enfadada.

—No necesito nada, solo saber que estás bien —insistió agarrándome del brazo.

Por suerte para mí, el cura comenzó a hablar y, tras soltarme a la fuerza de la mano de Mike, me senté en las sillas que había al lado del ataúd. Conforme iba hablando el sacerdote, más triste estaba, solo miraba la foto que había elegido. Estaba tan guapa y tan alegre, que solo pensaba que la vida era muy injusta.

Tras acabar y ver cómo lanzaban palas de arena sobre el ataúd, no fui capaz de seguir viendo el entierro. Le pedí a Alison que me llevara a casa.

Estaba tan agotada de todo lo vivido, que decidí dormir. Alison se quedó en el salón, no quería dejarme sola. Aunque le insistí para que se fuera, no lo hizo.

Me desperté aturdida, la cabeza me daba vueltas, y salí al salón a beber un poco de agua. Cuando abrí la puerta, vi a Mike sentado, escribiendo desde su portátil.

—¿Qué haces aquí? —pregunté enfadada.

—Alison se tuvo que marchar y me pidió por favor que viniera.

—No necesito niñera, puedes irte.

—Eso es lo que me prohibió ella, que aunque no quisieras no me fuese por nada del mundo y aquí me voy a quedar.

—Mike por favor, no quiero discutir, me duele la cabeza.

—Siéntate ya te doy algo para ese dolor. —Me cogió del brazo y, tras casi arrástrame, consiguió que me sentara.

Me dio un vaso de agua y una pastilla para el dolor de cabeza, y me quedé sentada sin decir ni una sola palabra durante unos minutos.

—¿Qué hora es?

—Las ocho de la noche, ¿qué te apetece cenar?

—No tengo hambre, tengo el estómago revuelto.

—Pues vas a comer algo, si no caerás enferma y hoy ya me han dicho que no has

comido nada.

—De verdad, no tengo hambre —insistí.

—Abi, no puedes tomar pastillas con el estómago vacío, así que no hay más que hablar.

—De verdad que no te entiendo, un día eres el demonio y al siguiente todo lo contrario.

—¿Por qué dices eso? —Su cara era muy seria.

—El viernes nos acostamos y me haces sentir la mejor del mundo. El sábado te levantas y me tratas como una cualquiera. El lunes en la oficina otra vez me hablas mal, y ahora te preocupas de mí. Estoy harta de que jueguen conmigo.

—Yo no...

—Calla, ahora me toca hablar a mí. Viene Alfred y me utiliza cuando quiere; apareces, estoy casi un año considerándote un amigo más, nos acostamos y se acabó el buen rollo. Estoy sola y odio sentirme así, y ahora mi madre... —Comencé a llorar desconsoladamente, pero no quería que me viera, me levanté rápidamente.

Noté cómo me agarraba del brazo y me arrastraba hacia él. Durante unos segundos lloré sobre su pecho como si fuera una niña pequeña. Sentirlo a mi lado me daba la compañía que necesitaba en ese momento.

—No estás sola, tienes a Alison y se preocupa por ti como la que más; a Jason lo tienes cautivado, te tiene un aprecio increíble; y yo aunque me comporte como un gilipollas también estoy aquí.

—No sigas, o no pararé de llorar en toda la noche —dije con la voz entrecortada.

—Pues llora todo lo que necesites, pero después tienes que ser fuerte, y sé que lo eres.

—Al menos lo intento.

—¡De qué quieres la pizza, vamos a pedirla!

—De barbacoa, que llena más —contesté tocando mi barriga, sintiendo apetito repentinamente.

Se levantó y, tras coger su cartera, llamó para que nos trajeran unas pizzas. Mientras discutía con el pobre operador sobre cómo la quería, no pude evitar reír.

—Pide que traigan vino. —Me hizo un gesto con la mano de que me esperara, pero a los segundos colgó.

—Oye, ¿no me has oído? —le contesté molesta.

—Perfectamente, pero llevas dos días medicándote. No creo que sea conveniente mezclar pastillas y alcohol.

—No me va a pasar nada, no seas exagerado.

—Abi, no pienso consentir que hagas tonterías. —Su tono era muy enfadado, algo había dicho que no le gustaba.

—¿Por qué te pones así? —pregunté esperando obtener respuestas.

—No quiero hablar, no es el momento. —Mientras lo decía se tocaba el pelo nervioso,

y eso me inquietó.

—Muy bien, yo te dejo estar en mi casa el día que muere mi madre, con esta cara llena de ojeras y llorando ante un hombre que no confía en mí, nunca has confiado, mira todo lo que me dijiste el sábado. Y tú no eres capaz de contarme nada sobre ti, ¿qué se de ti? Nada no sé nada.

—Abi, calla —dijo tras suspirar fuertemente.

—No me callo. Solo sé que tienes una madre que a simple vista es encantadora, un padre que falleció el cual era un orgulloso y me ha obligado a trabajar contigo, y uno de los mejores amigos de tu padre es mi propio padre, el que me abandonó de pequeña. No sé si has tenido novias, nada, tú sí has visto a Alfred. Será un imbécil, pero sabes algo más que yo de ti.

—Abi, ¿quieres parar? —interrumpió con tono más agresivo.

—No me vuelvas a mandar callar. ¿Encima te enfadas porque tome pastillas con alcohol? ¿Quién de tu alrededor lo hacía? Porque apuesto a que esa es la razón.

—No pienso aguantarte más —me gritó

—¡Pues vete de mi casa, vete de mi vida! —le grité llorando desconsolada.

Se fue hacia la puerta y no quise ni mirarlo, solo escuché cómo se cerraba la puerta y comencé a llorar en el sofá. Grité lo más alto que pude que lo odiaba. No quería volver a verlo, no pude evitar llamar a mi madre como una loca. Pensé que me estaba volviendo loca, cuando noté unas manos agarrándome fuertemente los hombros.

Capítulo 13

—NO me pienso ir, perdóname, sé por lo que estás pasando ahora mismo. Cuando mi padre murió también me sentí como tú, y tenía la suerte de tener a mi madre, pero tú me tienes a mí, no te voy a fallar.

Le abracé fuerte y seguí llorando, empapándole el jersey que llevaba puesto. Sentía que tenía que echarlo, pero no podía, necesitaba estar con él.

Cuando conseguí tranquilizarme, me soltó y se sentó frente a mí. Me agarró la barbilla y, tras besarme suavemente los labios, se apartó de mí.

—Abi, escúchame ahora, por favor —dijo mientras respiraba fuerte, y noté cómo el corazón le latía más rápido de lo normal—. Ya sabes de quién soy hijo, mi padre desde que tengo uso de razón me inculcó que tenía que llevar la empresa lo más lejos que pudiera, y desde pequeño he oído hablar de ti, de tus logros con los pocos recursos de los que disponíais. Mi padre siempre decía que tú y yo seríamos el equipo perfecto para llegar a lo más alto, algo que he odiado desde siempre. Pero tenía razón, eres humilde, tu punto de vista es más objetivo que el mío y desde que estás en la empresa hemos tenido muchos más éxitos.

—Mike, yo no quería esto.

—Cuando me enteré de que heredabas la mitad de la empresa no lo podía creer, y te odié más que nunca. Pero no más que a Marge. Era mi antigua novia, la cual amaba con todas mis fuerzas. Tanto, que cedí toda mi confianza en ella, pero tenía un problema con las pastillas y el alcohol. Una noche me llamaron para decirme que había muerto. Eso me rompió el alma, pero al cabo de los meses al ayudar a su madre a empaquetar sus cosas encontré unos documentos. Estaba intentando robarme todo el dinero.

—¡Pero yo nunca haría eso! —le grité indignada.

—¡Y por qué no renunciaste a la herencia! —me gritó enfadado

—No pude, no tuve elección, algún día me entenderás —le dije rabiosa por no poder contarle la verdad.

—Déjalo...

—Mike, por favor, nunca te haría daño. —Intenté con un tono más calmado que me creyera.

—¡Y por qué tengo que creerte!

—Porque desde que me acosté contigo solo puedo pensar en ti, y esto está desestabilizando mi vida, y te odio por ello.

Se quedó callado, y su expresión tampoco me decía nada. En ese instante llamaron a la puerta y salió a recoger las pizzas. Vi que llevaba una botella de vino bajo el brazo y no quise ni mirarla después de lo que me había dicho.

—Vamos a comer algo, no puedes estar todo el día sin comer —dijo mucho más relajado.

Nos sentamos en la mesa y, al abrir la caja , cogí un trozo enorme que comencé a saborear como si fuera el primero que comía. El abrió la botella de vino y llenó su copa. Cuando fue a llenar la mía, le agarré del brazo para que no lo hiciera.

—Mi madre me mataría si bebiera con las pastillas que he tomado, y ahora seguro que me está viendo.

—Eso no lo dudes, siempre estará a tu lado para velar por ti.

Me levanté y fui a buscar la jarra de agua para beber. Cenamos tranquilamente sin volver a discutir y sin volver a nombrar nada de lo que minutos antes habíamos hablado.

Estaba en el hospital, jugando en una de las habitaciones de los niños, cuando vi asomarse a mi madre a la puerta, pero cuando reaccioné, se había ido. Sin dudarlo, comencé a correr por los pasillos. No se acababan y no la veía. Cada vez me desesperaba más y comencé a llorar mientras corría.

—¡Mamá! ¡Dónde te has metido, no te vayas, estoy aquí...! Mamá, Mamá, Mamáááá...!

—Abi despierta, Abi... —escuché una voz a lo lejos—. ¡Despierta, Abi!

Noté que me quedaba sin respiración, hasta que conseguí abrir los ojos. Mike estaba sobre mí, tambaleándome para que despertara, hasta que vio que desperté y me incorporé cubierta en lágrimas y con la respiración agitada.

—Era una pesadilla, estoy a tu lado, tranquilízate.

—Necesito agua. —Se levantó de la cama y trajo una vaso de agua.

Lo bebí de un sorbo mientras retiraba el cabello humedecido que se me había quedado pegado en la frente por el sudor.

—Gracias.

Me abrazó fuerte y, tras calmarme, nos tumbamos en la cama otra vez.

—Siento todo lo que te dije el sábado por la mañana, no lo pienso realmente. No eres una cualquiera, para mí eres muy importante.

—Confía en mí, por favor, solo te pido eso.

—Lo haré.

Comenzamos a besarnos y a acariciarnos hasta dejarnos llevar por completo. Los dos nos necesitábamos, y nuestros cuerpos estaban deseosos de fundirse en uno. A diferencia del viernes, ésta vez no era sexo pasional y morboso, sino más intenso y sentimental.

Abrí los ojos y busqué en la habitación, pero no había nadie. Estaba sola, tapada solamente con una sábana que cubría apenas mi cuerpo desnudo, mientras llegaba a mis fosas nasales el olor característico de haber pasado una noche de lujuria, provocando que sonriera al recordarlo. Las caricias que me había regalado, los besos que llenaron mi alma vacía. Me quedé en la cama unos minutos sintiéndome la más feliz del mundo, pero Mike

no estaba en la cama conmigo. Me levanté, me puse una camiseta y ropa interior limpia, y salí al salón para ver si estaba o se había marchado.

—¿Ya estás vestido, por qué no me has despertado?

—Hoy quédate en casa y descansa. —Su voz era relajada.

—No, ¿para qué, para llorar? Prefiero seguir mi vida.

—Tu madre acaba de morir, no estás preparada para trabajar. Yo me voy ya.

—Voy a ir a trabajar, así que, o me esperas, o iré en cuanto me arregle.

—¡Qué cabezota eres! —dijo enfadado

—Ya me conocerás bien —sonreí.— ¿Me esperas? —pregunté con voz de niña buena.

—Venga, date prisa o llegaremos tarde.

Fui corriendo al baño y me duché rápidamente. Me sentía confundida, por un lado feliz, por otro vacía, pero no había tiempo de lamentaciones. Me sequé el cabello y lo ondulé como el día que vi a Mike con esa rubia en el restaurante, mientras pensaba que su ex no era porque había muerto. Aún tenía que averiguar quién era.

Cogí un vestido de tubo gris claro, que combiné con unos zapatos negros de tacón alto, a juego con una americana negra.

Tras maquillarme, salí rápidamente al salón donde Mike estaba esperándome mientras hablaba por teléfono. Al girarse y verme, cortó la llamada.

—Estás preciosa, no recordaba esta melena.—Acarició mi cabello con sumo cuidado.

—Son extensiones, me las puse para la fiesta.

—Pues te quedan espectaculares. No mires la cafetera, no hay café. J se ha encargado de tu desayuno.

—Menos mal.—Me acerqué y le besé con miedo a su reacción.

Él se quedó parado, le había sorprendido mi acercamiento, pero su respuesta me avanzaría qué pasaría de ahora en adelante. En cuanto asimiló la cercanía, me agarró por la cintura y nos besamos. Sus besos lentos inundaban mis sentidos, era la medicina que necesitaba para conseguir evadirme de la desgracia ocurrida. Nos separamos sin apartar la visa y, tras darme un golpe en mi trasero, agarré mis cosas y salimos de mi casa. En la puerta nos esperaba J, como siempre, pero su rostro era diferente. Estaba esperando que llegáramos a su lado para poder saludarnos.

—Señorita Evans, me alegra verla tan bien, siento mucho lo que ha pasado. —Era la primera vez que J me trataba con esa cercanía.

—Muchas gracias —contesté mientras montaba en la limusina.

Me abrieron la puerta de la limusina y me senté mientras él se acomodaba a mi lado. No sabía exactamente cómo actuar. Conociendo sus cambios de humor, tenía miedo a no saber qué hacer y, teniendo que trabajar juntos, no iba a ser fácil. Pero su rostro estaba relajado, sus ojos brillaban, podría hasta aventurarme a decir que se le veía feliz.

Se apartó de mí para acercarme como cada mañana que no íbamos a la oficina, mi desayuno. Sonreí embelesada por el gesto que tenía hacia mí, y le di un sorbo corto pero intenso que saboreé, dulcemente.

Pero mis dudas no huían de mí, no sabía qué había sido para él aquella noche. Tenía miedo a que volviera a decirme que era una más, de modo que intenté ocultar el nerviosismo, pero era imposible, iba creciendo, y lo demostraba con mis movimientos.

—¿Estás seguro de lo que hemos hecho? —pregunté esperando a oír algo que no rompiera mi corazón en pedazos.

—Sí, anoche decidí no pensar y dejar que pase lo que tenga que pasar.

—Me parece estupendo tu espíritu, haré lo mismo. —Era exactamente lo que necesitaba oír.

Seguí bebiendo el café con leche que J había preparado antes de comenzar el día de reuniones que nos esperaba. Y, ansiosa por comenzar a trabajar, le pregunté dónde sería la siguiente reunión. Con el jaleo del entierro, ni había mirado las reuniones, así que no tenía ni la más remota idea de hacia dónde nos dirigíamos. Su respuesta cayó como un jarro de agua fría sobre mí.

—¡Con los Turner! —grité sin poder evitarlo.

—¿Hay algún problema? —preguntó extrañado por mi reacción.

—No, ninguno. —Comencé a recordar a la querida secretaria, la que se comía a Mike con la mirada, y no podía evitar sentir rabia.

Llegamos a sus oficinas, y mi semblante había cambiado. Estaba distante y tensa, pero lo disimulé todo lo que pude, sabiendo que él lo había notado pero no había querido preguntarme qué me pasaba.

Subimos en el ascensor y, sin que nadie se diera cuenta, comenzó a acariciarme la espalda, acercándose peligrosamente a mi trasero. Me puse muy nerviosa, solo de pensar que alguien nos viera me aceleraba el ritmo del corazón, la temperatura de mi cuerpo aumentaba a pasos agigantados.

Cuando se abrieron las puertas, sentí alivio. Él, en cambio, estaba divirtiéndose a mi costa, pero ya buscaría un plan para vengarme.

Al llegar al Hall, la secretaria vino hacia nosotros. Evidentemente, solo lo saludó a él, y a mí me dejó al margen, pero esta vez me agarró de la cintura y me colocó por delante, otorgándome la importancia que merecía, acto que consiguió que mi seguridad se mostrara ante la cara estupefacta de ella. Durante la reunión, ella buscaba su mirada en balde, él solo me miraba a mí y al Señor Turner. En ningún instante la miró, esta vez la que era transparente no era yo, sino ella, y aunque me sintiera la más mala del mundo, estaba disfrutando más de lo que hubiera imaginado.

—Señor Smith, creo que están haciendo un trabajo espectacular, si todo sale como tenemos previsto, tendremos más proyectos que valorar juntos —dijo muy alegre de trabajar con nosotros.

—Espero que así sea.

Salimos del despacho muy contentos. Clientes como el que acabábamos de dejar satisfecho, eran los que asegurarían el éxito de nuestra empresa. Bajamos en el ascensor, sin dejar de hablar continuamos atravesando el Hall y cuando oímos una voz que lo llamaba, los dos paramos de hablar al instante y nos giramos para ver quién estaba llamándolo tan insistentemente. No podía ser otra que la secretaria, no había tenido suficiente siendo ignorada.

—Mike, ¿podemos hablar un segundo? —insistió.

—Abi, espérame en el coche, te alcanzo en dos minutos. —Me lo pidió tan educadamente, que no le iba a negar lo que me había pedido, aunque tenía intriga por saber lo que quería esa chica.

Continué caminando hasta atravesar la puerta y dirigirme a la limusina. Me senté y dejé la puerta abierta esperando que Mike me acompañara. No podía dejar de maldecir a esa mujer, pero no me dio tiempo a mucho. Tal y como me había comentado en apenas un par de minutos, caminaba hacia mí con paso firme, y ella lo acompañaba. Le dio dos besos de cortesía y se giró mientras ella, en voz alta y con cara de resentimiento, le reprochó algo. Él ni se giró, se sentó y cerró la puerta con un sonoro golpe. Podía intuir que lo que habían hablado, no le había gustado porque su rostro estaba tenso y su mirada estaba enfurecida.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté con tono molesto.

—Ahora no, por favor —me gritó. Clavé mi mirada, intentando romper la coraza que acababa de crear entre nosotros, y en pocos segundos fue desapareciendo, relajando el semblante—. Lo siento, tú no tienes la culpa de nada, tuve una aventura con ella, pero ya se terminó hace un tiempo. —Su tono sincero consiguió que no preguntara más. Sabía más de lo que pensaba que me diría. Y era más que suficiente.

—¿Ahora dónde tenemos que ir? —Cambié de tema intentando olvidar ese encuentro y poder seguir el día alegre tal y cómo había comenzado.

—A comprobar que una reforma está lista, será unos minutos solamente. ¿Estás bien?, si quieres te acerco a casa y descansas, Abi. Es muy reciente lo ocurrido...

—Si algo he aprendido gracias a mi madre es a levantarme en situaciones difíciles. No voy a negar que pienso en que no es justo que haya fallecido, que quiero volver a verla, pero no puedo perder los días encerrada en casa, eso no conseguirá distraerme, trabajar sí. —Coloqué mi mano sobre su muslo y al ver que sonreía y miraba mi mano, sentí que necesitaba estar más cerca de él. Le miré a los ojos, esos ojos verdes que no me cansaría de mirar nunca. Le besé, un dulce y casto beso que él aceptó y ayudó a que se convirtiera en un beso largo, demostrando las ganas que los dos teníamos de sentirnos.

Escuchamos a J que nos avisaba de que habíamos llegado. Nos separamos y nos miramos durante unos instantes, acarició mi mejilla y salimos de la limusina. No pude evitar sonreír cuando vi dónde habíamos llegado, era la casa de la madre de Mike. Lo miré con los brazos cruzados y negué con la cabeza. Sabía que ella habría forzado esta visita para saber cómo estaba. En el fondo, la entendía. Mi madre era muy buena amiga y estaría preocupada por mí.

—Insistió que visitáramos la obra y de paso ver que estabas bien. —Con un gesto de que no pudo hacer nada sonreí y caminamos hasta la puerta.

—Sois igual de controladores, por lo que veo. —Asintió con la cabeza.

—Queridos pasad, pasad. —Ella se adelantó y Mike se permitió el lujo de darme un golpe con su mano en el trasero. Me giré y lo miré con cara de “aquí no me toques” provocando que riera en silencio.

—Estás en mi territorio —me susurró al oído.

—¿Abi, cómo estás? Tendrías que haberte quedado en casa descansando —interrumpió la madre.

—Me niego a quedarme encerrada, necesito actividad para poder llevarlo mejor.

—Espero que mi hijo al menos estos días te trate bien. —Lo miró como si estuviera regañando a un niño pequeño.

—Mamá, de vez en cuando sé cómo tratar a las personas.

—¡Pero solo muy de vez en cuando! —le interrumpí provocando una carcajada de su madre.

—No confabuléis las dos contra mí, sólo me faltaba. ¿Mamá, cómo va la obra? —cambió de tema rápidamente.

—Compruébalo tú mismo. —Pasamos hacia el salón y había quedado espectacular.

—Increíble, me encanta el cambio —pensé en voz alta.

—Sabía que quedaría bien, pasad al jardín, os pondré algo de beber.

Mike, con un gesto de su brazo, me indicó por dónde tenía que caminar, y atravesamos el pasillo, pero mi mirada se detuvo en una de las fotos que colgaban de la pared. No pude evitar parar y observarla. Eran los padres de Mike cogiéndole en brazos, y justo al lado mi madre embarazada, abrazada por mi padre, aparentemente felices. Algo no cuadraba. Mi madre siempre había dicho que no quiso saber nada de mí. ¿Por qué le tocaba la barriga de una forma tan cariñosa?

Continué mis pasos hasta que llegamos al jardín, un pequeño patio trasero con césped y una mesa de madera. Nos sentamos en ésta y, antes de poder decir nada, su madre ya nos estaba sirviendo una jarra de limonada. Estuve durante unos minutos bebiendo, pero con la mirada perdida, pensativa en lo que había visto.

—¿Estás bien, quieres que nos vayamos? —me preguntó Mike mientras acariciaba cariñosamente mi rodilla.

—Señora Smith, ¿le puedo preguntar algo? —pregunté con miedo a su reacción.

—Dime. —Su cercanía me animó a preguntarle y poder entender todo.

—He visto una foto en el pasillo que estaban mis padres con ustedes. ¿Realmente qué pasó entre mis padres? —pregunté, mientras con todas mis fuerzas retenía las lágrimas.

—¿Tu madre no te ha contado? —preguntó extrañada.

—Sí, pero algo no me cuadra. —Mi voz dubitativa hizo que los dos se quedaran extrañados.

—Creo que no es el mejor momento de saber rencillas del pasado. —Mike intentó que desistiera para que no me hiciera daño yo misma.

—Necesito saber la verdad —les insistí mirándoles a los ojos a los dos.

—Tus padres se querían con locura, pero eran de dos mundos distintos. Tu madre era una extraordinaria persona de una familia humilde, y tu padre era uno de familia distinguida, pero la mala suerte hizo que tu abuelo jugara con la empresa hasta límites peligrosos, hasta llegar a perderlo todo. Tu padre no asumió vivir de forma humilde, y en ese momento tu madre se quedó embarazada. Al principio estaban felices, pero quería darte una vida de posibilidades que no podía, y tu madre, en cambio, solo quería darte amor, así que las peleas fueron creciendo hasta que decidieron separarse. Tu padre prometió que volvería cuando consiguiera volver a ser alguien, y tu madre desistió ante su ego. No podía luchar contra él, ni él mismo podía, y la decisión de tu madre fue apartarse de él con todas las consecuencias y te crió de la forma que vio más adecuada.

—¿Y qué tiene que ver su marido conmigo, por qué me dejó la mitad de su herencia?

—Mi marido era un testarudo, casi obligó a aceptar dinero y recursos durante toda su vida a tu madre, que evidentemente no aceptó, y le juró a tu padre que tú serías como una hija para él. Y así ha hecho.

Me quedé callada, intentando asimilar todo lo que había escuchado, y por más que lo intenté, no pude evitar llorar.

—Somos una familia, y nunca te vamos a dejar sola, tenlo presente.

—Muchas gracias por todo. —Apoyé mi cabeza sobre el hombro de Mike y éste me abrazó y me besó en los labios sin pensar que estaba su madre delante.

—¡A ver si va a resultar que somos una familia de verdad! —comenzó a reír sorprendida.

—No te metas en mi vida personal —le reprochó él muy serio.

—Eso sí que no, sabes que nunca lo he hecho ni lo haré —dijo mientras entraba en casa.

—Necesitaba saber la verdad —le dije intentando disculparme.

—Es lógico, pero no quiero verte mal, me apena ver que estás triste.

—Estaré bien, soy fuerte. Pero vamos a comer a algún lado, por favor —le dije al oído.

—Sus deseos son órdenes. —Se levantó y, con la seriedad de siempre, agarró de mi mano y entramos para coger nuestras cosas. Su madre estaba en la cocina, e imaginé que estaba haciendo algo para nosotros.

—Mamá, tenemos una comida de trabajo, tenemos que irnos ya —le dijo Mike sin dar pie a replica.

—Espero veros pronto. Abi, si necesitas algo llámame.

—Muchas gracias por todo.

Salimos de su casa y nos montamos en la limusina. Mike estaba con el ordenador

portátil trabajando, aunque no me dijera nada, sabía que estaba ralentizando el trabajo. Mientras, mi cabeza repetía las palabras de su madre. En parte entendía a mi madre y su forma de enseñarme que lo material no tenía valor, y de apartarme de ese mundo que tanto daño le había hecho a mi padre, pero, ¿por qué renunció tan tajantemente mi padre a mí...? Imaginaba que por orgullo.

—Deja el monólogo mental —escuché entre mis pensamientos. Miré a Mike y estaba sonriendo.

—¿Cómo lo has sabido? —Era la primera vez que alguien notaba que razonaba mentalmente.

—Tu padre también lo hace. —Su voz era suave, intentando que no me molestara.

Capítulo 14

—¿ENSÉÑAME la agenda de hoy! —Evité contestar, aún no estaba preparada para ello.

Me senté a su lado y vi en el calendario que teníamos dos reuniones en la oficina por la tarde, así que pensé en comer cerca para poder seguir el ritmo de trabajo habitual.

—Vamos cerca de la oficina, esta tarde la tenemos movida —contesté con un guiño de ojo, volviendo a la normalidad.

—Si te apetece, estarán comiendo los chicos, podemos unirnos a ellos.

Asentí rápidamente y cogió el teléfono. Comenzaron a hablar de trabajo, hasta que Mike les dijo que íbamos de camino y que comeríamos con ellos. Por la expresión de él, pude intuir que Jason le estaba interrogando, el gesto era serio y de “déjame en paz”. Intentó cortar la llamada pero Jason no le dejaba. Tras repetir un adiós varias veces, colgó el teléfono y sonrió.

Al llegar, entramos al restaurante. Los vimos sentados en la última mesa y nos dirigimos hacia ellos. Aún no habían pedido su comida, estaban esperando a que estuviéramos todos. Estábamos casi llegando a la mesa, cuando escuché el tono de melodía de mi móvil. Me paré en seco para sacarlo del bolso, se trataba de Alison.

—Mike me llaman, ve pidiéndome una ensalada, por favor. —Asintió con la cabeza y salí del restaurante corriendo.

—Buenos días, traidora —dije con tono divertido.

Lo primero que me dijo es que tuvo que irse y no quería dejarme sola, pero el tono de su voz me preocupó. Ella no habituaba a ser tan seria, todo lo contrario, pasara lo que pasara siempre tenía preparada una broma o una sonrisa. Le pregunté si todo iba bien, pero evitó mi pregunta, solo quería saber cómo me encontraba y entendió que quisiera volver al trabajo. Pero seguía notando que algo le ocurría. Volví a insistir, y no quería contestar hasta que al final le dije que me contara todo, que yo estaba bien y que si había algún problema lo quería saber.

En ese momento suspiró y me explicó que el día anterior Antón había tenido un golpe con el coche y por eso tuvo que ir al hospital. Mi estómago se encogió, cómo no me había enterado, debería haber estado a su lado para poder apoyarla.

—No es nada grave, ya está en casa.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le reocriminé.

—Tú estabas mal y yo demasiado nerviosa. Y sabía que Mike no me fallaría, le gustas...

—Lo sé.

—Ajá, o sea, que te hice un favor. —Su sonrisa malvada me hizo sonreír.

—No seas mala, esta noche nos vemos y te cuento, así voy a ver a Antón.

Acabé de hablar con ella y entré con los chicos. Habían dejado un sitio libre al lado de Mike, así que me senté y éste me miró esperando saber si estaba bien. Le confirmé con mi cabeza, y me centré en la conversación que ellos ya habían iniciado. Jason, aunque quería disimularlo, nos miraba expectante a nuestros gestos, ese descarado sabía algo o lo sospechaba e intentaba corroborarlo.

Todos me preguntaron todos (invertir) cómo me encontraba y les expliqué que no tenía más remedio que seguir con el trabajo y aprender a vivir con lo ocurrido, por mucho que me doliera. Agradecí a todos que se hubieran preocupado por mí.

—Pues no sé por qué será, pero estás mucho más guapa, hoy tienes un brillo especial.

—Son las extensiones, me sientan bien, ¿eh? —bromeé desviando el tema. Sabía que me estaba poniendo a prueba y no iba a conseguir ni una pista por mi parte. Jason, cuando quería, era demasiado listo, pero aún no sabía que yo podía llegar a ser más perspicaz que él.

—Será eso. —Me guiñó el ojo y noté la mano de Mike sobre mi muslo, nadie podía verla, pero ese gesto reflejó lo seguro que estaba y lo bien que había respondido a Jason.

El camarero trajo los platos y vi que el mío era un plato rectangular enorme con una ensalada y un solomillo. Era tamaño XXL, estaba perpleja ante tal cantidad de comida. Miré a Mike recriminándole lo que había pedido, provocando bromas del resto. No dudaron en decir que me quería engordar para no trabajar con una chica tan atractiva a su lado. Yo tuve que entrar en el juego y bromear con ellos, porque la verdad que tenían gracia. Éste se justificó diciendo que pensó que una ensalada era muy poco, y que no tenía que comerlo todo, solo que quisiera, zanjando las bromas del resto.

Continuamos comiendo mientras comentaban lo que estaba sucediendo con Jason. Era mi culpa, yo lo había provocado. Sasha no lo dejaba en paz y éste estaba desesperado, no sabía cómo decirle que no quería nada de ella sin dañar sus sentimientos, ya que todos sabíamos que era una joven muy sensible y a la mínima se sentiría dolida.

—Jason, déjame que me encargue yo, te lo debo —dije intentando ayudarlo.

—¿Lo harías? —contestó quitándose un peso de encima.

—Es lo mínimo que puedo hacer, pero tu acábate mi filete, que la comida no se puede tirar y yo no puedo más...

Continuamos charlando, parecía mentira la de anécdotas que se contaban entre esas cuatro paredes en las que parecía que todo el mundo trabajaba sin hablar unos con otros. Cuando se disponían a pedir el café, me disculpé con todos y me adelanté a la oficina. Era la hora en que las chicas se reunían en la cafetería, tendría la oportunidad perfecta para charlar de mujer a mujer con Sasha. Todos me pidieron que esperara, pero no hice caso. Me levanté y me fui.

Subí rápidamente, tenía unos veinte minutos antes de que los chicos volvieran de comer, así que fui directamente a la cafetería. Blanca vino directa en cuanto me vio y, tras darle un abrazo y agradecerle lo que había hecho por mi, le indiqué que tenía que solucionar un tema.

—Buenas tardes Sasha, ¿podemos hablar un momento?

—Claro Abi, ¿por cierto cómo estás, no has vuelto demasiado pronto? —Su tono de pena me hizo recordar lo sucedido.

—No te preocupes por mí, estoy perfectamente, pero hay un tema que me preocupa. El viernes casi te obligué a bailar con Jason, pero eres una chica estupenda y quiero advertirte, espero que no te moleste.

—Para nada, prefiero no engañarme. —Su tono esperanzador me partió el alma, esa chica estaba colada por Jason y él no le iba a hacer ni caso.

—Jason es guapísimo, todas lo sabemos, y tiene cientos de mujeres detrás de él, pero no quiero que te haga daño, no serás la única, y con lo poco que te conozco no creo que sea plato de buen gusto esa situación.

—¿Cómo sabes eso? —me preguntó sorprendida.

—Sasha, Mike, Jason y yo somos amigos desde hace mucho tiempo y salimos juntos fuera del trabajo. Sé perfectamente cómo es, y tú mereces algo más. Solo te pediría un favor, no le digas a nadie lo que te he dicho, es mi amigo y si se enterara no me lo perdonaría. A nadie le gusta saber que por detrás van diciendo que eres un Don Juan.

—Muchas gracias por confiar en mí, esta mañana le dije de tomar una copa, le diré que estoy ocupada y dejaré que se olvide de mí. —Su seguridad aplastante me dejó boquiabierta, me parecía increíble que pensara que Jason iba detrás de ella. Menos mal que había decidido pasar página, si no la decepción sería aniquiladora.

—Es lo mejor que puedes hacer. —Vi a Mike detrás de mí, estaba sonriendo al verme hablar con Sasha. Mientras, le hacía un gesto a Jason para que nos mirara. Éste respiró aliviado y, tras guiñarles el ojo, me acerqué a la barra a pedir un café.

Estaba esperando que me sirvieran, cuando los empleados se acercaron. Todos querían darme el pésame, pero no me apetecía hablar con nadie y menos decirle cómo me encontraba. Asentí educadamente y salí de aquel lugar.

Caminé hasta la mesa de Jason para poder informarle de forma oficial el fin de su no relación con Sasha. Él se sorprendió por mi rapidez para solucionar el problema, e insistió que quería saber qué le había dicho para que la joven desistiera.

—Le he hecho ver lo que las mujeres no queremos, a un Don Juan. —Comencé a reír mientras me iba al despacho de Mike y él se quejaba en voz alta de cómo lo había llamado.

Entré, y estaba hablando por teléfono, así que me acomodé en la silla para esperar que terminara. Tenía que comentarle un tema. Tras estar diez minutos casi discutiendo por teléfono, logró colgar la llamada.

Tras quejarse del cliente con el que había estado hablando durante unos minutos, me preguntó muy curioso por lo que le había dicho a Sasha para que desistiera y, tras emitir una carcajada sonora, le expliqué que solamente le había hecho ver qué era Jason, y lo poco que nos gustaba a las mujeres ese tipo de hombre.

—Por cierto, a ti te quería tener a solas.

—¿Qué he hecho ahora? Lo de la comida perdona, llevas días apenas sin comer... — comenzó a disculparse.

—Eso me da igual, es una tontería. ¿Desde cuándo un amigo mío tiene un accidente con el coche y nadie me dice nada?

—Si te lo hubiera dicho Alison me mataba. Le dije que debías saberlo y se molestó mucho. Después la llamé y me confirmó que estaba bien, así que no había necesidad de que fueras.

—¿No crees que eso es decisión mía? —Me crucé de brazos, demostrando mi enfado.

—Pensamos que era lo mejor.

—Cuando acabemos iré a casa de Alison.

Blanca llamó a la puerta y nos indicó que el cliente ya había llegado. Salí rápidamente a mi despacho a coger unas cosas que ya tenía preparadas para la reunión, y entré en la sala para comenzar.

Tras una tarde de reuniones sin parar un instante, acabamos los dos exhaustos. No me apetecía hacer nada, pero me había comprometido a ir a casa de Alison. Fui hacia el despacho y miré unos correos electrónicos antes de terminar la jornada laboral. Me sentía cansada, los ojos me pesaban y no podía evitar bostezar. El resto de trabajadores ya se estaban yendo, pero quería acabar de enviar unas presentaciones que eran muy urgentes.

—Vámonos ya, es suficiente por hoy, ¿no crees? Me interrumpió Mike

—Sí, déjame un momento que acabe de enviar esto y termino. —Mientras yo acababa, él se sentó en la silla que había justo delante de mi mesa y, tras acomodarse y cruzarse de brazos, se quedó observándome. No pude evitar cruzar la mirada, amonestándole. Me desconcentraba, y él lo notó. Cuando por fin acabé de enviar las cosas pendientes, cerré el ordenador y me estiré sobre la silla.

—Vamos, que te acerco a casa de Alison

—Dame dos minutos que coja mis cosas. —Me levanté y, tras coger mi bolso y dejar ordenado todo, salimos a recepción. No quedaba nadie, se nos había hecho muy tarde y las luces estaban apagadas. Solo quedaban las de emergencia dando un aspecto sobrio al lugar, llegando a quitarle la vida que normalmente desprendía por las mañanas.

Se abrieron las puertas del ascensor. Entramos, y él se colocó detrás de mí. Yo no lo dudé un instante dejé caer mi peso sobre su cuerpo. Sus manos rodeaban mi cintura, disfrutando de cada centímetro de tela que podía tocar. Un suspiro salió de su garganta, me giró el rostro para poder besarme y vi el brillo que desprendían esos ojos color esmeralda. Le besé sin apartar la mirada, y un jadeo salió de su garganta. Sacó una llave, que colocó en el panel del ascensor, pero no la giró, solamente la introdujo y, sin apartar la mano de ella me miró pensativo.

—En cuanto gire la llave tenemos cinco minutos exactos para retirarla, si no piensan que se ha averiado, ¿la giro? —Su mirada lasciva recorrió mi cuerpo y solo noté que mi cuerpo se estremecía.

Alargué mi mano hacia el panel y la giré. Su mirada perpleja hizo que mis manos se

lanzaran sobre su rostro y comenzáramos a levantarnos la ropa para poder dar rienda suelta a nuestra pasión. Estaba apoyada entre las dos paredes del ascensor recibiendo unas delicadas pero a la vez intensas embestidas, que una tras otra lograron que mi cuerpo se deshiciera entre sus manos, que eran las que lo sujetaba fuertemente para que no cayera, hasta que los dos llegamos al clímax.

Sonó un pequeño timbre y Mike giró la llave y presionó el botón que llevaba a la azotea. Yo lo miré perpleja, mi respiración era forzada, mis piernas estaban débiles y notaba la sensación de mi sexo tras el ataque vivido.

—Tenemos más tiempo —se explicó.

Salimos a la azotea y un golpe de aire alivió el calor que emanaba de mi cuerpo. Él, en cambio, envolvió el preservativo que ni me había dado cuenta que se había colocado y lo lanzó a una papelera.

Había una manguera de incendios cerrada por una caja de cristal la cual utilicé de espejo, tenía el cabello alborotado. Tras colocarlo como tenía que ir, cogí la barra de labios color rosa que tenía en el bolso y los maquillé rápidamente.

—¿Estás lista? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—Creo que sí, ¿estoy bien?

—Estás increíble —dijo mientras retiraba un cabello que se había enganchado en el carmín pegándolo a mis labios.

Me agarró de la cintura y comenzamos a bajar mientras ninguno de los dos dejaba de mirar al otro. La química que había entre nosotros era espectacular, cuando estábamos juntos y olvidábamos nuestros rencores, éramos la pareja perfecta. Salimos a la puerta y J nos estaba esperando. Le indicó la dirección de la casa de Alison para poder llevarme y nos sentamos en los cómodos asientos.

Estaba sentada, apoyada en el regazo de él, y sentía cómo la respiración de ambos era lenta, muy lenta; estábamos tan relajados que podía llegar a dormirme, pero su mano comenzó a acariciarme el rostro, y sus labios se acercaron a mi cuello.

—Hacía tiempo que no aparecía en mi vida una mujer tan ardiente como tú. Tienes un gran tesoro escondido, y lo he descubierto. —No pude evitar sonreír al escuchar su susurro. Por fin mostraba sus sentimientos abiertamente y me sentía afortunada de poder escucharlos.

El coche paró, e intuí que ya habíamos llegado. Lo miré fijamente y le besé. Sus manos siguieron caminando a sus anchas por mi cuerpo, hasta llegar a mis muslos, pero las detuve. Si seguíamos, estaba segura de que pasaría la noche entre sus brazos y tenía que cumplir con mis obligaciones.

—Tengo que marcharme —le dije al oído

—¿Cómo vas a volver a casa?

—Pues con Alison, o sola en taxi, ya veré.

—J te esperará y te llevará —dijo muy seguro, casi ordenando.

—No, llevo muchos años sobreviviendo así, no necesito que nadie me espere.

—Lo intentaré. —Mi mirada lo fulminó al instante—. Entendido —confirmó.

Le di un casto beso en los labios y me dirigí a la puerta de la casa de Alison, mientras observaba cómo había bajado la ventanilla y esperaba que entrara en el portal. Esperé en el ascensor, y no podía disimular mi sonrisa, me sentía feliz. Por fin creía que había conocido a una persona que conseguiría tratarme como necesitaba.

—Estás guapísima —exclamó al abrir la puerta.

—Parece ser que sí, todo el mundo me lo ha dicho hoy. ¿Dónde está Antón? —pregunté mientras entraba al salón.

—Abi, ¿cómo estás? —preguntó Antón preocupado por mí.

—Yo bien, pero mírate tú cómo estás. —Me preocupé al verle la cara morada y el collarín. Me vio tan asustada, que me contó lo poco que recordaba. Estaba cruzando la calle y un coche no lo debió de ver, porque cuando frenó, ya era demasiado tarde y lo envistió, empujándolo varios metros del lugar. Por cómo lo había relatado podía dar gracias de que no hubiese ocurrido nada más grave. Sin poder remediarlo, vino a la mente una imagen de mi madre sufriendo el mismo golpe. Un día antes a ella le había sucedido lo mismo, pero para su mala fortuna, ella murió. Alison leyó mi mente desde donde estaba, porque vino corriendo hacia mí y, mientras me abrazaba, me explicó que ese era el motivo por el que no me había querido decir nada. Sabía que el atropello de mi madre y el accidente de Antón era demasiado para saber en un solo día.

Después de un día largo, en el que no quise demostrar mis sentimientos, rompí mi coraza y mis lágrimas brotaron sin control. Necesitaba sacar lo que llevaba dentro y qué mejor que con ella. Me abrazó fuerte y permaneció a mi lado sin decir ni una sola palabra.

Antón, sin decir nada, se marchó a la habitación para no molestarnos y dejarnos solas, acto que agradecí. Me sentía mucho más cómoda, pude decir lo que sentía y sentirme arropada. La muerte de mi madre había sido una sorpresa. Era la única persona que tenía en la vida y ya no estaba.

Me dio un pañuelo y me soné y sequé mis lágrimas. Por mucho que lo disimulara, necesitaba llorar, y había conseguido quitarme el lastre de todo el día. Comencé a reír sola ante la sorpresa de ella. No sabía por qué lo hacía, pero me animó a continuar riendo, y aprovechó para mencionar a Mike.

—¡Sí, ha pasado! —le grité con gesto avergonzado.

—Cuéntame, quiero detalles. —Se apartó de mi lado del sofá para escuchar y no perderse ningún detalle.

Sin preámbulos, le comenté lo que había ocurrido desde que desperté y ella no estaba, y para mi sorpresa estaba él. Le expliqué lo que él me había confesado y me sinceré mostrándole mis miedos. Me puse colorada al contarle que me había acostado con él cuando me despertó de la pesadilla. Resumí brevemente y lo más rápido que pude para no arrepentirme de lo que le estaba contando.

—Dios, me muero por saber cómo es en la cama, ha de ser un chico malo...

—¡No voy a dar tantos detalles depravada! Esta mañana pensaba que iba a ser como la del otro día, pero no, ha sido un día genial.

Me dio un golpe en el brazo por no querer contrale cómo era en la intimidad, pero no pensaba decirle más, ya sabía bastante. Me entendió y no insistió más. Me reconoció qué pensaba sobre él, y me sorprendió. Creía que era un hombre que me respetaría y era muy buena persona. Entendía que en algunos momentos dudara de mí, pero por fin quedaba muy poco para poder confesarle la verdad. Eso sería el último bache que deberíamos atravesar para conseguir ser felices.

La cara de Alison demostraba lo contenta que estaba al verme tan feliz, y así era. Estaba viviendo uno de los mejores momentos de mi vida aunque se hubiese manchado con la desgracia de mi madre. Sin poder evitarlo, un bostezo se adueñó de mí. Comenzaba a estar agotada, las emociones y el trabajo me tenían exhausta. Me recriminó mi cansancio e insistió en que le contara cuál era la principal causa para estar tan cansada. Me gritó mientras me pegaba en las piernas, obligándome a comenzar a hablar.

—Cuando hemos cerrado, no había nadie y en el ascensor...

—No, no me lo creo.

—En la vida había hecho nada igual, dios mío, casi me muero. Ahora tengo un cansancio... hasta hambre... —Comencé a reír como hacía días que no hacía.

—Eso tiene solución. Hace un rato hice pasta, aún estará caliente.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, preparamos un poco de pasta en dos platos, comenzamos a comer y seguimos hablando de nuestros romances. Alison comprobó que Antón se hubiera dormido y me comentó lo contenta que estaba desde que había vuelto con él. Los planes que tenían para un presente e incluso un futuro.

Miré el reloj y eran más de las once de la noche. Suspiré porque no me quería marchar, pero estaba muy cansada y tenía que madrugar al día siguiente. Le ayudé a recoger los platos y me dispuse a marchar. Insistió en acompañarme hasta la puerta, ya que no quería que me llevara a casa. Bajamos por las escaleras mientras quedábamos para otro día para poder pasar un rato más largo y poder hablar mejor.

Cuando puse el primer pie sobre la acera, me quedé paralizada. No podía creer lo que estaba viendo, allí estaba J apoyado en la limusina, y era evidente que me estaba esperando. Alison solamente pudo decir un “guau” que casi me hizo reír, pero no, había pedido expresamente a Mike que no me esperaran, y una vez más le había dado igual mi opinión.

—Buenas noches, Señorita —me sonrió, sabiendo que no quería que me esperara.

—Este hombre me desquicia —contesté malhumorada.

—No te quejes, ojalá me esperara una limusina a mí. —Alison sonreía aún alucinada.

—Que conste que me monto porque estoy derrotada.

—Gracias Señorita, pensé que me lo pondría más difícil —suspiró el pobre hombre

Alison me dio un golpe en el trasero y se lanzó a mi mejilla para darme un beso mientras me decía “Adiós Señorita”. No quise contestar, porque mi humor se había

transformado a muy arisco, así que simplemente me monté y me quité los zapatos, liberando mis pies de los horribles tacones que llevaba todo el día.

Cuando me quise dar cuenta, no íbamos por el camino de siempre, J se había confundido de camino. Presioné el botón para que me pudiera oír, y le comenté que no iba hacia la dirección correcta, pero no obtuve respuesta. Al observar por la ventana por donde circulábamos lo entendí todo. No me llevaba a mi casa, sino que Mike le había ordenado que me llevara a la suya, una vez más, sin saber si yo quería ir o no.

Cuando paró la limusina, efectivamente estaba en la puerta de su edificio, pero no pensaba ponerme los zapatos. Estaba cansada, así que bajé de la limusina descalza. J mantenía la puerta abierta. Asintió con la cabeza, pero no quiso ni mirarme a los ojos, imaginaba que por miedo a que le recriminara que me hubiera traído sin mi permiso. Pero él no tenía culpa de nada, sino de su jefe, el controlador de su jefe, mejor dicho.

—No te preocupes, la culpa es de Mike, ahora saldará cuentas con él —lo disculpé.

Caminamos hacia el vestíbulo y yo llevaba en una mano mi bolso y en otra mis zapatos. No sé si no se dio cuenta, o simplemente no quiso molestarme. Introdujo la llave en el piso y el ascensor comenzó a ascender. Estaba sola, cansada y enfadada, muy enfadada. Cuando se abrió la puerta, lo vi al fondo, delante de la vidriera, observando las vistas.

—¿Tú entiendes un no como respuesta? —le grité.

—Entender sí, pero no lo acepto —sonrió mientras venía hacia mí.

—Me vas a desquiciar en dos días, te aviso. —Intenté que comprendiera que no todo podía controlarlo u ordenarlo.

—Tendré que compensarlo para que no te canses de mí. Y esos zapatos, ¿has caminado descalza? —Sonreí y asentí divertida. Me senté en el sillón con las piernas cruzadas y dejé en el borde del sofá mis zapatos. Había pensado qué le iba a decir, pero ahora que estaba delante de él, en su casa y viéndole, apenas recordaba el enfado.

—¿Has cenado? —me miró muy serio.

—Sí, con Alison. Cuando he llegado ya tenía la cena hecha.

—¿Te duelen los pies? —preguntó al verme que los estaba masajeando con las manos.

—Sí, parece mentira que valgan tanto —le hice reír.

Cogió mis pies y los masajeó muy tiernamente y presionando en las zonas que más me dolía. Consiguió que la circulación encauzara el rumbo y dejaran de doler en ese instante. El masaje se prolongó por mis gemelos, los muslos, hasta que nuestros labios se rozaron. Fue la chispa que necesitaba para olvidarme de todo y caer rendida

Sus caricias fueron subiendo. En pocos segundos estábamos uno encima del otro besándonos apasionadamente y deshaciéndonos de las prendas de ropa que separaban nuestros cuerpos del contacto carnal que necesitábamos. Hasta caer sobre la alfombra de pelo largo negra que había delante del sofá, dejando que la pasión invadiera nuestras venas e hiciéramos el amor durante horas esa noche.

—¿Estás cansada? —me susurró al oído.

—Mucho, ha sido un día agotador. —Me cogió en brazos y me llevó hasta su habitación. Me tumbó en la cama y nos quedamos dormidos abrazados.

Capítulo 15

ABRÍ un ojo y vi que eran las seis de la mañana. Tenía que irme. A las siete y media tenía una reunión con el abogado de Mike para preparar la cesión, y primero tenía que pasar por casa a cambiarme de ropa.

Me moví lentamente y vi encima de la silla mi ropa perfectamente planchada y doblada. La cogí y al olerla, no podía creer que alguien la hubiese lavado mientras dormíamos. Sin pensarlo más, me vestí rápidamente y recogí mi pelo en una coleta.

Cuando ya estaba en el salón, miré la alfombra y recordé la escena que había vivido en ella horas atrás. Sonreí, ya que me sentía feliz.

—Señorita, ¿quiere desayunar? —escuché la voz de una mujer, y me quedé paralizada.

—No, tengo que irme, ¿sería tan amable de darme un papel y un boli? —le pregunté imaginando que era una mujer del servicio.

—Sí, un segundo.

A los pocos segundos volvió aparecer con lo que le había pedido y le escribí una nota a Mike:

“Me he despertado antes y necesitaba una ducha y ropa para trabajar hoy. Voy a mi casa, te veo en la oficina en un rato. Un beso, Abi”

Se la entregué a la empleada y le pedí que no lo despertara, que se la diera cuando le sonara el despertador. Sin más, bajé a la calle, y al no ver a J esperando me sentí aliviada. Esperé unos minutos mientras caminaba por la calle a la espera de un taxi. En cuánto conseguí montar en uno, le pedí que llegara lo más veloz que pudiera.

Abrí la puerta de mi casa y, sin preámbulos, me di una ducha rápida, me arreglé y salí disparada hacia la oficina. Tenía que ser rápida.

Volví a coger otro taxi, ya que quedaban unos minutos para que Robert llegara a la oficina. No quería que Mike nos encontrara hablando. Bajé del taxi y, casi corriendo, atravesé el vestíbulo. Pulsé varias veces el botón del ascensor como si con ello fuese a venir más rápido. Se abrieron las puertas y vi a Robert sentado en recepción, esperando. Le hice pasar a mi despacho y, tras cerrar la puerta, me senté delante de él.

—Buenos días Robert, tenemos que ser rápidos, no quiero que Mike se entere hasta el lunes de nada.

—No se preocupe. ¿Al final qué ha decidido hacer?

—Primero de todo la empresa, quiero que Mike sea el único dueño, y de la cuenta que el Señor Smith abrió a mi nombre, quiero que vea que cada mes he hecho una transferencia de dos mil dólares en concepto de salario, el resto está en la cuenta. Le he archivado por fechas los recibos de los gastos extras que he tenido que asumir en esa cuenta. El disponible de la cuenta ha de pasar a nombre de Mike, yo no quiero su dinero.

—¡Está segura, no tiene que hacerlo! —Su cara de sorpresa era evidente.

—Desde el primer día os dije que no cogería más de lo necesario, y así ha sido.

—Estoy impresionado, un auditor se sorprendería del control tan exhausto de hasta el último céntimo que usted ha realizado.

—Solamente me gustaría hacer una petición, la posibilidad de mantener mi empleo con el sueldo que cada mes he transferido a mi cuenta personal de siempre, no necesito nada más.

—No habrá ningún problema, yo me encargo de todo. —Guardó todos los papeles y se acercó para estrecharme la mano—. Cuando lo tenga listo la aviso.

—¡Abi! —Mike entró sin llamar a la puerta—. ¿Qué haces aquí Robert? —La desconfianza volvía a impregnar su rostro.

—Acaba de morir mi madre, y el único abogado que conozco es él. Solamente está cerrando todos los papeles de seguros y propiedades de mi madre, solo eso. —Tenía todo controlado. En el taxi había pensado la excusa que utilizaría si Mike aparecía y nos sorprendía hablando. No se podía enterar de nada, si no el año que llevaba omitiendo la cesión de mi parte de la herencia no serviría de nada. Me sentía mal mintiéndole, pero era por fuerza mayor.

—Perdonad por interrumpir —se disculpó aún sorprendido por verme con él.

—No te preocupes, ya tengo todos los documentos para continuar. Señorita Evans, si necesitara alguno más la llamaré.

—Gracias por tu ayuda. —Le acompañé a la puerta y me despedí de él.

Me di la vuelta y Mike seguía de pie en mi despacho. Su cara estaba desencajada, sabía que detalles como el de hoy haría que desconfiara otra vez de mí, pero tenía que sobrellevarlo unos días más y todo habría terminado. Me acerqué a él y le rocé su mano con mi dedo índice, y éste lo apartó. Continuó mirando por la ventana, serio y pensativo, cuando de pronto me pidió una explicación. Quería saber por qué me había ido de su casa tan temprano sin despedirme. Intenté que comprendiera que necesitaba cambiarme de ropa y ducharme, que estaba tan dormido que no quería molestarle, pero ni con mi explicación logré que relajara su expresión. Estaba tenso, no sabía exactamente si enfadado, más bien confundido.

—¿No has visto la bolsa de Reinaldo sobre la cómoda? Pedí que la trajeran para que tuvieras ropa para hoy

—He visto la bolsa, pero no he mirado el contenido. No soy nadie para curiosear, es tu habitación. —Debí imaginar que tendría todo preparado para que no tuviera que moverme de su casa, pero no lo pensé y ahora estaba metida en un problema. Tenía que ser más cuidadosa hasta que llegara el lunes.

—Si me hubieras despertado, te lo hubiera dicho.

—No quería molestarte, perdón. Te he dejado una nota, ¿te la dio la mujer?

—Sí, me dijo que te asustaste. Es mi ama de llaves.

—La verdad es que sí. No esperaba a nadie, pero lo supuse.

Su rostro volvía en sí, parecía que lo que le había explicado finalmente lo había convencido, así que tenía que normalizar el momento. Me acerqué y volví a rozar su mano, esta vez agarró mi dedo y entrecruzó sus dedos para acercarme a él. Me miró, y volvía a sonreír aunque su mirada aún permanecía gélida. Se acercó a mí y me dio un beso. Se separó de mí una vez más y se dirigió a la puerta. Me senté en mi silla, ya que pensaba que se iba a marchar, cuando vi que daba la vuelta al cerrojo y el despacho quedó cerrado. Se giró y volvió hacia mí. Sus manos agarraron mis brazos guiándome hasta él. Rodeó mi cintura para apoyarme sobre la mesa. Sus manos rodearon mis caderas, siguiendo sus caricias a mis muslos hasta llegar a la entrepierna.

—Volvería a repetir lo de ayer una y mil veces —me susurró volviendo a sentir al Mike romántico que había descubierto.

—Yo también. —Comenzamos a besarnos más intensamente, mientras posaba su mano sobre mi pecho, acariciando mi pezón, haciendo que mi cuerpo se estremeciera. Solo podía pensar en lo mucho que necesitaba su cuerpo, me excitaba como nunca nadie lo había hecho. Hasta que sonó un golpe en la puerta.

—¿Abi, estás dentro? —gritó Blanca. Coloqué mi ropa en el sitio y di un pequeño salto para bajar de la mesa.

—Sí, espera que abro. —Mike me agarró las mejillas antes de que abriera la puerta y con sus suaves dedos perfiló el contorno de mis labios retirando el sobrante de mi pintalabios, evitando que nadie pudiera intuir que estábamos haciendo algo inapropiado en la oficina.

Antes de abrir la puerta me giré y volví a mirarle. Me indicó con un gesto de su brazo que abriera ya, y así fue. Blanca, al vernos a los dos, se quedó unos instantes perpleja, pero sin darle importancia nos comunicó que en cinco minutos comenzábamos la reunión. Me dio el dossier preparado para ésta y, sin más, volví a cerrar. Me apoyé en la puerta y me puse las manos en las mejillas, sintiéndome avergonzada. Él se divertía mirándome, pero no me hizo gracia que pudiera pensar lo que realmente estábamos haciendo encima de mi mesa.

Se sentó en mi mesa como si no hubiera ocurrido nada y abrió su correo electrónico, buscando algo antes de comenzar la reunión. Yo permanecí sentada en la silla de delante, esperando que terminara para salir.

—No puede ser... —Se puso las manos sobre la cabeza.

—Dime, ¿qué pasa? —me alarmé. Sabía que algo no iba bien.

—Los materiales que están utilizando no son de la calidad que exigí, mira estas grietas, esto me va a costar mucho dinero.

—Podremos solucionarlo, ¿no?

—Espero, vamos deprisa.

Salimos de la oficina casi corriendo, apenas podía seguir los pasos de Mike con los tacones que llevaba puestos. Al llegar a la entrada, como siempre nos estaba esperando J

para irnos. De camino a las oficinas del Señor Clark observamos detenidamente las imágenes, Mike estaba enfurecido, no entendía cómo había podido suceder algo así. Era la primera vez y no podía contenerse. No quise decir nada, pero la verdad era que la obra era pésima, se estaba destruyendo por las grietas.

Al llegar al despacho del Señor Clark, éste estaba muy enfadado, nos saludó con una mirada seria y nos hizo pasar a su despacho.

—¿No sé cómo has podido hacerme esto, he perdido mucho dinero por tu culpa! —le gritó desesperado.

—Señor Clark, solo puedo pedirle disculpas y compensarle.

—¿Y cómo me vas a compensar, si se puede saber? —preguntó indignado.

—Le indemnizaremos y evidentemente le arreglaremos los desperfectos.

—No es tan fácil, es la estructura —le gritó muy nervioso.

—Encontraremos una solución, no perdamos la calma, si no será muy difícil hallarla —les interrumpí intentando que se relajaran.

Pasamos toda la mañana solucionando el contratiempo, y por fin llegamos a un acuerdo. La compensación sería de un millón de dólares más el coste de la reforma, de la que nos hacíamos cargo.

—Señor Clark, esto no volverá a pasar, le doy mi palabra. —insistió Mike mientras se despedían.

—Eso espero, si no tendré que tomar una decisión, y me dolería porque le tengo un aprecio enorme a tu padre. —Mike asintió y salimos de las oficinas. No paraba de maldecir dentro de la limusina, de la pérdida que le iba a significar. Su mundo se había derrumbado en por unos instantes. Sabía que no era bueno lo sucedido, pero antes de hundirnos teníamos que intentar solucionarlo.

—¿Te puedo decir algo? —pregunté con miedo a su respuesta.

—Mientras no me hagas perder más dinero... Perdona, dime.

—Si el material que pediste aguantaba esa estructura en los análisis, ¿no será que el material suministrado no sea de la misma calidad?

—Claro, podría reclamar al proveedor y ellos pagarían todo. Eres un genio.

Cogió el teléfono y llamó a un arquitecto. Le pidió que, discretamente, cogiera la cantidad necesaria de material y la llevara al laboratorio para analizarla lo más urgente posible, a poder ser en un plazo máximo de diez minutos.

Por unos instantes lo noté más animado. Me comentó que tenía un amigo que trabajaba analizando los materiales de las obras y lo analizarían allí. Sería la forma más rápida y segura de saber lo que había sucedido realmente.

Su rostro había cambiado estaba positivo y esperanzado. Incluso me dio un abrazo fuerte, mientras abría el compartimento y me mostraba que teníamos el desayuno preparado.

—Eres increíble, nunca se te olvida nada, eres perfecto.

—Lo intento.

Puso una bandeja entre los dos y nos tomamos el café, que estaba a la temperatura adecuada, y saboreé el muffin de chocolate que, como cada mañana, me comía encantada. Comenzó a reír al verme disfrutar el desayuno y me preguntó si no me cansaba de desayunar todos los días lo mismo. Yo sonreí y confirmé que era uno de los grandes placeres que me permitía cada día, y no lo cambiaría por nada del mundo. Sonrió y afirmó que era una mujer de ideas fijas.

J se detuvo, y Mike me indicó que habíamos llegado al laboratorio. Tras pasar unos controles muy exhaustivos, pudimos llegar al despacho donde se encontraba un chico joven de la misma edad que Mike. Se abrazaron muy efusivamente.

—Jake te presento a mi socia Abi.

—Encantado de conocerte. —El amigo era otro seductor, igual que Jason y Mike, no pude evitar sonreír.

—Ya están analizando el material, vayamos a ver los resultados —nos dijo mientras nos guiaba hasta el laboratorio.

Entramos a una gran sala de color blanco en la que muchos trabajadores estaban analizando cientos de piezas y materiales de diferentes sitios. En la entrada, en un sobre, estaban los resultados. Pedí interiormente que por favor el proveedor hubiera enviado el producto de una calidad inferior y no la solicitada por Mike para conseguir solucionar este problema. Mike, más nervioso de lo normal sacó el informe del sobre y pasó el dedo por las letras impresas hasta llegar al apartado en el que especificaba la calidad. La sonrisa enfurecida de Mike afirmó lo que creía, me miró y asintió. El material solicitado era de peor calidad que el que habíamos comprado.

No había duda, habían incumplido con lo solicitado, y podíamos denunciarlos para que ellos se hicieran cargo del coste de su error.

—Jake, te debo una —le dijo mientras le chocaba la mano.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Eres un buen amigo. La próxima vez que venga, lo haré con más tiempo para tomar una copa.

—Eso espero, Abi encantado de haberte conocido.

—Igualmente.

Salimos del laboratorio y era bastante tarde. La mañana había sido larga, así que decidió que fuéramos a comer. De camino al restaurante, mi estómago se cerró al ver a lo lejos el hospital donde trabajaba mi madre. Mis ojos comenzaron a empañarse, pero con todas mis fuerzas evité que cayeran las lágrimas.

—¿Abi que te pasa? Estás pálida —Mike miró hacia donde yo tenía la vista clavada y suspiró.

—Deberías tomarte unos días libres, es muy duro lo que ha pasado. —Me abrazó y me

dio un suave beso sobre mi cabello.

—No te preocupes, estoy bien. —Intentaba disimular lo que realmente sentía.

Llegamos al Restaurante y me sonó el teléfono móvil. Por suerte Mike fue hablar con J y yo pude cogerlo sin que pudiera oírme. Era Robert, y me sorprendió que me avisara tan rápido. Me informó de que había una cláusula con la que no habíamos contado y que la cesión no iba a ser tan fácil como suponíamos. Me alarmé, no podía creer lo que estaba oyendo, pero él me animó a continuar investigando para solucionarlo y no rendirnos tan fácilmente. Me dijo que fuera a su casa sobre las seis de la tarde para poder hablar tranquilamente y le dije que me enviara la dirección en un mensaje

Colgué el teléfono justo cuando Mike se acercaba hacia mí. Puso su mano en mi espalda y entramos a un Restaurante Italiano, uno muy elegante. Nos dirigimos al *metre*.

—Señor Smith, buenos días, pasen, tienen su mesa preparada. —Le miré asombrada porque no le había visto llamar para la reserva.

—Gracias. —Caminamos hasta el final, estábamos sentados en una mesa, la que estaba en una zona privada, apartada del resto de comensales.

—¿Te gusta? —preguntó alegremente.

—Es muy bonito.

—¿Que desearán los Señores? —Mike esperó que yo pidiera.

—Un arroz a la milanesa con champiñones —le dije mientras miraba la carta.

—Que sean dos, y una copa de vino, ya sabe cuál —le guiñó el ojo.

Estaba observando el lugar en el que me encontraba, un restaurante ambientado en Italia, cuidado hasta el último detalle, mientras mi mente no dejaba de dar vueltas a qué cláusula se refería Robert para tenerlo tan preocupado. No me di cuenta de que me estaba hablando, hasta que colocó su mano encima de la mía.

—Abi, ¿seguro que estás bien? Desde que has visto el hospital estás muy seria —interrumpió mis pensamientos.

—Si soy sincera, bien no estoy, pero prefiero mantener mi cabeza ocupada para no llorar y comenzar a lamentarme. Por desgracia ya no se puede hacer nada, y tengo que mirar por mí. —Desde que me había levantado, me había visto forzada a mentirle, pero era lo único que podía hacer. Por desgracia el fallecimiento de mi madre podría respaldar mi comportamiento ausente y mis preocupaciones. Mientras pensara que estaba pensativa por eso, menos problemas tendría que afrontar.

—Eres fuerte, sorprendentemente fuerte. Me gusta eso de ti —afirmó.

—Bueno, ¿cuál es el plan de esta tarde?

—Le acabo de dar los análisis a J para que le envíe una copia a Robert para comenzar acciones legales, pero tú y yo nos iremos hacerle una visita a nuestro proveedor. —Su sonrisa maliciosa me hacía pensar que iba a disfrutar con lo que iba a pasar.

—Parece divertido.

Afirmó con un ligero movimiento de cabeza y comenzamos a comer. Los dos estábamos sumergidos en nuestros pensamientos, apenas hablamos, pero ninguno de los dos le dimos importancia. Acabamos de comer, estábamos esperando el postre, cuando fue a decirme algo, pero se arrepintió y se calló

—¿Tú estarías dispuesta a innovar en el sexo? —Al escuchar esas palabras hizo que me atragantara con mi propia saliva, ¿a que se refería exactamente...?

—La última vez que me preguntaron esa misma frase, después venía intercambio de pareja, sado y no, es un no rotundo —dije muy seria.

—Hasta ese nivel no, solamente jugar con instrumentos eróticos, que nos de placer a los dos.—Notaba sus palabras calculadas para no cometer errores.

—¡Yo ya tengo mis juguetes! —comencé a reír.

—¿Y qué tipo de juguetes? —preguntó interesado.

—Pues tengo mi amigo que nunca me falla, con su ritmo de vibración perfecto, anillos... Y si quieres saber más tendrás que descubrirlo.

—Estoy deseando —dijo mientras bebía de su copa lentamente.

—Lo que no consiento es que me hagan daño, o compartir al hombre con el que me acuerdo. —Mi tono serio ratificó la idea clara que tenía de ese tipo de relaciones.

—¡No, compartir no, mataría al primero que tocara tu piel! —dijo nervioso solo de imaginarlo.

—¿Y debo entender que soy exclusiva? —sonreí pícaramente.

—De momento si, mientras tú estés de acuerdo

—Tendré que pensarlo —bromeé mientras cambiaba su cara intentando enfadarse, sin lograrlo.

—Continuaremos con esta conversación, pero ahora nos tenemos que ir.

Acababa de escuchar una declaración de intenciones, lo que estaba esperando oír. Por fin sabía que quería algo serio conmigo, no me había confundido. Yo sentía lo mismo y después de la cesión y quedar demostrado que yo nunca quise su dinero, podríamos conseguir intentar ser felices.

Salimos del restaurante camino a las oficinas de StrongSupply. Estaba deseando ver cómo actuaba Mike como mega poderoso enfurecido y amenazante. Él sabía que tenía las de ganar, pero tenía que conseguir que el proveedor se asustara para conseguir que subsanara el coste de su equivocación y a nosotros no nos repercutiera.

Al llegar, observé que era un edificio bastante más antiguo que los que se hallaban alrededor. Me agarró la mano y, tras informarme de que nuestra visita sería muy rápida, le animé a entrar, de la mano y con paso seguro. Entramos y nos dirigimos directamente a la secretaria. Al verle, ya sabía quién era y nos hizo pasar a un despacho en el que aún no había nadie.

—Buenas tardes, qué honor tenerte en nuestras oficinas.

—Creo que no te gustará mi visita —le respondió con tono sarcástico.

Se sentó delante de nosotros, mientras Mike abría su maletín y sacaba un sobre blanco con los datos impresos de Construcciones Smith.

—Señor Smith, ¿hay algún problema?

—Sí, lo hay. En este sobre encontrará mi petición de materiales con unas características concretas y el análisis de los materiales suministrados. Como verá, son de baja calidad. — Su tono era tan serio e imbatible, que el pobre hombre se quedó blanco como una hoja de papel.

—Debe de haber una confusión.

—Eso tienes que averiguarlo tú. Mis abogados se pondrán en contacto con la minuta preparada para subsanar los gastos provocados por vuestro error. Que tenga un buen día.

Nos levantamos y, sin decir ni una palabra más, nos fuimos de las oficinas. Su cara era de orgullo, consiguió lo que pretendía, intimidarlo. J nos estaba esperando en la puerta para llevarnos a la oficina. Cuando me monté en la limusina, miré el reloj y casi era la hora de cerrar. Tenía que acudir a mi cita con Robert, pero no sabía cómo decirle a Mike que me iba y ocultarle dónde. Seguro que querría acompañarme y me sería imposible engañarle. Así que, durante unos minutos, pensé.

—Mike, necesito hacer una cosa, ¿me podrías dejar en Park Avenue junto a la 92? — pregunté recordando que vivía una amiga de mi madre en esa calle.

—Sí, vamos.

—Me gustaría ir sola, necesito ver a la mejor amiga de mi madre. —Mi nerviosismo lo interpretó como el dolor que sentía por la muerte de mi madre.

—No te preocupes, quédate todo el tiempo que haga falta. Te dejo y me voy, pero si quieres J te puede llevar a casa. —Su tono calmado hizo relajarme.

—No, la verdad es que no sé cuánto tardaré, seguramente se nos pasen las horas hablando.

Nos dirigíamos a la dirección que le había dado. Pensaba entrar en la puerta de la amiga de mi madre y, tras esperar que se fueran, me dirigiría a la dirección de Robert que estaba unos edificios hacia el este. Estaba nerviosa, no quería que se enterara de mi mentira, pero una vez más, tenía que hacerlo para conseguir ir a ver a Robert sin que se enterara. Durante el camino iba callada, él me observaba y acariciaba mi mano intentando tranquilizarme. En el fondo me sentía mal, acababa de comenzar mi relación.

J nos abrió la puerta para que pudiera salir y le miré a los ojos. Estaba analizando mis gestos y me estaba comenzando a poner nerviosa, pero tuve que ser fuerte y disimular mis sensaciones.

—Si necesitas algo llámame.

—Lo sé, pero estaré bien. —Le di un beso en los labios, que respondió a ellos con deseo.

Bajé de la limusina y fui directa a la puerta. Tras saludar al portero del edificio, que me

conocía perfectamente, me acompañó al ascensor. Mientras bajaba podía ver cómo se iban, así que comencé a rebuscar en el bolso haciendo tiempo para no montarme en el ascensor y que ellos se hubieran marchado.

—¡Qué tonta soy! Matt, me he olvidado el móvil, ahora vengo.

—Señorita un día perderá la cabeza, vaya de prisa no lo pierda.

Salí de la portería lentamente, comprobando que la limusina hubiera desaparecido de la zona y eso parecía. Caminé rápidamente hasta la dirección que Robert me envió por mensaje. Estaba en la misma calle, así que me di de prisa mirando cada número de los portales en busca del de Robert. Cuando divisé su número, me sentí aliviada. Volví a mirar a mi alrededor y Mike no estaba. Respiré contenta y entré en el portal.

Capítulo 16

—ME espera el Señor Parker, soy Abigail Evans, ¿podría avisarle? —comunicué al portero, para que autorizara la entrada.

—Señorita Evans, puede pasar, el Señor la espera —contestó amablemente.

Estaba en el ascensor muy nerviosa, no sabía exactamente qué problema había, tenía que ser importante para tener que haber ido a su casa y tan rápidamente. Nada más salir del ascensor, lo vi esperándome en la puerta me invitó a pasar y lentamente entré.

Era un piso bastante pequeño y decorado con muy poco gusto. Daba impresión de que todo estaba acumulado, pero sin darle importancia me senté en el sofá y esperé que viniera con unos documentos.

—Abi, hay un problema. Al morir tu madre, automáticamente la opción de renunciar no es posible, así mismo lo indicó el Señor Smith. —Su voz seria y preocupada me hacía ponerme aún más nerviosa de lo que estaba.

—¡No me lo puedo creer, este hombre no me va a dejar tranquila nunca! Menos mal que no lo conocía, si no qué hubiese sido capaz de hacer...

—Abi, tranquila, quiero que los dos revisemos cada punto para intentar anular la cláusula.

—¿Se puede? —pregunté desesperada.

—Quiero creer que sí, pero no va a ser fácil.

—Pues va vamos a buscar, hablando no solucionaremos nada. —Dejé mi bolso sobre una silla y cogí el testamento para leerlo minuciosamente.

Había muchos documentos, todos ellos escritos con términos legales que eran difíciles de interpretar. Mientras leía, tenía que preguntarle a Robert qué significaban muchas de las frases que había, ya que yo las desconocía y él, como abogado, las conocía, o al menos podía explicarme de qué iban.

Eran las once de la noche y, tras leer minuciosamente cada uno de los documentos durante cinco horas, estábamos cansados e indignados por no conseguir una solución. Estaba a punto de rendirme, no podía creer la mala suerte que tenía, no podía estarme pasando todo a mí.

—Abi, esto es imposible. Este hombre lo ató todo muy bien.

—¡Tiene que haber algo! No me creo que una persona pueda decidir por mí y mis derechos, ¿para que los quiero? —dije desesperada.

—Espera Abi...

—¡Debe de estar vulnerando algún derecho —grité indignada.

—Eres un genio, claro que es una vulneración. Voy a preparar una denuncia por

vulneración de derechos y automáticamente podrás renunciar sin consecuencias para Mike. —Se puso a escribir un documento y lo imprimió. Por fin veía la luz al final de túnel, no podía creer que habíamos encontrado la solución.

—¿Ya está? Llevamos un montón de horas y lo solucionamos en segundos, esto es increíble—comencé a reírme sola.

—Vamos a firmar la renuncia, la cesión y el cambio de titular de la liquidez que me informaste. He hablado con recursos humanos y no hay problema, te mantendrán la antigüedad y seguirás en el mismo puesto con el sueldo que solicitaste, que es menor. ¿Estás segura de tu decisión?

—Sí.

—Pues solo tienes que firmar estos papeles justo donde pone tu nombre. —Comencé a firmar cada una de las hojas sin dudarlo un segundo.

—Pues está todo listo. El lunes eres libre —sonrió mientras me felicitaba.

—Por fin, Robert muchas gracias por todo, voy a irme que es muy tarde.

—No te preocupes, te llamo a un taxi, espera.

Salí a la puerta del edificio y vi a un taxi esperando, me monté y, tras indicarle mi dirección, pude respirar hondo. Me sentía feliz, había conseguido mi propósito y Mike podría dejar de desconfiar en mí, incluso se escaparon mis lágrimas de la presión que había mantenido tantas horas, mientras pensaba que no podría cederle mi parte.

Llegué a casa y tenía hambre, pero no me apetecía nada laborioso, así que hice un hotdog casero y me fui a la cama.

Me desperté pronto para acudir al trabajo. Teníamos varias reuniones en la oficina y quería prepararlas a conciencia. Así que, tras ducharme y arreglarme, cogí el metro y llegué a los pocos minutos a la oficina. Me sentía tan alegre, que caminaba al ritmo de la música que iba tarareando mentalmente.

Al entrar, vi que era muy pronto, apenas había personas trabajando, pero me daba igual. Comenzaba a ser una etapa diferente en mi vida, comenzaría a trabajar sin sentirme obligada. Eso me motivaba mucho más.

Entré al despacho y me senté en la mesa. Mientras se encendía mi ordenador, comenzó a sonar el teléfono móvil. Era April, me extrañó la llamada. Respondí y me preguntó cómo estaba. Se había enterado de que Alfred había vuelto a jugar conmigo y se sentía apenada por mí. Sabía lo mucho que me afectaba cada vez que volvía a mi vida para volver a destruirla. Me preguntó por el chico guapo que le había comentado y le prometí que le contaría en persona, ya que era muy largo de contar, pero que estaba muy bien.

Me contó que este fin de semana había una competición de escalada y me dijo que ella iría, que si la acompañaba. Sabía que este fin de semana tenía que estar con Mike. Ayer, al final, no lo llamé. Estaba deseando verle y pasar el fin de semana con él, pero me excusé diciéndole que terminaría tarde de trabajar y no me daría tiempo a llegar. Ella lo entendió y me avisó de que si me arrepentía a última hora, me pasaba a buscar, ya que ella antes de las doce no iría hacia el campamento.

Colgué el teléfono y no pude evitar sonreír. Al levantar la vista y mirar hacia la puerta vi a Mike de pie, observándome.

—Buenos días —dije muy alegre.

—Veo que has comenzado el día muy sonriente. —Su tono me confundió, no sabía si era ironía o no—. ¿Qué tal con la amiga de tu madre?

—Bien, imagínate hasta las tantas hablando, recordando los viejos tiempos.

—Me alegro. Tenemos una reunión en cinco minutos.

—Ahora mismo voy a la sala de reuniones, déjame acabar una cosa.

Modifiqué unos datos del informe que estaba revisando y se lo envié a Blanca como el definitivo.

Salí corriendo hacia la sala de reuniones. Desde fuera pude ver que ya estaban sentándose. Di un golpe al vidrio de la puerta y, tras disculparme por el retraso, entré y me senté al lado de Mike. Abrí el ordenador portátil y, sin que nadie me viese, le acaricié su muslo intentando obtener la cercanía que aún no habíamos tenido. Pero ni se inmutó, no quise darle importancia porque sabía que delante de los clientes no podía exponerme, incluso me sentí culpable de haber causado que se enfadara por mi atrevimiento.

Tras acabar la reunión, que duró más de dos horas, nos despedimos de los clientes y Blanca los acompañó a la salida y cerró la puerta.

—Que sea la última vez que delante de un cliente vuelves a insinuarle.

—Mike, ¿qué estás diciendo, a quién me he insinuado? —Me ofendí solo de escuchar lo que me había dicho.

—¿No me has tocado la pierna debajo de la mesa? Que no se vuelva a repetir. —Se dio la vuelta y salió de la reunión como si yo no existiera.

No entendía qué le pasaba, no había sido para tanto. Su reacción era desmesurada por una simple caricia, podría habérmelo recriminado con un poco más de educación y delicadeza.

Me enfadé tanto, que me fui directa a la cafetería a desayunar, el azúcar haría que no pensara tanto en lo enfadada que estaba.

Me senté en una mesa sola, ya que aún no había venido nadie a desayunar, y comencé a comer mi muffin, como cada mañana. Pero esta vez no estaba tan delicioso como siempre. Mi mal humor había afectado a mis papilas gustativas y eso me enfurecía más.

—¡Abi, qué pronto has venido! —escuché la voz de Jason que se sentaba a mi lado.

—¿Tu amigo tiene algún trastorno de personalidad? —Comenzó a reírse a carcajadas.

—Que yo sepa no —continuaba riendo.

—Pocas personas en esta vida me han sacado de mis casillas, pero él lo consigue.

—¿No te has dado cuenta aún? Sois como el perro y el gato.

—Pues mal vamos.

—¿Cómo se presenta el fin de semana?

—Ya ni lo sé. —Mi móvil avisó de que en quince minutos empezaba la próxima reunión.

—Odio los avisos de las reuniones...

—Pues me temo que te tengo que abandonar. —Me levanté y me fui hacia mi despacho.

Cogí todo lo necesario para la reunión y fui en son de paz al despacho de Mike para buscarlo. Aún tenía la esperanza de que hubiera sido un cambio de humor de esos que le dan de vez en cuando y al rato se le ha pasado.

—¿Puedo pasar, o molesto? —pregunté sin saber el estado de ánimo que tenía.

—Pasa —dijo sin mirarme.

—Mike, ¿te pasa algo conmigo? —le pregunté sin entender por qué me trataba con indiferencia después de todo lo que habíamos vivido días atrás.

—Nada, estoy cansado solo es eso.

—No te volveré a tocar cuando haya alguien delante, te pido perdón, no pensé.

—Te agradecería que en la empresa solamente seamos socios. —Su dureza me hizo estremecer.

Asentí con la cabeza y se levantó. Nos dirigimos a la sala de reuniones donde nos esperaba el abogado de StrungSupply y el dueño de la empresa.

—Buenos días. —Su voz de hombre de negocios imponía.

—Buenos días Señor Smith, Señorita.

—Espero tener buenas noticias, porque el día de hoy no ha sido nada gratificante. —La postura de Mike era muy clara, y ellos lo sabían.

—Señor Smith, deberíamos llegar a un acuerdo y asumir este contratiempo...

—Contratiempo no, error vuestro, no hay ningún contratiempo —le cortó de repente elevando la voz y sin dejar opción a réplica.

Estuvimos más de una hora discutiendo quién debía asumir el coste y, finalmente, conseguimos que ellos se hicieran cargo, y en un plazo mínimo para evitar más repercusiones económicas.

Al acabar Mike y yo regresamos a su despacho. Por suerte era la última reunión y el ambiente se había calmado un poco, así que tras hablar de lo sucedido y ver que estaba de muy buen humor aproveché para sacar un tema personal.

—Mike, ¿cenamos hoy?

—¿Tú quieres? —contestó muy frío.

—Claro que quiero, ¿qué te hace pensar lo contrario? —pregunté sin entender nada.

—Puede que prefieras cenar con tus amigos —respondió como si nada.

—Pues no, y creo que estos días no te he demostrado lo contrario. —Suspiré fuerte y

sus facciones se suavizaron.

—¿Comemos algo? —preguntó más cercano.

—No puedo, es viernes, tengo que ir al hospital —justifiqué rápidamente.

—¿Al hospital? —preguntó con gesto tenso.

—Mike, siempre he dedicado los viernes a mi madre, y no voy a dejar de hacerlo, se lo debo.

—Haz lo que quieras.

—¿Me vienes a buscar a las ocho a casa? —pregunté con cara de pena intentando destensar la conversación.

—Sí

—Me voy, después te veo.

Salí rápidamente hacia mi despacho, alegre, porque aunque no estaba tan cercano como siempre, íbamos a cenar juntos. Seguro que conseguía sacar su parte tierna y conseguir pasar un fin de semana tranquilo a su lado.

Llegué al hospital, y mi estómago se cerró por completo. Al no ver a mi madre trabajando, el dolor se apoderó de mí. Pensé si era buena idea venir, no sé si estaba preparada para afrontar las caras de sus compañeros de trabajo, pero tenía que ser fuerte por los niños a los que tenía que transmitir alegría, no los podía abandonar de un día a otro. Inspiré fuerte para llenar mis pulmones de energía y entré como un viernes más. Las miradas de sorpresa no se hicieron esperar, pero preferí ignorarlas. Subí a la planta infantil y entré en la sala de enfermeras para dejar mi bolso. Llegué a la taquilla de mi madre y la abrí. Estaban sus cosas, como siempre. Una lágrima recorría mi mejilla, pero tenía que ser valiente. Dejé mi bolso dentro y la cerré.

—¿Cariño, estás segura de estar preparada para venir? —me preguntó la compañera de mi madre, que había estado mirándome a unos metros.

—No les puedo fallar. —Señalé hacia la sala de juegos donde estaban la mayoría de los niños.

—Eres más fuerte de lo que tu madre siempre nos había dicho, estaría orgullosa de ti. —Oír esas palabras hicieron que mis ojos comenzaran a humedecerse, pero no quería llorar.

Necesitaba cortar ese sentimiento, así que le di un abrazo y salí dirigiéndome a la sala. Los niños habituales del hospital abrieron la boca sorprendiéndose de verme allí, imagino que esperaban que no volviera más, pero no iba a hacer eso nunca.

—¿Que os pasa? Sabéis que vengo cada viernes.

—Pensábamos que ya no vendrías —dijo Logan, el niño que más tiempo llevaba ingresado.

—¿Y por qué no iba hacerlo?

—Abi, ha muerto tu madre, es duro venir aquí sin ella.

—¿Pero tú cuántos años tienes, seis o veinte? Será posible que hables como un chico grande.

—Soy grande, eso no lo dudes.

—Qué te ha dicho el médico, cuéntame —le pregunté, sabiendo que su familia desde el inicio compartía con él su estado, por muy duro que fuese.

—Pues el trasplante no lo rechaza mi cuerpo, si esta semana sigo igual, me iré el viernes que viene.

—¡¿De verdad!?! Y qué voy hacer sin verte. —Puse cara de alegre y triste, provocando una sonrisa en su rostro.

—Puedes venir a casa, mi madre te conoce sin haberte visto. Te dejará venir.

—Ya imagino, sé que trabaja en turno de tarde y no la he podido conocer, pero te prometo que iré a verte a tu casa aunque sea de vez en cuando, no puedo abandonar a tus amigos, también me necesitan.

—¿Me lo prometes? —Su cara de felicidad me conmovió tanto, que no pude decirle otra cosa que sí y abrazarlo con todas mis fuerzas.

—¿Chicos, queréis que os lea un cuento? —pregunté en voz alta dirigiéndome al resto.

—Sí, sí —contestaron todos gritando.

Cogí un cuento de la librería y comencé a leerlo. Era largo, pero tenía toda la tarde por delante, así que, con una sonrisa enorme en mi rostro, comencé a representarlo mientras hacía algún parón para conseguir hacer cosquillas o asustar alguno de los niños que se distraían de la historia. Hasta que, sin darnos cuenta acabé de leerlo.

—Abi, llevas toda la tarde, tendrás cosas que hacer. —el doctor Patter, el mismo que me curó la herida de la mano, me dio a entender que era mejor que me fuera ya.

—Ya me marchó, ya controlaba la hora —le sonreí mientras me despedía de todos con la mano.

Regresé directa a casa. Tenía que ducharme y arreglarme para ir a cenar con Mike, pero no sabía qué ponerme porque no sabía dónde íbamos a ir. Pensé en enviarle un mensaje y que me diera alguna pista.

“Estaba pensando en qué ponerme, pero no sé qué es lo más apropiado, ¿me podrías dar una pista de dónde vamos y arreglarme de una forma u otra? Un beso Abi”

No pasaron más de dos minutos, cuando escuché un mensaje en el teléfono móvil.

“Quiero que te vistas como tú eres, y donde vamos... pues qué decirte... solo te diré que vamos donde te mereces, qué menos, Mike”

Lo leí dos veces, porque, eran suposiciones mías, o lo interpretaba con un tono irónico, pero no quise ser mal pensada y decidí vestirme como yo era siempre, pero más sofisticada. Mi vida había cambiado, mi chico era guapo y sexi, tenía que estar a la altura, no me gustaría quedar fuera de lugar.

Me planté delante del armario y cogí unos tejanos bajos de cadera y caídos, que al ser

de pitillo elegí unos zapatos de tacón negros altísimos, a juego con una camiseta con un fino tirante, negra con gran escote, que daba la elegancia a la informalidad del tejano.

Dejé mi cabello suelto y rebelde que tenía desde que puse las extensiones, y me maquillé muy suave con una ligera línea en los ojos y un pintalabios rosa fantasía que me recomendó una dependienta días atrás que no me quedaba nada mal y me sentía muy juvenil.

Escuché que llamaban a la puerta a las ocho en punto, pero cuando salí no había nadie. Vi la puerta de la limusina abierta y el reflejo de Mike, esperando. Cogí el bolso y, tras cerrar, fui hacia él.

—¿Ya ni me vienes a buscar a la puerta? —pregunté asombrada.

—Tenemos confianza. —Me dejó sin palabras.

Su atuendo era informal, en tejanos con un polo negro que escondía tras la americana negra muy casual, que le sentaba muy bien. Estaba muy guapo, aunque si sonriera un poco más, llegaría a estar espectacular.

Me acerqué y le besé los labios con miedo a su reacción, como en ocasiones anteriores y vi que escuetamente respondía a mis besos. Por fin un ápice de complicidad entre nosotros dos, le agarré del brazo y apoyé mi cabeza en su pecho.

—Tengo que reconocer que estás muy guapa.

—Un cumplido, es el primero en todo el día, ya era hora —comencé a reírme.

—No por halagar todo el día se quiere más o menos a las personas.

—Eso lo sé, pero no sé qué mosca te ha picado. Hoy estás muy frío conmigo.

—No me pasa nada, será que me he despertado de mal humor, no sé.

No quise insistir más en saber qué le ocurría. Conociéndolo, se enfadaría y me haría bajar de la limusina en medio de la nada, y por nada del mundo quería estropear nuestra cena. Estaba deseando atravesar su muralla y sentirlo cerca de mí. Miré por la ventana mientras J conducía hacia la otra punta de la ciudad. No sabía dónde iríamos, pero no me importaba. cualquier lugar al que me llevara estaría encantada.

J paró la limusina y abrió la puerta para que saliéramos. Observé la fachada del local y me quedé perpleja.

Capítulo 17

—VAMOS. —Me cogió de la mano y me llevó hasta una pizzería bastante fea y vieja.

—Menos mal que me he puesto tejanos —dije en voz alta provocando la risa de él.

—Has hecho bien.

Entramos y nos colocamos justo al lado de la ventana. Miré la carta, pero no sabía qué pedir, mientras él estaba esperándome a mí. Ni tan siquiera había mirado la carta de las pizzas que había. O conocía mucho aquel lugar, o pediría la misma que yo, como muchas veces hacía.

—¿Ya sabes qué vas a pedir? —pregunté intrigada.

—Sí, es uno de los pocos lugares que hacen pizza de jamón ibérico importado —contestó como si nada.

—Pues que sean dos.

—¿Ya saben lo que querrán? —preguntó una joven camarera masticando chicle mientras nos preguntaba qué comer.

—Dos pizzas ibéricas —contestó sin mirarla, mientras ésta se iba.

—Qué poca educación tiene esa chica. He ido a lugares humildes, pero no había camareras tan desagradables como esa chica —dije sorprendida por el lugar.

—Yo creo que es perfecto para ti.

—¿Qué estás queriendo decir? —pregunté enfadada.

—Déjate de paripés, los dos sabemos lo que quieres. —No dudó un segundo en decir esas palabras de la forma más cruel posible mientras apoyaba su espalda y uno de sus codos al respaldo de la silla de forma chulesca.

—¿Y qué se supone que quiero? —pregunté con tono sarcástico.

—Solo te voy hacer una pregunta, ¿qué hacías en casa de Robert anoche? —Su mirada enfurecida me hizo ver la tormenta que estaba a punto de caer y, como solía pasar, me había pillado de improviso.

—Yo no estuve anoche con Robert, sino con la amiga de mi madre.

—Deja de mentirme. J vio cómo entrabas en casa de Robert.

—¿Me sigues? —Mi enfado iba incrementando.

—Ese no es el tema ahora.

—¡Para mí lo es!, ¡contéstame!, ¿me sigues?

—Sí, y por lo visto menos mal que lo hice, otra más que me engaña.

—A mí no me incluyas en el saco con nadie, te estás confundiendo y mucho.

—No grites, nos están mirando.

—Me da igual que me miren.

—Dime la verdad, ¿te has acostado con él? —preguntó en voz baja pero muy directa y rotunda.

—¿Y tú con la rubia del domingo?

—¿De qué hablas, el domingo, qué rubia?

—Te vi el domingo comiendo en el restaurante que inauguraban con esa rubia, y tus arrumacos no eran de ser tu hermana, que lo sepas. Yo sí te he visto con esa mujer y tú no has visto nada y dudas de mí... —No paré de hablar, sin dejarle decir ni una palabra.

—Abi, estás loca. ¿Me dejas explicarme?

—El loco eres tú, y no solo loco, eres un enfermo con doble personalidad a más de controlador, ¡déjame en paz! Para decirme esto me hubieses ahorrado venir. Y ahora, mega magnate, paga las pizzas, que como comprenderás no me voy a gastar mi dinero, pudiendo usar el tuyo. —Me levanté y, sin mirarle ni escucharle, me fui del local.

Estaba indignada y enfadada. Otra vez había vuelto a desconfiar de mí, y no iba a consentirlo. La culpa de todo la tenía su santo padre. Le había mentado por no poder decirle la verdad, pero ya era tarde. Su forma de tratarme había alcanzado niveles imposibles de tolerar. ¡Que se fuera al cuerno, o donde le diera la gana!

Caminé hasta que vi un taxi libre y, tras pararlo, me monté en él sabiendo que J y él me estaban observando, pero no quería ni verlos. Cerré la puerta del taxi, le dije que me llevara a mi casa y me fui sin mirar atrás.

Miré la hora y solo eran las diez, así que pensé en April y marcharme para olvidar lo que acababa de pasar. Cogí mi teléfono y marqué su número lo más rápido que pude. Me contestó al segundo tono y le pregunté si aún estaba a tiempo de unirme. Por suerte aún me daba tiempo a preparar las cosas e irme con ella.

Llegué a casa y cogí la maleta grande, ya que no solo tenía que guardar la ropa sino el equipo de escalada también, pero apenas en diez minutos estaba todo listo. Aún podía descansar en mi sofá unos diez minutos más. Sonó el timbre de la puerta y fui corriendo a abrir a April para irme ya.

—¡Qué haces aquí! —grité enfurecida.

—Por favor, solo quiero la verdad, me estoy volviendo loco. —Su tono era de desesperación, pero después de todo lo que me había dicho, estaba demasiado enfadada.

Escuché el claxon del coche y era April, pero antes de irme tenía que hacerle daño de alguna forma y la única que se me ocurría era su supuesta verdad.

—¿Quieres la verdad? Pues sí, me he acostado con él. Ahora sal de mi casa que me voy.

Abrí la puerta para poder irme. Reculó dos pasos para que pudiera salir, cerré la puerta de mi casa con llave y al girarme estaba plantado delante de mí. No quería mirarlo a los ojos, sabía que lo que le acababa de decir le había dañado mucho, pero se lo merecía por tratarme como a una cualquiera una vez más.

—Me voy, déjame pasar

—Eres una puta. —No quise ni oírle. Cogí la maleta, la metí en el maletero del coche y me monté.

—Vámonos ya, por favor.

—¿Ese es tu wey? Está buenísimo —gritó April riendo.

—Ya no es mi wey, ni nada, no quiero verlo más. —Mi tono de rabia era evidente.

Durante el camino, ni ella ni yo quisimos decir nada más. Las dos sabíamos que no era el momento, así que solamente nos dirigimos al campamento.

Llegamos tan tarde, que fuimos a dormir para el día siguiente estar descansadas. Pero no podía dormir, me sentía mal por todo lo que Mike me había dicho y, sobre todo, por haberle mentido para hacerle daño. Las mentiras iban creciendo y cada día se estaban haciendo más grandes, ya no podía seguir en esa situación, tenía que hacer algo.

No pude evitar que mis lágrimas cayeran. Ese hombre trastornaba mi cabeza, pero no quería alejarme de él, algo en mi interior me decía que estaba haciéndolo todo mal y yo era la única culpable de que no pudiéramos ser felices.

Me desperté con el rostro inflado de no haber dormido bien, pero eso no me iba a detener, tenía que ganar y demostrarles a todos que aún era la mejor, así que lo mejor era que me olvidara de ese hombre durante unas horas.

Me levanté y, tras asearme en los lavabos comunes, en los que de pequeña había vivido tantos buenos momentos, mientras me cepillaba los dientes recordaba imágenes de cuando era pequeña y reíamos mientras hablábamos de los niños inocentemente.

—¿Qué piensas?, estás en babia —interrumpió mis pensamientos la voz de April.

—Pensaba en los momentos que habíamos vivido en este lavabo. Lo hemos pasado muy bien aquí, ¿verdad?

—¡Demasiado bien, creo yo! —Comenzamos a reír porque las dos sabíamos lo que pensábamos.

—April, disculpa la escena de ayer.

—¿Qué pasó con ese wey? No soy metiche, pero hay amor, la cara de los dos lo decía.

—Uff, te resumo, pero es complicado.

—Estoy expectante.

—Heredé hace un año por parte de su padre la mitad de la empresa y la dirigimos los dos, pero yo voy a cederle mi parte porque es suya. No lo hice desde el inicio por una cláusula de su padre que si yo renunciaba el perdía todo, así que pensé esperar el año para después devolverle todo. Pero hace poco nos liamos y la verdad es que me encanta ese hombre, pero a la vez me desespera, no confía en mí.

—¿Pero él sabe que tú vas a devolverle todo?

—No, es otra dichosa cláusula, pero este lunes podré hablar con él y espero que se calme todo.

—Qué complicaciones, pero oí que le decías que te habías acostado con otro, ¿es verdad? —Su cara de no poder creerse mi culebrón me hizo gracia.

—Para nada, pero me hizo sentirme tan mal, que era una venganza. Solo es el abogado de su familia, el que me está preparando todo para la cesión.

—Pues llámalo y dile que no es verdad, que el lunes le explicas todo. Arréglalo, o te arrepentirás, te conozco, y tu cara me dice que es más que una aventura. Ese hombre puede ser el de tu vida.

—Creo que nos acabaríamos matando si estuviéramos tanto tiempo juntos, cómo se nota que eres mejicana, aún sigues viendo todos esos culebrones. —Comencé a reír.

—Tu riéte, pero trágate tu orgullo por una vez y llámalo.

Me miré al espejo mientras meditaba lo que April me estaba diciendo. Por un lado tenía razón, toda la desconfianza era por culpa de las dichas cláusulas. Era lo único que nos separaba, y en dos días sabría toda la verdad. La miré y le dije que lo iba a llamar. Fui a la habitación y, tras buscar en mi mochila, cogí el teléfono móvil. Busqué un punto en el que tuviera la cobertura decente para hacer una llamada y marqué su número.

—¿Sí, dígame? —contestó la voz de una mujer, dejándome sin palabras.

—¿Está Mike? ¿Tú quién eres? —pregunté sin pensarlo.

—Soy Amanda, él está dormido aún...

—¿Por qué coges mi móvil? Qué manía. Dime —interrumpió Mike mientras cogía su teléfono para contestar.

—Creo que ya he oído suficiente.

—¿Qué pensabas, que eras la única, o que voy a estar llorando por ti? —Su tono tan frío y de indiferencia me hizo ver que era una ingenua por pensar en que le había hecho daño.

—¡Vete a la mierda! —le grité enrabiada.

Colgué el teléfono y abrí el grifo de agua. Dejé que corriera durante unos minutos, hasta que dejé de mirarme al espejo y me lavé la cara. Estaba helada, eso conseguiría que despertara y olvidara por fin a ese imbécil que me estaba amargando la vida. Salí del servicio y vi a Juan con los demás chicos alardeando de su victoria.

—¿Estás seguro de que vas a ganar? —dije mientras me colocaba detrás suyo.

—¿Vas a participar? —contestó sorprendido.

—¡Tú qué crees! —Comencé a sonreír de forma competitiva.

—Que mi victoria no va a ser tan fácil como esperaba, pero nunca se sabe pequeña. —Me hizo un chasquido con la mandíbula, sintiéndose más hombre.

Me senté al lado de April, noté cómo me miraba esperando una respuesta de cómo había ido y, con un ligero gesto, negué con la cabeza, dando a entender que no iba bien. Comenzó a sonar mi móvil y era Mike, ahora me llamaba él. Este hombre era el más desconcertante que había conocido nunca.

—Cógelo, no seas orgullosa —me dijo April muy seria.

—No, se lo merece. —Descolgué el teléfono, colgué y apagué el teléfono.

—Abi, eres una cabezota.

—Me niego a arrastrarme por un joven millonario y guapo —dije con voz de pena por no estar con él en ese momento, pero mi destino era estar lejos de él, era evidente.

—Tu voz lo dice todo.

—Estaba con una tía, ella me cogió el teléfono, Amanda. —Mi voz en forma de burla hizo que las dos sonriéramos.

—Será su hermana, o una amiga.

—Claro, claro.

—Bienvenidos al campeonato anual de escalada. Que todos los participantes se acerquen a la mesa principal —dijeron por megafonía, invitando a todos a que nos acercáramos.

—¡Salvada por la campana! —bromeé con April mientras nos disponíamos a presentarnos.

Me acerqué a la mesa y saludé a todos los componentes del jurado. Estaban sorprendidos de verme, pero con ganas de ver el espectáculo. Me dieron el dorsal con el número que iba a ver en mi espalda y era el número trece. Menos mal que no era supersticiosa.

Nos colocamos en el pie de la montaña para esperar la orden de salida. A mi lado estaba Juan y nos habían colocado en una zona más escarpada que al resto porque el nivel era superior al resto. Nuestras miradas eran serias. Era una diversión para mí, pero Juan y yo siempre habíamos sido rivales y nunca había conseguido superarme. No iba a dejar que esta vez lo hiciera.

Comprobé que mi cabello estuviera perfectamente recogido para evitar que me molestara y apreté los guantes.

—Estáis preparados... en posición... preparados, listos, ya. —Sonó el ruido de un disparo.

Todos comenzamos a subir, pero mi mirada no dejaba de vigilar los pasos de Juan, íbamos muy igualados y él lo sabía, pero no podía rendirme. En ese momento escuché la voz de Amanda en mi mente y me hizo detenerme. Juan, sorprendido también, paró, pero sonrió y continuó ganando ventaja.

Pero no podía dejar que el estúpido de Mike me desequilibrara, así que comencé a subir lo más rápido que mis brazos y mis piernas me lo permitieron y les alcancé. Cuando quedaban pocos metros, un subidón de adrenalina hizo que adelantara a todos, proclamándome la ganadora.

Me lancé sobre el mullido césped que nos esperaba en la cima y, tras respirar tan fuerte como si mis pulmones fuesen a salir de mi cuerpo, comencé a reírme.

—Juan lo siento, pero nunca me ganarás —dije con tono de culpa.

—Pequeñita, cada vez me sorprendes más. Habiendo parado me has ganado, enhorabuena.

—Gracias.

Bajamos la pared haciendo Rappel y nos dirigimos al escenario central. April se lanzó sobre mí y me abrazó mientras gritaba que su amiga era la mejor.

—Bueno chicos, enhorabuena a todos por haber subido esa pared tan complicada, pero que suba Abigail Evans, nuestra ganadora.

Todos aplaudían y gritaban mientras subía las escaleras. Me esperaba el jurado que me entregaba una copa en forma de montaña con un escalador. La alcé y di un grito en el que descargué toda la tensión acumulada.

Bajé del escenario y todo el mundo me felicitaba, pero solo quería beber un poco de agua, estaba sedienta después del esfuerzo que había hecho.

Así que me dirigí hacia la fuente que había al lado de la zona de comer.

—¡Creo que necesitas esto, ¿verdad?! —Esa voz familiar, era Alfred, no me lo podía creer.

—Pues sí, la verdad. —Agarré la botella fuertemente y la bebí de un trago.

—Felicidades, una vez más has ganado.

—Gracias. —Me di la vuelta y me fui con total indiferencia. Estaba sorprendida porque no me había molestado ni importado verle. No sentí nada y era la primera vez que me pasaba con él.

Lo que me faltaba por ver, vaya fin de semana me esperaba, ahora aparecía éste. Pero no quise pensar más, me fui hacia April. Estaba pálida. Le pregunté si estaba bien y apenas balbuceó que había visto a Alfred. Me reí al oírla, para su sorpresa, le dije que acababa de cruzármelo y que la verdad es que no me importaba. No había tenido ni ganas de besarle, ni rencor. Extrañamente no había sentido nada.

—Nena ese wey te ha lavado el amor de Alfred, eso sí que es una señal —dijo sorprendida.

—No me lo recuerdes. —Miré el móvil que estaba desconectado y no pude evitar entristecerme.

Encendí el teléfono y tenía mensajes de Mike.

“¿Se puede saber cuál era la intención de tu llamada? Mike”

Miré la hora del segundo mensaje, y tenía que estar muy cabreado porque solo fue dos minutos más tarde.

“Ayer me dices que te has acostado con Robert, ¿qué quieres que te diga? Te felicito por ser la segunda que lo consigue. Lo peor de todo y que más me ha dolido es saber que eres como las demás”

No pude evitar enfadarme, yo sola había conseguido que desconfiara de mí. Había sido una cobarde por no haberme enfrentado a él con la verdad.

Sin pensarlo abrí el tercer y último mensaje.

“Ahora mismo desearía volver un año atrás, no haberte conocido nunca y no tener que verte más, pero es imposible, eres mi socia y tendré que verte toda mi vida, para mi desgracia”

Mis lágrimas comenzaron a caer mientras me separaba del bullicio de la gente. Me senté bajo la sombra de un árbol mirando el paisaje y arrepintiéndome de ser tan orgullosa, pero ya no había solución. Su mensaje lo había dicho todo.

Cogí el teléfono y llamé a Robert antes de que cambiara de opinión. Tenía que acabar con todo, por él y por mí misma. Desde que trabajaba en esa empresa no había sucedido nada bueno en mi vida. Robert se preocupó al escuchar mi tono de voz pero, tras tranquilizarlo le pedí que me diera de baja en la empresa. Prefería volver a mi trabajo en la agencia de viajes, sería más feliz. No entendía mi decisión, un día atrás le confesé lo contenta que estaba de trabajar con ellos, pero todo había cambiado, las mentiras habían acabado con todo, y era demasiado tarde para intentar recuperar nada, era lo mejor para todos. Después de insistir, sin éxito, me dijo que llamaría para que el lunes ya estuviera dada de baja. Le agradecí todo lo que había hecho por mí y colgué el teléfono. Me quedé un rato pensando, hasta que me vi con fuerzas para la barbacoa que estaba preparada. Y tenía que ir, si no me echarían en falta.

Al llegar, April sabía que no estaba bien, pero no intentó preguntarme, simplemente intentó animar el ambiente para que nadie pudiera sospechar.

La barbacoa estaba realmente deliciosa, sobretodo acompañándola de unas cervezas, que animaban aún más a todos.

—Chicos, vamos hacer un brindis por la ganadora —gritó Alfred que estaba al lado de una joven rubia muy guapa que solo tenía ojos para él.

Brindamos chocando los botellines unos con otros, cuando Alfred pidió silencio a todos para decir una palabras. Yo me eché a reír, porque seguro que alguna me iba a lanzar indirectamente.

Capítulo 18

—QUIERO deciros a todos que he encontrado el amor de mi vida. Lisa, después de dos años en los que solo he tenido ojos para ti, quiero demostrarte mi amor así. ¿Quieres casarte conmigo? —Sacó un anillo enorme, y ella le dijo que sí.

April y yo nos miramos sabiendo que le había sido infiel conmigo, pero comenzamos a reír sin que nadie nos oyera. Las dos estábamos sorprendidas de lo mentiroso que podía ser Alfred. Era increíble cómo podía tener tan poca vergüenza.

Todos comenzaron a felicitarlos, y cuando Alfred se acercó, no puede evitar recordarle una frase muy típica del amor.

—Prometo serte fiel... espero que lo seas, porque esa chica no merece que la engañen, aunque ya lo hayas hecho.

—¡Estás loca, nunca lo he hecho! —su risa cínica me demostró quién era.

—Pensaba que acostarte conmigo contaba como infidelidad.

—Mientras ella no lo sepa...

—Eres un imbécil. Pero felicidades por tu paripé de boda. —Comencé a sonreír y me fui con April y Juan.

—Si quieres le desmontamos la boda, yo te he visto con él —me decía con furia Juan.

—Ni loca, déjalo que se aleje de mí, contra más lejos mejor. —Comenzamos a reír los tres.

—Chicos, ¿damos una vuelta? Es pronto —gritó Juan al resto del grupo.

Todos se animaron menos Alfred, que tenía que volver pronto para preparar su futuro enlace, pero a nadie le importó. Nos despedimos de la pareja y nos fuimos de paseo por la montaña.

Llevábamos más de dos horas caminando, pero queríamos llegar al lago que había a medio kilómetro y así poder descansar. Continuábamos caminando mientras seguían todos hablando del mismo tema. Estaban haciendo apuestas de cuánto duraría el matrimonio de Alfred y Lisa. Yo no quise participar, me pareció de mal gusto, pero no podía evitar reírme de los comentarios que decían.

Por fin llegamos y nos tiramos en el césped. Teníamos los pies doloridos de tanto caminar. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo y eso pasó factura. Me saqué las botas y me acerqué al agua para mojar los pies. Escuché detrás de mí un “YA” que me hizo girar. No me dio tiempo a mirar qué estaba pasando, cuando noté un empujón fuerte que me hizo caer al agua.

—¡Ay, ayudadme! —grité de dolor.

—¡Qué te pasa, solo es agua, sal! —dijo Juan sin entender mi reacción.

—Tengo una zarza enganchada en el brazo, ayúdame a sacarla.

Juan se lanzó al agua y retiró lentamente esa planta que estaba clavada en mi piel. Al sentirme liberada, fui hacia la orilla y vi los arañazos que había en mi brazo. Eran bastante grandes, pero nada grave.

—¡Últimamente te pasa todo a ti! —me dijo April cogiendo mi mano para ver si había marca del quemazo que me hice un año antes.

—Jo, es verdad, mejor que volvamos antes de que me tengáis que llevar al hospital.

—Sí, mejor, encima se hará tarde.

Después de tres horas y haber recogido todas nuestras cosas, estábamos en el coche de April camino a Manhattan. Estaba muy cansada, y volver a mi dura realidad me hacía temer lo que pasaría al día siguiente.

—Abi, ¿ahora cuál es tu plan?

—Pues seguir en mi trabajo de siempre y olvidarme de él. Es lo mejor para todos.

—¿Estás segura de que lo vas a poder olvidar? —Ni yo misma creía que pudiera olvidarlo así como así.

—Espero, si no buscaré a otro para que me ayude a olvidarlo —intenté bromear, aunque sabía que no iba a ser nada fácil.

Llegué a casa y eran las doce de la noche, pero no tenía nada de sueño. Fui hacia mi habitación y abrí el armario. La mitad de mi ropa no era mía, sino la que me habían comprado para aparentar lo que no era.

Así que comencé a lanzarla toda sobre mi cama; ropa, zapatos, bolsos, todo lo que no había comprado yo con mi dinero.

Fui hacia el armario de la entrada y cogí dos cajas de cartón muy grandes que tengo para guardar la ropa del tiempo que no uso y no ocupar. Comencé a doblar esa cantidad de ropa y la coloqué en la caja lo mejor que pude, hasta que acabé de meter todo y las cerré con precinto para que no se abrieran.

Cogí un papel y un sobre para escribir una nota.

“Hola Mike,

Quiero, por una vez, ser sincera y que comprendas todo. Lo primero de todo es que siento todo el daño que te haya podido hacer, nunca te he querido engañar. Desde que supe que heredaba la mitad de la empresa, no quise aceptar, pero una cláusula decía que si yo renunciaba tú perderías la otra mitad y creí que no era justo después de haber trabajado en ella.

Después de un año, el tiempo mínimo que tenía que estar trabajando para poder renunciar sin consecuencias, aquí estoy, siendo sincera cosa que me han impedido durante este tiempo.

Ahora, como siempre he querido, cedo todo lo que tu padre me otorgó injustamente, tanto la empresa como el dinero que me dio. Robert te dará los detalles de todo.

En recepción tienes dos cajas con las únicas cosas que no te puedo devolver en un cheque, pero como comprenderás no quiero nada que no me pertenezca.

Y en cuanto a Robert, nunca me he acostado con él. Solo estaba preparando esta cantidad de papeles, lo que no ha sido nada fácil, y por eso te he mentado para que no supieras cuál era el verdadero fin.

Deseabas no volverme a ver y deseo cumplido, no tendrás que verme nunca más. Solo espero que encuentres una mujer que realmente te quiera y no vaya por tu dinero.

De corazón te deseo toda la suerte del mundo, un beso Abi.”

Tras acabar de escribir la carta y ver las cajas cerradas, comencé a llorar sin parar. Me sentía mal por cómo me había tratado. Pero éramos dos personas de mundos diferentes, los que nunca deberían haberse cruzado.

Me desperté como si me hubieran golpeado todo el cuerpo mientras dormía, pero no era eso, sino que me había quedado dormida en el sofá, que era el más incómodo que había en el mercado.

Miré el reloj y eran las seis de la tarde. Había dormido mucho, aunque la última vez que vi la hora del reloj eran las seis de la mañana. Escuché que golpeaban a la puerta y salí pensando que sería Alison.

—¿Robert, qué haces aquí? —pregunté sorprendida.

—Necesito que firmes la baja voluntaria de la empresa, será un minuto.

Le hice pasar y se quedó parado al ver las dos enormes cajas embaladas delante del sofá.

—No quiero nada de los Smith. —Intenté que me comprendiera.

—Veo que estás muy enfadada con Mike.

—No es enfado, ya no sé lo que es, simplemente no quiero que me echen nada en cara.

—Estoy deseando ver la cara de él, para nada se espera lo que mañana va a pasar y no creo que te deje ir sin más.

—Espero que no sea como su padre, no le daré tiempo. Pienso entregarle todo e irme.

—Abi, siento que todo haya acabado así, pensé que acabaríais entendiéndoos.

—Somos de dos mundos diferentes, este final era predecible. —Mi voz de resignación golpeaba a mi corazón.

—Pues si estás decidida, firmame la baja voluntaria.

—Dame. —Cogí el papel y, sin mirar lo que ponía, firmé las dos copias que me entregó.

—Este cheque es el finiquito, como en cualquier empresa te darían pero, como te conozco, he calculado dos, el sueldo que realmente se ingresó, y el finiquito en relación al sueldo que tú transferiste y utilizaste realmente.

—Perfecto, dame el segundo. —Cogí el otro con una suma desorbitada y lo rompí.

—No había duda de tu decisión. Te dejo todos los papeles para que se los entregues tú mañana. Yo iré a las nueve y Mike entrará a las ocho.

—Nos vemos mañana.

Robert se marchó y me quedé sentada en el sofá, con un dossier entre las manos enorme y dos cajas a mi derecha. No pensé que mi fin con la familia Smith me iba a doler tanto.

Necesitaba hablar con Alison, ella me entendería y me daría fuerzas para no pensar en nada más. Nada más sonar el primer tono de llamada contestó. Le pregunté qué hacía, estaba de limpieza general, cosa que tenía que plantearme, ya que últimamente apenas había estado en casa y estaba bastante dejada. Con voz de súplica le pedí que al día siguiente me acompañara a dejar un par de cajas a Mike. Yo sola no podía. Le expliqué qué contenían e intentó que desistiera de la idea, pero no lo consiguió. Tenía muy claro lo que tenía que hacer al día siguiente. Ella mantenía que una vez que él supiera la verdad me entendería y cambiaría de parecer, pero yo sabía que no sería así. Era demasiado orgulloso. Quedamos a las ocho en mi casa y colgué el teléfono. Me quedé tumbada en el sofá, pensando. Pero no merecía la pena, tenía que irme a la cama y descansar para el día siguiente, ya que iba a ser muy duro.

Me desperté y, tras ducharme, me quité las extensiones del pelo que estaban enganchadas con una especie de pinza. Sequé mi cabello y cogí unos tejanos que me encantaban, desgastados y caídos, una camiseta básica de color rosa de manga corta y unas manoleínas también rosas.

Ya estaba lista. Salí al salón cuando vi el coche de Alison aparcado y fui a abrir la puerta de la entrada.

—Buenos días, ¿dónde están las cajas?

—Hola, mira están aquí, pasa.

—Dios Abi, ¿tú quieres que me rompa la espalda? —dijo asustada por lo que abultaba.

—No pesa tanto, ven ayúdame. —Me reí de su cara de asombro.

Pusimos las dos cajas a duras penas en el maletero y me senté sabiendo a lo que me iba a enfrentar en escasos minutos. No sabía cómo reaccionaría Mike, pero conociéndolo, nada bien. El camino de menos de diez minutos se convirtió en más del triple a mi parecer. Estaba muy nerviosa, mis manos temblaban sin poder controlarlas. Alison me preguntó una vez más si creía que era buena idea la decisión que había tomado, y asentí. Ella intentó que entrara en razón, pensaba que cuando Mike supiera toda la verdad todo cambiaría, pero ya no tenía ni ganas de intentarlo, necesitaba apartarme de él.

Al salir del coche, vi a J parado frente a la limusina, como siempre esperando órdenes. Parecía que no me había reconocido, llevaba mucho tiempo sin vestir tan informal y el pelo más corto ayudó.

Comenzamos a sacar la primera caja del maletero y, después de mirarnos, fuimos a sacar la segunda, pero pesaba más de lo que pensaba.

—Señorita Evans, no toque la caja, yo les ayudo. —La voz de J hizo que me paralizase.

—Gracias, pensaba que me iba a morir —contestó Alison agradeciendo la ayuda.

J llamó por teléfono a un chico de mantenimiento y entre los dos cogieron las dos cajas.

—Alison, te compensaré. —Le di un beso en la mejilla.

—Llámame y cuéntame cómo ha ido, por favor, pero que conste que creo que te equivocas.

No le quise ni contestar, me despedí con un movimiento de mi mano y alcancé a J y al otro chico en el ascensor. Les indiqué que por favor las dejaran en recepción y no volví a hablar más con ellos. J me miraba confundido, no sabía qué me pasaba, pero sabía que algo sucedería, lo podía intuir.

Salí del ascensor y fui directa al despacho de Mike. Antes de entrar, me quedé parada en la puerta, respirando profundamente mientras el personal observaba mi atuendo tan poco habitual para ellos.

—Buenos días Mike, ¿tienes unos minutos?

—Vaya look más adecuado para esta empresa. —Su ironía me mataba.

—Dime la verdad, ¿lo que me escribiste en los mensajes era cierto?, ¿crees que quiero tu dinero, que te utilizo para ello? —le grité.

—Tú me lo has demostrado, me has mentado en mi cara. Si no hubiera mandado a J seguirte, ni me hubiera enterado, y tú misma me dijiste que te habías acostado con Robert. Pues claro que pienso que eres como todas las que se han cruzado en mi vida, pero tú has tenido la suerte de llegar más lejos. Eres dueña de la mitad de mi empresa, qué más quieres.

—Quiero no volver a verte, y aquí está mi libertad. Toma, la cesión de mi parte de la empresa a tu nombre, la transferencia de mi dinero a tu nombre, y en recepción tienes dos cajas, con lo que acabo de devolverte todo lo que tu padre me entregó. Y no faltaría más, mi baja voluntaria de esta empresa. ¿No querías esto? Todo es tuyo, como siempre debería haber sido. Ahora, con su permiso vuelvo a mi vida, de la que nunca debería haber salido. Esta carta la escribí anoche para que entiendas lo que está pasando, y Robert está fuera para explicarte los detalles, se le dará mejor que a mí. —Pronuncié las palabras lo más rápido que pude para terminar cuanto antes.

—¿Y por qué ahora y no hace un año?

—Porque no tuve más remedio, lo entenderás todo. Adiós Mike, solo te pido que no me busques, que me dejes vivir mi vida. —Mi garganta comenzaba a researse y mis ojos a humedecerse.

Salí del despacho, y todo el personal estaba esperando justo delante de la puerta. Nuestros gritos habían llamado la atención de todos, pero me daba igual. Estaba temblando, una sensación confusa invadía mi cuerpo. Había descargado todo lo que había callado durante un año, pero salir de aquella forma me apenaba, no lo merecía.

—Robert, ya puedes explicarle todo, me voy —dije muy segura de lo que hacía.

—Abi, te deseo mucha suerte —dijo Blanca con lágrimas en los ojos

—Gracias por todo. Chicos, encantada de conocerlos, tengo que irme.

—Pero Abi... —Jason intentó pararme.

—No tengo tiempo, espero algún día aclarar lo que pasa o que Mike lo haga

Se abrieron las puertas del ascensor. Vi cómo Robert entraba al despacho y respiré hondo. Cuando se cerraron las puertas del ascensor y comencé a bajar los niveles, me sentía mal, pero tenía que marcharme.

Me dirigí a la agencia lo más rápido que pude, tenía que recuperar mi puesto de trabajo. Eso era en lo único que tenía que pensar. Por mucho que me doliera cómo había terminado todo, mi vida tenía que continuar y necesitaba un trabajo.

Al llegar a la agencia, estaba Alison mirando hacia la puerta, seguramente sabía que volvería después de hablar con él.

—Buenos días chicas.

—¿Qué haces aquí, al final vuelves? —me gritó alegre, mientras la mirada de Alison me fusilaba.

—Si Romi me deja.

—Cómo no te voy a dejar, ahora mismo pido que te den de alta. —Todos me dieron un abrazo y miles de besos.

Fui a mi mesa. Estaba tal y como la había dejado un año atrás, parecía increíble. Me senté y me sentí extraña, no me sentía tan feliz. Como esperaba, algo me faltaba y no entendía por qué, tenía lo que siempre había necesitado.

—No tienes cara de felicidad. —La voz sincera de Alison encogió mi estómago.

—Alison aquí es donde tengo que estar —intentaba convencerme a mí misma.

—¿Que ha dicho Mike? —preguntó expectante.

—No mucho, nos hemos gritado, le he dejado los papeles firmados, pero no le he dado opción a saber todo delante mí. Me he marchado, ahora se estará enterando de todo.

—Creo que lo mínimo hubiera sido que se lo hubieras dicho tú, ¿no?

—No.

—¿Tenías miedo a que te retuviera? —Su pregunta fue como una estocada en mi corazón.

—Alison, necesito trabajar, por favor, no quiero seguir hablando de él.

Romi vino rápidamente y me traspasó unos viajes que se tenían que preparar. Iba a estar ocupada durante horas montando esos viajes, y era lo que necesitaba.

Comencé a buscar información de Egipto. Una pareja iba de luna de miel y quería cerciorarme de que era seguro el viajar allí.

Estaba metida tanto en el trabajo, que no vi ni la hora que era hasta que oí sonar mi teléfono móvil. Era Mike, ya sabría todo, pero no lo iba a coger, tenía que ser fuerte y alejarme de él. Justo cuando colgó llegó un mensaje y, tras suspirar, lo abrí.

“Abi, por favor, cógeme el teléfono, ya sé todo lo que has hecho por mí, siento cómo te

he tratado, necesito verte y hablar. Mike”

Mi estómago se cerró al leerlo, pero no le iba a contestar, no era capaz. Seguí trabajando, pero tuve que poner el móvil en silencio tras su insistencia.

—¿Abi, quieres comer como en los viejos tiempos en el parque?

—Por supuesto, lo necesito.

Capítulo 19

SALIMOS hacia el puesto de comida preparada y, tras comprarla, fuimos al Central Park donde siempre habíamos comido juntas.

—Eres más fuerte de lo que pensaba.

—¿Por qué dices eso?

—Vas a renunciar al amor, porque él creía que eras una persona diferente. Yo no podría, le hubiera perdonado todo.

—Nos haremos daño si seguimos juntos.

—Abi, solo os separaba una desconfianza que acababa de desaparecer.

—¡Somos de mundos diferentes! —grité.

—Y qué si lo sois. Tú misma eres la que se está engañando. —Su voz de no entenderme se notaba en lo alterada que estaba.

Observé el parque y estaba lleno de parejas abrazándose y dándose besos, eso me enterneció, pero no lo suficiente para ceder en mi idea. No quise hablar más del tema, me tumbé y cerré los ojos mientras miles de imágenes, pasaban por mi mente.

Llegamos a la agencia tras haber comido y, al sentarme en mi mesa, vi que tenía veinte llamadas perdidas. Sabía que no iba a ser fácil que dejara de insistir, pero por suerte el horario de la agencia era más extenso y dejaba poco tiempo libre.

De camino a casa, observaba todos los coches y personas que me cruzaba. Sabía que Mike era experto en pedir que persiguieran a las personas. Cuando entré y cerré la puerta, me sentí aliviada.

Fui a la nevera y preparé una menestra de verduras para cenar. Tenía una pinta estupenda. Me senté en el sofá a saborear la comida, cuando escuché que llamaban a la puerta. Me quedé callada y esperé a ver quién era.

—Abi, por favor, abre la puerta, sé que estás dentro. —La voz de Mike era inconfundible.

—Vete, por favor, no quiero verte más —le grité desde el sofá.

—Necesito hablar contigo, solo eso.

—Déjame unos días, lo necesito, por favor.

—No voy a desistir. Llámame cuando estés lista. —Escuché cómo sus pasos se alejaban.

No pude evitar pensar en qué estaba haciendo. ¿Por qué no hablaba con él? Había desconfiado de mí, y yo le hacía sentir culpable. Pero no dejaba de pensar que él también me había engañado. Estaba con otra chica, y aún no sabía quién era.

Seguí cenando aunque apenas tenía hambre. Se me habían quitado las ganas de golpe, pero tenía que comer algo, no podía caer enferma.

Me levanté más deprimida que el día anterior, no entendía por qué, pero ese hombre me importaba más de lo que creía. Y tenía que admitirlo, no podía estar sin verlo.

Llegué quince minutos antes y fui a la cafetería donde hacía un año Alison y yo íbamos cada mañana. Pedí un muffin y mi café con leche y me senté en la misma mesa, pero nada era igual, me sentía vacía, ni el exquisito chocolate del muffin era el mismo.

—Veo que no has olvidado las viejas costumbres. —La voz de Alison me alegró.

—Necesitaba volver a mis hábitos.

—No estás bien, no me mientas. —Su voz de pena me conmovió.

—No lo estoy, no puedo negarlo más. —Mi voz entrecortada anunciaban las lágrimas que iban a salir al poco de mis ojos.

—No pienso volver a decírtelo. Esta tarde cuando terminemos de trabajar, ve a buscarlo y habla con él.

—Porque estoy sentimental si no no te haría caso. —Sonreí mientras comenzaba a llorar.

—¡Menos mal, por fin entras en razón! —gritó satisfecha por haber conseguido lo que pretendía.

Acabamos de desayunar, y solo pensaba en cómo poder hablar con él. Me había pedido que cuando estuviese preparada lo llamara, no tenía por qué no querer verme. El tiempo había pasado, menos mal que me avisó ella, porque podía seguir en esa mesa sentada durante horas sin darme cuenta de que los minutos seguían pasando. Me dirigí hacia la agencia bastante más esperanzada. Comencé a trabajar, pero mi mirada, cada dos minutos, la dirigía hacia el teléfono móvil que hoy no sonaba. Ni una llamada, ni un triste mensaje, nada...

Me acerqué a Alison y le dije que hoy no me había llamado. Ella sonrió, recordándome las llamadas que no había contestado, que era lógico que hoy no lo hiciera. Le conté que también se había presentado en mi casa y no le había abierto la puerta, y como era de esperar, recibí una colleja de su parte. No podía creer que no le hubiera dejado pasar, ella pensaba que había sido demasiado orgullosa con él, y tampoco se lo merecía.

—Voy a solucionarlo, voy a intentar quedar con él para comer. Llamaré a Blanca y preguntaré si está libre.

No esperé más, cogí el teléfono y busqué el número de Blanca, el directo, para evitar que nadie se enterara de nada. Ya estaba en pantalla, pero no me atrevía a marcar. La culpa de todo era mía, y ahora no sabía si era tarde. Cerré fuerte los ojos y pulsé la tecla de llamada. Al segundo tono contestó.

—Buenos días.

—¿Qué tal estás? Se está hablando mucho de ti —murmuró evitando que nadie pudiera oírla.

—Espero que no sea malo.

—Para nada, todo el mundo te echa de menos, Mike el primero. —Su voz era sincera.

—Te quiero pedir un favor, quiero hablar con él, pero no quiero que lo sepa.

—Déjame que mire su agenda. — y tras unos segundos en los que solo escuchaba el clic del ratón—. Tiene libre la hora de la comida. Tiene una reserva en el Restaurant Fiore, pero va solo según lo que pone en la agenda.

—Gracias Blanca, te debo una. —La alegría volvió a mi rostro solo de pensar que podía solucionarlo.

—Mucha suerte.

—La necesito. creo, te cuento.

Colgué el teléfono y, tras hacerle un gesto con el dedo a Alison dándole a entender que ya había conseguido saber dónde ir, seguí trabajando hasta la hora de la comida.

Por suerte, el restaurante estaba muy cerca. Me paré en un escaparate, esperando verlo. No tardó más de cinco minutos en entrar y, tras coger la fuerza suficiente, comencé a caminar hacia la puerta.

Escuché una voz conocida a mi izquierda, y al girarme a ver quién era, no podía ser otra. J estaba comentándole a una joven rubia que el Señor la esperaba dentro. Tras mirarla varias veces, vi que era la misma que había visto anteriormente.

Mi corazón dio un vuelco, y no podía dejar de pensar lo estúpida que era, pero quise cerciorarme que iba con él. Disimuladamente crucé la acera y me coloqué en un lugar donde podía verles desde fuera. Él estaba justo en la ventana, mirando el reloj, hasta que vio cómo entraba esa chica y se levantó corriendo para darle un abrazo y varios besos.

Se sentaron en la mesa y ella estaba muy alegre, solo sonreía y él le acariciaba la mano, mientras con la otra mano acariciaba su mejilla. Solo podía sentir que lo odiaba y me fui antes de que me pudiera ver.

Caminé hasta el parque donde sabía que estaba Alison. Como siempre, se había sentado en el mismo lugar y comencé a correr hasta ella.

—¿Qué ha pasado?

—Lo sabía, lo he visto otra vez con ella, la misma del otro día, soy una idiota —me culpaba a mí misma.

—No entiendo nada, seguro que tiene una explicación.

—Alison, déjate de tus aventuras mentales, estaba abrazado a ella, acariciándole, dándole besos en la mejilla. No pude ver más. —Mi tono nervioso e irritado me hacía estar temblorosa.

—No sé qué decir, lo siento, me he confundido.

—No te preocupes.

—¿Has comido? —preguntó preocupada.

—No me ha dado tiempo, ahora cuando volvamos cogeré un sándwich.

—Pues vamos yendo —dijo mientras se levantaba para marcharnos.

De camino a la agencia, me paré en un puesto de comida rápida, cogí un sándwich vegetal y lo fui comiendo hasta que llegamos a la puerta.

La tarde fue muy entretenida, disfrutaba preparando los viajes y me hacían evadirme de la realidad. Estuve toda la tarde sin parar de trabajar y sin pensar en nada, hasta que vi que entraba Antón a buscar a Alison. Le pregunté cómo se encontraba y era obvio que mucho mejor. Me comentaron que iban esta noche a cenar al karaoke, que había una fiesta mejicana con unos amigos. Ella intentó convencerme para que fuera con ellos, seguro que lo pasaría bien y desconectaría de todo.

Vi que entraba en la agencia un mensajero con unas flores. No (“me lo”) podía creer, esperaba que no fueran para mí, porque podía romperlas a trocitos una a una imaginando que eran la cabeza de ese hombre.

—Perdonen, ¿la Señorita Evans? —preguntó el pobre repartidor bastante cohibido.

—Es ella. —Alison comenzó a sonreír al ver mi cara incrédula.

Le firmé el recibo conforme las había entregado y Romi, al verlas, salió corriendo hacia mí.

—¡Qué bonitas!, ¿para quién son?

—Para ti, toma, te las regalo. —Se las lancé a los brazos, y ella quitó la tarjeta que llevaban.

—Esto no me incumbe. —Me entregó la tarjeta y se fue a ponerlas en agua.

A desgana abrí el mini sobre, que contenía una tarjeta cursi de color rosa que ponía:

“Necesito que me perdones. Mike”

—Esto es increíble, venga ya.

—No entiendo nada, Abi —contestó Alison igual de asombrada que yo.

Salimos los tres hacia la empresa de Antón, donde había quedado con sus compañeros para cenar y pasar un rato divertido. Al llegar, vi que había tres chicos esperando en la puerta. La verdad era que, tras presentármelos, eran muy agradables, pero demasiado niños. Ninguno me atraía para nada.

Llegamos al karaoke y estaba todo ambientado, como si en México estuviéramos. No pude evitar acordarme de April. Ella seguro que le pondría pegas a todo.

Nos sentamos a comer variedad de platos con arroz, verduras, chile... Para mi gusto todo picaba, pero tras acabar de comer, comenzamos a beber tequila y nos animamos para cantar la canción de “Cielito Lindo” mientras no dejábamos de reír unos de otros.

—Alison, gracias por invitarme, necesitaba pasarlo bien —le grité descontrolada.

—No me tienes que agradecer nada, somos amigas, para eso estamos, para ayudarnos.

Nos abrazamos y escuché una canción lenta de amor. Unas chicas la estaban cantando

bastante mal, mientras nosotros seguíamos brindando y bebiendo tequila.

Me entraron ganas de ir al servicio. Me levanté sintiéndome un poco mareada, pero no me importó, seguí caminando hasta poder entrar. Estaba delante del espejo, mirándome, y notaba cómo el efecto del tequila era rápido. Mi estómago ardía y mi cabeza daba vueltas.

Salí del baño, cuando choqué con un chico. Éste, para que no cayera, me cogió de la cintura y casi agarró todo mi peso para ayudarme a ponerme recta.

—Abi, ¿estás bien? —Era la voz de Mike, no podía creer que estuviera junto a mí.

—¡Estoy perfectamente, no lo ves! —le grité enfadada al recordar que esa misma mañana lo volví a ver con esa chica.

Intenté apartarme de él, cuando me agarró del brazo fuerte para que no me fuera, pero aún tenía los arañazos de la zarza del fin de semana anterior y me hizo daño.

—¡Au, suelta! —le grité mientras frotaba los pequeños arañazos.

—¿Cómo te has hecho eso?

—Me he caído, pero, ¿a ti que más te da?, déjame —dije con tono de desprecio.

—Necesito hablar contigo. —Su tono de ruego no me lo creía.

—Pues yo solo quiero pasármelo bien —dije mientras me caía hacia un lado.

—Has bebido demasiado, te llevaré a casa. —Su voz sería me hizo odiarle aún más.

—Búscate a una caza fortunas y déjame tranquila, yo no voy contigo a ninguna parte.

Alison vio de lejos cómo Mike me agarraba, y ella y Antón vinieron rápidamente.

—¿Que está pasando aquí? —gritó enfadada.

—¿No ves cómo está tu amiga? No se aguanta en pie —le recriminó enfadado.

—¡Estoy bien, dejadme todos! Mirad, mejor me voy a mi casa.

—Te llevo yo solo, por favor —me dijo Jason mientras miraba a Mike, obligándole a dejarle que me llevara.

—Pero tú solo con él no quiero ir —dije a duras penas.

—Te lo prometo, iré solo. Mike, mañana te veo, la dejaré en casa, estará bien.

Por fin todos cedieron y Jason me agarró de la cintura y me ayudó a salir. Tenía su coche en la puerta y, tras ayudarme a montarme en él, comencé a llorar sin poder parar.

—Por dios Abi, ¿cómo has podido perder los papeles así? —dijo mientras se adentraba al tráfico.

—Tu amigo tiene la culpa, yo no le he hecho nada y mira cómo me trata.

—No digas eso, ha venido a buscarte.

—¡No me hagas reír, ¿después de acostarse con la rubia, o va ahora?! —le grité mientras caían las lágrimas y a duras penas aguantaba la cabeza en su sitio.

—¡Que estás diciendo, no hables más, por favor!

Me desperté en ropa interior en mi cama, pero no recordaba cómo había llegado allí. Miré la hora y era tarde, me había quedado dormida. Mi cabeza daba vueltas, apenas podía mantenerme de pie, mi estómago estaba revuelto más que nunca. Sonó mi teléfono y era Alison.

—Me he dormido, dile a Romi que ya voy —le grité nerviosa.

—No te preocupes, ya le he dicho a Romina que no vendrás en toda la semana. Qué mala suerte que la comida de anoche te sentara tan mal.

—Te debo tantas ya... —No pude agradecerle que hubiese mentido por mí.

—Tú descansa lo que queda de semana, lo necesitas. Esta noche voy a verte.

—Me voy a dormir, me da vueltas todo.

Volví acostarme en la cama y me quedé dormida. Estuve durante todo el día en casa sin moverme, solamente tumbada viendo la televisión, hasta que oí el timbre de la puerta y sabía que era Alison.

—Vaya cara tienes —comenzó a reír.

—Me duele la cabeza, no pienso beber tequila nunca más —dije mientras me agarraba la cabeza con las manos.

—Yo no me di cuenta de lo mal que estabas hasta que Mike me lo dijo.

—Gracias por traerme a casa.

—Yo no fui, fue Jason —dijo riendo.

—Pues si me he despertado en ropa interior. —Comenzamos a reírnos de la cara de tonta que se me quedó en ese momento. Pensé en enviarle un mensaje.

“Primero de todo, gracias por traerme a casa, ni recordaba cómo llegué pero, por curiosidad, ¿quién me quitó la ropa? No te aprovecharías de una joven que había perdido el sentido”

Mientras lo escribía, Alison no paraba de repetirme lo indecente que había sido con el mejor amigo, me decía en broma. Sonó un mensaje.

“No soy tan mala persona, solo te puse cómoda, te tapé y me fui. Aunque tengo que decir que en ropa interior ganas bastante. Es broma, espero que te encuentres bien. Jason.”

—Será... Lee el mensaje. ¿Tú te crees lo que acaba de decir el señor? Es para matarlo, ¿o no? No cambiaré en la vida. —Pero Alison no me oía, estaba pensativa, algo quería decirme y no sabía cómo.

—Estuve hablando con Mike y me dijo que las explicaciones te las daría a ti, pero que con esa chica no se ha acostado, es un mal entendido —intentaba convencerme.

—No quiero saberlo, no puedo pensar más en él.

—Me ha dicho que no va a insistir más, que te diga que cuando estés segura de lo que quieres le llames. Él te dará las explicaciones que te debe.

—Ya veremos. Cuando se me pase este dolor de cabeza lo llamaré.

—Pues como veo que estás divina, te dejo. Aprovecha estos días de descanso y limpia. Está la casa abandonada.

—Aprovecharé para limpiarla, es que no he podido.

Alison se fue y me fui a la cama a tumbarme. Estaba demasiado cansada para llamar o pensar en nadie.

Me desperté muy descansada. Llevaba dos días poniendo al día mi casa. La verdad es que Alison tuvo una idea genial pidiendo los días por enfermedad. Romina me había llamado para ver cómo seguía. En el fondo no me sentía bien mintiéndole, pero era la primera vez en mi vida que necesitaba evadirme de todo.

Era viernes y, como todos, iría a visitar a mis niños, en especial a Logan. Si la semana había ido bien, hoy le darían el alta y quería despedirme de él.

Me vestí con mi atuendo habitual, pero un poco más arreglada. Me apetecía sentirme bien después de tantos días encerrada en casa.

Llegué al hospital y fui directa a la sala de juegos, busqué a Logan, pero no lo vi, pregunté a una enfermera y me comentó que estaba con el médico en ese momento, así que comencé a jugar con el resto de niños.

—¡Abi, has venido! —gritó Logan lanzándose sobre mí, ya que estaba sentada en el suelo.

—Te lo prometí y nunca rompo una promesa.

Comencé a hacerle cosquillas por la barriga y pedorretas con la boca. Estábamos divirtiéndonos cuando escuché la voz de una joven.

—Logan, ¿no quieres salir ya del hospital?

Nos giramos los dos, y mi cara colorada de estar riendo con Logan se palideció. Estaba delante de Mike y esa joven rubia que había visto ya en varias ocasiones.

—Mamá, tito Mike, ella es Abi, mi enfermera preferida

—¿Tito Mike? —Me puse de pie y estaba anonadada.

—Muchas gracias por el trato que le has dado a mi hijo. Soy Amanda, su madre y él su tío Mike —contestó la pobre chica al ver que me había quedado paralizada.

—No me tienes que agradecer nada, lo hago porque disfruto con ellos, cada uno es una ternura. ¿Su tío?

—Sí, creo que no es un delito tener un sobrino al que adorar, ven aquí Logan. —Lo cogió por el aire y le dio vueltas.

—Tú entonces eres la que llamó el otro día. Vaya casualidad, así que mis dos hombres conocen a la misma mujer. —Comenzó a reírse.

—¿Tito, de qué la conoces? —preguntó Logan, también sorprendido.

—¡Pues hemos trabajado juntos¿verdad?! —Me miró con cara de “afirma, por favor”.

—Sí, durante un tiempo.

—Pues vamos todos juntos a la hamburguesería, me haría tan feliz, es la primera vez que salgo, y quiero hacerlo con vosotros tres. —La súplica de ese niño me entristeció.

—Será mejor que vayáis vosotros. Logan, tu madre y tu tío querrán ir solo contigo — intenté librarme.

—Vente, Abi, por favor, hazlo por él —insistió Mike.

Miré la cara triste de ese pobre pequeñín y no podía decirle que no, le partiría el corazón.

—Está bien, pero lo hago por ti, que conste. —Le hice cosquillas en la axila provocando una carcajada enorme—. Esperadme en el ascensor, que cojo mi bolso.

Fui hacia la sala de enfermeras y todos estaban sorprendidos de lo rápido que me marchaba, pero me daba igual. Estaba sobrecogida por lo que acababa de descubrir. Pensaba que Mike estaba acostándose con esa mujer, pero lo que no me podía creer era que fuese el tío de Logan, y me fuese a cenar con ellos.

Capítulo 20

SALIMOS del hospital y nos montamos en la limusina. J se sorprendió al verme, pero rápidamente me sonrió al ver que iba con ellos. Logan estaba emocionado, llevaba mucho tiempo sin salir y sus gritos al ver los cambios de la ciudad eran como estruendos para nuestros oídos.

Mike había pensado en una hamburguesería que había en la costa, era al aire libre y para su sobrino era perfecto.

—Qué sitio más chulo. Mamá, quiero la hamburguesa más grande —gritó mientras daba saltitos.

—Logan... —replicó Amanda.

—Ya lo sé, tengo que cuidar la alimentación. —Su voz entristeció de golpe.

—Hacemos un trato, si te comes una mediana completa, yo no me chivo al doctor —le dije levantándole el pulgar como siempre hacíamos nuestras promesas.

—Trato hecho.

Logan salió corriendo y su madre detrás. Mike y yo nos quedamos atrasados, apenas nos habíamos mirado y menos hablado.

—No sabía que trabajaras en el hospital. —Su voz no era segura, como siempre lo había escuchado.

—Soy voluntaria, no cobro nada, me gusta ayudar a niños que lo pasan mal, por eso los viernes siempre salía corriendo del trabajo, me esperaban, ya has visto qué cariño me tienen. Por cierto, tampoco sabía que era tu sobrino. Días atrás me comentó que le encantaría que vinieras, pero como comprenderás no sabía que eras tú.

—La verdad es que me quiere mucho. Desde que murió su padre siempre les he ayudado en lo que he podido.

—Qué tonta he sido —pensé en voz alta y sonriendo.

—¿Por qué? —preguntó sin entenderme.

—Te he visto varias veces con ella y pensé que te estabas acostando con ella.

—Por eso la otra noche me decías que me fuera con la rubia. Me has visto y me verás darle besos, abrazos, dinero, lo que sea, es como mi hermana. Pero nunca me has dejado explicártelo, cuando lo he intentado estabas gritando sin dejar de hablar.

—¡Tú tampoco me has dado tregua! —interrumpí quitándome un poco de culpa.

—Abi, perdóname por todo lo que haya dicho y hecho que te molestara.

—¡Venga, que tengo hambre, corred un poco! —nos gritó Logan mientras empujaba nuestros traseros para que aceleráramos el paso, interrumpiendo ese momento tan especial.

—Ya vamos —contestó Mike enfadado.

Llegamos a la hamburguesería y pedimos la misma comida para todos, así Logan no querría algo que no pudiera comer.

—Abi, cuéntanos, ¿hace mucho que vas al hospital? —Amanda estaba interesada en saber de mí.

—Toda mi vida. Mi madre era enfermera y como no tenía con quién dejarme, me quedaba en la sala de juegos mientras ella trabajaba, y supe que tenía que ir siempre.

—Qué duro ha de ser eso. —Su madre suspiró y acarició el pelo de Logan, que solamente saboreaba la comida.

—Al principio sí, hay momentos muy duros, pero aprendes a sobrellevarlos y vivir los que te emocionan y te hacen feliz, una muestra de cariño de cualquiera de ellos es impagable. —En mi tono demostraba el entusiasmo que sentía con lo que hacía.

—Mamá cuenta unos cuentos súper chulos, yo no los he encontrado en internet, podrías escribirlos, todos los niños los comprarían.

—Buena opción me has dado, para conseguir un extra —le hice un guiño.

—Si no se lo pides a mi tío, él tiene mucho —comenzó a reír malvadamente.

—Tu tío trabaja demasiado para conseguir ese dinero, te lo aseguro —intenté quitarle la razón y que le diera valor al trabajo.

—Gracias, lo tomo como un alago —comenzó a reírse Mike.

—Aprovecha, que son escasos.

—¿Logan, ya has acabado de comer, quieres ir a la feria? —le preguntó Amanda evitando nuestra conversación.

—Sí, por favor. —Su cara transmitía tanta alegría, que hoy no se le podía negar nada.

—¡Pues vamos, no se diga más! —gritó Mike mientras se levantaba.

Nos levantamos, y fuimos hacia la feria. Recorrimos todas las casetas donde pudieran darle muñecos y llegamos a las atracciones. Logan sabía perfectamente que no podía montar, y ni preguntó si podía, era un adulto en el cuerpo de un niño.

—Mamá, estoy cansado. —Su voz era sincera, tanta alegría después de tanto tiempo le había dejado exhausto.

—J os llevará a casa, nosotros nos quedamos un rato. —Mike se dirigió a Amanda y ésta le entendió al instante.

—Pasadlo bien, y hablad... —me dijo al oído mientras se despedía de mí.

—¡Abi, vendrás a verme, ¿verdad?!

—Claro que iré, te lo prometo. —Le di un abrazo muy fuerte y un beso sonoro.

—Tito, gracias por venir, te quiero mucho. —Sus ojos se empaparon en lágrimas de lo feliz que estaba.

—Siempre vendré, lo sabes campeón. —Le chocó el puño y se alejaron de nosotros.

Nos quedamos de pie, observando cómo se marchaban, hasta que volvimos en sí. Los dos nos quedamos observándonos, pero ninguno se atrevía a decir nada. Nuestros últimos encuentros habían sido desastrosos, y este encuentro casual e inesperado nos había desestabilizado a los dos.

—Te perdono, pero me va a costar olvidar todo lo que has dicho de mí. —Mi voz era más sincera que nunca.

—Me equivoqué, pero no fuiste sincera, ¿qué querías que pensara? —Su tono nervioso era notable en su tono acelerado.

—No lo pude ser, ojalá pudiera haberte dicho la verdad desde un principio.

Fuimos caminando hasta un banco que estaba al margen de la feria y nos ahuyentaba del estruendo que provocaban las atracciones. Mis manos estaban temblorosas, sabía que de esta conversación podríamos continuar con nuestro romance o terminar con él definitivamente.

—¿Si te hago una pregunta vas a ser sincera? —Su voz era seria, analizando cada uno de mis gestos.

—Mike, a partir de ahora siempre voy a decirte la verdad, nada lo impide.

—¿Por qué no renunciaste? No me conocías, no te debería haber importado que yo perdiera la empresa

—No me pareció justo que por mi decisión tuvieras que perder todo por lo que habías trabajado, aunque tuviese que renunciar un año de mi vida, y no me arrepiento. Si hubiese estado en la misma situación pero con otra persona, también lo habría hecho. —Mis sinceras palabras cambiaron la tensión entre nosotros.

—Eres la primera persona que me ayuda sin pedir nada a cambio. Nunca pensé que encontraría a alguien como tú.

—No todo el mundo es igual, tú has tenido mala suerte, solo es eso.

—Pero mi suerte ya ha cambiado. —Me cogió la mano, sintiendo esos dulces dedos acariciándome

—¿Confías en mí? —pregunté en voz baja.

—Por supuesto. —Comenzó a acariciar mi mejilla y se lanzó a besarme.

Los dos deseábamos tanto ese instante, que no nos importó que la gente nos mirara. Nos abrazamos como si fuese el primer día y nos besamos durante unos instantes, saboreándonos el uno al otro.

—Mike, esto no está bien. —Interrumpí el beso que estábamos disfrutando.

—Por primera vez hemos sido sinceros, ¿qué lo impide?

—Somos muy diferentes, no vamos a llegar a nada.

—Eso no lo sabes, y éstos días me he dado cuenta que me gustas, que quiero estar contigo, me da igual lo que pase. ¿Tú no sientes lo mismo? —Su cara esperaba una respuesta.

—Sí, estos días he sentido que me faltaba algo, y eras tú. —Tuve que ser sincera.

—Ha tenido que ser el granuja de Logan el que nos haya reencontrado —comenzó a reír.

—Es un niño sensacional.

—Es especial, y ha sufrido mucho, igual que Amanda.

—Perdona por haber interpretado que tenías algo con ella. —Mi voz era suave, me sentía mal por haber pensado mal de ellos.

—No te preocupes, ella ha entendido el malentendido y yo también. Vamos, comienza a refrescar, ¿te apetece venir conmigo?

—Vamos. —Me agarró de la mano y atravesamos las atracciones. Nos dirigíamos al paseo donde J nos estaba esperando tras dejar en casa a Logan y Amanda.

Nos subimos a la limusina y sus brazos rodeaban mi cuello. No podía dejar de mirarlo, estaba completamente feliz a su lado y siendo yo misma. Ya no había mentiras y podía decir toda la verdad sin miedo a nada.

Cuando la limusina se paró ante aquel enorme edificio, sabía que iba a ser una noche diferente a todas las demás. Cuando las puertas del ascensor se cerraron, comenzamos a besarnos apasionadamente. Me cogió de los muslos y, tras subirme sobre sus caderas, me llevó a su habitación. Comenzó a quitarme la ropa y me quedé tumbada desnuda ante su mirada provocadora y ardiente.

—Llevo días imaginando este momento, pero es mucho mejor de lo que esperaba. —Abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó un gel.

Untó mi cuerpo con el líquido aceitoso, y sus manos acariciaron mi piel mientras masajearon cada parte de mi cuerpo lentamente, provocando que la excitación entre nosotros fuera creciendo por segundos.

—Me encantan tus manos —dije entre sollozos y sonriendo.

—Pues son todas tuyas, de nadie más. —Comenzó a besar mis pechos, deteniéndose en los pezones, apretándolos con la presión suficiente para aumentar la excitación ya existente.

Sus labios, junto con su lengua, comenzaron a bajar por el centro de mi barriga hasta llegar a mi sexo. Éste estaba esperando ansioso, y al notar sus labios, se abrió para que irrumpiera en su interior.

—Estás muy húmeda, me gusta, eres caliente, ya te lo dije una vez.

—Sigue no pares —le rogué.

—No tengas prisa, tenemos toda la noche, relájate. —El tono de su voz casi susurrándome esas palabras, hacía que mi cuerpo se estremeciera aún más.

Noté sus dedos cómo acariciaban mis labios inferiores, y comenzó a sucumbir a mis deseos. Por fin estaba dentro de mí.

Estaba tumbada mirando hacia el techo, completamente empapada en sudor mezclado

con el gel que habíamos utilizado y con el olor que embriaga la habitación mostrando la pasión y el desenfreno que habíamos vivido durante horas.

—¿Estás bien? —preguntó mientras acariciaba mi ombligo.

—Más que bien, ha sido la mejor noche de mi vida.

—Pero no la última. Te prometo que cada noche será mejor, si aún quieres seguir conmigo. —Su voz cariñosa con tono de ruego me hacía sentirme la más especial del mundo.

—Soy la más afortunada, muchas querrían estar en mi lugar.

—Lo sé. —Cogí la almohada y le di en la cara.

—¿Así que lo sabes? ¿Cómo puedes ser tan engreído? —No podía dejar de golpearle mientras reía como una niña.

—Así que quieres guerra. Tú misma.

Comenzamos hacer una guerra, que terminó cuando me caí sobre la alfombra agarrada al almohadón que me había golpeado.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado.

—Dame la mano bruto. —Le estiré mi mano, y al ver que apenas se mantenía agarrado, al coger su mano lo lancé sobre mí, cayendo los dos al suelo totalmente desnudos.

—Abi, despierta, es tarde.

—Es sábado, déjame dormir —dije aún dormida.

—No, tengo partido, como llegue tarde se enfadarán conmigo. —Su tono de preocupación me hizo despertar.

—¿Partido? No tengo ropa, ve tú, me voy a mi casa a cambiarme.

—¿Cómo que no tienes ropa? —Fue hacia su armario y abrió las puertas de par en par, dejándome boquiabierta. Estaban todos los modelos que le había devuelto en las dos cajas en su armario.

—Mike... —me quedé sin palabras.

—¿Qué pensabas, que me lo iba a poner yo, o vender? Ya hablaremos de esto, corre dúchate y arréglate, ponte cómoda, tienes quince minutos.

Di un salto de la cama y, tras elegir un conjunto de la ropa que compré en Reinaldo, me fui a duchar rápidamente.

Me miré al espejo. Estaba vestida con un pantalón de pinza color beige, unas manoleinas color rosa palo conjuntadas con una camisa sin mangas del mismo color pero con la espalda medio transparente. Me sentía yo, no era la Abi de siempre, pero sí era yo. Había cambiado durante este año y para nada me disgustaba.

—Ya estoy lista —dije cuando salí al salón y sorprendí a Mike dándole unas indicaciones a la mujer de servicio.

—Perfecto, desayunarás de camino, ya me han llamado tres veces.

Bajamos a la puerta y no estaba J, estaba el todoterreno de Mike. No pude evitar sonreír y mirarle.

—¿Qué pasa? Soy una persona normal, no iré en limusina a jugar al béisbol.

—No digo nada. —Me senté en el asiento del acompañante y había una bandeja con mi desayuno preferido café con leche y muffin—. Eres el mejor, ¿te lo he dicho? —Le di un beso en la mejilla y le di un mordisco, notando la cantidad de chocolate que me revitalizaba. Volvía a estar delicioso, necesitaba tenerlo a mi lado para volver a saborear los placeres de la vida.

Llegamos enseguida al campo de beisbol. Cogió una bolsa enorme de deporte, y vino hacia mí.

—Ponte en la primera grada, conocerás a alguien seguro. —Me abrazó y, tras darme un beso, se metió en el vestuario.

Me dirigí hacia las gradas y vi que estaba Hanna hablando con Jason. No sé cómo no pude imaginar que Jason también jugaría con él, lo raro es que nunca lo mencionaran.

—Buenos días chicos —les interrumpí.

—Por el amor de dios, tú aquí, eso es muy bueno. —Jason me abrazó muy contento.

—¿Hanna, tú sueles venir? —pregunté sorprendida de verla allí.

—Sí, he venido alguna vez, cuando me invita. —Le guiñó el ojo a Jason.

—Como ganemos este partido, os lo dedicaré a las dos. —Se fue corriendo a reunirse con los demás chicos.

—¿Estáis juntos otra vez? —preguntó muy sonriente, dándolo por hecho.

—Ahora comenzamos a estar juntos. —Mi sonrisa era de felicidad, me sentía mejor que nunca.

Llamaron por el megáfono a todos, y tras varios lanzamientos, los chicos consiguieron hacerse con la victoria. Mike y Jason no paraban de chocar los puños con el resto de compañeros, estaban muy contentos.

Se acercaron a nosotras, y el resto del público comenzó a gritarles cosas, parecía que tenían bastantes seguidores.

—Buen partido chicos.

—Vámonos los cuatro a comer juntos. —contestó Jason aún con la emoción del partido.

—Nos cambiamos y vamos.

Hanna y yo salimos y nos quedamos esperándoles justo al lado del coche de Mike, que había aparcado al lado del de Jason.

—Al final tú y Jason, ¿hay algo más? —pregunté intentando sonsacarle.

—Pues parece que sí, aunque la verdad es que estamos llegando a un equilibrio. Él es muy liberal y yo también.

—¿Eso qué significa? —pregunté extrañada. Sentía que no era sincera del todo.

—Abi, espero que esto no te haga cambiar de idea sobre mí. —Su tono de avergonzada le hacía ponerse nerviosa.

—Cómo voy a cambiar, anda dime qué pasa de verdad.

—Jason y yo congeniamos porque a los dos nos encanta estar con más personas y hemos decidido estar juntos, pero compartimos sexo abiertamente con otras parejas, siempre que los dos estemos de acuerdo. —Su voz temblorosa, me hizo comprenderla.

—Te voy a ser sincera, yo no podría hacerlo, pero respeto a las parejas que sí son capaces de ver a su pareja en manos de otros. Mientras estéis de acuerdo, lo veo bien. Y no cambia mi opinión de ti. Pero eso sí, yo no comparto a Mike —bromeé.

—Lo sé, no hace falta que me lo digas. —Comenzamos a reír.

—¿De qué reís? —preguntó Jason.

—De que no comparto este cuerpo con nadie de este mundo. —Coloqué mis manos sobre el pecho de Mike y le besé.

—¿Vosotras de qué hablabais? —preguntó Mike, sorprendido por mi reacción.

—Son cosas de mujeres —cortó Jason entendiendo que yo sabía sus hábitos sexuales.

—Me muero por una parrillada a la brasa. —gritó Hanna cambiando de tema rápidamente.

—Yo también estoy hambriento. —contestó Mike con voz de tener apetito.

—¡Pues vámonos ya! —le dije mientras le daba un cachete en el trasero.

Nos fuimos cada pareja en su coche. Me senté y no podía dejar de mirarle, estaba tan sexi con el pelo mojado y esa camiseta de pico color blanca.

—¿Por qué me miras?

—Está sexi, Señor Smith.

—Usted también, Señorita Evans.

—Porque nos pueden ver si no le hago el amor en este coche tan amplio.

—Si quiere nos desviamos. —Su cara de pícaro me retó.

—Si consigue desviarse —Mi sonrisa cambió su rostro al instante.

—Jason nos vemos allí.

Capítulo 21

COMENZÓ a conducir muy rápido y agresivo hasta que llegamos a un lugar en el que nadie nos podía ver.

—¿Crees que lo conseguí? —preguntó siguiendo el juego que yo había iniciado.

—Es perfecto. —Me lancé sobre su cuerpo y comenzamos a besarnos intensamente.

Pasamos al asiento de detrás y nos quitamos la ropa de cintura para abajo. Me coloqué sobre sus muslos y comenzamos hacer el amor sin miedo a que nadie nos viera.

—Me ha dejado impresionado, Señorita Evans. —Su pronunciación apenas se entendía de la falta de aire.

—Ha sido increíble.

—Pues vayamos rápidamente o sospecharan. —Comenzamos a reír mientras nos besábamos sin querer separarnos el uno del otro.

Seguimos el camino y, en pocos minutos, llegamos al restaurante. Hanna y Jason estaban esperándonos, y los dos estaban riendo.

Nos bajamos del coche y vi cómo Hanna le daba un billete a Jason.

—¿Que estáis trapicheando? —les pregunté.

—He ganado una apuesta, lo dice el color de vuestros rostros. —Me puse colorada como un tomate de la vergüenza, y Mike rió como si nada.

Entramos al restaurante y nos pusimos cerca de la parrilla. Nos iban sirviendo raciones de carne según se iban haciendo en las brasas que teníamos al lado. No sé si la carne era espectacular, o el sexo que acababa de vivir me había abierto el apetito.

Los cuatro comimos y bebimos entre risas, pasamos un rato ameno. Cuando terminamos de comer, los cuatro estábamos cansados, y con la barriga demasiado llena para muchos paseos.

—Chicos, tenemos que irnos, nos vemos otro día. —les informó Mike sin yo saber hacia dónde íbamos.

—No os preocupéis, disfrutad ahora que podéis. —Jason, como siempre dejaba caer sus puntas en cada frase que decía.

—Vosotros también. —Le guiñé el ojo a Hanna.

Nos montamos en el todoterreno y la cara de Mike era muy sonriente, estaba relajado y feliz, no la imagen que siempre transmitía en la oficina.

—¿Dónde vamos? —pregunté intrigada.

—Es una sorpresa. —Arrancó el coche y comenzó a conducir hacia las afueras.

Tras varias horas de camino, en el que no me decía hacia dónde nos dirigíamos, opté

por cambiar la emisora de radio y cantar todas las canciones que emitían.

—Ya hemos llegado.

Estábamos parados ante una casa enorme en forma de cubo recubierta de madera, era impresionante.

—Es preciosa, ¿es tuya? —pregunté aún boquiabierta.

—Sí, es una casa que mi padre me hizo. La diseñé yo.

—¡Me encanta! —grité abrumada por el lugar.

—Entremos, te la mostraré.

Al abrir la puerta, entré a un salón enorme, cómo no diseñado estilo minimalista al igual que su piso.

—¿Quieres beber algo?

—¿Tienes refrescos? —pregunté mientras observaba por la ventana.

Noté unas manos que rodeaban mi cintura y comenzó a besarme el cuello. Me di la vuelta y le miré a los ojos.

—Gracias.

—¿Por qué? —Noté en su expresión su sorpresa.

—Por volver a confiar en mí.

—Eres la persona más buena que he conocido nunca, y como contable serías la mejor. Cuando Robert me mostró las cuentas, quedé petrificado. No solo no has gastado más de lo que tú creías justo, sino que lo poco que has gastado lo has justificado.

—No quería nada que no fuese mío, siempre lo tuve claro. —No pude evitar reír.

—Lo demostraste, y eso es lo que me ha hecho darme cuenta de quién eres realmente. Por eso quiero estar contigo. Te quiero.

Le besé y abracé lo más fuerte que pude. No podía creer que me estuviera pasando. Estaba completamente enamorada de ese hombre, y él de mí también.

Por la tarde decidimos dar un paseo por el alrededor de la casa. Justo delante había un lago con un embarcadero de madera precioso.

—¿Te apetece un baño?

—La última vez que me tiré a un lago, mira qué me pasó. —Le mostré las marcas de las zarzas.

—¿Cómo te lo hiciste?

—Cuando discutimos por Robert, me viste irme con una amiga. Era April, una chica del campamento. Había una competición de escalada, no iba a ir, pero tras la discusión la llamé y fui. Después de haber ganado, decidimos hacer senderismo y Juan, uno de los chicos me empujó bromeando, cayendo sobre una zarza.

—¿Así que Juan? —Su tono celoso se había apoderado de él.

—Juan solo ha sido un amigo, es mi rival escalando, nada más.

—Ya tendremos tiempo de vernos las caras. Aquí no hay zarzas. Quítate la ropa.

—¿Es una orden?

—Tú misma, si no te castigaré.

—Me excita la idea de infringir órdenes y atenerme a las consecuencias. —Él ya estaba desvestido y se lanzó al agua.

Yo comencé a quitarme la ropa, estaba en ropa interior y miré hacia los lados con miedo de que nos pudieran ver.

—Nadie te ve, tranquila. —Su aspecto mojado me excitaba mucho más que nunca.

Me quité la ropa interior y me lancé sobre él, sumergiéndonos juntos hacia el fondo. Sus manos abrazaban mi cuerpo, presionando con la suficiente fuerza para poder volver a la superficie.

Dimos una bocanada de aire fuerte y, tras mirarnos, comenzamos a besarnos.

—Estás temblando, vamos a casa, te calentaré.

—No te preocupes, estoy bien.

—Insisto.

—Como prefieras. —Salimos del agua. tras coger la ropa que habíamos dejado tirada sobre la vieja madera del embarcadero, caminamos hasta el interior de la casa.

Entramos a una habitación en el ático preciosa, decorada con muebles blancos y color roble. La cama era grandiosa y alta, cubierta por un dosel creando un ambiente romántico al dormitorio.

—Pasa, nos daremos una ducha caliente. —Me abrió la puerta hacia un baño que era más grande que el comedor de mi piso.

Había una ducha al fondo, justo al lado de un jacuzzi enorme. Éste estaba completamente lleno de agua alborotada por las burbujas de aire que salían de los conductos. No pude evitar acercarme y tocar la espuma. La temperatura era caliente y solo deseaba adentrarme en él.

—¿Te apetece un baño?

—Estaba pensándolo, ¿lees mis pensamientos?

—No, pero sí tu mirada. —Cogió la ropa que llevaba en las manos y la lanzó a un cubo que había escondido tras una pared de baldosas imperceptible, y me cogió en brazos sumergiéndonos en el enorme jacuzzi.

Sus manos comenzaron a cubrir mi cuerpo de un gel olor a frutas delicioso, siguiendo por mi cabello, que había quedado áspero del agua del lago.

Por unos minutos me evadí del mundo y solamente disfrutaba esas manos que me tranquilizaban y me excitaban según iban pasando los minutos.

—Para ser un hombre tienes aguante.

—¿Lo dudabas? —Por cada frase que decía inspiraba el mayor aire posible—. Usted no se queda atrás.

—Cuando alguien me gusta siempre tengo ganas.

—Lo acabo de comprobar. Necesito comer algo, eso sí.

—Yo también. —Comenzamos a reír.

Salimos del jacuzzi y se fue hacia el dormitorio. En pocos segundos entró al baño completamente seco, con una toalla negra enrollada a la cintura, y me entregó otra.

—Gracias.

—En ese cajón tienes todo lo que puedes necesitar para secarte el pelo, y encima de la cama te he dejado ropa para estar cómoda.

—Lo has previsto todo, me gusta —contesté besándole los labios.

—Te espero en el salón.

Me miré al espejo y mis mejillas estaban coloradas. Había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto habíamos estado amándonos en ese espectacular jacuzzi.

Abrí el cajón, tal y como me había dicho, y para mi sorpresa había de todo. Todas las modalidades de cepillos, un secador a juego de la plancha del pelo y un neceser con pinturas nuevas. Comencé a reírme sin entender cómo había podido organizarlo si desde que nos vimos ayer no nos habíamos separado un instante.

Pero preferí no dejar a mi imaginación volar, evitando cualquier pensamiento que rompiera la burbuja de felicidad en la que estaba muy cómoda.

Tras acabar de cepillarme el cabello y secarlo, dejándolo suelto y bastante alborotado, cogí el colorete color rosado y un pintalabios a juego para dar el color que ya había desaparecido de mi rostro.

Pinté mis pestañas de color negro intenso, y salí hacia el dormitorio. Encima de la cama había un vestido negro de raso bastante corto, junto a un conjunto de ropa interior negra y unos zapatos para estar por casa a juego.

Me miré al espejo y estaba muy sexi. Ese vestido era espectacular, no podía creer que diseñaran ropa tan elegante para ir a dormir.

Bajé las escaleras mientras olfateaba el olor a especias que subía desde el salón. Mike estaba Mike sentado sobre unos cojines, delante de una mesa casi en el suelo, rodeado de comida japonesa.

—Qué buena pinta tiene todo —dije mientras saboreaba sin haber probado nada.

—Estás bellísima.

—¿Se puede saber cómo has preparado todo? El viernes no sabías que nos íbamos a ver y no nos hemos separado.

—Por eso tengo personas a mi servicio a las que ordeno lo que quiero y ellas se encargan.

—Me acabas de romper la ilusión.

—¿Por qué? —comenzó a reír.

—Te imaginaba eligiendo este vestidito en la tienda para mí.

—No te preocupes, que habrá tiempo para todo. —Su mano se posó en mi muslo y comenzó a subir hasta mi sexo.

—Primero comemos, si no me quedaré en los huesos en dos días contigo. —Le quité la mano de mí.

—De acuerdo, esperaremos un poco para el postre.

Comenzamos a comer y todo estaba exquisito, me encantaban todos los platos. Pero lo que más me gustaba era esa mirada que observaba cada instante mis reacciones.

—¿Tú sabías que Jason y Hanna...? —pregunté con miedo a decir más de la cuenta.

—¿Que tienen una relación abierta? —sonrió.

—¿Pero para ti qué es abierta?

—Abi, conozco a Jason desde hace mucho tiempo, sé que a él le excita ver a su pareja con otro hombre o mujer, yo lo respeto.

—Me lo ha dicho Hanna esta mañana y me he sorprendido, pero no lo veo mal.

—¿Ah, no? ¿Estarías dispuesta hacerlo? —preguntó curioso.

—¿Y tú? —Nos miramos a los ojos, y los dos negamos a la vez con la cabeza—. Menos mal que no me has propuesto nada así, yo no lo consentiría.

—Para tener ese tipo de relaciones tienes que tener las ideas muy claras, ese es el problema de Jason, siempre todas han cedido solo por estar con él, pero a la hora de la verdad ninguna ha podido aguantar esa relación.

—Pues Hanna creo que es la mujer de Jason. Sus palabras me demostraron que ella lo quería, y no por él sino por ella.

—Espero que así sea y por fin el “Don Juan” siente la cabeza a su manera.

—¿Te imaginas su boda? Ellos jurando fidelidad y los amantes comunes detrás de ellos. Es cómico.

—No estamos habituados, pero hay muchas personas que tienen ese tipo de vida

—Pues mira, me alegro por ellos.

Estaba tumbada leyendo un libro mientras los pocos rayos de luz que habían amanecido, calentaban mi cuerpo en ropa interior. Era pronto, apenas había pasado media mañana pero me sentía cansada. La noche anterior había sido tan intensa, que solo me apetecía estar tumbada.

—Ya he solucionado el contratiempo. Tenías razón, esa oferta no la rechazaría. Cada día eres más buena.

—Aprendí del mejor —le contesté apartando la mirada del libro.

—Tenemos un tema pendiente.

—¿Cuál? —En ese momento no entendía qué nos faltaba por hablar.

—No pienso dejar por nada del mundo que abandones la empresa.

—Es lo mejor.

—No lo es. Eres muy buena y te necesito.

—Pero a mí me gusta investigar para mis clientes, organizar viajes...

—Puedes informarte de los clientes y su procedencia, eres la que mejor ha hecho ese trabajo; y organizar viajes, tienes toda la vida y dinero para organizar viajes para nosotros, la familia, amigos.

—Familia...

—Es la última vez que te lo voy a decir. Yo, Alison, Antón, Jason, Hanna, Amanda, Logan y mi madre somos tu familia. No quiero volver a escuchar que estás sola, porque no es cierto. Sé que falta tu madre y es muy importante, pero nosotros siempre estaremos contigo.

—Gracias. —las lágrimas estaban a punto de caer, cuando sonó el teléfono de Mike.

—Dime campeón. —Por la expresión supe que era Logan—. Tendrás que pedirle permiso a una persona, no estoy solo. —Me dio el teléfono.

—Hola Logan, ¿cómo estás?

—¿Estás con mi tío? Bueno no me contestes, comed en casa de mi Abu conmigo, por favor, si no me aburriré. —Su tono de pena me hizo ceder.

—Si tu tío está de acuerdo, salimos para allí.

—Ya vamos, pero no te acostumbres, y recuerda tenemos un trato, no me falles. —Colgó el teléfono muy sonriente.

—¿Qué trato es ese? —pregunté sonriendo.

—Tonterías, que si se cuida como el médico le ha dicho, lo llevaré conmigo al beisbol.

—Qué granuja es.

—Vamos a arreglarnos, tienes ropa en mi armario.

Subimos hacia el dormitorio y tenía un conjunto sobre la cama. Comencé a reírme, porque la noche anterior me confesó que estaba Isabel en la planta baja. No la había visto, pero ella se encargaba de recoger todo y tenerlo listo.

Me puse el pantalón negro que se ajustaba a mi cuerpo perfectamente y me puse (omitir) la blusa roja y fui hacia el baño a maquillarme acorde a la indumentaria, así que opté por un color de labios rojizo y marqué mis expresiones con el colorete.

—Ya estoy lista.

—Cada día estás más preciosa.

—Tú también estás muy sexi con ese polo blanco de pico que deja entrever tu perfecto

pectoral completamente depilado —le dije mientras pasaba mi yema por su pecho, y contestó besando mi cuello mientras lo olfateaba.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos a casa de la madre de Mike. Sabía que habría organizado una comida espectacular aunque fuésemos solo cinco.

Al llegar a su casa, salió Logan corriendo a saludarnos y nos hizo entrar corriendo a la cocina diciendo que había limonada recién hecha.

—Abi, cariño estás preciosa —dijo su madre, tan arreglada como siempre la había visto.

—Gracias Señora Smith —le agradecí.

—A partir de ahora me puedes llamar Mónica, estamos en familia. —Asentí con la cabeza y nos dirigimos al jardín.

Abrí la puerta y mi sorpresa fue enorme. Estaban todos mis amigos, solo pude girarme y mirar a Mike a los ojos. Éste, tras sonreír, me agarró por la cintura y, apoyado en mis hombros, respiró profundamente.

—¿Ves como no estás sola? Tenía que demostrártelo.

Capítulo 22

—ABI, cariño, me alegro mucho que estéis juntos al fin. —Alison comenzó a abrazarme.

No faltaba nadie. Estaban Jason y Hanna, que los había visto el día anterior; Amanda y Logan; Blanca, que al verla la abracé fuerte y no pude evitar ponerme a llorar.

—¡Pero qué hacéis aquí, no es mi cumpleaños! —les grité abrumada por el momento.

—No, pero has pasado tanto estas últimas semanas, que mereces esto y más. Que conste que el que ha organizado todo ha sido él —señaló a Mike. Mientras, él se fue hacia Alison y la abrazó con mucho cariño.

—Gracias por venir.

—Chicos, tenéis limonada, cervezas y mucha comida, así que comenzad, no tiene que sobrar nada.

Mike fue hacia Logan y lo puso sobre sus hombros. Vinieron hasta donde yo estaba sentada con Amanda y Blanca.

—Este hombrecito es mi ayudante, se ha encargado de llamar a todos por mí.

—¿Tú has hecho eso por mí? —le hice un gesto a Mike para que lo dejara en el césped y me tumbé sobre él para hacerle cosquillas, como siempre le hacía en el hospital.

Ya estábamos comiendo, cuando la mujer de servicio le dijo al oído algo a Mónica y ésta le hizo un gesto a Mike para que le acompañara. Los dos me miraron a mí, y no entendía qué pasaba. Cuando entraron en casa, me levanté y fui tras ellos. Estaban en la puerta, hablando, y me paré para escucharles.

—Lo siento, pero no es buen momento, Abi no querrá que estés y no quiero estropearle el día. —La voz de Mike era triste, se sentía mal.

—No te preocupes hijo, solo te felicito por haberte llevado a la joya más preciosa que tengo, espero que cuides bien de ella. —La voz de mi padre se clavó directa en mi corazón, y sus palabras me hicieron entristecer.

—Lo haré, me he enamorado de ella.

—Lo sé, lo dicen tus ojos. Me marchó, llámame y nos vamos a tomar algo como hacíamos antes.

—No te vayas, espera —les interrumpí.

—Abi...

—No te preocupes Mike, estoy bien —le tranquilicé.

—Siento haber sido tan dura con usted la última vez que nos vimos, pero entienda que nunca había sabido nada, pero me gustaría que pasara, ¿es mi padre, no?

—¿Estás segura, querida? —me pregunto Mónica anonadada.

—Pues no se hable más Arthur, si ella te deja, yo no te voy a negar la entrada. —le dijo Mike mientras le agarraba un hombro.

Dejé atónitos a todos, pero sobre todo a mi padre. No esperaba mi reacción, pero era la única familia que tenía directa y por qué no comenzar una vida diferente.

Continuamos la comida, sin necesidad de dar explicaciones a nadie. Fue lo mejor para mí y para él.

—¡Os tengo que contar una cosa, dadme un segundo! —gritó Mike.

—Tú no eres el de los discursos, soy yo...

—Calla, Jason, por una vez. —Le lanzó una cerveza para que no hablara más.

—Vais a pensar que estoy loco, y que no mido las consecuencias, pero desde el lunes que esta señorita se encargó de demostrar quién era y plantarme cara, tengo claro que quiero pasar el resto de mi vida con ella. Sé que es pronto, pero antes de que volvamos a discutir y te alejes de mí tengo que decírtelo. Abi, ¿quieres casarte conmigo? —sacó un anillo del bolsillo y quedé perpleja.

—Abi, reacciona —gritó Alison riéndose de mí.

—Mike... ¿estás seguro? —dije apenas sin poder pensar.

—Claro que lo estoy, si no no habría reunido a nuestra familia para decírtelo.

—Solo me casaré con una condición. —Las risas de todos los que me conocían evidenciaban cuál era esa condición.

—¡Dime, testaruda! —dijo riendo e incrédulo de mi petición en ese momento.

—Quiero firmar un contrato de esos de los millonarios, no quiero nada tuyo.

—Abi, ¿cómo me puedes decir esto? —comenzó a reír—. Me acabas de devolver todo lo que tenías.

—Pues por eso, que quede claro que no quiero tu dinero —aclaré delante de todos.

—Firmaré lo que quieras pero, ¿sí o no? —volvió a preguntarme resignado.

—Sí. —Me abrazó, y delante de todos comenzó a besarme.

—¡Vivan los novios! Mónica prepárate, nos vamos de boda —gritó Jason animando el momento.

1 mes más tarde...

—Abi, ¿ya habéis vuelto, cómo ha ido el viaje? —gritó Blanca al vernos entrar.

—Muy bien, ha sido perfecto. —Mi mirada se clavó en los ojos de Mike y éste, tras sonreírme, se metió en su despacho.

—Me alegro, mira ayer mismo los cambiaron. —Me señaló hacia la puerta y habían cambiado el nombre de mi puerta. Ponía “Directora Abigail Smith”.

—Imaginaba que no tardaría en pronunciarse. Voy a mi despacho, después

desayunamos.

Entré a mi oficina y el olor embriagador de las rosas blancas perfumaban el despacho. Llevaba un mes en que la sonrisa no se borraba de mi cara, me sentía la más feliz. Cogí la tarjeta que aguantaba una de las rosas y la leí.

“Bienvenida al trabajo, Señora Smith. Te amo como a nadie he amado. Tu marido”

Salí de mi despacho y entré en el de Mike. Estaba hablando por teléfono y esperé sentada en el sillón. Al escuchar la conversación, supe que hablaba con el Responsable de Personal y fruncí el ceño al oír una suma de dinero desorbitada.

—¡Mike! —le grité al finalizar la llamada.

—No voy a discutir más, llevamos tres días haciéndolo. Se te ingresará en tu cuenta, después haz lo que quieras con él, como si quieres destinarlo al hospital, me da igual, pero es el sueldo mínimo que mereces.

—¡Que cabezón eres! —suspiré fuertemente.

—Pero sé que te vuelvo loco, eso me dijiste hace un rato —me susurró al oído.

—Es muy poco profesional lo que me está diciendo en su despacho. —No podía evitar sonreír recordando lo que acabábamos de vivir antes de ir a la oficina—. Pero te propongo una reforma —le dije muy divertida.

—¿Reforma? Ilústrame —sonrió.

—¿Ves esa pared? Es muy seria. ¿Qué te parece una puerta que lleve a mi despacho directamente? Así el personal no nos verá tanto...

—Me gusta, ahora mismo pido que lo organicen.

Comenzamos a besarnos hasta que oímos que se abría la puerta.

—Oye, ¿no habéis tenido un mes para hacerlo en la intimidad? Que no es por mí, yo si queréis me uno...

—¡Jason calla! —le grité.

—En la vida compartiré a esta mujer. ¿Que querías?

—Nada, veros. Y Recordaros que en cinco minutos tenéis una reunión.

—Vuelta a la vida real. Os dejo, voy a coger mis cosas —dije mientras salía hacia mi despacho.

Salí hacia mi despacho y me senté recordando el primer día que entré y cómo había cambiado todo hasta ese momento. Estaba casada con el hombre más maravilloso del mundo, me sentía afortunada.

—¿Qué piensas, si se pude saber?

—En lo afortunada que he sido desde el momento que acepté por ti y entré por esa puerta.

—Te amo y te lo pienso repetir cada día que viva.

Nos besamos sellando el amor que tanto nos había costado aceptar, y continuamos

nuestra vida de casados, disfrutando cada minuto que pasábamos juntos sin mirar hacia atrás.